

**CENTRO DE INVESTIGACIÓN Y DE ESTUDIOS AVANZADOS DEL
INSTITUTO POLITÉCNICO NACIONAL**

SEDE SUR

DEPARTAMENTO DE INVESTIGACIONES EDUCATIVAS

**LUIS GONZÁLEZ DE ALBA Y *LOS DÍAS Y LOS AÑOS*: DE
LO POLÍTICO A LO ÍNTIMO; DE LA CAUTIVIDAD A LA
LIBERTAD**

Tesis que para obtener el grado de Doctora en Ciencias en la
Especialidad de Investigaciones Educativas

Presenta

María Eugenia Ávila Urbina

Maestra en Ciencias en la Especialidad de Investigaciones Educativas

Directora de tesis

Susana Ruth Quintanilla Osorio

Diciembre de 2015

**PARA LA ELABORACIÓN DE ESTA TESIS SE CONTÓ
CON EL APOYO DE UNA BECA OTORGADA POR EL
CONSEJO NACIONAL DE CIENCIA Y TECNOLOGÍA
(CONACYT).**

Agradecimientos

Varias personas leyeron este trabajo o partes del mismo en distintas etapas de su escritura, o bien me proporcionaron, con enorme desprendimiento, materiales que contribuyeron a enriquecerla, mi agradecimiento para todos ustedes: Susana Quintanilla, Ariadna Acevedo, Víctor Díaz Arciniega, Antonio Castillo Gómez, Eugenia Roldán, Salvador Camacho, Alicia Civera, y Elizer Alejos, pues gracias a su paciencia, apoyo y utilísimas observaciones es que llegó a concretarse.

A mis entrevistados: Neus Espresate, Elena Poniatowska, Raúl Álvarez Garín, Manuela Garín, Roberto Escudero, Carlos Sevilla por regalarme, a través de sus relatos, algunas claves para entender mejor estas historias.

Al personaje central de esta tesis, Luis González de Alba, por compartir conmigo sus recuerdos. Por su generosidad sin la cual este trabajo no hubiera podido ser.

A Carlos Aguado por ayudarme a abrir las compuertas para que la tinta manara.

Dedicatorias

A mis padres, hermanos y a Ger por el espíritu de reconstrucción y renovación continua, por la energía para reescribir en el presente mejores historias, por transformarnos jubilosamente en una familia unida y sólida.

A César, mi hogar, por los brazos amorosos, por la luz y la fuerza que encuentro al saberte cerca, por el aguante en este proceso.

A mi tía Lety y a mis primos Berna y Lety por su ejemplo de unión, resistencia a prueba de todo, porque han opuesto la alegría, la voluntad y la esperanza a la dureza y el sinsentido de la vida.

Resumen

La presente investigación revisa algunas de las condiciones de concepción, escritura, edición y recepción del libro *Los días y los años* de Luis González de Alba. A través del libro referido es posible tener un acercamiento a eventos que además de haber incidido de manera determinante en la vida del autor, marcaron la trayectoria de este país. Me refiero al movimiento estudiantil de 68, la represión, la cárcel y los presos políticos, entre otros.

Con base en fuentes primarias (entre ellas, entrevistas que realicé a algunos protagonistas de estas historias) y desde las nuevas perspectivas de la historia del libro y la lectura, trataré de reconstruir el camino que esta obra y su autor tuvieron que transitar con el fin de tener un acercamiento a situaciones que reflejan los procesos no solo editoriales sino sociales, políticos y culturales de la época, así como a algunos episodios de la trayectoria vital de Luis González de Alba, entre ellos, su lucha contra la pandemia del sida y por los derechos de grupos homosexuales; y su transición de activista en las filas de la izquierda mexicana, en sus inicios, a crítico implacable de la misma.

Abstract

This research reviews some of the conditions of conception, writing, editing and reception of the book *The days and the years* of Luis González de Alba. Through such book may be an approach to events that have also decisively influenced by the author's life, they marked the history of this country. I refer to the 68 student movement, repression, imprisonment and political prisoners, among others.

Based on primary sources (including interviews I conducted some protagonists of these stories) and from the new perspective of the history of books and reading, I will try to reconstruct the way that this book and its author had to move in order to have an approach to situations that reflect not only publishers but also social, political and cultural processes of the time, as well as some episodes of the life story of Luis González de Alba, including its fight against the AIDS pandemic and gay rights groups; and their transition from activist in the ranks of the Mexican left, in the beginning, a relentless critic of it.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	10
CAPÍTULO UNO. EL AUTOR: ORÍGENES DE LUIS GONZÁLEZ DE ALBA	19
Recuerdos de infancia en el Campo Militar Número Uno.....	19
Lecturas e influencias.....	24
De Guadalajara al DF.....	34
3 de octubre, ¿dónde están los estudiantes?.....	37
Camino a Lecumberri.....	41
CAPÍTULO DOS. ANTECEDENTES DE <i>LOS DÍAS Y LOS AÑOS</i>	43
El Palacio Negro.....	43
La UNAM y la militancia.....	46
Los encuentros en casa de Selma Beraud.....	50
El movimiento estudiantil.....	53
De la crujía “H” a la crujía “C”.....	60
Rasgos comunes en la formación de algunos representantes del CNH presos en Lecumberri que integraban el pregrupo.....	62
Los relatos y las charlas de los presos políticos.....	71
CAPÍTULO TRES. CONCEPCIÓN Y ESCRITURA DE <i>LOS DÍAS Y LOS AÑOS</i>	74
Organización, discusiones y debates de los presos políticos en Lecumberri.....	74

El texto colectivo y otros escritos de Lecumberri.....	81
El encuentro con Pepe Mijares	87
<i>Los días y los años</i>	89
La crítica de Revueltas.....	93
<i>Los días y los años: ¿escritura liberadora, escritura condicionada?</i>	97
El libro y los presos salen del Palacio Negro.....	100
CAPÍTULO CUATRO. EDICIÓN Y RECEPCIÓN DE <i>LOS DÍAS Y LOS AÑOS</i>.....	105
Sobre lectores, nuevas editoriales y la política cultural cuando aparece <i>Los días y los años</i>	105
Las temáticas.....	109
Editorial ERA y las ediciones de <i>Los días y los años</i>	117
La crítica de <i>Los días y los años</i>	124
Algunos lectores de <i>Los días y los años</i>	129
Los lectores que se vieron reflejados.....	135
La polémica de Luis González de Alba contra Elena Poniatowska.....	137
Algunas causas y consecuencias de la polémica.....	143
CAPÍTULO CINCO. Y DESPUÉS DE LA CÁRCEL... LA OTRA CAUTIVIDAD.....	149
Breve descripción de <i>Otros días, otros años</i>	149
El exilio.....	160
El regreso: los ex dirigentes del 68, Nancy Cárdenas y la militancia gay.....	166
Políticamente incorrecto: El Vaquero, El Taller y la Fundación Mexicana	

contra el SIDA.....	172
El otro exilio.....	177
<i>No hubo barco para mí.....</i>	179
CONCLUSIONES.....	184
ANEXO 1.....	189
TABLA 1.....	196
REFERENCIAS.....	197

"Somos nuestra memoria, somos ese quimérico museo de formas inconstantes, ese montón de espejos rotos".

Jorge Luis Borges

"Cada época y cada sociedad pueden ser mejor conocidas y valoradas a partir del uso que hacen de la escritura, del modo en que proveen a la distribución social de la capacidad de escribir y de leer, de la función que asignan a los productos escritos y a sus distintas tipologías".

Armando Petrucci

"Toda obra es en el fondo una autobiografía"

Karl Marx

INTRODUCCIÓN

La vida y la obra de un autor no solo están estrechamente unidas sino que, de cierto modo, son una misma, pues tanto la obra es reflejo de quien la creó como el autor resulta continuamente afectado por los vaivenes de sus creaciones y constreñido a lo que en ellas expresó, aún más si se trata de obras con tintes autobiográficos. Este es el caso del escritor Luis González de Alba (Charcas, SLP, 1944) y su libro *Los días y los años*. A través de este trabajo pretendo recuperar algunos episodios de su itinerario vital que lo llevaron a conformarse como autor. El anclaje de este estudio es la revisión de las historias de concepción, escritura, edición y recepción del texto mencionado, el cual describe a un tiempo el movimiento estudiantil de 1968 y la estancia de algunos integrantes del CNH en la cárcel de Lecumberri.

Para estructurar esta investigación y adentrarme en el estudio de estas historias elegí seguir el circuito propuesto por Robert Darnton¹ quien a fin de analizar la forma en que los libros se producen y se difunden en la sociedad propone un modelo general. Este proceso varía de acuerdo con el lugar y la época pero generalmente pasa por el mismo ciclo de vida. Esto puede ser descrito como un circuito de comunicación que va del autor al editor, al impresor, al librero y al lector (aunque es importante apuntar que dicho ciclo no necesariamente es lineal, sino que siempre pueden intercambiarse algunos roles y algunas fases).

Al transitar este circuito de comunicación propuesto por Darnton resulta evidente que si bien los textos hablan a los lectores a través de sus contenidos (de lo que narran o de los temas que desarrollan) también lo hacen desde las circunstancias en las que fueron creados y propagados.

Así, los libros no solo dan cuenta de la Historia, sino que también forman parte de ella, y el modo en que los autores crean sus textos, las vías de publicación que transitan, sus modos de distribución, de difusión y la manera como los lectores los abordan, dan

¹ En el estudio de la vida intelectual de una sociedad resulta insoslayable la revisión de su producción escrita. Para Robert Darnton, por ejemplo, la historia del libro podría ser llamada también la historia social y cultural de la comunicación vista desde lo impreso. Su propósito es entender cómo las ideas fueron transmitidas a través de impresos y cómo el desarrollo de la cultura de la palabra escrita afectó el pensamiento y el comportamiento del género humano.

pauta para la mejor comprensión de los procesos sociales de un grupo específico en un momento determinado.

Entonces, a través de algunas obras es posible rastrear símbolos y comportamientos que expresan, de diversas maneras, algunos rasgos del nivel de modernización cultural que tiene un país. Además de su efectividad estética, es posible vislumbrar en ellas una síntesis cultural y una propuesta política de la época en la que surgieron. Al develar los signos y desentrañar los imaginarios sociales que están detrás de algunos escritos la creación literaria se concibe también como entramado político.

Como señalé al principio, la obra de un autor determinado no puede desligarse de la vida de este y de las circunstancias desde donde la creó, la pregunta que surge es ¿desde dónde escribió González de Alba su historia del 68 mexicano? Al respecto Michel De Certeau indica que entre los puntos más importantes de lo que reconoce como la operación historiográfica se encuentra el análisis de las circunstancias en las que se escribe el discurso histórico, y agrega que la tarea debería de consistir en precisar los móviles velados que organizan el espacio producido como un texto (1999:68). ¿Quién es Luis González de Alba, para qué escribe, qué circunstancias hicieron posible el surgimiento de su escritura?

Michel De Certeau afirma que es indispensable el reconocimiento del lugar social desde donde se escribe (1999:67). La operación historiográfica, dice el autor, implica tres circunstancias: las prácticas que constituyen la institución social y organización que hace posible la recuperación del pasado, la escritura sobre este y un lugar social desde donde se escribe. En función de este lugar "los métodos se establecen, una topografía de intereses se precisa y los expedientes de las cuestiones que vamos a preguntar a los documentos se organizan" (1999: 69).

Entre los criterios para seleccionar *Los días y los años* se cuenta el hecho de que de toda la literatura que se escribió a raíz de los sucesos de 1968 en México, el mencionado texto es uno de los de mayor importancia dentro de la literatura en torno al movimiento estudiantil de 1968, que desde su creación ha funcionado para las generaciones subsecuentes como un testimonio sobre las vivencias experimentadas por los jóvenes durante su participación en dicho suceso. *Los días y los años* representa una visión desde el interior del movimiento, desde aquellos estudiantes que fueron reprimidos por el gobierno y cayeron presos aquel 2 de octubre en Tlatelolco. De igual manera, la

obra citada es una de las que cuentan con mayor número de reediciones, la cual alcanzó en sus primeros cuatro meses de vida (esto es de febrero de 1971 a abril del mismo año) un tiraje de 20 mil ejemplares, lo cual para ese momento y para la entonces pequeña editorial que lo publicó, ERA, resultó un hecho sin precedentes. Aunado a lo anterior, para 1986 la Secretaría de Educación Pública incluyó *Los días y los años* en la Segunda Serie de Lecturas Mexicanas que salió con un tiro de 30 mil ejemplares. Además de sus reimpressiones más recientes (a partir de 2008) en editorial Planeta.

Otras situaciones relevantes por las que se eligió esta obra son: que se escribió en cautiverio, en el periodo en que su autor, González de Alba fue recluido en la Penitenciaría de la ciudad de México (1968-1971); que se trata de un libro cuyo origen fue colectivo, lo cual si bien lo enriqueció, también pudo haberlo condicionado; y que no obstante que *Los días y los años* es un texto de carácter endógeno, el primero del para entonces novel escritor, este no adoptó el tono impersonal, panfletario o heroico de la mayoría de los textos producidos por militantes, sino el de uno testimonial y autobiográfico, donde lo público y lo privado; lo político y lo personal, alternan constantemente (como en gran parte de la obra posterior del autor) .

Un texto a través del cual el autor se muestra por vez primera ante sus lectores, donde se presenta como un dirigente comprometido con el movimiento estudiantil del 68 y con sus compañeros del Consejo Nacional de Huelga (CNH)², imagen que irá mutando a través del tiempo y a lo largo de sus escritos, ya que el retrato que construyó en *Los días y los años* en 1971 es la apariencia que en ese momento nos legó “en tanto personaje de tinta y papel” (Vázquez, 2014: 22).

Además este libro, como pocos, tiene una historia paralela, un complemento, pues en 2008 (treinta y siete años después de haber escrito *Los días y los años* y cuatro décadas después del movimiento estudiantil de 68) González de Alba decidió publicar *Otros días, otros años*, novela autobiográfica que sin afán de convertirse en una segunda parte de la mencionada crónica o en una reescritura de la misma presenta cambios en lo referente a lo político. Afina y corrige puntos de vista del primer texto e incluso da nuevas lecturas de lo que pudo haber sucedido el 2 de octubre pero, sobre todo, brinda al lector

² El Consejo Nacional de Huelga nació en agosto de 1968 como el órgano directivo del movimiento estudiantil. Estaba integrado por dos representantes de cada escuela (la UNAM, el Politécnico, El Colegio de México, la Escuela Nacional de Agricultura de Chapingo, la Universidad Iberoamericana, entre otras) y no admitía la representación de federaciones, confederaciones, ligas o partidos políticos, sino únicamente de escuelas. (Véase Guevara, 2004).

la posibilidad de descubrir el aspecto personal del narrador, su intimidad (prácticamente velada en *Los días y los años*) y la batalla que este vivía en paralelo con su militancia política: la de asumir su homosexualidad. A través de estos libros es posible tener un acercamiento a eventos que además de haber incidido de manera determinante en la vida del narrador, marcaron la trayectoria de este país. Me refiero al movimiento estudiantil de 68, a la represión, la cárcel y los presos políticos, pero también a la pandemia del sida y la lucha por los derechos de los homosexuales, entre otros.

Por lo que respecta a la elección del narrador, pareciera que en Luis González de Alba se condensa el espíritu de cierto sector ilustrado y politizado de la generación del 68, la cual según Carlos Monsiváis, comparte una inamovible oposición a diversas clases de autoritarismo y cuyo punto de unidad es la esperanza en las transformaciones democráticas o radicales que empezaban a operarse (2008:103); aunado a lo anterior, según Matute, la generación del 68, entre otras situaciones, se caracterizó por su “tendencia a las rupturas” (1997:91).

Y de alguna manera la vida y obra de González de Alba ha sido una especie de sucesión de enfrentamientos y cuestionamientos de índole personal y política, una cadena de rupturas que quizá inicia cuando el autor sale de Guadalajara (lugar donde creció) y deja atrás el yugo paterno para instalarse en la capital e ingresar a la Universidad Nacional; continúa con su incorporación al movimiento estudiantil donde su enfrentamiento con el Estado lo lleva a purgar casi tres años de condena en la prisión de Lecumberri; poco después, vuelve a enfrentarse al gobierno al dar voz a sus compañeros de lucha y a quienes formaron parte de la revuelta a través de su primer libro *Los días y los años*, que intenta desmentir la versión oficial que señalaba al movimiento estudiantil y a los representantes del CNH como los culpables de las muertes de Tlatelolco y como agitadores profesionales que eran parte de una conspiración del extranjero para desestabilizar al país.

Más tarde añade varios eslabones a esta cadena: al desafiar a uno de sus padres ideológicos (José Revueltas) y a quienes representaron en su adolescencia modelos intelectuales (Elena Poniatowska y Carlos Monsiváis); al ser crítico sin concesiones de sus propios compañeros del CNH y cambiar sus puntos de vista políticos iniciales; al romper el modelo del líder político viril y mostrar su homosexualidad; al cuestionar las posturas políticas, pero también el machismo y la homofobia de la izquierda en general, en ocasiones, dogmática y prejuiciosa.

La presente investigación, trata de reconstruir, con base en fuentes primarias (entre ellas, las entrevistas que realicé a algunos protagonistas de estas historias) y desde las nuevas perspectivas de la historia del libro y la lectura, el proceso que esta obra y su autor tuvieron que transitar. En el caso de la obra, específicamente sus historias de concepción, escritura, edición y recepción, con el fin de tener un acercamiento a situaciones que reflejan los procesos no solo editoriales sino sociales y políticos de la época. Y por lo que toca al autor, algunos procesos formativos iniciales que incidieron en su visión del mundo y derivaron en la escritura de su primera crónica, pero también aquellos episodios de su educación política, social, cultural y sentimental que contribuyeron a que Luis González de Alba se alejara de los primeros grupos a los que perteneció —la dirigencia del CNH y el grupo de intelectuales que encabezaba Carlos Monsiváis (al cual pertenecía Elena Poniatowska)— y posteriormente se convirtiera en un crítico implacable de los mismos.

El seguimiento de estas historias me llevó a empezar por la revisión de los orígenes del autor, su contexto e influencias iniciales; avanzar en su trayectoria vital para acompañarlo en su decisión de migrar de Guadalajara a la ciudad de México, ingresar a la UNAM y, posteriormente, a la política universitaria; iniciar una militancia formal en los grupos Miguel Hernández y José Carlos Mariátegui, hasta llegar a su participación en el movimiento estudiantil de 1968 al formar parte del CNH.

Para abordar la historia de escritura de esta obra fue necesario recorrer las crujías del Palacio Negro de Lecumberri, donde González de Alba estuvo preso al lado de maestros que resultaron un modelo de organización y se opusieron a la desmovilización que podría traer consigo el encierro al ocupar su tiempo y energía en un intenso trabajo creativo; resultó vital ubicar que la obra citada partió de la idea de algunos representantes del Consejo Nacional de Huelga de hacer un texto colectivo sobre los sucesos del movimiento estudiantil, el cual nunca se concretó. Sin embargo dicha idea sirvió como base para que surgieran otras obras de autoría individual, como la de González de Alba o *La noche de Tlatelolco*, de Elena Poniatowska, por solo dar un par de ejemplos. De igual manera fue menester revisar la crítica que José Revueltas hizo al texto de González de Alba, además de los posibles condicionamientos a los que pudo estar sometida la escritura del libro y el papel que dicha escritura pudo desempeñar para que González de Alba sobrelleva mejor el encierro.

Al adentrarme en la publicación de la obra resultó imperativo observar la trayectoria poco común de la editorial ERA, conformada por un pequeño grupo de jóvenes exiliados españoles quienes tenían la idea de reflejar a través de la editorial la discusión de la izquierda que había en esos momentos en México y el mundo; así como conocer la opinión de algunos de sus lectores y de la crítica especializada; además de recorrer los vericuetos de la polémica que sostuvo con la escritora Elena Poniatowska.

Aunque en un momento dado quise terminar esta investigación en el capítulo cuatro, el estudio no hubiera quedado completo sin hablar de *Otros días, otros años*, obra que, como ya se indicó, complementa a la primera; del exilio del autor en Chile; de su regreso al D.F., su incorporación a la lucha de grupos homosexuales, así como su paulatino distanciamiento de la izquierda mexicana, y su último libro *No hubo barco para mí* lo cual me hizo abarcar temporalmente hasta el año 2013, con el fin de tener un panorama más amplio sobre su formación.

Entre las fuentes primarias que se emplearon se cuentan, el libro *Los días y los años* y las entrevistas que hice a algunos de los protagonistas de las historias de concepción, escritura, edición y recepción de la obra mencionada: Raúl Álvarez Garín, representante de la Escuela de Física y Matemáticas del IPN ante el CNH y preso político en 1968; Manuela Garín, maestra emérita de la Facultad de Ingeniería y representante de la Coalición de Maestros en 1968; Carlos Sevilla, preso político en 1968; Roberto Escudero, representante de la Facultad de Filosofía y Letras ante el CNH; la editora de ERA, Neus Espresate, la periodista y escritora, Elena Poniatowska, y al autor de la obra, Luis González de Alba, representante de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM ante el CNH y preso político en Lecumberri.

Asimismo, se recurrió a *Otro días, otros años*, los artículos publicados por González de Alba con respecto al 68, a sus novelas y ensayos; así como a entrevistas de otros estudiosos del tema, videos, documentales, crítica literaria, y a textos cuya temática también es 1968 en México. Para la contextualización histórica se emplearon fuentes secundarias como textos de historia general, autobiografías, biografías, literatura de ficción, reseñas, así como testimonios referentes a la época publicados en revistas, periódicos, suplementos y ensayos.

Las historias de concepción, escritura, edición y recepción se ubican en la ciudad de México y más que abarcar un periodo temporal específico, se abordan los episodios o sucesos principales que las conforman.

Algunas preguntas de investigación que sirvieron de guía en la realización de este trabajo fueron: ¿Cómo fue la formación inicial de Luis González de Alba y cuáles sus influencias políticas, literarias y personales? ¿Cómo condicionaron a González de Alba el encierro y la militancia para escribir *Los días y los años*? ¿Qué papel tuvo la escritura para Luis González cuando estuvo preso y cómo influyó la crítica de José Revueltas en el libro? ¿Fue una escritura libre o condicionada?

¿Cuál fue el impacto editorial de *Los días y los años*? ¿Qué dijeron la crítica y los lectores? ¿Cómo era la intelectualidad mexicana de la época, su mundo privado, el control político y cultural que ejercían? ¿Cuáles fueron las consecuencias de la polémica González-Poniatowska? ¿Cómo afectó la cadena de rupturas de González de Alba con la izquierda mexicana? ¿Cómo afectó lo anterior a la escritura de *Otros días, otros años*? ¿Cuáles fueron los costos por su libertad de pensamiento y acción, para no estar sujeto a condicionamientos impuestos por diferentes grupos políticos e intelectuales?

En el capítulo uno revisaré brevemente los orígenes del autor de *Los días y los años*, Luis González de Alba, hablaré de quiénes fueron sus padres y abuelos y qué tipo de actividades desempeñaban, la clase social a la que pertenecían; en qué espacio físico nació y creció González (Charcas, SLP y Guadalajara, Jalisco). También me referiré a sus primeras lecturas; a sus posibles influencias políticas y literarias; a las instituciones educativas por las que pasó; hablaré de su contacto con otras manifestaciones culturales y de su deseo de trasladarse a la ciudad de México y estudiar en la UNAM. En suma hablaré de su formación inicial.

En el capítulo dos me referiré a las situaciones que anteceden a *Los días y los años* y que posteriormente lo alimentarán: al ingreso de González de Alba a la Facultad de Filosofía y Letras en la UNAM; al inicio de su militancia en los grupos Miguel Hernández y José Carlos Mariátegui; al contacto cercano con maestros e intelectuales de la época con quienes compartió fiestas; a su participación en el movimiento estudiantil y a la formación política y cultural que experimentaron él y su grupo a través de este.

En el tercer capítulo trataré la concepción y escritura de *Los días y los años*. Me referiré al contexto en el que surgió: la cárcel de Lecumberri. Destacaré el ejemplo de

maestros y otras personalidades que hicieron frente a las rejas con una labor creativa que traspasó muros; me referiré a la organización carcelaria de los presos políticos, las discusiones, debates y reflexiones que allí se vertieron sobre el movimiento y que después derivaron en textos sobre el 68 mexicano; a la necesidad de los presos políticos de realizar un libro colectivo que contrarrestara la versión oficial de los hechos del 68 y cómo de este derivó *Los días y los años*; hablaré sobre su primer crítica, realizada por José Revueltas, y de cómo la escritura de este libro pudo estar condicionada; así como de la salida del libro del Palacio Negro.

En el cuarto capítulo hablaré sobre el momento en el que nace *Los días y los años* y las condiciones que imperaban en términos de lectores y autores; temáticas y política cultural; me acercaré a algunas de las repercusiones que pudo tener para el movimiento estudiantil y en el mercado editorial. Empezaré con el contexto en el que vio la luz, presentaré algunas de las condiciones (económicas, políticas y culturales) que coincidieron y coadyuvaron tanto a nivel internacional como en México, para que obras como la de Luis González de Alba, pudieran editarse, contar con un mercado que permitiera su difusión y tuvieran un público interesado en adquirirlas y leerlas. Mencionaré someramente las editoriales que en esos años (finales de los sesenta y principios de los setenta) surgieron, en especial ERA.

Asimismo, hablaré de algunas críticas dedicadas a este libro publicadas en diferentes épocas; de los comentarios de algunos lectores y su identificación con el texto; de las distintas ediciones que ha tenido y finalmente revisaré la polémica que González entabló en contra de Elena Poniatowska por su libro *La noche de Tlatelolco* (a casi treinta años de su publicación) y del impacto de este suceso en González de Alba y su obra.

A través del capítulo cinco describiré someramente el libro *Otros días, otros años*, cómo fue que surgió, qué cambios o ajustes hace a *Los días y los años* y en qué sentido lo complementa. De igual manera proporcionaré algunos datos biográficos de Luis González de Alba al dejar la cárcel, en este caso me detendré básicamente en los eventos que marcaron alguna ruptura con el grupo de dirigentes del CNH con quienes estuvo en Lecumberri, con el grupo de intelectuales de izquierda encabezados por Carlos Monsiváis y Elena Poniatowska o con la izquierda en general y revisaré algunas situaciones que lo ayudaron a afianzar su actividad como luchador por los derechos de grupos homosexuales. Al final dedicaré algunos párrafos a su obra más reciente, *No hubo barco para mí* con la que el autor contraviene la intención de cerrar el capítulo del

movimiento estudiantil y “no volver a hablar de él” como señaló en 2008 cuando publicó *Otros días, otros años*.

CAPÍTULO 1. EL AUTOR: ORÍGENES DE LUIS GONZÁLEZ DE ALBA

A través de este capítulo revisaré brevemente los orígenes del autor de *Los días y los años*, Luis González de Alba, hablaré de su formación inicial, de quiénes fueron sus padres y abuelos y qué tipo de actividades desempeñaban, de la clase socioeconómica a la que pertenecían; del espacio físico en que nació y creció (Charcas, SLP y Guadalajara, Jalisco). También me referiré a sus primeras lecturas; a sus primeras influencias políticas y literarias; las instituciones educativas por las que pasó; hablaré de su contacto con otras manifestaciones culturales y de su deseo de trasladarse a la ciudad de México y estudiar en la UNAM. Lo anterior, en el contexto de su encierro e incomunicación en el Campo Militar Número 1 tras su captura en Tlatelolco el 2 de octubre de 1968.

***Recuerdos de infancia en el Campo Militar Número 1*³**

Cuando la puerta negra de metal se cerró a sus espaldas y Luis González de Alba quedó solo en el centro de la reducidísima celda pudo recapitular lo que había sucedido: el helicóptero sobrevolando la Plaza de las Tres Culturas, las dos bengalas y el inicio de los disparos. Después, el intento de huida, el caos, los golpes y la captura. Aunque para ese momento el representante de la Facultad de Filosofía y Letras ante el Consejo Nacional de Huelga (CNH), no sabía dónde estaba, él junto con Raúl Álvarez Garín, Gilberto Guevara Niebla, Félix Hernández Gamundi, Salvador Martínez della Rocca, “El Pino”, Sócrates Amado Campus Lemus, Pablo Gómez y Eduardo Valle, “El Búho” entre otros, habían sido conducidos al Campo Militar Número 1.

En un extremo de la celda se encontraba la puerta y en el otro una estrecha ventana cruzada por barrotes cuyo vidrio sucio hacía más asfixiante el encierro pues no dejaba ver con claridad del otro lado. Una litera cubierta por una delgada colchoneta y un anaquel verde conformaban el mobiliario. Se recostó en la litera tratando de encontrar alivio en el reposo pero se dio cuenta de que el lugar estaba intensamente iluminado por un foco en el centro, el cual tenía como protección una rejilla metálica: “es para que uno no pueda aflojarlo” (González, 2005: 181), pensó Luis.

Las numerosas imágenes que pasaban por su mente como peces en fuga y la luz eléctrica en el rostro le impedían caer en un sueño profundo, reparador. Recordó los

³ Los datos biográficos de Luis González de Alba incluidos en este apartado son, excepto cuando se indica otra fuente, producto de la entrevista que sostuve con él entre el 28 de agosto de 2012 y julio de 2013.

primeros días del movimiento, los grupos de estudiantes en la Ciudadela que corrían perseguidos por la policía, los comercios que cerraban apresurados, la explosión de las bombas lacrimógenas, las cabezas que se abrían, las espaldas que se doblaban bajo la lluvia de golpes propinados con las macanas, pero tras la represión, la rabia y la impotencia acudían a su pensamiento otras escenas: allí estaba también la gente que aplaudía con admiración desde las banquetas al verlos pasar; el apoyo del rector Barros Sierra al encabezar la marcha del 1 de agosto; las señoras que arrojaban objetos pesados contra los granaderos desde los balcones de sus casas; la sensación de plenitud al entrar al Zócalo y manifestar a voz en cuello el descontento acumulado por mucho tiempo:

De muchas cuadras adelante, rebotando por encima de nosotros, de un lado a otro de la calle, empezó a llegar rítmico, sonoro, producido por decenas de miles de gargantas, el grito de entrada al Zócalo, al intocado Zócalo: “¡Sal al balcón hoción! ¡Sal al balcón hoción! ¡Sal al balcón hoción!” (González, 2005: 61).⁴

¿Cómo había crecido así y había logrado tanto apoyo un movimiento de estudiantes en un México autoritario en el que los jóvenes no tenían voz y cuya prensa estaba en su mayoría manipulada por el gobierno?— se preguntaba. Era difícil de creer pues movimientos de gran envergadura como los de médicos, maestros y ferrocarrileros de la década anterior habían sido ferozmente aplastados e incluso algunos de sus líderes aún se encontraban en la cárcel. Esos tres meses resumían, de alguna manera, años de luchas previas para contrarrestar un régimen donde no había otro partido que el PRI.⁵

El intenso frío lo hacía temblar y no había ni una manta en la celda. En Tlatelolco los habían desnudado, pero poco antes de subir al camión del ejército que los transportó al Campo Militar Número 1 le habían dado un pantalón y unos zapatos, sin embargo llevaba ya varias horas con el torso desnudo. Bajo la colchoneta encontró algunos

⁴ La frase ¡Sal al balcón hoción!, coreada por estudiantes descontentos es una petición a Gustavo Díaz Ordaz, presidente de la República en esa época (quien tenía como característica física labios gruesos y prominentes) a salir al balcón del Palacio Nacional y hacerle frente a las peticiones y los reclamos de los manifestantes.

⁵ En el México de finales de los sesenta figuraban en el panorama electoral: el Partido Acción Nacional (PAN), quien prácticamente siempre perdía ya que los votos los contaba el PRI; el Partido Auténtico de la Revolución Mexicana (PARM) y el Partido Popular Socialista (PPS) de Vicente Lombardo Toledano, los cuales eran partidos controlados por el gobierno que casi siempre postulaban como candidatos a los mismos que nombraba el PRI. En cuanto al Partido Comunista, este no tenía existencia legal (la tuvo a partir de 1979) y su mayor fuerza se encontraba en algunas escuelas de la UNAM y el Politécnico.

periódicos que le sirvieron de frazada. Estuvo tratando de dormir hasta que empezó a amanecer, pero los pies helados, la zozobra y los recuerdos se lo impedían. Era la noche del dos de octubre de 1968.

¿Cómo había llegado él hasta ese punto? Quizá para conjurar el miedo y contrarrestar el frío, González de Alba se refugió en memorias lejanas que le distanciaban de la reciente pesadilla. Pensó en los dedos torpes y la nariz enrojecida de sus cinco años, durante el juego de canicas. Pensó en la llegada de las primeras heladas a su natal Charcas y en cómo apenas iniciaba el invierno, don Luis González Iracheta, su padre, instalaba un calentador de leña en la recámara, para él y sus hermanos (González, 1988). Ese acontecimiento marcaba la cercanía de la Navidad que siempre traía consigo el árbol, el nacimiento y la chimenea encendida de noviembre a febrero. Con febrero también llegaba “el viento que disipaba las heladas”, era entonces el mejor momento para hacer “las cometas coloridas de papel de china que remontaban el cielo sin nubes” (González, 1988) del pequeño poblado en San Luis Potosí. ¡Qué lejano le parecía Charcas en esas horas de insomnio! La niñez de González de Alba había transcurrido en ese poblado cercano a Matehuala y a Real de Catorce. Terregoso, árido, de paisaje montañoso, con huertas de nogales, perales y duraznos circundándolo, clima seco y temperaturas bajo cero en invierno, cuya actividad principal había sido siempre la minería. Por ese entonces, Charcas contaría con 10 mil habitantes y se distinguía por tener una clase media fuerte y elegante acostumbrada a organizar vistosos bailes anuales cuya indumentaria femenina consistía en vestido largo y donde los hombres lucían sus trajes negros (Entrevista a González, 2012).

Don Luis González Iracheta, padre de González de Alba, había crecido en las calles empedradas y solitarias de Charcas, “donde sólo circulaba el auto del médico y el de algún ingeniero que llegaba de la Mina” (González, 1988). Es allí donde conoce a Esther de Alba (quien posteriormente sería su esposa), en unas vacaciones en las que ella visitaba a una prima. Estricto, tradicional, fuertemente priista, respetuoso de las jerarquías, a don Luis González (padre), aunque era católico porque fue bautizado en esa fe, ni a instancias de su madre se le veía alguna vez en misa. (Entrevista a Luis González de Alba, 2012).

Para 1940 Manuel Ávila Camacho había obtenido la presidencia de la República en medio de numerosas quejas de fraude electoral, situación que posteriormente generó desconfianza ante los procesos electorales, la cual se reflejó en desinterés, apatía y

abstencionismo. Lo anterior resultó muy beneficioso para el partido oficial pues con una ciudadanía indiferente el PRI podía actuar a su arbitrio. (Agustín, 1991: 15 y 16) Desde el principio, el mandatario mostró abiertamente su postura anticomunista⁶ y su interés en la industrialización del país. “Para entonces la ciudad de México era el centro inequívoco de la vida nacional (...) Esa fue la década en la que empezó a despuntar una tendencia cosmopolita, lo cual significó el triunfo rotundo de intelectuales como Alfonso Reyes y los Contemporáneos que pasaron de la ‘oposición’ al pleno poder en la llamada República de las Letras” (Agustín, 1991: 18-20).

También para esa época, en México, el campo de las humanidades no solo había sobrevivido épocas difíciles sino que además había aportado valiosos ingredientes a la cultura universal, gracias al talento de los humanistas nacidos en México o exiliados en él (los españoles republicanos, entre ellos, Adolfo Sánchez Vázquez, Pedro Garfias, Enrique Díez Canedo, José Moreno Villa, Wenceslao Roces), y “a la existencia de instituciones creadas en los años veinte y treinta, como la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), el Fondo de Cultura Económica (FCE), el Archivo Histórico de Hacienda y La Casa de España. El broche de oro de esta jornada fue la fundación, en octubre de 1940, de El Colegio de México” (Quintanilla, 2002: 19). Para 1941 el novel escritor José Revueltas publicó *Los muros de agua*, obra basada en sus vivencias en el penal de las Islas Marías, otros jóvenes sólidos en el terreno literario eran los poetas Octavio Paz y Efraín Huerta.

Poco después de que Luis González de Alba, el primero de sus siete hijos naciera un 6 de marzo de 1944, don Luis González Iracheta trabajaría como encargado de la próspera farmacia de su padre, la única del pueblo que ofrecía perfumes, juguetes y chocolates y que tenía una ubicación inmejorable pues estaba frente a la plaza principal. Esther y su marido se instalaron entonces en una casa amplia en la que había un piano que Esther tocaba, en el cual ella y su madre, doña Matilde, enseñarían al pequeño

⁶ A pesar de que este fue un difícil periodo para el Partido Comunista, es importante señalar que no todos los problemas de la izquierda fueron causados por el gobierno, pues casi desde sus inicios, el PCM reprodujo las prácticas intolerantes de la Unión Soviética, de tal manera que en México también “se practicaron expulsiones, excomuniones, anatemas, delaciones, persecuciones, todo en nombre de la verdad revelada por Marx. El asesinato de Trotski (perpetrado en la ciudad de México por un agente de Stalin)” constituyó, entre otros ejemplos, un acto injustificable. “No obstante el acoso interior y las purgas interiores el PC sobrevivió en la clandestinidad o la cárcel en espera de tiempos favorables” (Krauze, 2014: 170).

González de Alba las primeras notas y los primeros ejercicios del método Beyer (Entrevista a González, 2013).

Esther de Alba había pasado toda su infancia en Saltillo, Coahuila, pero ya adolescente vivió en el Distrito Federal. Aunque solo había estudiado la primaria, de soltera trabajó como mecanógrafa en la Secretaría de Hacienda. Escribía tan rápido, con todos los dedos y sin ver el teclado, que algunas personas se detenían para mirarla. Su madre, Matilde Martínez (la abuela de González de Alba), originaria de Matamoros, Tamaulipas, quien interpretaba al piano algunos vales mexicanos del siglo XIX y la Rapsodia húngara número 2 de Liszt, de manera notable, hubiera querido legarle no solo sus conocimientos sino también su talento, pero Esther apenas llegó a interpretar con poca destreza La primera caricia, de Constantino de Crescenzo, El lago de Como, de Galos, y la Serenata de Schubert.

A Esther de Alba el gusto por la música no solo le venía por parte de su madre, pues su padre, el teniente coronel Luis de Alba Muñoz, oriundo de Encarnación, Jalisco, quien había estudiado en el Colegio Militar (en la época de Porfirio Díaz) y era masón, tenía la costumbre de escuchar ópera por radio todo el día, afición que heredó a sus tres hijos (Isaura, Luis y Esther). (Entrevista a González, 2012)

La dureza de la letra, la zozobra y las dudas ahuyentaban el reposo. En medio de esos agradables recuerdos familiares se asomaban repentinos nubarrones, y es que, a González de Alba, Charcas también le recordaba las celebraciones. Pensaba que en marzo de ese 1968 había cumplido 24 años y, por cómo estaban las cosas, se preguntaba si llegaría a celebrar los 25. Para Luis y sus hermanos los cumpleaños eran un acontecimiento especial pues Esther de Alba, su madre, se daba a la tarea de hornear un pastel, el cual, pese a que casi siempre quedaba “ligeramente quemado y un poco chueco, tenía un betún delicioso, quebradizo y brillante que se preparaba con limón (Entrevista a González, 2012). En esos días en que todavía la espumosa leche se repartía “a lomo de burra de casa en casa” (González, 1988), González de Alba iniciaba su enseñanza formal en la única escuela por entonces, la pública Benito Juárez. Poco después su padre acompañado por otros hombres destacados del poblado llevaron a unas monjas a Charcas y hubo primaria particular, el Colegio Miguel Hidalgo. Al principio las monjas, nada más querían dar clases a niñas, pero empezaron a aceptar niños en los tres primeros años de primaria. Así González de Alba entró con ellas a tercer grado y conforme él y otros niños fueron pasando de un año a otro, la escuela acabó teniendo

niños varones en sexto grado. Durante los tres años y medio que asistió con las monjas fue un alumno brillante, “siempre llegaba a fin de cursos lleno de premios y medallas” (Entrevista a González, 2012).

Fue con Esther que, muy niño, González de Alba visitó por primera vez la ciudad de México, en el viaje anual que su madre hacía para ver a su familia. En esa visita un enorme árbol de Navidad con foquitos de colores lo sorprendió en casa de su tío Luis de Alba. Como en Charcas no había electricidad, el pequeño Luis ni imaginaba que pudiera existir algo así.

Por su parte, la familia González hablaba poco de política y presidentes, “ni para bien ni para mal”, pero como hombre respetuoso de las jerarquías, don Luis González Iracheta, ponía un tono especial al decir: “El Señor Presidente”, fuera quien fuera este, mientras que, su hermano Humberto (tío de González de Alba), quien tenía una ferretería en una de las zonas más concurridas de Charcas, “instalaba bocinas metálicas con forma de cornetas en la esquina de su negocio, dirigidas a ambas calles, las principales del pueblo, para poner, a todo volumen, el Informe presidencial completo, cuando los presidentes leían por horas los costos de cada obra, pero eso no importaba, era el Informe del Presidente y la gente debía escucharlo” (Entrevista a González, 2013).

Lecturas e influencias

A Esther de Alba y a su hermana Isaura les gustaba leer, gracias a ello González de Alba entró pronto en contacto con los libros. En Charcas leía lo que su madre aprobaba: las novelas de Don Camilo, de Giovanni Guareschi; *La Cabaña del Tío Tom*; una colección de libros infantiles empastados en tela: *La Hora del Niño*. Una pequeña novela: *Kimo: una historia de Hawaii*, *El corazón de piedra verde*, *El pozo de la soledad* y la revista *Selecciones*. Don Luis González Iracheta nunca terminó la primaria y, a diferencia de su esposa, no le atraían los libros, él prefería revisar el diario *El Informador*, sin embargo estaba convencido de que sus hijos debían leer. Quizá por ello en una Navidad, cuando su primogénito tenía nueve años, decidió regalarle dos enormes y lujosos volúmenes en papel cuché y pastas en tela con repujados dorados, cuyo título era *Mil aspectos de la Tierra y del Espacio*. Cuando otros niños vieron que el regalo de Luis eran libros, sintieron lástima por él, pues lo que ellos deseaban recibir en esas fechas era, por supuesto, un juguete. Sin embargo, González de Alba apreciaría en todo su valor esos libros con fotografías de galaxias e información de astronomía. Posiblemente esas lecturas de niñez

lo ayudaron a empezar a crear el hábito lector y muy posiblemente González de Alba encontró una manera de distanciarse de los otros niños, de ser especial, de acceder a otros mundos más amplios que los del pequeño poblado de Charcas o la atmósfera opresiva y estrecha de Guadalajara.

Hacia 1954, cuando empezaba el sexto grado, su tía Isaura de Alba (a quien todos llamaban cariñosamente Chagua) convenció a su cuñado de "prestarle" a sus dos hijos mayores para llevarlos a vivir con ella a Guadalajara. La verdadera intención de Isaura era obligar a don Luis a dejar Charcas y sacar de ese "pueblo terregoso en el que se encontraba hundida" (Entrevista a González, 2013) a su hermana Esther. Así, con apenas diez años, Luis González de Alba y su hermano Pedro Gerardo, dejaron trancos sus cursos y se fueron a vivir con la tía Chagua, quien los inscribió con los jesuitas en el Instituto de Ciencias, cuya primaria se llamaba Colegio Unión. Ambos niños perdieron medio año porque en Charcas el calendario era A (de febrero a noviembre) y en Guadalajara y el norte era B (de septiembre a julio). Desde sus primeros años González de Alba destacó en la instrucción formal, la cual estuvo marcada por la religión católica en la niñez (monjas y secundaria jesuitas). Su educación también sobresalió por su alto nivel académico pues, entre otras situaciones, los jesuitas han sido considerados los intelectuales del catolicismo.

Ese año que vivió con su tía materna fue fundamental en la formación de González de Alba pues entraría en contacto con el hijo mayor de esta, su primo Luis Gutiérrez de Alba, siete años mayor que él y quien le proporcionó su primera información política pues le hablaría de Cuba, de Fidel Castro y de la "necesidad" del Muro de Berlín, entre otros temas.

El primo Luis no militaba en partido alguno ni pertenecía a ningún grupo del que González de Alba tuviera noticia, tampoco había leído sobre marxismo. Mucho de lo que sabía y transmitió al púber González de Alba era lo que escuchaba o leía de otros, tenía una posición de izquierda un tanto radical. Leía a Blanco Moheno y a Lombardo Toledano en la revista *Siempre!* y era transgresor y desafiante, de un carácter bastante opuesto al del González de Alba de aquella época. Rebelde, mal fajado, "de poses James-Deanianas, descalzo al manejar el auto de la tía Chagua" (Entrevista a González, 2012), causó un fuerte efecto en la incipiente concepción del mundo de su primo menor. Otro hallazgo que también tendría una fuerte incidencia en González de Alba durante ese primer año en Guadalajara fue la vieja colección de Emilio Salgari que encontró dentro de

un clóset, gracias a la que leyó toda la serie de Los Piratas de la Malasia (*Los tigres de la Malasia*), además de *El Corsario Negro*, *El hijo del Corsario Rojo*. Allí mismo dio con un ejemplar muy viejo de *Demian*, de Herman Hesse, que leería un poco más tarde y le impactaría de una manera profunda. Por entonces escuchaba en compañía de su primo Luis Gutiérrez, música clásica, Chaikovski, Paganini, conciertos para piano y violín.

Mientras González de Alba tenía su primera información política sobre una ideología diferente a la del PRI, en los cafés ubicados en el centro de la ciudad de México se escuchaba un numeroso y variado grupo de voces de izquierda:

desde los marxistas leninistas hasta los cardenistas nacionalistas, pasando por los socialistas, trostkistas, anarquistas, etc. Marxistas ortodoxos eran el pintor David Alfaro Siqueiros (que había comandado tropas en la guerra civil española) y los agresivos líderes ferrocarrileros Valentín Campa y Hernán Laborde. Comunistas heterodoxos eran el escritor José Revueltas (que vivía el marxismo con el espíritu de un mártir cristiano en las catacumbas) y el pintor Diego Rivera (expulsado del PC por alojar en su casa a Trotski) (Krauze, 2014: 170-171).

También estaban los marxistas por convicción pero que no estaban afiliados a Moscú, seguidores de Narciso Bassols y quizá el hombre más prestigioso y polémico de la época era Vicente Lombardo Toledano, cuya ideología era una mezcla entre marxismo y nacionalismo. En suma, según Enrique Krauze, en los cincuenta “la alta cultura mexicana comenzaba a ser, mayoritariamente, de izquierda” (2014: 170).

Para 1955, cuando el presidente Ruiz Cortines estaba casi a la mitad de su gestión, y los González de Alba que habían quedado en Charcas llegaron a instalarse en Guadalajara (que no contaba ni con un millón de habitantes), don Luis González Iracheta decidió rentar una casa muy amplia de balcones y techos altos, que estaba por el rumbo del Santuario, a seis cuadras del Centro. Ya con la familia reunida, los padres, cinco hijos (Luis, Pedro Gerardo, Arturo, Miguel Ángel, y Ricardo) y dos hijas (María Esther y Matilde), don Luis continuó con la actividad que había desarrollado hasta entonces e instaló una farmacia a media cuadra de su casa, donde los tres hijos mayores debían ayudar. González de Alba prosiguió sus estudios de secundaria con los jesuitas en el Instituto de Ciencias, “donde los pantalones vaqueros sólo estaban permitidos a los norteños”, (González, 2008). Fue por esos días que su padre le regaló la Colección Cadete: unos libros verdes con su propio librero que contenía *Mujercitas*, *Hombrecitos* y

Los Primitos, de Luise May Alcott, *Robinson Crusoe* de Daniel Defoe, obras de Julio Verne y una selección de capítulos de *El Quijote*.

La segunda etapa del gobierno de Ruiz Cortines y los dos sexenios que le sucedieron han sido definidos como los años del “desarrollo estabilizador”, época en la cual la economía creció sin que haya habido aumentos considerables en los precios de los productos (Cordera y Orive, 1984: 161); el desarrollo industrial comenzaba a tomar cuerpo y el sistema nacional de relaciones se había definido ya, manifestándose en lo político en la consolidación del carácter corporativo del Estado.

Durante la secundaria y la preparatoria González de Alba no hizo muchos amigos. Su rutina era ir a la escuela y volver directo a su casa, pues por las tardes y parte de la noche debía ayudar en la farmacia paterna. A lo largo de esas jornadas Luis recibía gritos y regaños por parte de su padre. Con el fin de evadir esa responsabilidad que le desagradaba se inscribió a clases de piano en la Escuela de Música de la Universidad de Guadalajara. La suya fue una adolescencia en la que la mayor parte del tiempo estaba absorto, distraído y solo.

Esther e Isaura de Alba se reunían con frecuencia, algunas veces lo hacían para conversar, otras para pintar, pues las dos compartían esa afición; y algunas más para leer. Al igual que González de Alba, ambas disfrutaban los cuentos de Óscar Wilde. Sin embargo a él le parecía un exceso de sentimentalismo cuando las veía llorar mientras “leían en voz alta y quebrada por los sollozos” (Entrevista a González, 2012) “El ruiseñor y la rosa” o “El príncipe feliz”. Aunque ya no viviera con su tía Isaura, González de Alba conservaría por algún tiempo la admiración que tenía por su belleza y personalidad (ya adulto la compararía con la Santa Ana de Leonardo da Vinci e inspiraría el personaje de su novela *Olga* [2010]).

Fue por esa época cuando un maestro de literatura entregó a González de Alba un listado con “todo lo que una persona debería leer en su vida”. Al saber su padre del listado lo tomó y, sin decir nada, fue a una librería y compró los textos recomendados. De esta manera Luis entró en contacto con autores como: Esquilo, Sófocles, Eurípides y Aristófanes. Poco después, sin un motivo particular, ni Navidad ni cumpleaños, don Luis llevó a González de Alba, quien tenía 14 años, a una librería y le dejó elegir algunos libros de su preferencia. Él seleccionó las obras completas de Dostoievski, en tres gruesos tomos empastados en piel de la editorial Aguilar. Leyó así *Las noches blancas*,

Crimen y castigo, *El idiota*, *Los hermanos Karamázov*, entre otras.⁷ Le gustó mucho *Las noches blancas*, novela que se desarrolla en el San Petersburgo del siglo XIX y que narra el aislamiento y la soledad en la que vive un tímido joven hasta que conoce a Nástienka, de quien se enamora sin ser correspondido, pero a la que agradece el haber compartido la felicidad efímera de aquel tiempo en su compañía. No resulta extraño que en ese momento el González de Alba adolescente se identificara con el personaje joven y solitario de *Las noches blancas* que buscaba salir de su situación a través del amor (ya adulto, González preferiría otras obras de Dostoievski como *Los hermanos Karamázov*). Lo que sí llama la atención son las semejanzas que más tarde (es decir, ya cuando González era adulto) se encontrarían entre su vida y la de Dostoievski⁸. Estaba tan influenciado por Dostoievski que para González de Alba el clima de Guadalajara comenzó a ser detestable porque deseaba vestirse como en San Petersburgo, con suéter grueso, abrigo y gorro de piel para la nieve. Es entonces que inició la escritura de algunos cuentos basados en el estilo del autor ruso. (Entrevista a González, 2013).

A la pequeña María Esther, le causaba escalofrío ver a su hermano mayor absorto en aquellos “libros gordos, con hojas de papel biblia”, le costaba trabajo entender su entusiasmo. Es posible que González de Alba encontrara en esas lecturas respuestas a ciertas dudas que a medida que se internaba en la adolescencia aumentaban: “comenzaba a no creer en un Dios personal iracundo, con hoguera para los pecadores”. Aunque estudiaba con jesuitas y se confesaba con regularidad, ya no creía buena parte de la historia que la iglesia contaba. (Entrevista a González, 2013) Su primo, Luis Gutiérrez, contribuyó mucho para que él empezara a cuestionar no solo temas religiosos sino también sociales y políticos, pues además de ponerlo a leer la revista *Siempre!*, comentaba con él las ideas de algunos articulistas. Al principio González de Alba leía solamente a Carlo Coccioli, pero su primo le dijo que debía revisar a Roberto Blanco Moheno y otros.

⁷ Fiódor Dostoievski es uno de los escritores más reconocidos de la Rusia zarista, su literatura explora la psicología humana en el contexto político, social y espiritual de la sociedad rusa del siglo XIX. Su obra, aunque escrita en el XIX, refleja también al hombre y la sociedad de hoy.

⁸ Entre las semejanzas aludidas se encuentran, por ejemplo, que ambos padecieron tanto la tiranía de padres autoritarios como la de sus gobiernos, y los dos estuvieron presos a causa de sus ideas políticas. Aunque lo anterior puede ser una coincidencia, vale la pena recordar lo que Castillo señala en su texto “La biblioteca interior...”: “existen algunos casos en los que los libros y la lectura asumen un papel cardinal en la construcción narrativa de la propia vida” (2004: 46).

La lectura de los clásicos, de Hesse y de Dostoievski, así como de la revista *Siempre!* posiblemente ampliaron la visión de mundo del joven González de Alba y lo impulsaron en la búsqueda de otros horizontes donde su voz encontrara eco y su necesidad de conocimiento no se estrellara con el “autoritarismo de su padre” ni con la “falta de opciones” (Entrevista a González, 2012) que caracterizaba a la capital jalisciense. Aunado a lo anterior la influencia de su primo Luis Gutiérrez resultó fundamental para insertarlo en un mundo donde sí era posible transgredir y donde los jóvenes rebeldes tenían cabida.

Hacia 1958, último año de la gestión de Adolfo Ruiz Cortines, se llevaron a cabo varios movimientos por parte de los sindicatos de telegrafistas, telefonistas, petroleros, maestros y ferrocarrileros. Entre las similitudes que estos presentaban se cuentan: una demanda de incremento salarial, además de propugnar por formas de organización más democráticas e independientes del Estado. Además los agremiados de los mencionados sindicatos manifestaban un profundo descontento hacia sus dirigentes. Si bien ninguno de estos movimientos se consolidó debido a que los trabajadores resultaron reprimidos y los líderes encarcelados, tanto el conflicto magisterial como el ferrocarrilero (encabezado este último por Demetrio Vallejo y Valentín Campa) sobresalieron y sentaron las bases para nuevas movilizaciones. Para 1959, con la huida de Cuba del dictador Fulgencio Batista, la Revolución Cubana se volvió la noticia más importante del orbe. En México, mientras los grupos de izquierda proclamaron su entusiasmo, el gobierno mantuvo una actitud mesurada, pues como para ese momento la lucha de los maestros y ferrocarrileros por mejorar sus condiciones continuaba, los aires de revolución no resultaban nada convenientes (Agustín, 1991).

Con el fin de contrarrestar los efectos de rebeldía que dicha conflagración tuvo en algunos grupos que estaban en abierta oposición al gobierno, entre las primeras acciones emprendidas por Adolfo López Mateos al tomar posesión de su cargo como presidente de la República, se cuenta la de esforzarse por dar una imagen “revolucionaria”, por lo que después de la escalada de violencia que sufrieron los trabajadores el gobierno cambió de táctica y comenzó a hacer ciertas concesiones, lo cual ayudó a desactivar las protestas que se estaban gestando en algunos sectores. “Se otorgaron concesiones selectivas que llevaron a la modificación de la Ley Federal del Trabajo y al aumento en el gasto social y de educación” (Carr, 1996).

No obstante los esfuerzos del mandatario, la realidad se imponía y contrastaba con lo fabricado por la maquinaria del Estado (Agustín, 1991). El descontento de los mexicanos con el PRI crecía, no disminuía la mitificación de la Revolución Cubana, ni cesaban las campañas por la libertad de los presos políticos. Dichas manifestaciones de descontento causaron temor entre la oligarquía nacional, la cual, además de intensificar el aparato represivo, adoptó las campañas anticomunistas estadounidenses (exacerbadas por entonces debido a la guerra de Vietnam) y “desató una paranoia antimarxista... Se dio un reforzamiento del fanatismo religioso y anticomunista. A escala nacional se inició la campaña ‘Cristianismo sí, comunismo no’ y ‘Este es un hogar decente, no se acepta propaganda protestante o comunista’” (Agustín, 1991).

A principios de los sesenta, México contaba ya con casi 35 millones de habitantes (la mayoría en las ciudades). La expansión de la clase media, la industrialización, la migración del campo a las ciudades y al vecino país del norte, entre otras situaciones, habían transformado de manera profunda la vida nacional. En 1960 había un estudiante de educación superior por cada 333 personas; en 1970 por cada 125 personas; en 1977 una de cada 55 personas estaba en la educación superior. Las cifras correspondientes al Distrito Federal son todavía más impresionantes: una de cada 111 en 1960; una de cada 66 en 1970, y una de cada 33 para 1977 (Carr, 1996). Estas cifras indican que hubo un proceso de masificación en las escuelas, miles de hijos de trabajadores y campesinos que emigraban a la ciudad para buscar trabajo durante el proceso de industrialización se incorporaban a escuelas superiores. No obstante la mencionada incorporación a escuelas como la UNAM y el Politécnico (que contaban en 1968, con más de 200 mil estudiantes y con más de 100 mil, respectivamente), los jóvenes de aquella época no escapaban al ambiente de asfixia que se vivía en la sociedad, algunos de ellos eran, posiblemente, hijos de ferrocarrileros, telefonistas, metalúrgicos, entre otros, que había sido reprimidos por cuestionar al régimen. Estos jóvenes que emergieron del “desarrollo estabilizador” exigían un lugar en el marco del sistema, sin embargo este no estaba interesado ni en escucharlos, ni en proporcionarles ningún tipo de espacio (Carr, 1996).

En marzo de 1960 cuando González de Alba cumplió 16 años encontró en *Siempre!* algunas entrevistas de Elena Poniatowska, a la que empezó a seguir. Un año después, también gracias a dicha publicación, se haría asiduo lector de Jorge Ibarguengoitia a quien disfrutaba cada semana pues le parecía “un humorista genial” (Entrevista a González, 2012). A falta de amigos, además del vínculo que creó con su

primo materno, también tuvo una relación cercana con su primo paterno Arnoldo González González, tres años mayor que él, con quien compartía el gusto por Dostoievski, y por la pintura, quien poco a poco se había convertido en una de sus compañías más constantes durante esos años de adolescencia. Fue él quien lo convenció de cursar la preparatoria en la Universidad Autónoma de Guadalajara, decisión que pronto lamentaría pues entre lo primero que encontró fue a algunos alumnos que eran “admiradores de Adolfo Hitler y a maestros de un anticomunismo francamente ramplón” (Entrevista a González, 2013). El ambiente de la Autónoma le pareció opresivo. Como una forma de deslindarse de esa manera de pensar con la que no estaba de acuerdo, comenzó a ir a clases con la revista *Siempre!* bajo el brazo un día; al otro llevaba *La Náusea*, de Jean Paul Sartre. El ambiente represivo de la preparatoria se correspondía con el de las calles, por esos años, “en Guadalajara los patrulleros traían tijeras. Cuando veían a un ‘greñudo’ (...), lo detenían, lo echaban sobre la patrulla y lo trasquilaban” (González, 2008).

Durante la década de los sesenta el sistema educativo entró en una dinámica de expansión. La educación superior recibió de lleno el impacto pues mientras en 1940 el 1.2% de la población de entre 20 y 24 años tenía acceso a la educación superior (licenciatura); para 1960, los porcentajes empezaron a aumentar de manera paulatina, al colocarse en 2.1%; para 1970 volverían a subir al 6.3%; y ya para 1976 alcanzarían el 9.6% (Wences, 1984:137).

Para cuando González de Alba entró a la preparatoria su primo Luis Gutiérrez ya se había casado y se había mudado a San Luis Potosí donde administraba un pequeño hotel, propiedad de un tío, cerca de la cascada El Salto. González de Alba pasaba con él un mes en verano, a veces en El Mante, Tamaulipas y otras allí cerca, en El Salto, “frente a una cascada maravillosa y un río azul intenso”. Disfrutaba mucho la compañía de su primo pues con él se permitía ser rebelde y experimentar situaciones que a sus 16 años y por su cuenta no hubiera vivido. Después de convivir con su tocayo, González de Alba volvía cambiado e insoportable a Guadalajara, hartado de ser el niño juicioso, estudioso y rígido que era comúnmente.

Fue en una de esas vacaciones, una tarde a la hora de la comida que la esposa de su primo Luis les pidió a ambos que fueran al pueblo cercano a comprar algunos víveres. Al llegar a la carretera principal, divertido y retador, Luis Gutiérrez le sugirió a

González de Alba irse a Tampico en lugar de regresar a su casa. En esa “escapada” y con la mujer de su primo esperándolos, Luis Gutiérrez vio en la carretera a un par de muchachas que pedían “aventón”. Las subió al auto, puso a una con él y a su primo menor lo envió con la otra a la parte trasera. González de Alba se petrificó. Cuando los de adelante, “en pleno ‘faje’, notaron el silencio, suspendieron la acción” (Entrevista a González, 2012). Bajaron del auto y Luis Gutiérrez le reclamó a su tocayo por haberle arruinado el plan. Molesto, le cuestionó por qué no había hecho él lo mismo, para lo que González de Alba aún no tendría respuesta.

Quizá la primera persona por la que González de Alba sentiría un interés especial, “todavía sin conciencia clara de lo que eso significaba” (Entrevista a González, 2012), fue por un compañero de la preparatoria quien además era novio de su prima, la hija menor de su tía Isaura. También se llamaba Luis y era el único en la preparatoria que tenía una gran motocicleta. A González de Alba le gustaba que le diera aventón en la moto y con ese pretexto, ir sosteniéndose de él (Entrevista a González, 2012).

La asidua lectura de *Siempre!*, a través de la cual se enteraba de los estrenos de teatro en la Casa del Lago, los conciertos en Bellas Artes, las presentaciones de libros, la Zona Rosa, hacían que González de Alba quisiera estar cada vez menos en Guadalajara y más en la capital. Además quería seguir estudiando y hacerlo en la Máxima Casa de Estudios, por ello, cuando terminó la preparatoria decidió irse al Distrito Federal.

El paso rítmico de las botas del pelotón al pasar frente a la puerta de su celda lo sacaron de esas reflexiones de niñez y adolescencia y lo llevaron a otros menos felices. Esa tarde del miércoles 2 de octubre todavía podía sentirse en el ambiente el jubiloso entusiasmo de los brigadistas cuando de uno de los helicópteros que sobrevolaban la Plaza de las Tres Culturas, cayeron dos luces de bengala anunciando que el sueño había terminado. El recrudecimiento de la represión había sido punto clave para alimentar el movimiento, cuya fuerza provenía de un descontento añejo y se enmarcaba en un momento en que los jóvenes universitarios empezaron a ser más críticos (posiblemente gracias al contexto de la Revolución Cubana, la guerra de Vietnam, la Primavera de Praga, el mayo francés, a las cátedras universitarias menos repetitivas y más reflexivas, a la participación de muchos de los representantes del CNH en partidos y/o células de izquierda, y a las lecturas marxistas, entre otras muchas situaciones).

Cuando los dirigentes del Consejo Nacional de Huelga que se encontraban como oradores, desde el balcón del edificio Chihuahua en el mitin de Tlatelolco, escucharon los primeros disparos y vieron que hombres armados subían con la intención de atraparlos, la mayoría de estos trataron de escapar corriendo escaleras arriba. Como no había forma de abandonar el edificio se metieron al departamento de la novia de Félix Hernández Gamundi,⁹ cuya puerta estaba abierta. Al interior de la vivienda

el calentador había sido perforado en varios sitios y toda la habitación se encontraba inundada. Tirados entre el agua helada que escurría hasta las escaleras (...) escuchábamos los golpes en los departamentos inferiores, si la puerta no cedía arrancaban la chapa con una descarga de ametralladora. En seguida se oían nuevos golpes en una puerta más cercana. Todos aguantábamos la respiración, alguien empezó a llorar (...) (González, 2005: 190 y 191).

En unos cuantos meses los dirigentes del Consejo Nacional de Huelga habían pasado del paraíso que representaba ejercer su libertad, de la sensación de que eran capaces de cambiarlo todo y de la embriaguez que les causaba saberse al fin escuchados y reconocidos, no solo en el ámbito privado sino también en la escena pública, al infierno de la tortura y el encierro. Poco a poco la claridad del nuevo día iluminó la celda, fue hasta entonces que apagaron la luz y González de Alba pudo al fin conciliar el sueño, despertó cuando ya era de día. De pie sobre su litera

podía ver una franja de pasto, dos o tres metros de alfalfa y la muralla con puestos de vigilancia (...) Me acosté con la cabeza hacia la puerta, vi el cielo recortado en la ventana y me acordé de Wilde: “Ese cuadrado azul que es el cielo de los presos”; por primera vez en mucho tiempo lloré (González, 2005: 183).

En la soledad de su celda, sin tener más ocupación que observar los cambios de la luz reflejados en la pared de mosaico café y repasar las historietas de los periódicos viejos que durante esos días le habían servido para cubrirse del frío, Luis se preguntaba, “¿cuántos habrían quedado tirados en la plaza, entre la sangre propia y la ajena?” (González, 2005: 188). Como una manera de anclarse a la lucidez y al exterior procuró no perder la cuenta de los días, el sentido del tiempo y, quizá por hacer un paralelismo con otra situación opresiva en su vida de la que pudo librarse, recordó su salida de Guadalajara y su arribo a la ciudad.

⁹ Félix Hernández Gamundi era representante de la Escuela Superior de Ingeniería Mecánica y Eléctrica (ESIME) del IPN ante el CNH y preso político en Lecumberri.

De Guadalajara al DF

Era de noche cuando Luis González de Alba subió al autobús con su única maleta y la gabardina que había comprado para hacer caso a la advertencia de que “en México llueve mucho”. A medida que el vehículo se alejaba de Guadalajara y avanzaba hacia la capital su deseo de estudiar en la Universidad Nacional Autónoma de México se volvía cada kilómetro más real. Los primeros días de febrero de 1964 marcaban el inicio del semestre en el entonces Colegio de Psicología de la Facultad de Filosofía y Letras (por entonces era allí donde se estudiaba la carrera, antes de que existiera la Facultad de Psicología). Al amanecer estaría al fin en la ciudad donde ya no tendría que pasar todo su tiempo libre ayudando en el negocio de su padre. Mientras observaba por la ventanilla las sombras del paisaje nocturno a orillas de la carretera, lamentaba los amigos que no había podido hacer y las fiestas a las que había dejado de ir.

A finales de 1964, Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970) tomaba posesión de la presidencia mexicana en condiciones favorables, ya que los problemas económicos no parecían apremiantes. El nuevo presidente continuó el ‘desarrollo estabilizador’, de los dos regímenes anteriores. La década de los sesenta “había registrado un crecimiento económico rápido y sostenido, una tasa de inflación notablemente baja y un mantenimiento de la estabilidad cambiaria” (Cordera y Orive, 1984: 161).

Hacia algún tiempo que el panorama en Guadalajara le parecía de una grisura insoportable, pero quizá esa sensación se había acentuado desde que empezó a aficionarse a la revista *Siempre!* y a su suplemento *La cultura en México*, donde además de entrar en contacto con la escena política y cultural del país a través de ensayos, entrevistas y otros textos de las plumas más críticas del momento, se enteraba de los nuevos libros, los estrenos de cine, de los conciertos en la UNAM, así como de los personajes de la élite intelectual de la época. Cada que cobraba conciencia de todo lo que acontecía en la capital que él se perdía sabía que no podía seguir en Guadalajara. A sus 20 años ya había vivido en dos lugares diferentes, Charcas y Guadalajara y pronto se instalaría en la capital. Aunque el movimiento y el sonido monótono del motor lo adormecían, la promesa de libertad que le ofrecía el futuro lo mantenía despierto, en medio de esa duermevela en la cual la mayoría de los sentimientos eran felices y esperanzadores, paradójicamente recordó uno de los pocos episodios dolorosos de su niñez.

Fue durante unas vacaciones de verano en la ciudad de México que su tío abuelo materno les dio por regalo anual, a él (que por entonces tendría nueve años) y a su hermano, Pedro Gerardo (un par de años menor) cincuenta pesos. Con esta cantidad que para ellos representaba una verdadera fortuna decidieron comprar regalos para su padre. Para cuando llegó el día de las compras, Pedro Gerardo había gastado buena parte del dinero por lo que solo pudo adquirir un par de paliacates, de los que usaban los mineros pobres en Charcas, mientras que Luis compró unos pañuelos blancos, finos, en caja dorada, la cual tenía la leyenda “Hechos en Suiza”.

De regreso a Charcas, los niños le entregaron los regalos a su padre. Al abrir el obsequio de Pedro Gerardo (hijo preferido de don Luis) en su rostro se dibujó una amplia sonrisa de orgullo. A los pocos días don Luis preguntó a González de Alba el precio de su obsequio. Satisfecho de su compra respondió que habían sido veintidós pesos por los nueve pañuelos. Molesto, don Luis aclaró que no eran nueve pañuelos sino solo tres y que cómo era posible que lo hubieran engañado así. A lo que González de Alba respondió con inocencia que él mismo los había contado. Furioso, don Luis estalló en insultos contra su primogénito al aclararle que había contado las puntas y que esos pañuelos venían siempre doblados en tres. A gritos y de forma hiriente le dijo que le resultaba increíble que en su escuela lo consideraran inteligente cuando en realidad no era más que “¡un bruto, un animal!” (González, 1988: s/p).

Poco después González de Alba descubrió la caja de los pañuelos expuesta en la vitrina de la farmacia que atendía su padre con el precio que él mismo le había proporcionado. Caminó por las calles del pueblo derramando a cada paso “lágrimas desoladas” (González, 1988: s/p).

Su propuesta de irse a estudiar a la capital no tuvo oposición alguna, como era “el aplicado de su familia”, lo normal era que quisiera seguir estudiando, y como las carreras que quería (Física o Astronomía) no las impartían las universidades de Guadalajara era lógico que buscara irse a la UNAM, así que su madre les escribió a unas tías lejanas que tenían una casa de huéspedes con quienes por un precio razonable podría vivir. Cuando llegó a la capital ya había amanecido, los aromas de la metrópoli siempre le habían llamado la atención, “un olor inquietante a ciudad y mundo” (Entrevista a González, 2012). Nadie lo esperaba, así que tomó un taxi, dio la dirección al conductor y se internó en un entramado urbano que desconocía. En un primer momento llegó con las tías

lejanas que rentaban cuartos en la colonia Narvarte. Aunque a las tías, madre e hija, solo las había visto una o dos veces, lo recibieron con gusto.

Su primera etapa en la ciudad fue una época de limitaciones económicas. La mensualidad que cobraban sus tías dejaba poco dinero extra, Luis debía pedirles para el camión todos los días y, aunque a veces Esther de Alba le enviaba algo más, esto no era suficiente. A pesar de que el padre de Luis seguía siendo el dueño de una farmacia ubicada en una zona privilegiada de Guadalajara, esta nunca fue realmente próspera por lo que los ingresos de los González de Alba no eran los esperados (Entrevista a González, 2012).

Poco después las tías con la que se hospedaba se mudaron a Echeagaray, en el Estado de México, por entonces muy poco poblado, lo cual le obligaba a tomar tres camiones y hacer un trayecto de más de dos horas para llegar a Ciudad Universitaria. Aunque durante un tiempo se reprochó haberlas seguido a ese domicilio tan lejano de CU, su vecino Manolo borraría la molestia de los largos trayectos al regalarle la experiencia de su primer beso (González, 2013:194).

Para el domingo 6 de octubre González de Alba todavía seguía preso y aislado en el Campo Militar Número 1. Un agente del Ministerio Público tomó su declaración preparatoria y fue hasta ese día que le dieron una camisa. La secretaria encargada de levantar el acta no transcribía directamente las declaraciones del dirigente estudiantil sino lo que le dictaba el agente del Ministerio Público “quien constantemente añadía de su cosecha lo que le parecía conveniente” (Entrevista a González, 2013). Así, aunque González de Alba se esforzó por hacer un minucioso relato del mitin en Tlatelolco y describió la ocupación del tercer piso del edificio Chihuahua por personas que llevaban un guante blanco y gritaban “Batallón Olimpia”, de todo lo dicho no se asentó nada. A pesar del aislamiento en el que los mantenían, en una de sus salidas custodiadas, González de Alba reconoció a su compañero Sócrates Amado Campos Lemus¹⁰ cuya celda estaba entreabierta; y había escuchado que golpeaban a Gilberto Guevara, representante de la Facultad de Ciencias, por haberse cambiado el nombre.

¹⁰ Sócrates Amado Campos Lemus, representante de la Escuela Superior de Economía del Instituto Politécnico Nacional ante el CNH.

Cuando notó que era miércoles, González de Alba cayó en la cuenta de que llevaba ya ocho días en aquella celda del Campo Militar Número 1. El sonido de una ametralladora lo regresó de golpe a lo vivido la semana anterior, la tarde del 2 de octubre:

En cada descanso de la escalera había agentes policíacos encargados de golpear a los que éramos llevados a la planta baja. Cuando terminaron las escaleras (...) podía ver varias hileras de muchachos puestos con la cara a la pared y con las manos en alto. Era un grupo muy numeroso. En su mayor parte estaban desnudos, sin zapatos y con los pantalones caídos entre los pies, seguramente para que no pudieran caminar (...) Un sujeto de muy baja estatura, con los brazos arqueados y la mandíbula saliente, pelado casi a rape, daba vueltas en torno al grupo de agentes que me interrogaban (...) De pronto (...) blandió una macana y empezó a golpearme con ella en la cabeza y en todo el cuerpo. Después me arrancó la camisa a pedazos y me puso en la última fila con los brazos en alto (...) Empecé a ver oscuro (González, 2005: 201).

Una segunda ráfaga de metrallera lo sacó de sus recuerdos, se recostó en la litera y todo tipo de ideas pesimistas llegaron a su mente, por espacio de una hora el fuego de la ametralladora se siguió escuchando. La tensión experimentada, la preocupación por los muertos y heridos, los interrogatorios, el frío y el foco encendido sobre la cara que no se apagaba nunca le pasaban la factura, se sentía agotado. Había estado ocho días incomunicado. No sabía la suerte que habrían corrido los demás compañeros, ni cómo enfrentarían su desaparición familiares y amigos, quienes posiblemente los estarían buscando. Fuera, se temía lo peor pues apenas se tenían noticias de ellos.

***Tres de octubre, ¿dónde están los estudiantes?*¹¹**

Amanece en la Ciudad de México. La luz empieza a colarse por las ventanas del pequeño departamento del Multifamiliar Juárez perfilando el rostro demacrado de Manuela Garín que no ha podido conciliar el sueño pues aún no hay noticias de su hijo. Para entretener la espera se refugia en algunos recuerdos.

Se sobresalta cuando cae en la cuenta de que este año cumple 28 años de casada y de que sus dos hijos, Raúl y Tania, ya son adultos. Esta mañana del tres de

¹¹ La información de este apartado es producto de la entrevista que realicé a Manuela Garín de Álvarez, representante de la Coalición de maestros y madre de Raúl Álvarez Garín, representante ante el CNH de la Escuela de Física y Matemáticas del IPN, el 2 de junio de 2010.

octubre de 1968 la investigadora del Instituto de Geofísica de la UNAM y maestra de la Facultad de Ingeniería de esa institución, teme por la vida de Raúl y recuerda con nostalgia que hace apenas tres meses ella y su esposo lo iban a visitar los fines de semana a Oaxtepec, pues allá estaba dando un curso con la Sociedad Matemática.

Piensa en el gran esfuerzo que su hijo ha hecho los últimos meses para terminar la carrera de Matemáticas en la Escuela Superior de Física y Matemáticas del Politécnico, aunque no olvida el disgusto que le provocó cuando perdió un año de estudios en la UNAM por andar siempre metido en política.

Se desespera al reflexionar en lo inquieto y rebelde del carácter de Raúl, en su necesidad de andar en todo, y en los “muchos palos” que se ha llevado de su parte debido a esa rebeldía a la que en estos momentos no sabe si admirar o maldecir.

Recuerda que cuando su hijo terminó el curso en Oaxtepec y volvió al Distrito Federal la efervescencia política en su escuela era evidente y que sin estar demasiado enterado de todo lo que había pasado durante el mes de julio con los estudiantes, le platicó gustoso que el día que llegó de regreso a su escuela se celebraba una asamblea en la que se decidió nombrarlo representante de la misma, así pasó a formar parte del Consejo Nacional de Huelga (CNH).

Para entonces Raúl Álvarez Garín era muy conocido en su escuela debido a que como él ya había cursado un año en la UNAM estaba adelantado con respecto a los demás estudiantes, así que junto con otro compañero se dedicó a dar clases de regularización a los que iban mal en algunas materias. Lo que Raúl pedía a cambio de sus servicios consistía en que los muchachos, según sus posibilidades, compraran un libro que luego donarían a la biblioteca, quizás eso lo hizo popular entre sus compañeros, piensa Manuela.

Se siente contenta por lo unidos que han estado todos los integrantes de su familia en estos últimos meses en que el movimiento estudiantil los transformó, en estos días en que la lucha y los sueños de un México diferente se volvieron el centro de su vida, y recuerda la sonrisa de satisfacción de su hijo cuando ella le anunció que formaba parte de la Coalición de maestros, era la suplente de Heberto Castillo en la Facultad de Ingeniería.

Las profundas ojeras y la angustia reflejada en los rostros de Manuela y su esposo indican que no durmieron la noche anterior. Desde la tarde del 2 de octubre los comentarios sobre lo que sucedió en Tlatelolco son preocupantes y confusos. Manuela Garín lucha con la sensación de culpa, si no hubiera tenido que ayudarlo a Tania, su hija, con el niño, a lo mejor sí hubiera estado en el mitin. Ahora son ya las siete de la mañana y lo único que desea es que Raúl esté vivo.

El timbre del teléfono la sobresalta, la regresa al presente con brusquedad, mira a su marido –el compañero que la ha alentado para desarrollarse profesionalmente y que la ha ayudado a tener una vida plena–, lo mira con temor y en lugar de responder con prontitud, duda, retarda la respuesta...

Raúl Álvarez Garín, como la mayoría de los dirigentes del Consejo Nacional de Huelga (a pesar de que habían acordado no hacerlo) asistió al mitin. A su padre ya no lo dejaron pasar los soldados. Para cuando don Francisco quiso entrar, la Plaza de las Tres Culturas ya estaba rodeada por el ejército, pero el exagerado despliegue de tanques y policía que notó le da la certeza de que lo ocurrido ayer en Tlatelolco fue muchísimo más grave que lo que se dice.

- ¿Bueno?, responde al fin Manuela.
- ¿Eres tú, tía?– Al oír la voz de su sobrina, Manuela se siente confundida, descolocada. Es la sobrina que casi nunca le llama, la que no falta a misa los domingos, la que está orgullosa de nunca meterse en política.
- Sí mijita.
- Oye tía, ¿qué está pasando?
- ¿Por qué, mijita?
- Alguien nos acaba de llamar para decirnos que Raúl está bien, que no nos preocupáramos y colgó. Luego se comunicaron otra vez y dijeron que Raúl está en Santa Martha Acatitla.
- Ay mijita, muchas gracias, luego te cuento. Cuelga.

Manuela se siente un tanto liberada después de tantas horas de espera tensa. Apenas se explica que las noticias de su hijo llegaron por esa vía. Y es que quienes cayeron presos en Tlatelolco tuvieron diferentes destinos: los que estaban heridos fueron llevados a hospitales; otros (como González de Alba) al Campo Militar Número 1; varios más a Santa Martha Acatitla.

Allí, algunos pasantes de medicina o médicos que revisaron a los detenidos para certificar su estado de salud accedieron a pasar algún mensaje a sus familiares. Los detenidos escribían en un papelito su nombre y el teléfono del familiar a quien querían se avisara. Como Raúl no quería comprometer a sus padres, quienes habían sido militantes del Partido Comunista Mexicano y otros partidos de izquierda, y tenían vínculos directos con la Universidad Nacional Autónoma de México, decidió dar el teléfono de alguien a quien no le pudieran adjudicar ningún nexo con el movimiento, como su prima.

Sin pensarlo mucho Manuela o Mane (como la llaman cariñosamente) marca el teléfono de su hijo, quiere comentarle a la *Chata*, esposa de Raúl, sobre la noticia que acaba de recibir.

- ¿*Chatita*, eres tú? Raúl está bien. Me llamaron para decirme que está en un pueblo que se llama Santa Martha Acatitla, a lo mejor allá se fue a esconder...

Entre agradecida y burlona la *Chata* Campa responde:

- ¡Ay Mane, qué tonta eres!, Santa Martha Acatitla es la cárcel donde está mi papá (Valentín Campa).

Ríen pacificadas por las buenas noticias, ríen cómplices, solidarias y a través de ese simple acto conjuran, aunque sea parcialmente, los malos augurios.

La *Chata* Campa sale apresurada a Santa Martha, entra al penal como siempre con la tarjeta de visita para ver a Valentín Campa¹², su padre, quien junto con Demetrio Vallejo¹³ (el preso político más emblemático del movimiento estudiantil) llevaba ya 8 años en la

¹² Valentín Campa, trató de enfrentar los problemas sociales y económicos que afectaban a las mayorías a través de su militancia en la izquierda mexicana (básicamente desde el Partido Comunista y el Partido Obrero Campesino de México, POC, del que fue fundador). La primera vez que estuvo encarcelado fue de 1949 a 1952, posteriormente, a raíz de su participación en la huelga ferrocarrilera de 1959, Campa volvió a la cárcel en mayo de 1960 donde escribía, leía y concedía entrevistas. Desde allí apoyó el movimiento estudiantil de 1968 (García, 1999).

¹³ Demetrio Vallejo representaba la imagen de los presos políticos, cuya liberación exigían los jóvenes en los famosos seis puntos. Nacido en 1910 en El Espinal, Oaxaca, militó en el Partido Comunista y el Partido Obrero Campesino de México. En 1958 encabezó los paros ferrocarrileros de julio y agosto, fue así como ganó la simpatía de buena parte del gremio ferrocarrilero quien lo eligió como secretario general entre 1958 y 1959. Participó entonces en la huelga que paralizó al país en ese año por lo que el presidente Adolfo López Mateos lo recluyó en Lecumberri.

cárcel. Al verla, Valentín trata de calmarla, le informa que efectivamente Raúl estuvo en Santa Martha, pero que de allí se lo llevaron a otro lado.

Para doña Manuela Garín y su esposo la lucha por ver a su hijo apenas empieza. Al saber que Raúl no está en Santa Martha temen que, como en otros casos, la policía lo reporte como desaparecido. Al día siguiente y en los días sucesivos la tensión crece notablemente. Había muchas personas desaparecidas y no se tenía noticias acerca de ellas. Los rumores alarmantes y contradictorios enardecían los ánimos y provocaban estados de nerviosismo extremo.

En los hospitales se producían aglomeraciones durante todo el día, la gente revisaba una y otra vez las listas de heridos, recorría los anfiteatros a fin de reconocer los cadáveres y pasaban horas enteras en las puertas de las cárceles y las oficinas judiciales esperando la lista de los detenidos. Al ambiente de angustia se agregaba la indignación producida por la represión y agravada por la insolencia con la que los funcionarios policíacos trataban a los que se les acercaban a preguntar por sus allegados, señala Manuela Garín de Álvarez (Poniatowska, 2009: 256 y 257).

Desesperados, tras once días de no saber nada de Raúl, los amigos recomiendan a Manuela y a Francisco que busquen a un abogado, quien les sugiere enviar una carta al Procurador y que a la vez dicha carta fuera publicada en la prensa nacional, con el fin de responsabilizar al funcionario por la vida de su hijo.

Poco después, aún sin tener noticias de Raúl publican una segunda carta, días más tarde don Francisco Raúl Álvarez (padre del dirigente estudiantil) al fin recibe una llamada en la que le informan que a su hijo y a los demás representantes del Consejo Nacional de Huelga los llevarían a la prisión preventiva de la Ciudad de México, también conocida como cárcel de Lecumberri.

Camino a Lecumberri

Ante el asombro de Luis González de Alba y tras más de una semana de incomunicación, lapso en el que nadie del exterior sabía la suerte que habían corrido, cerca de la medianoche los sacaron a todos de las celdas. Por primera vez desde la detención del 2 de octubre, los estudiantes pudieron verse, contar cómo fueron aprehendidos, preguntar por la suerte que habrían corrido los demás, platicar sus dudas y temores, abrazarse. Poco duró este momento de tranquilidad pues pronto les comunicaron que los mudarían

a la Penitenciaría de la ciudad de México, también conocida como Lecumberri, penal en torno del cual se tejían muchas historias oscuras.

“En varios autos sin insignias, con una fuerte escolta de hombres armados con metralletas” (González, 2005: 205) los condujeron por el Periférico. Al atravesar el Bosque de Chapultepec los jóvenes miraron las luces de colores de la montaña rusa que brillaban en la oscuridad (González, 2005: 205), iban del Campo Militar Número 1 a la cárcel de Lecumberri, de solo escuchar el nombre González de Alba sintió un vacío en el estómago.

CAPÍTULO DOS. ANTECEDENTES DE *LOS DÍAS Y LOS AÑOS*

En el capítulo dos me referiré a las situaciones que anteceden a *Los días y los años* y que posteriormente lo alimentarán: al ingreso de González de Alba a la Facultad de Filosofía y Letras en la UNAM; al inicio de su militancia en los grupos Miguel Hernández y José Carlos Mariátegui; al contacto cercano con maestros e intelectuales de la época con quienes compartió fiestas y reuniones; a su participación en el movimiento estudiantil y a la formación política y cultural que experimentaron él y su grupo a través de este. Todo lo anterior en el contexto de su ingreso a la Penitenciaría de la Ciudad de México, momento en el cual compartió las narraciones orales de lo sucedido durante el movimiento estudiantil y la captura de la dirigencia del CNH en Tlatelolco con los diferentes presos políticos. Estas narraciones, aunadas a sus propias vivencias dentro y fuera de Lecumberri, constituyeron un valioso material para la posterior creación de diversos escritos, entre ellos, *Los días y los años*.

El Palacio Negro

Los autos sin insignias que conducían a los estudiantes presos a la Penitenciaría de la ciudad de México, también conocida como el Palacio Negro siguieron su curso por las avenidas Palmas, Reforma y Molino del Rey. En algún punto del recorrido, en voz apenas audible, Pablo Gómez le dijo a González de Alba sacándolo de sus pensamientos: “—Mira bien la calle porque quién sabe cuándo volverás a verla—” (González, 2005: 205).

Desde su creación en 1900, bajo el gobierno de Porfirio Díaz, Lecumberri se construyó como una prisión de alta seguridad de diseño panóptico.¹⁴ Constaba de un edificio circular que tenía en el centro una torre de vigilancia de más de 30 metros de altura, la cual proporcionaba una fácil visibilidad general, rodeándola se encontraba una especie de calle interna (el redondel) y las crujías estaban dispuestas en forma radial (como los gajos de una naranja). Al principio contaba con 7 crujías y más de 800 celdas, de 3.60 metros de largo por 2.10 de altura (con lavabo y excusado, en su mayoría). Tiempo después, la construcción tuvo que ser ampliada.

¹⁴ El diseño panóptico permite observar desde un punto central lo que sucede al interior del penal, y de manera recíproca, mirar dicho punto central desde cada celda. Con ello se buscaba asegurar un mejor control sobre todos los sucesos del inmueble ahorrando recursos al ser necesario un menor número de guardias.

Los asesinatos en el penal eran asunto cotidiano. En su *Diario de Lecumberri* (1960), el escritor Álvaro Mutis, quien ingresó a la Penitenciaría en 1959 acusado de fraude a petición del gobierno de su natal Colombia, relata sus experiencias con algunos reos del orden común: “Rigoberto mataba por encargo. Haciendo cuentas con él, una noche hallamos que de sus 65 años, 42 los había pasado en la Peni (...) Me confesó que no menos de treinta de sus muertos se los había ‘echado’ en Lecumberri” (2003:80).

Lecumberri era célebre por sus castigos. A algunos presos se les condenaba a la fajina, que consistía en limpiar la crujía, patio, baños y pasillos de la cárcel durante la madrugada. Los comandos tiraban agua y los “fajineros” tenían que fregar, por horas, las losas de cemento en cuclillas. Si alguno se desmayaba, los comandos, a fuerza de golpes, lo obligaban a seguir. También la cisterna del inmueble resultaba una amenaza, pues en ella los reos tenían que pararse de puntas y mantener esa posición durante toda su penitencia para que el agua no los asfixiara. Pero sin duda entre las sanciones más temidas estaba el apando, una celda de dimensiones excesivamente estrechas donde la inmovilidad, la oscuridad y el aislamiento absoluto, torturaban al doblemente preso.

En Lecumberri se encontraban algunos de los reos más peligrosos de la época como Raymundo y Francisco Moreno, *Los Burreros*, recluidos en 1967, tras asaltar y matar al hijo de un funcionario holandés (Bolaños, 2006). También transitaron por el penal asesinos seriales como Goyo Cárdenas a quien se acusaba de haberles quitado la vida a cuatro mujeres e inhumarlas clandestinamente en el jardín de su domicilio, ubicado en la colonia Tacubaya. Desde sus inicios, además de reclusos comunes, sus muros habían visto pasar a personajes destacados en el terreno de las artes y la política, entre ellos el pintor David Alfaro Siqueiros y los ya mencionados líderes sociales Valentín Campa y Demetrio Vallejo, por solo citar algunos.

Quienes sufrieron cautiverio al interior de sus muros de tezontle carcomidos por la humedad, recuerdan al también llamado Palacio Negro como un universo regido por el tráfico de drogas; por asesinatos subrepticios e impunes, por el miedo, los largos insomnios, el gemido de las rejas oxidadas, la dureza de las literas de cemento o de hierro que ahuyentaban el reposo, las ratas, el sonido de las culatas de los rifles de los “monos” (custodios) al golpear las puertas metálicas y “el sempiterno fantasma de la libertad que nos envenena todas las horas” (Mutis, 2003:109) .

Para mediados de 1968, a raíz de la represión que el gobierno de Díaz Ordaz desplegó en contra del movimiento estudiantil, la prisión empezó a albergar en sus crujías a un número creciente de estudiantes, maestros e intelectuales acusados de participar en él. Entre el inicio “formal” del movimiento, el 22 de julio de ese año y los meses posteriores al 2 de octubre, Lecumberri vio crecer su población de presos políticos de manera significativa (se hablaba de casi 300) (González, 2005: 160) quienes representaban un grave problema tanto para la penitenciaría capitalina, que padecía sobrepoblación, como para la ya de por sí deteriorada imagen del presidente a causa de los muertos de Tlatelolco.

Entre los estudiantes presos se encontraban los representantes de las facultades de: Economía, Eduardo Valle, “El Búho”; Ciencias, Gilberto Guevara Niebla; y Filosofía y Letras, Luis González de Alba, todas estas de la UNAM; así como los representantes de la Escuela Superior de Ingeniería Mecánica y Eléctrica (ESIME), Félix Hernández Gamundi; de la Escuela Superior de Física y Matemáticas, Raúl Álvarez Garín, y de la Escuela Superior de Economía, Sócrates Amado Campos Lemus, las tres pertenecientes al Instituto Politécnico Nacional; además de Pablo Gómez, estudiante de la Facultad de Economía de la UNAM y militante del Partido Comunista¹⁵ (PC) y Salvador Martínez della Rocca, “El Pino” quien formaba parte del Comité de Lucha de la Facultad de Ciencias también de la UNAM. Al llegar al penal los estudiantes fueron llevados a la crujía “H”, donde los levantaban a las cinco de la mañana y los sacaban a un patio en el que el intenso frío ya anunciaba el invierno, los formaban, los contaban y les daban un desayuno que consistía en “frijoles, café y un bolillo”, al terminarlo debían regresar a sus “oscuras celdas donde se aburrían dando vueltas, se dormían, hablaban de sus experiencias en el Campo Militar, hasta que a mediodía los sacaban nuevamente a comer” (González, 2005: 160 y 161).

Durante esas horas de hastío González de Alba se sorprendió de la rapidez con la que el tiempo había pasado desde su arribo a la ciudad, hacía ya cuatro años. Recordó

¹⁵ De entre los grupos de izquierda que había en México el más antiguo era el Partido Comunista, “fundado por el activista hindú Roy en los remotos tiempos de Venustiano Carranza. Minoritario, honesto, combativo, disciplinado, asido fanáticamente a su ideología (...) había sufrido todos los vaivenes: poderoso en tiempos de Obregón y Calles, proscrito con violencia durante el maximato, influyente en ámbitos sindicales y agrarios en tiempos de Cárdenas, declinante con Ávila Camacho”. Aunque en 1946 el PC apoyó la candidatura de Miguel Alemán, una vez en la presidencia el mandatario canceló su registro y muchos comunistas pasaron el sexenio en prisión (Krauze, 2014: 169).

los primeros días, cuando, alguna vez, al salir de casa de las tías con las que llegó en la colonia Narvarte, le costó trabajo volver pues perdió la orientación; pensó casi con añoranza en esos días de despreocupación cuando su mayor problema era la disyuntiva de ingresar a una u otra carrera (su idea inicial había sido estudiar Física o Astronomía, pero como al revisar la Guía de carreras se percató de que en dichas disciplinas tendría que aprender muchas matemáticas, se desalentó, y al final optó por entrar a Psicología); también evocó la angustia que le producía el problema de su manutención. Debido a que sus padres no le podían enviar más dinero que el del hospedaje, González de Alba sabía que debía conseguir trabajo por lo que se le ocurrió pedir ayuda para conseguirlo a su único tío materno, Luis de Alba, un ingeniero que planeaba fraccionamientos y perforaba para Pemex, quien ante el temor de que a su sobrino el trabajo le sirviera de pretexto para no estudiar, le ofreció una mensualidad, la cual le dio puntualmente durante un año, pasado ese periodo lo llevó a vivir a su casa en el Pedregal de San Ángel.

La UNAM y la militancia

A principios de 1964 González inició formalmente su vida en la ciudad pues los cursos en la UNAM empezarían en febrero. Primero se inscribió en el turno matutino, donde la mayoría de las muchachas usaban falda tableada, medias o calcetas altas blancas, zapatos de tacón y “peinado esponjoso a la Sandra Dee” (González, 2008). Poco después le pareció que quienes asistían por la tarde eran más interesantes y menos convencionales pues a diferencia de la mayoría de los estudiantes de la UNAM, en el turno vespertino de Filosofía y Letras, empezaban a verse a algunas mujeres usando pantalones y a muchachos en huaraches y con el cabello largo: lo cual en esos días era poco común.

Por entonces la moda jugó un papel fundamental, pues, entre otros asuntos, construyó la imagen de “un nuevo modelo femenino”, una mujer (de pantalón o falda y cabellos cortos) identificada como frívola, “liberal”, despreocupada, con una “nueva moral” (Nash, 1995: 58), alejada de las mujeres de décadas anteriores, que en general llevaban vestidos recatados, colores discretos, además de peinados rígidos y elaborados. Aunado a lo anterior, el uso de la minifalda revolucionó y desafió los valores consagrados en relación al recato, pues a través de dicha prenda, se exaltó la excepcionalidad de las jóvenes que comenzaban a destacar en los espacios y actividades considerados exclusivos de los hombres (Rojas, 2010: 10). Lo anterior representó una forma de movilidad de las mujeres, que en cierta medida, derivó en el “entierro de la feminidad

tradicional” (Ergas, 1993: 593), relacionada básicamente con la maternidad y el matrimonio.

En comparación con lo que González de Alba había visto en Guadalajara y los estándares de la época, la población del turno vespertino le pareció “rarísima, un verdadero zoológico, toda una fauna” que, por supuesto, le atrajo vivamente. Por una parte, lo que catalogaba así “eran un montón de lumpenes que habían intentado entrar a la Facultad de Derecho para ser diputados y el puntaje solo les había alcanzado para Geografía (que también se impartía dentro de la Facultad de Filosofía), entre ellos destacaban los que llamaban ‘los dragones’” (Entrevista a González, 2013). Pero además de los anteriores, dentro del “zoológico” al que hacía referencia también había mucha gente interesante, toda de izquierda: hijos e hijas de republicanos españoles, algunos de los cuales no querían oír hablar de política; otros medianamente politizados; y otros muy críticos. Fue así que González de Alba entró en contacto con “jóvenes reflexivos que leían todo lo que les pasaba por el frente” (Entrevista a González, 2013), como: Roberto Escudero, el veracruzano Julián Meza (quien para 1967 estaría publicando ya su primera novela, *El libro del desamor*), Nacho Osorio, Enrique y Carlos Sevilla y Jesús Anaya. Aunque el grueso de los estudiantes de la UNAM por entonces no estaba muy politizado, los que sí lo estaban se concentraban básicamente en las facultades de Ciencias Políticas, Derecho, Economía (y, en menor medida, en Filosofía y Letras), donde había pequeños grupos de todas las variedades (militantes del Partido Comunista, troskistas, maoístas, guevaristas, etc.) (Entrevista a Sevilla, 2009).

Como ya se había mencionado, a finales de 1964, Gustavo Díaz Ordaz inició su gestión. El nuevo mandatario continuó el ‘desarrollo estabilizador’, de los dos regímenes anteriores, por lo que el crecimiento económico parecía estar en la cima. Sin embargo, aunque se hablaba de un “milagro mexicano”,

la democracia en México era sólo formal, pues el presidente, a través del partido oficial, tenía el control de todos los mecanismos del poder. Paralelo a ello crecían: la miseria en el campo, migración a las grandes ciudades y a Estados Unidos, devastación ecológica, dependencia excesiva de Estados Unidos y de la iniciativa privada. La rigidez y el control que ejercía el sistema generaba descontento en sectores como la clase media (Florescano y González, 1980).

Para mediados de los sesenta ya había dado frutos la incorporación de algunos maestros del exilio español a la Máxima Casa de Estudios que se traducían en un intenso

desarrollo de los estudios humanísticos, así como en una revitalización de las cátedras tradicionales que se alejaban de la repetición y memorización no reflexivas. En las aulas de facultades como Economía y Ciencias Políticas algunos académicos enseñaban a sus alumnos la doctrina marxista y a pensar de manera crítica. Por dar un ejemplo, Carlos Sevilla¹⁶ recuerda que en Ciencias Políticas “los maestros que impartieron clases a nuestra generación (1964-1968), eran gente de primer nivel: González Casanova, Rodolfo Stavenhagen, Víctor Flores Olea, entre otros. Fuimos muy afortunados quienes estudiamos en esa época, estábamos todo el día en la facultad. Era un pequeño paraíso donde empezamos a leer de todo cuando la mayoría casi no leía” (Entrevista a Sevilla, 2009). El contraste entre el México monopartidista y represivo con la libertad que se ejercía al interior de Ciudad Universitaria era enorme. En esos días “la UNAM era como un mundo paralelo al México opresivo que tenía de marco. Ciudad Universitaria era de los únicos espacios de autonomía, en ese México que resultaba asfixiante” (Rossi, 2008). Una pinta en Ciudad Universitaria que decía “UNAM, territorio libre de América”, reflejaba la independencia que se vivía al interior de la Máxima Casa de Estudios (Entrevista a Poniatowska, 2011).

El choque generacional resultaba evidente y podía percibirse a través de algunos comentarios de los jóvenes, quienes en términos generales se quejaban de actitudes represivas e incomprensión por parte de los adultos. Por ejemplo, ante la presentación de un nuevo Reglamento de Policía en mayo de 1968, un estudiante de la Facultad de Filosofía, expresaba en la sección de cartas de los lectores de la revista *Sucesos para todos* que ante las manifestaciones estudiantiles, “los adultos no quieren entender y se asustan, está prohibido pegar propaganda, hacer ruido en las calles, está prohibido todo” (*Sucesos para todos*, 1968: 61). Los jóvenes sometieron a revisión no solo las rígidas estructuras de autoridad, sino también pusieron en entredicho los valores sociales tradicionales que limitaban y prohibían algunas de sus nuevas conductas. Así surgieron una serie de prácticas que demostraban su rebeldía por medio del aspecto físico, la indumentaria, la música ruidosa, la capilaridad, muchas de estas manifestaciones eran opuestas a las que sus padres y abuelos habían tenido en su juventud (*Sucesos para todos*, abril 1968: 39).

González de Alba rememoró cómo caminando por los pasillos de la Facultad descubrió un montón de recortes sobre la guerra de Vietnam pegados en la pared y que

¹⁶ Carlos Sevilla fue preso político del 68 en la cárcel de Lecumberri.

alguien le explicó que a eso se le llamaba "periódico mural", el cual firmaba un grupo llamado "Miguel Hernández", dirigido por Roberto Escudero. Fue así como González de Alba empezó a acercarse a la política estudiantil. Aunque, según él, la militancia del Miguel Hernández, se limitaba a organizar recitales y mesas redondas, hacer periódicos murales, recabar firmas contra la guerra de Vietnam y pugnar por mejoras de los estudiantes al interior de la Facultad, para 1966 dicha agrupación participó en la huelga contra el rector Ignacio Chávez. Al respecto González recuerda cuando los estudiantes de Derecho (quienes luchaban por el paro) llegaron y en una gran asamblea con el auditorio Justo Sierra repleto se votó para que Filosofía y Letras se sumara a la huelga.

Yo estaba entre el público y vi a los dirigentes del grupo Miguel Hernández, arriba, dirigiendo la asamblea: Roberto Escudero, Jesús Anaya, Julián Meza, entre otros. Me dejaron muy sorprendido con cuánta cosa sabían. Esa noche me incorporé de lleno al grupo y me quedé a mi primera guardia y fue cuando empecé a conocer más sobre la izquierda, la Guerra Civil española y sus canciones, y hasta lo que era dormir en una banca (Entrevista a González, 2013).

Terminada la huelga, el grupo Miguel Hernández participó en las elecciones para la sociedad de alumnos con Roberto Escudero como presidente y ganó. (Entrevista a González, 2013). Era el tiempo en que González y sus amigos leían obras como *Cien años de soledad* y a autores como Carlos Fuentes y Salvador Elizondo, este último lo sorprendió por la originalidad de su obra *Farabeuf*. González también leía *Ana Karenina*, *El rojo y el negro*, *Madame Bovary* y al poeta griego, Constantino Kavafis, quien como se verá más adelante tendría una influencia determinante durante su vida, y escuchaba a Gigliola Cinquetti que cantaba "No tengo edad para amarte", a Domenico Modugno y a Hervé Villard que interpretaba "Un monde fait pour nous" y "Capri c'est fini". Como muchos otros estudiantes de la UNAM disfrutaba la variada propuesta cultural que allí se ofrecía, de esos días recuerda la puesta en escena por Juan José Gurrola, *Lambrú*, en La Casa del Lago, mientras que en cine descubrió *Vaghe Stelle dell'Orsa*, del director italiano Luchino Visconti, con Claudia Cardinale y Jean Sorel, película en blanco y negro, que relataba la historia incestuosa de dos hermanos enamorados.

Desde 1965, su tío materno lo había llevado a vivir con él a su casa en El Pedregal, la cual era una bella construcción, "una caja de concreto y vidrio en equilibrio sobre rocas de lava, reflejada en una alberca y rodeada por un jardín inmenso"

(González, 2013: 49). Allí mismo, había llegado su hermano Arturo (el tercero), quien también quería estudiar en la UNAM, e ingresó a Arquitectura.

Los encuentros en casa de Selma Beraud

Además de la militancia política, otra de las ventajas que para González de Alba representó ser parte del Miguel Hernández fue el hecho de que le abrió las puertas para asistir a una serie de eventos y fiestas, muchas de las cuales eran en casa de Selma Beraud, a quien conoció en la Facultad de Filosofía y Letras y con quien mantenía una profunda amistad. Allí coincidió con una serie de intelectuales de renombre que le descubrieron un panorama nuevo que contrastaba con la grisura y soledad de sus días en Guadalajara. A dichas reuniones asistían por ejemplo, la periodista María Luisa, “la China” Mendoza (que escribía “La O por lo redondo” en el diario *El Día* y colaboraba en el suplemento *La cultura en México*), Yuriria Iturriaga, Ricardo Guerra (novio de Selma Beraud, aunque casado con Rosario Castellanos), el filósofo Luis Villoro, el dramaturgo Juan José Gurrola, actores, actrices, poetas y muchos maestros de la Facultad. También acudían a esos encuentros, el dramaturgo Héctor Azar (en cuyo grupo trabajaba Selma como actriz), a veces Carlos Monsiváis, Sergio Pitol, el pintor Ricardo Regazzoni, Paz Cervantes y, su primo, el pintor Miguel Cervantes, Eugenia Caso (hermana de Andrés Caso) y Luis Prieto, quien aunque era quince años mayor que González de Alba, fue muy importante como guía y apoyo.

En esas fiestas, además de conocer personalmente a los intelectuales que en Guadalajara solo leía a través de las páginas de *Siempre!* y lejos de la vigilancia familiar posiblemente González de Alba se sintió con mayor libertad para tener los primeros acercamientos con algunos de los asistentes a estas reuniones, algunos de los cuales— según sus propias palabras— se sentían atraídos por él.

La casa de Selma Beraud tenía un piano y colchones tirados por el suelo en lugar de sillones. Allí el alma de las fiestas era Luis Prieto, profesor e investigador de la Facultad de Filosofía, quien siempre estaba inventando juegos, uno de los cuales se llamaba “enchiladas” (en el que todos rodaban unos sobre otros) o bailar Kalinka. Aunque González de Alba era joven notaba cómo no le resultaba indiferente a su tocayo, quien inventó otro juego:

El mote *El Lábaro* me viene de una de esas fiestas ingenuas. Luis Prieto dijo: "Vamos a jugar a que yo era Niño Héroe y me aventaba envuelto en el lábaro patrio..." y me jalaba

sobre el piano –yo respeto mucho los pianos porque estudié un tiempo y aún toco un poco (...) así que me horrorizaba eso de subirme a un piano–, pero Luis me abrazaba y se dejaba caer sobre el colchón donde estaban sentados puros doctores en filosofía: Ricardo Guerra, Luis Villoro, fray Alberto Ezcurdia. Y la China Mendoza comenzó a decir: Sí, cómo no, el lábaro, el lábaro patrio... Y Luis repetía el numerito de subirme al piano y aventarse. Así se me quedó El Lábaro. Una frivolidad (Entrevista a González, 2012).

Otra relación significativa fue la que mantuvo con Héctor *El Pelón* Valdés, quien era maestro de Letras Españolas en la Facultad de Filosofía en la UNAM (no obstante que este era pareja de Sergio Pitol), cuyo departamento era otro de los lugares donde se celebraban numerosas reuniones. Fue en casa de Valdés donde González de Alba descubrió al autor griego Constantino Kavafis, el volumen “era una selección en francés nada menos que de Marguerite Yourcenar. Pude leer con dificultad el poema <<Lejos>>, que son unas cuantas líneas y me enamoré del poeta, así que pedí prestado aquel libro pequeño, para intentar leerlo con ayuda de un diccionario, pues por entonces no hablaba francés” (González, 2013: 195).

Gracias a estos encuentros en casa de Selma y de Valdés que tuvieron lugar entre 1966 y 1967, también se abrieron para González de Alba las puertas de algunos medios de difusión importantes, pues, por ejemplo “La China” Mendoza publicaba en el semanario *La cultura en México*, el cual en esa época funcionaba bajo la dirección de Carlos Monsiváis. De esta forma, pronto, el joven González de Alba empezó a escribir y difundir sus textos, “en 1966 publiqué en el suplemento de Monsiváis una crónica de la entrada del Ejército al Colegio de San Nicolás, Morelia, a donde habíamos ido varios del comité ejecutivo de Filosofía y Letras a llevar ‘nuestra solidaridad’” (Entrevista a González, 2013). También por entonces publicó en la revista *Punto de Partida*, cuya primera directora fue Margo Glantz, un largo poema, con muchas secciones, llamado “Abahel”.

Además de la apertura de algunos medios donde empezó a publicar, gracias al contacto con algunos compañeros de la Facultad, maestros, escritores y críticos fue que amplió aún más sus lecturas (pues él ya leía habitualmente desde la adolescencia) y las profundizó. Por ese tiempo también tuvo relación con el escritor Sergio Pitol de quien comenta: “Recuerdo haber ido caminando con Pitol por la Zona Rosa y que entró a una librería, compró uno de sus libros y me lo regaló. Eso fue hacia 1967” (Entrevista a González, 2013).

Para ese año participó también en la huelga de hambre por Vallejo y Campa a la que convocó el estudiante de Ciencias Políticas, Romeo González. También en 1967 el grupo Miguel Hernández se dividió porque a Escudero, González de Alba y a algunos otros los acusaron de reformistas. Fue así como fundaron un nuevo grupo, el José Carlos Mariátegui. Al año siguiente, Escudero propuso a González de Alba para presidir la sociedad de alumnos y salieron triunfadores, con lo que González obtuvo su primer cargo de representación dentro de la política estudiantil.

Las cafeterías que González de Alba frecuentaba por entonces eran Konditori, en la Zona Rosa, a la que lo invitaba Luis Prieto; y también por ese rumbo, el Toulouse donde a veces iba con amigos. No iba a bares. Su vida nocturna se desarrollaba en fiestas de Filosofía y Letras. En cuanto a las librerías que visitaba básicamente eran la de Cristal y la Internacional de avenida Sonora. Estas y otras librerías y algunos cafés se habían instituido como centros de reunión de maestros e intelectuales para intercambiar ideas.

Aunque González de Alba disfrutaba intensamente el ambiente universitario de libertad y compañerismo, pronto lo decepcionó el entonces Colegio de Psicología de la Facultad de Filosofía y Letras porque sentía, al igual que su grupo de amigos, integrado por Armando Zetina, Marjorie Thacker (actual esposa de Rolando Cordera) y Alfredo “El Maño”, que no estaban haciendo una verdadera carrera universitaria debido al bajo nivel académico. “El maestro de Desarrollo Infantil nunca mencionó el nombre “Piaget”, supongo que no lo conocía y (...) ninguno puso una lectura de Freud (...). Santiago Ramírez casi nunca iba y si lo hacía iba alcoholizado y decía lo primero que le venía a la cabeza. Fue un horror y sentí que había perdido la posibilidad de hacer una carrera profesional” (Entrevista a González, 2013).

Para octubre de 1967 los periódicos anunciaban la muerte del Che Guevara, leyenda e icono de la época, mientras las construcciones y preparativos de la Olimpiada, cuya sede sería México, proseguían sin interrupción. Por esas fechas otro hermano más de González de Alba llegó al D.F., Pedro Gerardo, para ese momento, la situación económica de su tío había cambiado de manera radical, Pemex le había cancelado los contratos, por lo que ya no podría tener a sus sobrinos con él. Ante esta situación, González de Alba no se paralizó sino que solicitó una beca-préstamo a la UNAM. Pronto, con el monto de la beca de Luis sumado al salario de Pedro Gerardo, los tres hermanos

rentaron un pequeño departamento por la plaza de toros, en la calle Wisconsin (González, 2012). Allí él, Pedro Gerardo y Arturo empezaron a vivir de forma independiente. Se las arreglaban para cocinar platos sencillos y lavar la loza, o bien, iban a la cafetería La Fuente, a media cuadra de su departamento, en Insurgentes y Pensilvania que tenía un menú económico, o a las cafeterías de las facultades de Filosofía, Economía, y a la de Radio Universidad (González, 2012).

Pronto comenzaron a llegar hasta su vivienda algunos de sus amigos de Filosofía y Letras, más tarde el departamento de enfrente quedó vacío y varios compañeros “se dieron maña para forzar la cerradura y tomaron el depa como conquista proletaria. Allí se instaló, entre una larga lista de todas las escuelas de Humanidades”, el estudiante de Economía, Federico Rivera Rivera, alias “Rocco” quien por entonces ya militaba en las filas del Partido Obrero Revolucionario Trotskista (PORT) y pretendía que González de Alba lo ayudara en la organización de la Unión Nacional de Estudiantes Revolucionarios UNER. Rocco le reclamaba así a González de Alba:

Que yo no sabía aprovechar mi puesto, espetó Rocco con la claridad que dan las lecturas marxistas y trotskistas; me limitaba, acusó, al fin pequeño burgués, a hacer mesitas redondas sobre marxismo (...) La Historia me reclamaba algo mayor. Para eso tenía yo la representación de una Facultad importante y muy buenas relaciones con la Rectoría.

— ¿Como qué, Rocco? ¿A qué te refieres? Celebramos los cien años de El Capital... — dije contemplando a ese Alain Delon con añadido de cachondería norteña, grandes y bonitos pies siempre descalzos en el que ya era su depa, y pantalón vaquero, sin camisa cuando hacía abdominales y me hablaba de la Revolución Permanente, de la maldad de los estalinistas y de cómo el verdadero creador de la Unión Soviética era Trotsky. Yo le daba razón en todo (González, 2012).

Tras su ingreso en la política estudiantil las actividades de González se multiplicaron pues como presidente de la sociedad de alumnos tenía, entre otras responsabilidades, la de reportar a algún maestro faltista o el mal servicio en la biblioteca; así como organizar actividades que iban desde lecturas de poesía, mesas redondas, hasta conciertos de algún cantante de moda en las universidades, por lo que se desconectó casi por completo de la vida académica.

El movimiento estudiantil

En mayo de 1968 tuvieron lugar dos acontecimientos que incidieron de manera determinante en la historia mundial, los cuales sirvieron de inspiración para otros países: la primavera de Praga y el movimiento estudiantil de París. La efervescencia política y social no se limitaba a Europa, se extendía también al continente americano, así en las universidades de Estados Unidos, por ejemplo, la policía intervenía para frenar el repudio de los jóvenes a la guerra de Vietnam.

Los años sesenta del siglo XX supusieron un momento de remodelaciones en el aspecto político, económico, social y cultural en todo el orbe. Hacia finales de la década las revueltas estudiantiles del mayo francés, el ambiente hostil generado por la guerra fría, los regímenes totalitarios, la revolución castrista, la guerra de Vietnam y la revolución contra-cultural constituyeron la escena internacional en la cual surgió el movimiento estudiantil mexicano. Fue por esos días que Luis trabajó sin descanso en la organización de la Unión Nacional de Estudiantes Revolucionarios UNER al lado de Rocco. Se pretendía que la UNER fuera un organismo revolucionario estudiantil que concentrara los esfuerzos del estudiantado a nivel nacional. El Congreso inaugural, que contra cualquier pronóstico, sí alcanzó dimensión nacional tuvo lugar en la facultad de Filosofía, donde González consiguió que la Dirección les prestara cuantos salones de clase fueran necesarios para las diversas mesas de debate, además de haber solicitado a Difusión Cultural, dirigida entonces por Gastón García Cantú, imprimir volantes y carteles para el evento¹⁷.

Un par de meses más tarde (en julio) inició la revuelta estudiantil. Empezaron a llegar las noticias de que había habido problemas en el centro de la ciudad “por un pleito entre jugadores de futbol callejero y que la Prepa 1 en San Ildefonso se había puesto en huelga, fui con Nacho Osorio y Enrique Sevilla a enterarnos de la situación. Estuvimos un buen rato y nos fuimos. Hacia la madrugada del 30, supimos lo del bazukazo al portón de San Ildefonso” (Entrevista a González, 2013). El movimiento estudiantil de 68 lanzó a las

¹⁷ Quizá con la intención de trivializar su pasado militante, o bien, para destacar la ingenuidad que padecía por aquellos días, en el artículo “Una huelga de hambre y los ojos de Rocco”, publicado en agosto de 2012, en *Nexos*, González de Alba rememora la creación de la UNER enfatizando siempre que fue la belleza de Rocco (“Por entonces, yo no hubiera podido decir quién tenía más hermosos ojos azules, si el Rocco de Visconti en Milán, o Rocco el mío”), y no intereses políticos los que lo llevaron a participar en ese proyecto. De alguna manera, a través del texto, se exculpa de haber participado en la organización del Congreso de la UNER al cerrarlo con la frase: “comencé a sospechar que yo le había hecho su congreso nacional al POR (t)” (Partido Obrero Revolucionario Troskista).

calles a un buen número de jóvenes que encontraron en él la embriaguez de la muchedumbre. Inició a algunos de ellos y a otros (con militancia previa) los afianzó en la organización de brigadas que recorrían la ciudad repartiendo volantes, haciendo discursos y mítines relámpagos; y los adiestró para actividades como convocar asambleas, redactar discursos, marchar con otros miles por las calles, cantando y gritando.

Por lo que respecta a las reacciones que despertó el movimiento estas iban desde la simpatía popular hacia quienes se enfrentaban al régimen y la solidaridad que despertaban las injusticias cometidas contra los estudiantes, hasta el disgusto de algunos sectores de la población debido a frecuentes manifestaciones, lo anterior aunado a las reacciones de grupos derechistas que veían una amenaza en el movimiento estudiantil y brindaban su apoyo incondicional al gobierno de Díaz Ordaz. Estos grupos (que no escatimaron recursos para detener a los estudiantes) creían que el movimiento desestabilizaría al país al grado que la economía entraría en crisis y el llamado 'milagro mexicano' dejaría de serlo. 1968 fue un año convulso cuyo signo distintivo fueron las protestas, marchas, revueltas en distintos puntos del planeta: México, París, Praga, Roma, entre otros, en las que los jóvenes ocuparon un lugar central y en las que sin importar la latitud los gobiernos atribuyeron los desórdenes a conspiraciones provenientes del exterior.

En el caso mexicano, el movimiento estudiantil mostró semejanzas con los movimientos de otros países, tanto de Occidente como de Europa oriental. En opinión del poeta Octavio Paz la afinidad mayor fue con los de esta última: "nacionalismo, sólo que no en contra de la intervención soviética sino del imperialismo norteamericano; aspiración a una reforma democrática; protesta, no en contra de las burocracias comunistas sino del Partido Revolucionario Institucional" (Paz, 1970). El mismo Paz señala distintas situaciones que determinaron el curso de la revuelta juvenil mexicana, al apuntar que tiempo atrás, como una forma de reconocimiento internacional a su transformación en un país "moderno o semimoderno", México había solicitado, con éxito, que su capital fuese la sede de los Juegos Olímpicos en 1968. Sin embargo, estos festejos que se desarrollaron en el contexto de la rebelión juvenil y de la represión que la siguió, "parecieron gestos espectaculares con los que se quería ocultar la realidad de un país conmovido y aterrado por la violencia gubernamental" (Paz, 1970).

El movimiento estudiantil se inició como una querrela callejera entre bandas rivales de adolescentes. La brutalidad policíaca unió a los muchachos. Después, a medida que aumentaban los rigores de la represión y crecía la hostilidad de la prensa, la radio y la televisión, en su casi totalidad entregadas al gobierno, el movimiento se robusteció, se extendió y adquirió conciencia de sí. En el transcurso de unas cuantas semanas apareció claramente que los estudiantes, sin habérselo propuesto expresamente, eran los voceros del pueblo. Subrayo: no los voceros de esta o aquella clase, sino de la conciencia general..." (Paz, 1970).

Desde los primeros meses de 1968 la palabra represión aparece con mayor frecuencia e intensidad para describir las acciones de la policía y el ejército. Se percibe en la escena nacional el descontento acumulado años atrás por diversos sectores. En las marchas de la época se coreaba, "Vallejo, ¡libertad!"-"Vallejo, ¡libertad!", y los estudiantes consignaban en sus carteles de apoyo: "Líder honesto igual a preso político". Este periodo estuvo caracterizado por la falta de opciones de participación de los jóvenes quienes demandaban espacios libres para expresarse y organizarse. Entre las demandas principales del Movimiento estudiantil figuraban entablar un diálogo público con el gobierno y seis puntos en los que se pedía: 1) Libertad a los presos políticos.¹⁸ 2) Derogación de los artículos 145 y 145 bis del Código Penal Federal (que hacían referencia al delito de disolución social). 3) Desaparición del cuerpo de granaderos. 4) Destitución de los jefes de policía Luis Cueto, Raúl Mendiola y A. Frías. 5) Indemnización a los familiares de los muertos y heridos desde el inicio del conflicto. 6) Deslindamiento de responsabilidades de los funcionarios involucrados. Ante el clima generalizado de violencia, autoritarismo y carencia de espacios de participación, el movimiento estudiantil de aquel entonces contó con la simpatía de sectores sociales como el de los trabajadores y algunos intelectuales progresistas.

Esos pocos meses que duró el movimiento habían provocado la notoriedad de los jóvenes en la escena nacional y que sus voces se escucharan en diversos ámbitos, lo cual no era común pues en general los muchachos de la época debían permanecer sumisos, obedientes y callados ante padres, maestros y autoridades que los reprimían desde distintos ámbitos.

¹⁸ Presos políticos que para esas fechas habían llegado a la cárcel en tres momentos distintos: "a) los estudiantes apresados en los primeros enfrentamientos, exigencia unánime. b) la izquierda universitaria añadió a los dos dirigentes ferrocarrileros, Demetrio Vallejo y Valentín Campa, presos desde 1959; y c) detenidos de 1966 y 1967 que se preparaban en actividades guerrilleras, aunque no habían combatido. El periodista Víctor Rico Galán era el más conocido" (González, 2008: 165).

Era lo que había prendido la mecha: eso, la arbitrariedad en todos los niveles, los pequeños y los altos, en los serios y en los no tanto. La opresión era como un atole que debíamos respirar todos, de izquierda o derecha, con posturas políticas o sin ellas... Y ese atole en la atmósfera asfixiaba por igual a unos y a otros. A cada quien por sus motivos. (González, 2008: 134).

Sin embargo, durante esos días entre el 22 de julio y diciembre de 1968 (cuando tras una larga huelga los estudiantes regresaron a clases), algo empezaba a cambiar

Muchachas de mini con sus jóvenes piernas quemadas por el sol, maestros sin corbata, muchachos con el suéter amarrado a la cintura, al cuello, vienen a pie, vienen riendo, son muchos, vienen con esa loca alegría que se siente al caminar juntos en esta calle, nuestra calle, rumbo al Zócalo, nuestro Zócalo; aquí vienen; 5 de agosto, 13 de agosto, 27 de agosto, 13 de septiembre, el padre Jesús Pérez echó a vuelo las campanas de Catedral para recibirlos, toda la Plaza de la Constitución está iluminada (...) suben por Cinco de mayo, Juárez, cuántos aplausos, la Reforma, se les unen trescientas mil personas que nadie acarrea (...) Mé-xi-co, Li-ber-tad, Mé-xi-co, Li-ber-tad, Mé-xi-co, Li-ber-tad, Mé-xi-co, Li-ber-tad, Mé-xi-co, Li-ber-tad (Poniatowska, 2009:14).

En la mayoría de los hogares resultaba inconcebible hablar de prostitución, aborto, homosexualidad o relaciones fuera del matrimonio. “El rock era según la ideología del que hablara, para la derecha, una manifestación diabólica, para la izquierda una de agringamiento, ambos coincidían en que debían impedirse los conciertos en nuestro país (...) como impidieron la puesta en escena de *Hair* porque había desnudos”. En cuanto a la música, si bien Los Beatles eran medianamente aceptados por algunos adultos, de “Los Rolling con su *Satisfaction*, se decía que tenían pacto con el diablo, y los condenaban en iglesias y hogares” (González, 2008).

Las actitudes rebeldes que formaron parte del desorden no solo político-estudiantil sino también del cambio en la normatividad del comportamiento de los géneros incluía, entre otros: el aspecto físico y las decisiones de mujeres y hombres en cuanto a las prácticas sexuales (Rojas, 2010: 15). La participación de algunas mujeres en la lucha estudiantil de 1968, no solo se limitó a realizar actividades “propias de su género”, como asistir a los líderes estudiantiles, preparar los alimentos o asear los edificios. El impacto de dicha intervención despertó en ellas una conciencia política, sobre todo al cuestionar la limitación de su actividad al terreno matrimonial y maternal, lo anterior constituiría el germen de una crítica más amplia que pronto rebasó la estructura familiar para alcanzar

el sistema político en general. La revuelta estudiantil no solo afectó la vida cotidiana de las jóvenes universitarias, sino también la de las maestras que participaron desde la Coalición de profesores o las aulas; de las madres de familia, periodistas, actrices (quienes, por ejemplo, ayudaron a los brigadistas a realizar mini representaciones teatrales relámpago que ilustraban la problemática estudiantil y social del momento). Lo anterior, en su conjunto puso de manifiesto “la incorporación popular a la movilización, por lo que las demandas no fueron solo de tinte político, pues se incorporaron una multiplicidad de demandas de carácter social” (Cohen y Frazier, 2004: 38). Además, durante el movimiento las mujeres no solo participaron en mítines, manifestaciones o asambleas, dicha participación representó su ingreso a otros espacios, que en el pasado eran de carácter exclusivamente masculino, como las jefaturas de policía, las reuniones políticas, las visitas hechas a los presos políticos en las cárceles o incluso los anfiteatros reconociendo los cuerpos de sus compañeros de lucha (Rojas, 2010: 7).

Para agosto de 1968, el movimiento estudiantil empezó a tomar una fuerza inusitada. En su calidad de presidente de la sociedad de alumnos, González de Alba quedó como el más evidente candidato a representar a su facultad ante el recién integrado Consejo Nacional de Huelga (CNH). Sus actividades eran numerosas, todos los días se quedaba a hacer guardias, iba a las sesiones del CNH, convocaba asambleas para informar y para tomar decisiones, redactaba volantes y comunicados. “No volví a dormir en mi casa durante agosto y septiembre. Iba al CNH y regresaba a Filosofía y Letras para informar a los compañeros, dormir, y comenzar por la mañana la asamblea de todos los días”. El CNH le encomendó la tarea de escribir la respuesta al presidente Gustavo Díaz Ordaz, después de su Informe del 1 de septiembre. “El CNH marcó los puntos y yo desarrollé el escrito, lo leí una noche y se publicó” (Entrevista a González, 2012). De alguna manera, tanto su involucramiento en la política como su facilidad para escribir, colocarían a González de Alba en una situación de privilegio con respecto a otros compañeros.

Aunque el movimiento estudiantil parecía, en un principio, básicamente una revuelta de carácter político, como ya se había señalado, la movilización también ejemplificó una confrontación generacional (Carey, 2005: 3) donde las personas mayores interpretaban las acciones del movimiento como actos desorientados y absurdos por parte de los estudiantes. En opinión de algunos adultos de los sesenta las nuevas prácticas juveniles como escuchar ritmos “epilépticos”, participar en las danzas

modernas, y el uso de vestidos cortos, podían derivar en serios problemas sociales como los cambios en la moral. “Esta revolución cultural modificó en cierta medida los ritos relativos a la sexualidad” (Cohen y Frazier, 2004: 35). El tema sexual empezó a estar presente en muchos ámbitos en los que antes no aparecía con tanta notoriedad como en la música, las revistas (alternando con tópicos como política y drogas); además, por ejemplo, los espectáculos de streep tease, ganaron popularidad durante esa época. Al sexo se le llamaba “amor libre” porque, con la píldora, estaba libre de consecuencias (Kulansky, 2004: 250). Otro asunto que los adultos relacionaban con los comportamientos juveniles antes referidos fue el consumo de drogas.

Las jóvenes de la época protestaban por las marcadas diferencias que sus padres hacían entre el trato que tenían ellas como mujeres y el que recibían sus hermanos varones. Una chica de 17 años, escribió a la sección de cartas de los lectores, en la revista *Sucesos para todos* de noviembre de 1968, que al incorporarse al movimiento, recibió la crítica de sus padres, pues “esas cosas eran para hombres”. La joven enfatizó al final de la carta “las mujeres estamos aún horriblemente limitadas. (...) Existen todavía esos prejuicios absurdos. (...) Las revistas y periódicos deberían enseñar a los padres que sus hijas no son bestias irracionales, por el simple hecho de ser mujeres” (*Sucesos para todos*, noviembre de 1968: 42).

Quizá para combatir el tedio de alguna de las prolongadas estancias en la Facultad de Filosofía y Letras y aprovechando que había un piano en el auditorio, aunque no tenía la partitura, González de Alba sacó la melodía “Romance anónimo” y le hizo un arreglo para piano (pues es una pieza que se interpreta más en guitarra). Posiblemente a raíz de esto algunos compañeros le empezaron a decir a Luis “Juegos prohibidos” (pues es otro de los nombres con los que se conoce a dicha melodía) (Entrevista a Escudero, 2011).

Por esos días, recuerda Roberto Escudero¹⁹ que en la Facultad no dejaban de comentar la enorme respuesta que la manifestación del 13 de agosto había tenido entre la población, pues a ella asistieron entre 250 y 300 mil manifestantes al Zócalo, la mayoría de ellos jóvenes estudiantes, quienes al fin se colocaban como personajes centrales de la escena nacional:

¹⁹ Roberto Escudero fue, junto con González de Alba, representante ante el CNH de la Facultad de Filosofía y Letras.

Cuando terminó la manifestación del 13 de todas las bocacalles salía gente con banderas, muchachos y muchachas que doblaban las mantas (...) y se subían a los camiones de sus escuelas, ya atestados, para regresar a las guardias en las azoteas, a la torta entre las tres y las cuatro de la mañana, a los tacos a las volandas en una taquería de Insurgentes, el café caliente, la risa, la felicidad que da el triunfo. Todos éramos felices...No sé por qué apagaban el alumbrado público y nosotros regresábamos del Zócalo a oscuras y recorríamos Juárez, la Reforma, guiándonos por la luz de los faros de los coches... ¡Era magnífico! ¡Era un sueño! ¡Reíamos! Relatábamos anécdotas, contábamos puntadas de unos y de otros (Poniatowska, 2005).

Entre el grueso de la población existía una fuerte desinformación, además de una marcada mojigatería que contrastaba con los aires de cambio que se respiraban al exterior pero también al interior del país. Para la mayoría de los padres de esos estudiantes lo extraño o diferente se relacionaba con el comunismo, con la minifalda, con la música de los Rolling Stones o de Bob Dylan. La intolerancia desempeñaba un papel central en el México de aquella época que contrastaba con una población joven en vías de transformación. A pesar de todas las contradicciones que el movimiento encerraba y de la creciente violencia por parte del gobierno diazordacista, el número de participantes en las movilizaciones seguía en aumento, baste recordar la célebre manifestación silenciosa, “la cual agrupó a cerca de cuatrocientas mil personas, algo nunca visto en México”. No obstante el descrédito del que fueron objeto los estudiantes a través de los diversos medios, para no hablar de la violencia física que padecieron a manos de la policía y el ejército, el pueblo engrosó espontáneamente las manifestaciones juveniles. Desde el inicio de la revuelta la mayor parte de la prensa comercial había deformado los acontecimientos o ni siquiera los mencionaba, a no ser por las revistas: *Política* y *Siempre!* y algunas otras publicaciones marginales, como *Por qué*.

Como una suerte de aviso que anticipaba los sucesos del 2 de octubre, cierta ingobernabilidad se vislumbraba ya en las calles de la ciudad de México. Se percibía tensión en el ambiente, entre otras cosas porque, como se mencionó con anterioridad, la nación estaba comprometida como sede de los Juegos Olímpicos lo cual hacía impostergable sostener una imagen de estabilidad hacia el exterior.

De la crujía “H” a la crujía “C”

El recuerdo alegre de los días de plenitud en los que se sintió tan unido a sus compañeros y tan cerca de incidir en la vida nacional contrastaba con la realidad que lo

circundaba en el presente, pues en la crujía “H” donde los habían llevado al ingresar a Lecumberri “las celdas no tenían luz eléctrica ni excusado. En un rincón había un bote de lámina lleno de orines que producía un hedor insoportable (...) Las literas eran de lámina (...) las chinches caminaban por las esquinas (...)”, (González, 2005: 160). González de Alba tenía los dedos gruesos por los piquetes y el hastío le había permitido repasar una y otra vez lo inscrito en las paredes de su celda donde se observaban corazones y dibujos obscenos de todo tipo y se distinguían leyendas como: “En la vida del revolucionario la cárcel es un accidente de trabajo” o “aquí estuvo su mero mero padre”.

Antes del 2 de octubre el contacto que los representantes del Consejo habían tenido entre ellos podía considerarse superficial, hasta entonces básicamente habían conversado sobre política, por eso resultaba complicado pasar largas horas conviviendo con desconocidos de lo más heterogéneo en condiciones de hacinamiento. Un par de semanas después de su llegada fueron conducidos a la crujía “C” (en la que pasarían los casi tres años de cautiverio) donde, por fortuna, tanto las celdas como las literas estaban limpias y en buen estado. Para entonces la dirección del penal ya les había permitido la entrada de ropa y alimentos, cada uno ya tenía manta, colchoneta, un suéter. También contaban con algo de dinero, de manera que podían comprar lo que necesitaran en la tienda de abarrotes del penal. En Lecumberri esa tienda, una juguería y frutería, al igual que la cocina, la panadería y las calderas estaban atendidas por presos.

La situación de la mayoría de los presos políticos fue mejorando de forma paulatina. Un grupo del Partido Comunista ya tenía allí tres meses cuando llegaron a la cárcel los representantes del CNH. Entre los integrantes del mencionado grupo estaban Gilberto Rincón Gallardo, Gerardo Unzueta, Eduardo De la Vega y Félix Goded, quienes desde su arribo reclamaron a la dirección de la prisión tratos justos y auto organización (Entrevista a Álvarez, 2010). Una de las primeras acciones que llevaron a cabo los representantes del Consejo fue quitarle el comando de la crujía “C” al *Toro*, un preso común que tenía fama de violento y eligieron mediante asamblea un comando propio, donde Raúl Álvarez Garín quedó como responsable. Lo anterior representó un gran avance pues, de esta forma, la crujía contaría con una organización surgida de los presos políticos y no de externos, lo cual redundó en una serie de negociaciones con las autoridades del penal que mejoraron sustancialmente su estancia en la cárcel (Entrevista a Álvarez, 2010).

El motivo de brindar estas concesiones a los presos políticos, respondió, entre otras situaciones, a que Díaz Ordaz debía contrarrestar, de algún modo, la imagen de intolerancia que había ganado tras los sucesos de Tlatelolco, ya que si bien en México la información sobre lo ocurrido había sido distorsionada o silenciada, en el ámbito internacional sí encontró cauces para su difusión. Pocas veces como entonces la apariencia de estabilidad nacional resultaba tan significativa pues la inminente celebración de los Juegos Olímpicos, en octubre de ese año, había atraído la mirada internacional hacia México. En ese contexto la presidencia actuó con cautela respecto a los presos políticos, quienes aprovecharon esa situación para obtener prerrogativas que de otra manera hubieran sido inconcebibles. Aunque para entonces, el régimen monopartidista del PRI persistía, su enorme carga de represión y autoritarismo ya resultaban inocultables.

Para el verano de 1969, tres eran las crujías destinadas, básicamente, a los reos políticos: la “C”, la “M” y la “N”. De ellas, quizá por estar básicamente integrada por jóvenes, la “C” resultaba la más ruidosa y animada. El paisaje lo conformaban grupos de jóvenes que se amontonaban en las mesas de cemento para jugar ajedrez o dominó. El sonido del bote de la pelota de básquet al chocar contra el aro metálico, se mezclaba con las notas desafinadas de los danzones que tocaba, a lo lejos, un conjunto de presos. El verde de la “jardinera con helechos, un pino y el rosál que ya floreció (...) las voces de todos llamándose a gritos” (González, 2005: 104), formaban parte de la cotidianidad.

Rasgos comunes en la formación de algunos representantes del CNH presos en Lecumberri que integraban el “pregrupo”

Pero, ¿quiénes eran los representantes del Consejo Nacional de Huelga presos en Lecumberri con los que Luis González de Alba compartió cercanamente cautiverio? ¿Qué historias y características tenían en común? ¿Qué era lo que los unía haciéndolos formar un cerrado grupo o “pregrupo” no solo durante los casi tres años de encierro sino incluso después de este?

Para comprender someramente algunas características de los representantes del Consejo Nacional de Huelga que aquí se mencionan²⁰, resulta esencial señalar algunos

²⁰ El criterio de selección de estos jóvenes responde a su grado de participación en el movimiento, a los proyectos comunes en los que participaron (el libro colectivo, *Tiempo de hablar*, Punto crítico, etc.) a su reclusión en Lecumberri y a que destacan como personajes principales en *Los días y los años*.

rasgos comunes en su formación (académica, familiar, cultural y política). Además de proporcionar un breve contexto de las situaciones que vivieron en los años previos al 68. De igual forma, es vital señalar quiénes formaban parte del “pregrupo” y por qué les llamaban de esta forma.

A los miembros del CNH presos en Lecumberri se les conocía como el pregrupo porque según Raúl Álvarez, había una negativa explícita a constituirse como grupo, a singularizarse en exceso, “de manera intuitiva veíamos eso como un elemento sectario de división (...) Actuábamos organizadamente, pero con la intención deliberada de no partir como un agrupamiento sustentado en definiciones ideológicas excluyentes (...) De allí que al no querer aparecer como grupo nos denominaran el pregrupo. Tiempo después nos definimos como una “tendencia” que no se definía ni por esquemas organizativos ni por definiciones ideológicas preestablecidas” (Véase Álvarez, 1998: 204).

Los integrantes del pregrupo, básicamente, eran los dirigentes del Consejo Nacional de Huelga: Luis González de Alba, Gilberto Guevara, Raúl Álvarez Garín, Eduardo Valle, “El Búho”, Félix Hernández Gamundi y Salvador Martínez della Rocca, “El Pino”, quien aunque no era representante del CNH, sí había sido miembro del Comité de lucha de la Facultad de Ciencias y participó en todos los proyectos que sus compañeros emprendieron. González de Alba explica que Raúl Álvarez decía siempre en tono de broma: “Para que nada nos separe, que nada nos una... Por eso no éramos grupo, sino pregrupo” (Entrevista a González, 2012).

Los representantes del CNH estudiados tenían entre 20 y 25 años cuando se sucedieron los hechos de 1968 y pertenecían a la clase media con acceso a la educación superior²¹, la mayoría estaba por terminar la licenciatura, cuando fueron recluidos en Lecumberri. Procedían de las dos principales instituciones educativas del país: la UNAM (Gilberto Guevara, Luis González de Alba y Eduardo Valle, por ejemplo) y el Politécnico (Félix Hernández Gamundi y Raúl Álvarez Garín), algunos de ellos habían migrado a la ciudad del interior del país (Guevara y González, de Sinaloa y Jalisco, respectivamente, por ejemplo) o eran de la capital (Álvarez Garín y Eduardo Valle); y su militancia previa variaba en tiempo y profundidad.

²¹ Para 1970 solo el 6.3% de la población de entre 20 y 24 años tenía acceso a estudiar una licenciatura. (Wences, 1984:137).

En cuanto a este último aspecto los casos resultaban diversos, pues si bien algunos de los representantes habían iniciado su entrenamiento político al ingresar a la licenciatura o poco antes, otros prácticamente desde niños habían vivido inmersos en distintos procesos políticos del país pues sus padres eran militantes de organizaciones de izquierda. Este era el caso de Raúl Álvarez Garín, quien para 1968 tenía ya una experiencia considerable, pues desde los 17 años había militado en el Partido Comunista y participado en otros movimientos sociales, además del estudiantil.

Aunado a lo anterior, sus padres también habían sido militantes en dicho partido. Su madre, Manuela Garín, impartía clases en la UNAM y formaba parte de la Coalición de maestros. Para entonces Álvarez se había casado con Fernanda “La Chata” Campa, hija del líder ferrocarrilero Valentín Campa. Acerca de su temprano activismo, él mismo señaló:

Estuve preso en el Campo Militar Número 1 en marzo de 1959 por participación en movimientos estudiantiles, en esa ocasión nuestra demanda era que no se incrementaran las tarifas eléctricas. Mi mamá, Manuela Garín es matemática y mi papá ingeniero civil y profesor de educación física, ambos eran miembros del Partido Comunista Mexicano desde 1938, aunque para 1960 ya no estaban incorporados al partido porque había habido desgajamientos y mucha gente había sido expulsada. Por entonces la izquierda estaba muy determinada por la Revolución Rusa, había tres grandes corrientes, todas marxistas: la de Lombardo Toledano, el Partido Popular y el Partido Obrero Campesino (POC), y alrededor de ellos una gran cantidad de intelectuales mexicanos.

Ingresé al Partido Comunista en 1960 donde una de las primeras tareas era incorporarme a un organismo que buscaba organizar a la Juventud Comunista de México. En ese año había una gran inquietud juvenil, derivada de la Revolución Cubana, de las luchas ferrocarrileras del 1959, de los movimientos obreros y de maestros. Participé en varias luchas por los conflictos que se vivían en ese tiempo. Por ejemplo en las luchas en la Universidad de Puebla, ahí había una actividad intelectual de comunistas muy fuerte y de alta calidad que encabezaba el doctor Luis Rivera Terrazas, un enciclopedista, sólidamente formado en la cuestión marxista, ahí en Puebla se desarrollaba un seminario permanente, donde se exponían los trabajos más avanzados de la época en el mundo. Desde la ciudad de México yo participaba en el seguimiento, apoyo y difusión de esos trabajos, de manera que para 1968, yo ya tenía camino andado (Entrevista a Álvarez, 2010).

Otro representante del CNH con experiencia política previa y parientes militantes fue Eduardo Valle “El Búho”, quien en 1965, luchó por la autonomía de la Universidad

Autónoma de Sinaloa (UAS) y por una nueva ley orgánica. A pesar de haber nacido en el D.F., Valle tuvo siempre un fuerte vínculo con Sinaloa debido a su familia paterna. Para 1967 regresó a la ciudad de México donde el trabajo conjunto que realizó con Gilberto Guevara, Marcelino Perelló, “La Chata” Campa y Raúl Álvarez, consiguió que la Juventud Comunista recuperara fuerza y liderazgo.

Durante el movimiento estudiantil la experiencia política acumulada de muchos de esos jóvenes que habían ejercido alguna militancia resultó primordial. Los que tenían alguna idea instruían a sus compañeros en la organización de brigadas, en la improvisación de mítines relámpago, en los discursos en mercados, camiones, fábricas, en la redacción de volantes, en la elaboración de discursos. Todo lo anterior aportó poco a poco estructura a un movimiento estudiantil pacífico, lúdico, cuyos integrantes fueron formándose en la práctica.

Varios de los representantes del CNH ingresaron de lleno a la política universitaria al obtener la presidencia de la sociedad de alumnos de su facultad. Fue el caso de González de Alba, quien, como ya se comentó, llegó a la Facultad de Filosofía y Letras, en 1964, donde se empezó a involucrar en política universitaria a través de los grupos Miguel Hernández y José Carlos Mariátegui. De igual manera, Gilberto Guevara afirma que el acontecimiento que dio un vuelco a su vida llegó cuando intervino por vez primera en política estudiantil. El inicio lo marcó la invitación a competir por la presidencia de la sociedad de alumnos de la Facultad de Ciencias. “Cuando gané las elecciones, comenzó para mí un aprendizaje acelerado. Mi mirada se amplió: miré por primera vez a la universidad en su conjunto y comencé poco a poco a percibir la política nacional”. (Guevara, 2008). Guevara era un joven que, como muchos otros que migraron de sus estados de origen, vino a la capital a estudiar biología en la UNAM. Alto, espigado, buen orador de voz grave, tomaba en serio las materias y obtenía buenas calificaciones.

Más allá de la vasta o poca experiencia política y de la militancia tardía o precoz, lo que sí resultó una constante en estos jóvenes fue que la mayoría de los que escribieron testimonios sobre su formación (Álvarez Garín, Campos Lemus y Guevara Niebla, entre otros), refirieron haber participado en organizaciones estudiantiles vinculadas al Partido Comunista Mexicano, como las Juventudes Comunistas de México (JCM) o la Central Nacional de Estudiantes Democráticos (CNED), estas dos últimas “se erigieron en los años previos al 68 como verdaderos semilleros políticos del movimiento estudiantil” (Jiménez, 2011: 54). Si bien para entonces la mayoría de los representantes

del CNH pertenecían a organizaciones de izquierda, es importante recordar que previo al 68 esta corriente política había sido relativamente marginal y, en algunos periodos, incluso clandestina. El movimiento estudiantil la fortaleció y dio oportunidad de expresarse de manera más amplia a otros grupos más pequeños, como los trotskistas o maoístas.

Otra característica común en estos jóvenes era que como varios militaban en organizaciones pequeñas, en ellas se acostumbraba que los activistas estuvieran informados a profundidad. En estos grupos reducidos se fomentaba la discusión; resultaba un principio básico de las organizaciones de izquierda estar enterados sobre lo que ocurría en el país e incluso en otras partes del mundo. Quizá por ello este grupo de militantes estaban más preparados. Tanto era así, que resultaba atractivo para otras fuerzas políticas cooptarlos, pues los militantes de la izquierda estaban mejor formados que otros, “entonces la izquierda fue como una reserva, sobre todo para el PRI, de intelectuales y de cuadros” (Ruiz/Illades, 2014).

Durante el siglo XX, la presencia de la izquierda creció de forma paulatina en el debate intelectual y académico mexicano, hasta ejercer una marcada influencia tanto en las universidades como en organizaciones políticas. Fueron los grupos de izquierda quienes se opusieron a la dictadura priista; quienes pugnaron por la democracia en el sistema político, pero también en los sindicatos; quienes reivindicaron la participación de la sociedad civil y defendieron los derechos de los ciudadanos. Debido a esta lucha, fue la izquierda la que padeció cárcel, represión y el peso del sistema autoritario mexicano (Ruiz/Illades, 2014).

En el terreno cultural, un aspecto en común entre estos representantes del CNH fue que varios leyeron revistas como *Política*, de Manuel Marcué Pardiñas, uno de los órganos informativos más críticos del sistema que dejaba al descubierto temas de la cultura política nacional que nadie se atrevía por entonces a tratar. Además de los suplementos culturales de Fernando Benítez, primero, México en la cultura, en *Novedades*, y después, La cultura en México en las páginas de *Siempre!* Estos jóvenes tuvieron trato directo (en la cárcel y fuera de ella) con intelectuales, maestros, periodistas y escritores de la época, entre los que destacan: Elena Poniatowska, Carlos Monsiváis, Manuel Marcué Pardiñas, Heberto Castillo, Eli de Gortari (como se detallará más adelante) y con José Revueltas, quien ayudó a abrir el horizonte tanto cultural como político para los jóvenes, “de alguna manera, y no obstante ser mayor, fue como el

punto de encuentro entre la generación anterior, del estalinismo en su versión mexicana, con la izquierda nueva que se fue generando en los años sesenta” (Ruiz/Illades, 2014).

Al incorporarse a sus estudios medios y superiores, estos jóvenes (sobre todo los que estuvieron en la UNAM) no limitaron sus experiencias al aprendizaje académico adquirido en las clases, pues Ciudad Universitaria tenía, por entonces, una vasta oferta cultural de alta calidad que pasaba por conciertos, teatro, exposiciones, conferencias, entre otras actividades. Gilberto Guevara, representante de la Facultad de Ciencias ante el CNH, recuerda:

Provinciano, yo vivía una experiencia maravillosa cada día. Me deslumbré con la representación de *El lago de los cisnes* del Ballet Nacional y con Las Estaciones de Vivaldi ejecutadas por I Musici (...) Escuché exponer en Ciencias al premio Nobel Linus Pauling y recitar su poesía a Pablo Neruda. Cada año asistíamos a la Muestra de Cine del teatro Roble donde pude ver *La dulce vida* y otros filmes (...) Woody Allen comenzaba su carrera y sus películas me fascinaban (...) Y Luis Buñuel, que siempre nos sorprendía y nos divertía con su lectura despiadada de la realidad (Guevara, 2008).

A estos muchachos les correspondió la época de los “rebeldes sin causa” y de los Beatles. Para 1968 las emisoras de radio programaban “Hey Jude”, “The Yellow Submarine” y “Those were the days” para beneplácito de los jóvenes, quienes se identificaban con esas letras y sonidos distintos, irreverentes, con sentido libertario. En cuanto a su contacto con la literatura, algunos de estos miembros del CNH (como Guevara y González) leyeron las obras de los autores existencialistas, como *La náusea* y *El muro* de Jean Paul Sartre y *El extranjero* de Albert Camus, con quienes, en su momento, se sintieron identificados²². De igual forma, (ambos representantes) como muchos jóvenes de la época, se identificaron con *Demian* y *El lobo estepario* de Hermann Hesse; además de los libros de Freud, Mao, Marx y Herbert Marcuse. Estos tres últimos fueron referencias emblemáticas para las movilizaciones de Mayo de 1968 en el mundo²³.

Por lo que toca a escritores nacionales, estos representantes del CNH crecieron con Octavio Paz y Juan Rulfo e iniciaron su juventud con la publicación de *La democracia en México* de González Casanova, *Gazapo* de Gustavo Sainz y *Farabeuf* de Salvador

²² El existencialismo defendía la libertad del individuo al insistir en el hecho de que este asumiera la responsabilidad total de sus actos, obligándolo a desarrollar una ética de la responsabilidad individual alejada de roles y estereotipos preconcebidos.

²³ Las tres “emes” (Marx, Mao y Marcuse) realizaron una feroz crítica al capitalismo, entre otros puntos, planteaban a la libertad como la principal necesidad real del hombre, la cual cada vez era más difícil de alcanzar en las sociedades industrializadas modernas, las cuales se encargaban de crear necesidades ficticias a los individuos que producían su infelicidad.

Elizondo, en 1965. Es en ese año que la literatura va mudando sus temáticas, los jóvenes se empiezan a volver centrales, *Gazapo* es un ejemplo de ello. Esta novela “mostró el proceso de maduración de un joven que rompe con el paternalismo y la convencionalidad para avanzar por sí mismo (...) algo semejante ocurría en el país, cuya población joven se liberaba con rapidez de viejos moldes y formaba una nueva nación” (Agustín, 1991: 235). Es muy posible que esta centralidad de los jóvenes y esta necesidad de romper con viejos moldes estuviera influida, entre otros factores por el marxismo, el cual “se le presentó a muchos de los nacidos durante la guerra o en la temprana posguerra, como alternativa a una sociedad llena de exigencias absurdas, como encarnación suprema del anhelado advenimiento próximo de una sociedad libre de opresión y desigualdades” (Elias, 1999: 272). Cabe señalar también que los aspectos teóricos y morales de la doctrina marxista desempeñaron un papel decisivo en los distintos movimientos estudiantiles y de izquierda que se vivieron básicamente en las décadas de los sesenta y setenta en distintos puntos del orbe, incluido México.

También disfrutaron a los escritores del *boom* latinoamericano²⁴ como Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa, Julio Cortázar y Carlos Fuentes, entre otros, quienes tuvieron un impacto poco habitual pues su notoriedad rebasó fronteras y se hizo presente en el ámbito internacional. Estos autores “propiciaron una nueva sensibilidad e intensas tomas de conciencia de orden político, histórico y social. Su nivel cualitativo fue excelente, y por eso los autores del *boom* siempre obtuvieron una atención inusitada” (Agustín, 1991: 218).

Como puede observarse fueron muchos y diferentes los factores que influyeron en la formación de estos jóvenes en los años previos al inicio de la revuelta estudiantil, pues contra la tendencia de entender el 68 como punto de partida de los cambios de diversa índole en la historia nacional, basta revisar las diversas manifestaciones artísticas y culturales “que evidenciaban desde antes del movimiento estudiantil, un divorcio entre el consumo cultural del sector ‘progresista’ de la juventud ilustrada mexicana y el proyecto cultural posrevolucionario (...) Se trata de un relevo generacional. La gente que ya había concluido su proceso formativo en 1968 estaba buscando nuevas explicaciones acerca de procesos que el discurso predominante no alcanzaba a satisfacer” (Matute: 1997: 90).

²⁴ Así se le llamó al momento cuando el público internacional, básicamente Europa y Estados Unidos, reconoció la calidad de la literatura que los autores latinoamericanos habían hecho desde los años cuarenta.

Al respecto, Matute menciona que tanto en la Revolución Cubana y el movimiento hippie, con toda su carga romántica e ideológica, como en el discurso antinacionalista de artistas plásticos como José Luis Cuevas, o en el cine de los italianos como Federico Fellini y Luccino Visconti, es posible rastrear algunos indicadores del surgimiento de una generación con “tendencia hacia las rupturas”:

En este sentido, el propio 68, en lo que significó de ruptura con el conformismo, es parte de la misma dinámica de los años sesenta. Traigo a cuento todo esto para que no se crea que privaba un estado de inocencia que se le quitó a la juventud entre los últimos días de julio y los primeros de octubre (Matute, 1997:91).

En cuanto al ámbito universitario, por entonces, la política de la Máxima Casa de Estudios estaba regida por las sociedades de alumnos, agrupaciones impulsadas por las autoridades universitarias que tenían como función el control de los estudiantes, pues al igual que para el Estado mexicano resultaba un agobio permanente mantener el equilibrio político nacional, para las autoridades de la UNAM la estabilidad interna se había convertido en una constante preocupación. El rector, Ignacio Chávez, intervenía, según sus intereses, en materia de política estudiantil. Los partidos políticos dejaban constancia de su influencia en el *campus* universitario: en un extremo estaban los priistas que pretendían tener el control de las facultades tradicionales de carreras técnicas, como ingeniería, medicina y arquitectura, entre otras. Y en el otro extremo, se encontraban diversas agrupaciones de izquierda que habían desplazado paulatinamente al partido oficial en las facultades dedicadas a las humanidades, era el caso de Economía, Ciencias Políticas, Filosofía y Derecho. Dichas agrupaciones de izquierda tenían vertientes diversas:

En la vertiente “moderada” podía ubicarse a los “pepinos” (seguidores del Partido Popular Socialista que encabezaba Vicente Lombardo Toledano), a los social o demócrata cristianos (vinculados al ala progresista, seguidores de Juan XXIII, de la Iglesia) y a los “comunistas” (miembros del Partido Comunista Mexicano o de la Juventud Comunista de México). En la vertiente radical se podían encontrar a los “trotskistas”; “maoístas” (de varias tendencias), a los “espartaquistas” (de la Liga Comunista Espartaco) y a los “foquistas” (simpatizantes de la línea del Che Guevara) (Guevara, 2008).

Para 1966 se realizó una huelga en contra del rector Ignacio Chávez dirigida por alumnos de la Facultad de Derecho, quienes, entre otros puntos, rechazaban el examen de admisión, y pugnaban por la paridad estudiantil en el Consejo Universitario. El evento que puso fin al conflicto fue la toma del edificio de Rectoría por estudiantes de la

mencionada facultad, donde estos, obligaron a Chávez a renunciar a su cargo. La caída de Chávez trajo aparejada cierta apertura pues en la UNAM se empezó a hablar de la reforma universitaria. En ese escenario el marxismo radical se extendió como nunca lo había hecho. “La vertiente extrema de la izquierda creció en número y en ascendiente dentro del ala de humanidades” (Guevara, 2008). Una vez que el nuevo rector, Javier Barros Sierra, tomó el mando se produjeron cambios profundos, entre los principales estaban la eliminación del examen de admisión para los alumnos de la Escuela Nacional Preparatoria y una renovación de planes de estudio.

Gracias a la política de libertad y respeto a la independencia de las organizaciones estudiantiles que Barros Sierra aplicó, el debate político se vio estimulado. En ese marco, las discusiones traspasaron el terreno universitario y alcanzaron el ámbito de la política nacional. Se iniciaba así un debate sobre la libertad de los presos políticos. Los estudiantes (básicamente los del área de humanidades) realizaron huelgas de hambre para exigir la libertad de los líderes ferrocarrileros Vallejo y Campa, que desde 1959 purgaban condena en Lecumberri. Los representantes del CNH no fueron indiferentes a estos cambios, sino agentes activos, por ejemplo, tanto en la salida del rector Chávez como en la huelga de hambre en pro de los líderes ferrocarrileros estuvieron involucrados algunos de ellos como Roberto Escudero y Luis González de Alba, entre otros.

En cuanto al contexto internacional que vivió este grupo de representantes destacaron las movilizaciones de jóvenes que surgieron en todo el orbe (Francia, España y Estados Unidos, entre otros). Estudiantes organizados exigían sus derechos tratando de erigirse como un contrapeso a la represión que se presentaba, en mayor o menor medida, en diversas latitudes. A través de distintos medios los estudiantes se enteraban de procesos políticos que tenían lugar en otras regiones, por ejemplo, fueron testigos del liderazgo ejercido por el Che Guevara en Latinoamérica, así como de la revolución en República Dominicana (1965); además de seguir con atención el surgimiento de Students for a Democratic Society (SDS), la guerra de Vietnam y la radicalización del movimiento negro en Estados Unidos.

Otros aspectos que compartieron estos representantes del CNH fueron su inamovible oposición al autoritarismo, la euforia de saberse responsables directos de la transformación nacional y, poco después, la pérdida de esa posibilidad al ser reprimidos y encarcelados. Monsiváis señala que si bien a estos jóvenes el movimiento los unió en la embriaguez, en la certeza de haber vivido “un tiempo intensísimo en las entrañas de la

Historia y en el círculo de acontecimientos que cambian el rumbo del país”, la cárcel los fundió en la pérdida, en la desgracia y la culpa, pero también en la reparación y el trabajo creativo, y “los conformó indiscutiblemente en una generación” (2008). Al tratar de definir a esta generación cuyo rasgo distintivo es el movimiento estudiantil dice que a esta:

La integran ideal o pretenciosamente cientos de miles, su punto de unidad es la esperanza de las transformaciones democráticas o radicales. De allí que un buen número lea *La democracia en México* de Pablo González Casanova, *Los condenados de la tierra* de Franz Fanon, *Escucha yanqui* de Wright Mills, *La muerte de Artemio Cruz* de Carlos Fuentes, los ensayos de Sartre, la narrativa de Mario Vargas Llosa y Cortázar. Si algo permite hablar de la Generación del 68 es la abiertísima gana de, a la vez, internacionalizarse y nacionalizarse a la luz de la protesta (2008: 103).

Los relatos y las charlas de los presos políticos

Entre los problemas que González de Alba y otros presos políticos tuvieron que enfrentar cuando llegaron a la cárcel se encontraban: el temor de pasar el resto de su juventud en prisión, ya que sus detenciones y encarcelamiento se habían realizado sin cargos comprobados ni juicios justos (la mayoría tenía sentencias que oscilaban entre los 18 y 25 años) (González, 2008: 131) y el pesar por los muertos y heridos de Tlatelolco, que según las versiones del gobierno, habían sido provocados por ellos. En ese ambiente de duelo, pérdida de libertad y proyectos de vida truncados, los presos políticos empezaron a reunirse varias horas para hablar sobre sus experiencias del movimiento y tratar de comprender lo sucedido. En largas charlas en las que, quizá ahuyentaban el miedo y estrechaban los lazos entre quienes por casi tres años compartirían el encierro, se vertían anécdotas, reflexiones, sensaciones que dejaron los apenas cuatro meses del movimiento estudiantil.

Durante los primeros meses de cautiverio, varios de los miembros del Consejo Nacional de Huelga, brigadistas y militantes contaban una y otra vez sus experiencias, “tanto le daban vueltas a una misma anécdota que después de un tiempo para tener de qué hablar agregaban algún detalle o incluso llegaban a exagerar sus proezas” (Entrevista a Sevilla, 2009). Así surge repetidamente, en boca de uno u otro estudiante el relato de una marcha; la participación en alguna brigada; el recuerdo de algún mitin. Por ejemplo, los del Politécnico, como Raúl Álvarez comentaban lo que allí había acontecido, mientras Eduardo Valle “El Búho” y Salvador Martínez “El Pino”, hablaban sobre la experiencia en las facultades de Economía y Ciencias de la UNAM, respectivamente. Ya este condenaba la toma de Ciudad Universitaria, ya aquel se emocionaba con el apoyo de la ciudadanía; ya un tercero revelaba los detalles de su experiencia el 2 de octubre; y

otro más se indignaba ante el silencio de lo sucedido en Tlatelolco o reprobaba las versiones de la prensa que los culpaban de la tragedia. Así, gracias a este collage de evocaciones, los que no sabían se enteraban, los que no lo habían vivido lo experimentaban a través del relato, quien no tenía un dato preciso encontraba la ocasión de preguntarlo.

En diferentes crujías se podían escuchar diversas historias, desde la “M”, Carlos Sevilla (hermano de Enrique, uno de los mejores amigos de González) recordó el día de su detención. Ante las miradas curiosas de sus compañeros dijo que el 18 de septiembre, el día de la toma de Ciudad Universitaria, junto con un nutrido grupo de compañeros fue conducido a la jefatura de policía situada en Tlaxcoaque (en las calles de 20 de noviembre y Fray Servando Teresa de Mier) y que al llegar a ese edificio todos fueron conducidos al sótano del lugar en medio de una doble fila de soldados.

Con expresión de disgusto Sevilla relató cómo un olor nauseabundo que salía del sitio donde permanecerían por espacio de doce días les dio la bienvenida. Se trataba de un cuarto de aproximadamente cuarenta metros cuadrados, con solo ocho literas de cemento, cuyo piso empapado por lo que suponía eran orines, producía un profundo disgusto. “Con (...) náusea entré caminando sobre las puntas de los pies para proteger mis zapatos de ante que había estrenado días atrás” (Sevilla, 2008: 49).

Uno de los compañeros lo interrumpió con una carcajada burlona, otro lo secundó gritando: “¡uyyy qué fino nos saliste, Sevilla!”, Carlos hace como que no los oye y agrega que la llegada de algunos agentes de aspecto criminal que los insultaban y amenazaban golpearlos provocó que el pánico se apoderara de varios muchachos:

No pude permanecer largo tiempo parado sobre las puntas de mis pies y me vi obligado a sumergir mis zapatos completos en los orines (...) Resistimos por más tiempo sentarnos en el piso húmedo, pero el cansancio hizo su trabajo incluso para que durmiéramos (...) En menos de 48 horas estábamos convertidos en piltrafas humanas (Sevilla, 2008: 49).

Aunque las bromas en torno a su relato continuaron, pues esa actitud antisolemne frente a cualquier situación fue la manera que tuvieron muchos jóvenes de evadir la angustia del encierro, en la mirada de varios se reflejaba el recuerdo del momento en que cada uno fue aprehendido.

Concentrado en su relato Sevilla recordó que a lo anterior se sumaría lo humillante que resultó atender sus necesidades fisiológicas pues en el lugar en que se encontraban no había propiamente sanitarios, sino un hoyo en el piso que estaba a la

vista de todos. Sin mayores problemas lo usamos para orinar, pero defecar en público nos parecía sumamente mortificante y lo pospusimos hasta donde nos fue posible” (Sevilla, 2008: 50).

Hubo una carcajada general seguida de numerosos chistes de mal gusto que algunos presos acompañaban con los sonidos y gestos más diversos. Sevilla los dejó hacer y no le quedó más que reírse de sí mismo. En medio de la bulla que se había armado le costó trabajo recuperar el hilo de la narración, hasta que recordó que durante un par de días estuvieron casi con el estómago vacío, después les llevaron en un sucio perol de aluminio unos frijoles que sacaban con un cucharón oxidado. Como no les dieron platos, les pedían que juntaran las palmas de las manos para servirles en ellas. Debido a que la intención de sobajarlos resultaba tan evidente, en un principio se negaron, pero pasado breve tiempo, el hambre igual que el cansancio acabó vencéndolos.

Luego vinieron los interrogatorios. Narra Sevilla que en su turno para responder las preguntas de los investigadores eligió negar toda participación en el movimiento y menciona que lo hizo según una de las tácticas recomendadas por el libro *Todo lo que el revolucionario debe saber sobre la represión*, de Victor Serge que entonces estaba de moda en México.

Si bien es cierto que algunos de quienes participaron en el movimiento tenían cierta experiencia en términos políticos pues militaban en organizaciones y grupúsculos de izquierda, en realidad casi nadie se había enfrentado al aparato represor del gobierno, que incluía golpizas, detenciones violentas y cárcel. A pesar de que Sevilla negara todo nexa a sus interrogadores aclara:

no pude engañarlos porque estas personas tenían mucha información sobre la mayor parte de los que participamos en el movimiento. Esto me costó algunos golpes en la cara y en el estómago que en el momento me parecieron un brutal abuso, pero que días más tarde consideré insignificantes frente a la crueldad criminal que se desató a partir del 2 de octubre (...)” (Entrevista a Sevilla, 2009).

Con este mosaico de historias vertidas por los presos en largas charlas de café, varios de ellos empezaron a reflexionar sobre el movimiento, a repasar sus huellas. Pensaron que lo ocurrido durante esos meses no debería quedar en el olvido, ni ser relatado solamente por quienes los habían reprimido. Estaban convencidos de que la versión de los vencidos también tendría que conocerse y trascender, por lo que decidieron escribirlo.

La celda que ocupaba González de Alba en la crujía “C” estaba ubicada junto a las grandes rejas pintadas de verde que daban al redondel, esa especie de pasillo circular que conectaba las crujías era como una “calle” por la que pasaban los presos vendiendo tostadas, tortas, paletas. Si se levantaba temprano y abría la puerta, podía hacer que el sol entrara a su celda. Se sentaba en el extremo de su litera, junto a la puerta y observaba el ir y venir de los presos que tenían comisión. Se quejaba de lo ruidosa que resultaba la crujía a esa hora, pues era cuando intentaba leer *El significado del significado* de Marcuse, libro que nunca pudo terminar pues siempre se distraía.

Desde su celda se escuchaba también el tráfico de la calle externa, de la real: el sonido de algún claxon, el rugido del motor de los autobuses y pensaba “en los semáforos, la gente en la banqueta, en los cafés, en sus casas” (González, 2005, 105) y se daba cuenta que los sonidos que en esos momentos llegaban tan claros hasta el interior de la prisión habían pasado a ser solamente “recuerdos” (González, 2005, 105). Para ahuyentar la añoranza de sus días de libertad González empezó a escribir en la máquina que le habían regalado algunos compañeros de Filosofía y Letras.

CAPÍTULO TRES. CONCEPCIÓN Y ESCRITURA DE *LOS DÍAS Y LOS AÑOS*

En este tercer capítulo me referiré básicamente a cómo escribió González de Alba *Los días y los años*, a su contexto carcelario: la organización de los presos políticos en Lecumberri; al ejemplo que la mayoría de los maestros e intelectuales que participaron en el movimiento estudiantil (y corrieron la misma suerte que los muchachos) dieron a estos, a través de la idea de optar por un encierro productivo y emprender acciones que contrarrestaran la cautividad y el aislamiento. Entre las acciones mencionadas destacan: los cursos y seminarios, la lectura y la escritura desde las celdas y el estudio sistemático (los presos que pertenecían a la UNAM pudieron presentar exámenes desde la Penitenciaría). Hablaré también de la importancia de algunas discusiones y debates que los representantes del Consejo Nacional de Huelga entablaron en Lecumberri, algunos de los cuales sirvieron para alimentar, tiempo después, sus escritos sobre el 68 mexicano.

De igual manera mencionaré algunos de los libros que generaron los presos políticos en el periodo que va de 1968 a 1970, entre los cuales destacan el texto colectivo realizado por varios de los representantes del CNH y *Los días y los años*, de Luis González de Alba, al que dedicaré una breve descripción en el Anexo 1.

Asimismo, presentaré algunos puntos de la crítica que el escritor José Revueltas, primer lector de *Los días y los años*, realizó al novel escritor; y aventuraré algunas ideas acerca de los condicionamientos que pudo tener la escritura del libro; finalmente mencionaré la salida del libro de los muros de Lecumberri y el fin del cautiverio de los representantes del CNH.

Organización, discusiones y debates de los presos políticos en Lecumberri

Para octubre de 1968 ya habían llegado a la crujía “M” de Lecumberri varios profesores e intelectuales quienes resultarían decisivos en los modos de organización y el uso del tiempo de los estudiantes presos. Entre los mencionados intelectuales se encontraban el profesor de la Facultad de Filosofía de la UNAM, Eli de Gortari, quien se dedicaba a estudiar y a escribir, entre otras cosas para olvidar la angustia que le provocaban las

sentencias por más de 18 años.²⁵ De Gortari trataba de mantenerse informado por lo que leía el periódico todos los días, especialmente el *Excélsior*, el cual empezaba a modificar la línea oficialista que había tenido, a partir de que Julio Scherer asumiera su dirección en 1968. Julio Boltvinik, también preso en Lecumberri, recuerda la impresión que le produjo el encuentro con el doctor De Gortari: "Yo sabía que era un filósofo destacado, experto en lógica dialéctica, pero no sabía que fuese también un experto en historia de México. Lo escuchábamos atónitos, en un silencio impresionante" (Boltvinik, 2008).

También estaban en la "M", Manuel Marcué Pardiñas, director de *Política*, una de las revistas más críticas de la época; el escritor José Revueltas; el profesor del Instituto Politécnico Nacional, Fausto Trejo, y el ingeniero Heberto Castillo, estos dos últimos de la Coalición de maestros.

Heberto Castillo vivió escondiéndose de la policía los últimos meses de 1968. Dos ocasiones estuvo a punto de ser aprehendido, en una de ellas los granaderos le abrieron la cabeza con sus macanas, le fracturaron una rodilla y le perforaron el vientre con una puntera de acero. Estudiantes de medicina lo ayudaron y ocultaron. En mayo de 1969 cayó en manos de la Dirección Federal de Seguridad. Al igual que sus compañeros de crujía, el veracruzano tenía un amplio reconocimiento en la UNAM y en su desempeño como ingeniero. Castillo, consolidó dentro de la cárcel un liderazgo político construido años atrás, y al igual que los ya antes mencionados, resultó un modelo a seguir para los estudiantes presos, quienes decidieron, igual que él, ocupar su tiempo libre en procesos creativos durante la estancia en la cárcel.

Decidí crear una defensa, y ésta se forja trabajando, trabajando. Es difícil trabajar en algo creador dentro de prisión. Pero hice el esfuerzo e intenté que lo hicieran los demás. Porque entendí el trabajo creador como la única salvación (...) Me di a escribir cada ocho días para *Siempre!* Me puse a pintar. Y a desarrollar una teoría matricial que hace años tenía en embrión; estudié historia, economía. Así he logrado conservarme sano, física y mentalmente (Castillo, 2012:126).

El ejemplo de estos profesores e intelectuales tuvo una fuerte influencia en los jóvenes, por ello, cuando los dirigentes del movimiento estudiantil llegaron a Lecumberri

²⁵ "Sobre los maestros y estudiantes pesaban acusaciones de: sedición, rebelión, daño en propiedad ajena", comenta Emilio Krieger abogado que llevó, entre otros, los casos de Castillo, Revueltas y Marcué Pardiñas, (Vargas, 1998).

algunas crujías habían sido transformadas gradualmente en una especie de escuela de política y letras.

En la crujía “C”, González de Alba y Pablo Gómez convivían en la misma celda con el dirigente ferrocarrilero Mario Hernández, mucho mayor que ambos. Además de la prisión, Hernández tenía que soportar el ruido y las prolongadas sobremesas de sus jóvenes compañeros. No pasó mucho tiempo para que los muchachos adquirieran una mesa para comer, hicieran su propia parrilla eléctrica y empezaran a alquilar algún aparato para escuchar música. Allí compartían tanto interminables discusiones como los alimentos que les llevaban familiares y amigos con otros presos políticos como Arturo Zama, Félix Goded, Eduardo de la Vega, Raúl Álvarez, Gilberto Guevara y Eduardo Valle, y a su vez, estos presos los invitaban también a sus celdas, donde entre gritos y bromas transcurrían las sobremesas.

En estas se discutían las ideas políticas de los que tomaban parte, lo cual resultó de un enorme valor formativo para los que participaban en ellas pues el hecho de polemizar implicaba aprender a pensar de manera ordenada, y con base en una argumentación clara, defender o rechazar diferentes supuestos. Estas discusiones de los representantes del CNH con otros estudiantes, brigadistas y dirigentes políticos los posibilitó a realizar análisis de lo vivido, a conocer otros puntos de vista y entender mejor algunos de los procesos experimentados. Estos debates sobre el movimiento no quedaron solo en palabras, pues tarde o temprano fueron puestos en letras de molde. Si bien algunos de los líderes no publicaron libros que relataran sus experiencias y opiniones del movimiento cuando aún estaban dentro de la cárcel, sí lo hicieron tiempo después²⁶. Las discusiones de Lecumberri “abastecerían, con los años, la historiografía del tema en forma de libros o artículos de diversa índole” (Jiménez, 2011: 65). En ellas, entre otras situaciones, pueden observarse las fuertes diferencias ideológicas que existían entre los presos políticos.

Si bien en las celdas aledañas a la de González se encontraban los demás representantes del CNH (Raúl Álvarez, Gilberto Guevara, entre otros) también había muchos presos políticos ajenos a este grupo, por lo que en ocasiones las discusiones en torno al curso del movimiento se volvían francamente ríspidas. Resultaban comunes, por

²⁶ Véase Raúl Álvarez Garín (1998) y Guevara Niebla (2004).

ejemplo, los desacuerdos entre los militantes del Partido Comunista y la dirigencia del CNH, así como las acusaciones y desconfianza que experimentaban con algunos de sus miembros.

A finales de 1968 la convivencia resultó más complicada que nunca, uno de los motivos era el hacinamiento: “en setenta celdas estábamos más de doscientos presos” (González, 2005: 165) lo cual sumado a la poca convivencia previa que habían tenido, hacía difícil que las relaciones fueran cordiales. Sin embargo, además de estas razones, “la principal era que, después de la aprehensión de una gran parte del CNH (...), la dirección (del movimiento) quedó casi por completo en manos del Partido Comunista” (González, 2005: 165), cuyos integrantes planteaban terminar la huelga y regresar a clases de manera incondicional (González, 2005: 166), lo cual molestaba mucho a otros grupos.

Con el rostro enrojecido Raúl Álvarez Garín se dirigió a Pablo Gómez. “Aspiró varias veces como si le faltara el aire, tenía la mandíbula apretada con fuerza y la nariz ensanchada, inhalaba como el extremo de un fuelle” (González, 2005: 167).

—Te lo estoy diciendo muy claro, Pablo. ¿Qué anda haciendo tu amiguito Marcelino Perelló²⁷ en cada escuela? ¿Ya lo sabes? Pues entérate (...) pedir la vuelta a clases y, cuando no se aceptó, promoverla en cada escuela. Es lo más deshonesto que hay y yo lo llamo traición, tú puedes buscar el eufemismo que te venga en gana.

—Así no se puede hablar —respondió Pablo.

—Pues ya no tenemos de qué hablar, ni lo hemos tenido nunca.

Se formaron dos grupos separados, de inmediato, en uno quedaron los del partido (PCM) y en otro los del Consejo Nacional de Huelga (González, 2005: 168).

La heterogeneidad de los participantes (aunque casi todos pertenecían a la izquierda, existían marcadas diferencias en sus puntos de vista) si bien ocasionaba antipatías irreconciliables, también proporcionó una enorme riqueza a estos encuentros. Al interior del Consejo y de las crujías ocupadas por los presos políticos existía un mosaico de pertenencias y militancias de lo más diverso, convivían “troskos” (troskistas), maoístas, “peces” (miembros del Partido Comunista), entre otros. A pesar de contar con

²⁷ Representante de la Facultad de Ciencias de la UNAM ante el Consejo Nacional de Huelga (CNH) y miembro del Partido Comunista Mexicano desde 1965.

una población muy heterogénea, en la crujía “C”, podían distinguirse tres grupos: miembros del Partido Comunista (desde altos dirigentes hasta militantes de base); ex miembros del CNH y otros presos con afinidades políticas; personas que no tuvieron participación durante el movimiento estudiantil y que habían sido apresadas por coincidir en el lugar en que se desató la represión.

Una de las prerrogativas que tuvieron los representantes del CNH durante su estancia en Lecumberri fue que su dirección se había propuesto no mezclar a reos comunes con presos políticos en la medida de lo posible, pues, entre otras situaciones, temía que los políticos contaminaran con sus ideas subversivas a los prisioneros del fuero común (Entrevista a Álvarez, 2010). Aunque dicha medida no los eximía del peligro que representaba estar en un penal de máxima seguridad (recuérdese el asalto de los presos comunes a los políticos en la madrugada del 1 de enero de 1970), sí les proporcionó una relativa tranquilidad en lo cotidiano. Otra ventaja fue que desde las escuelas y las casas, estudiantes y padres de familia se organizaban para llevarles alimentos. “Los estudiantes sentían compromiso con los que estábamos encerrados, sentían culpa de que los presos fuéramos nosotros y no ellos, por eso se organizaban de manera ejemplar para llevarnos de comer. Yo nunca me sentí tan querido como cuando estuve en la cárcel” (Entrevista a Sevilla, 2009).

Los representantes del CNH buscaron la manera de organizarse para seguir con la lucha desde la cárcel y no detener sus procesos creativos y académicos. A esto contribuyó el hecho de que a pesar de que Lecumberri era una prisión con medidas de control rigurosas los reos políticos tenían permitido el ingreso de prácticamente cualquier libro. Gracias al rector Barros Sierra, los estudiantes de la UNAM incluso contaban con la concesión de presentar exámenes o preparar sus tesis desde sus celdas (Entrevista a Álvarez, 2010).

Después de diversas luchas para mejorar sus condiciones, para el verano de 1969, los presos políticos sobrellevaban el encierro en un ambiente de derechos obtenidos y camaradería, lo cual les permitió transformar la cárcel en un sitio donde la productividad tenía cabida. Prueba de ello eran los 25 seminarios simultáneos que crearon, los cuales eran impartidos básicamente por estudiantes, aunque también participaban algunos maestros.

González de Alba enseñaba literatura española, “Álvarez Garín, Félix Gamundi y Martínez della Rocca, “El Pino”, matemáticas, Unzueta economía política, Eduardo Valle, “El Búho”, geografía, Saúl, “El Chale”, historia universal (...)”, además se tenía planeado un círculo de lectura sobre *El Capital* con “El Pino” (Poniatowska, 2009: 51). A través de las clases impartidas, estos muchachos dejaron de asumir solo el papel de estudiantes para convertirse, según su formación y habilidades, en “maestros” que apoyaban a sus compañeros en la preparación de exámenes o en la mejor comprensión de un tema.

Raúl Álvarez recuerda, “González de Alba aprendió matemáticas en seis cursos conmigo” (Entrevista a Álvarez, 2010). Dichos seminarios hicieron que la cárcel se transformara en un espacio de intercambio de conocimiento; de crítica y exposición de dudas. En ese marco, la lectura y la escritura eran actividades medulares. Por solo dar un ejemplo, algunos estudiantes como González de Alba y Gilberto Guevara hicieron la tesis dentro, además varios de los dirigentes del CNH escribían documentos diversos según las necesidades del movimiento, pues aun dentro de la cárcel tenían injerencia en ciertos acuerdos y resoluciones.

Desde temprano por la mañana los prisioneros se organizaban para discutir sobre temas centrales de la escena nacional y para leer todos los días los periódicos en especial el *Excelsior* y el vespertino *Últimas noticias*, “al llegar los periódicos se leían en voz alta las notas principales. Hablábamos sobre el movimiento buena parte del día”. (Boltvinik, octubre 3, 2008, *La Jornada*). El ambiente carcelario resultó favorable para que estos dirigentes ampliaran sus lecturas y ahondaran en ellas, para que estas se convirtieran además de en un medio para obtener conocimiento, en compañía y distracción. Las temáticas de dichas lecturas iban desde literatura de ficción (los autores del *boom* latinoamericano estaban en boga), hasta títulos de teoría marxista y filosofía.

La experiencia que obtuvieron los estudiantes durante los meses de la movilización, al organizar diferentes eventos (desde marchas hasta reuniones con autoridades), elaborar discursos y volantes; improvisar mítines y tomar decisiones o dirigirse oralmente a públicos numerosos se complementó con la que obtuvieron en la cárcel al ampliar sus lecturas, realizar análisis, debatir diversos temas, escribir sus anécdotas, reflexiones y sentimientos, así como, incluso, llevar a cabo (también por escrito) la defensa de las acusaciones que les imputaban como a través de su obra, *Los procesos de México '68. Tiempo de hablar, alegatos de defensa*, de la cual se hablará más adelante. Es posible que sin este encarcelamiento ni los representantes del CNH ni

sus maestros hubieran puesto sus ideas y reflexiones por escrito, ya que este espacio les dio la oportunidad de hacer un alto y repensar lo andado.

El texto colectivo y otros escritos de Lecumberri

Durante distintas épocas y en cualquier latitud quienes transitaron por el universo carcelario han buscado la manera de escribir. “Máquina grafómana” (Artiéres, 2005: 135) le han llamado a la prisión pues sin importar el destinatario o la finalidad del texto, ha sido una gran productora de escritos. Da la impresión de que existe una necesidad irrefrenable de escribir cuando se está en una situación de cautiverio. El escritor Álvaro Mutis da muestra de lo vigoroso de esta necesidad cuando menciona que al examinar a la distancia el episodio de su vida carcelaria se dio cuenta que gracias a esa experiencia logró escribir siete novelas, pues hasta antes de eso solo había escrito poesía (2003:13).

Acerca de la inmersión en aquel mundo, en el cual, en un inicio, solo tenía cabida el dolor, recuerda que de entre sus ladrillos centenarios y su terregoso campo deportivo, también brotaba la enorme solidaridad de sus compañeros de encierro y la urgencia de traducir a palabras sus vivencias para dejar constancia de ellas:

Jamás hubiera conseguido escribir una sola línea sobre las andanzas de *Maqroll el Gaviero* (...) de no haber vivido (...) en (...) “El Palacio Negro”. La experiencia fue tan radical y penetró hasta rincones tan secretos de mi ser, que hoy la recuerdo con algo que se parece mucho a la gratitud" (Mutis, 2003: 14).

Como ya señalé ni los líderes del Consejo ni los demás presos políticos pudieron sustraerse a la necesidad liberadora de la escritura. A través de este fragmento de uno de sus cuadernos (cuaderno IV, cárcel de Lecumberri, 5/VIII, sin año), González de Alba deja testimonio de una de sus actividades fundamentales en ese periodo: la escritura.

(...) Quiero que sepan que aquí estoy, que aquí sigo y que me lean cuando escribo (...) y que sepan que no me arrepiento de nada porque no tengo nada de qué arrepentirme y que volvería a hacer lo mismo si me dieran a escoger, aun sabiendo cómo terminaría: volvería a ir al Consejo (Nacional de Huelga), volvería a la calle iluminada por las brigadas, al Zócalo, a las manifestaciones donde la gente lloraba a nuestro paso (...); a la alegría irrefrenable, mezcla de afán de vivirlo todo, intensamente, y de entusiasmo, de ese sentido orgiástico, religioso, que fueron esos días (Álvarez y González, 1997: 75-77).

Además de un buen número de poemas, canciones, cartas y apuntes que se concebían desde la soledad de las celdas de la penitenciaría, también se prepararon materiales para publicación. La escritura brindó a los representantes del CNH una forma de preservar la memoria, de que lo valioso de su versión sobre el movimiento estudiantil no se perdiera, les dio el medio idóneo para ser escuchados, evidenciar al sistema y ganar una posición de autoridad, pues la palabra escrita confiere poder al que la ejerce y le otorga trascendencia.

Entre las obras que se escribieron y publicaron durante el encierro de los representantes del CNH, se encuentran *El apando* (1969), que desde la crujía “M” escribió sin descanso José Revueltas, quien para entonces ya era un autor consolidado, pues había publicado por lo menos una decena de libros²⁸. No obstante que la temática de esta novela corta (basada en las experiencias de su autor en Lecumberri) no era el movimiento estudiantil, sino la prisión física y existencial y las relaciones de poder, tuvo una muy entusiasta acogida por los lectores (Blanco, 1985: 24).

Esta especie de cúspide literaria del escritor duranguense coincidió con la posición de superioridad moral que le otorgó cierto sector de la intelectualidad mexicana. Por dar un ejemplo, en su libro *Posdata*, Octavio Paz se refirió a Revueltas como uno de los mejores escritores de su generación (ambos nacieron en 1914) y como “uno de los hombres más puros de México” (2005: 252). Es posible que, entre otras razones, la pureza atribuida a Revueltas tuviera relación con el hecho de encontrarse ilícitamente preso. Aunado a lo anterior, estaba el hecho de que se le reconocía como a uno de los máximos dirigentes de un movimiento que había sido víctima de la autocracia y como a un sólido intelectual.

Pero no solo Revueltas ganó integridad a través del encierro, del liderazgo del movimiento y de sus obras, esto también ocurrió con otros intelectuales y maestros como Eli de Gortari y Heberto Castillo. Estos últimos consolidaron su reputación, como ya se indicó, tanto por su comportamiento de lucha aun dentro de la cárcel (Castillo redactó desde su celda *Libertad bajo protesta: historia de un proceso* [1973] y varios textos autobiográficos que después concentraría en *Si te agarran te van a matar* [1983]) como por su calidad de injustamente represaliados.

²⁸ *Los muros de agua* (1941); *El luto humano* (1943), por el cual ganó el Premio Nacional de Literatura y *Dios en la tierra*, entre otros, además de ensayos y guiones cinematográficos. Véase Revueltas y Cheron (comp.)(2001). *Conversaciones con José Revueltas*.

Los jóvenes dirigentes del CNH, tampoco se quedaron al margen y ganaron paso a paso una solvencia moral incuestionable que se fincó en su participación en el movimiento, en sus escritos o en su presencia en los textos de otros autores (a través de testimonios o anécdotas compartidas) y en su calidad de héroes caídos. A pesar de ser miembro del equipo de Díaz Ordaz, el entonces director de Petróleos Mexicanos, Jesús Reyes Heróles, criticaba la estrategia del mandatario de confinar a los estudiantes, pues aducía que su paso por la cárcel, más que lograr desmovilizarlos, ante la opinión pública los convirtió en mártires.

Otra obra que se gestó en la cárcel y se publicó en 1970, fue *Los procesos de México'68. Tiempo de hablar, alegatos de defensa*, de Eduardo Valle "El Búho", Raúl Álvarez Garín y José Revueltas, en la cual además de mostrarse aberraciones jurídicas en las que se fundamentaron los juicios penales que se siguieron en contra de participantes del movimiento, se presentaba un recuento de los rasgos principales de este. Si para entonces Álvarez y Valle, se decidieron a escribir y, sobre todo a publicar, fue en buena parte por el respaldo que les dio hacerlo con un escritor reputado, pues como Álvarez señaló, pocos representantes del CNH tenían las habilidades necesarias para construir un escrito que pudiera publicarse (Entrevista a Álvarez, 2010).

No obstante la formación universitaria que tuvieran algunos de estos representantes, tarde o temprano, publicaron al menos un libro sobre el movimiento estudiantil del 68²⁹. Para ellos, uno de los principales legados de este suceso histórico y de su experiencia carcelaria fue la carrera política que les dejó. Mientras que para González de Alba, lo mejor que el movimiento de 68 le dio además de haber ampliado su visión política, fue una carrera de escritor (González, 2013: 203).

Hasta entonces, tanto *El apando* como *Tiempo de hablar, alegatos de defensa*, habían resultado un ejemplo del poder de la palabra escrita, de la posibilidad de traspasar las rejas del penal con ideas, pero quizá lo que actuó como motor y pauta para que algunos de los representantes del CNH se pusieran a escribir de forma sistemática y con fines de publicación, fue la propuesta de sus compañeros Raúl Álvarez y Gilberto Guevara, quienes con el propósito de dejar testimonio de lo acaecido durante los meses que duró el movimiento estudiantil, empezaron a organizar la escritura de un texto

²⁹ González de Alba (*Los días y los años en 1971*), Eduardo Valle (*Escritos sobre el movimiento de 1968 en 1983*), Álvarez Garín (*La estela de Tlatelolco en 1998*), Campos Lemus (*68: Tiempo de hablar 30 años después*, 1998), Guevara (*La libertad nunca se olvida: Memoria del 68 en 2004*).

colectivo que rescatara del olvido los sucesos de 1968 (Álvarez y González, 1997: 73), ya que además de distorsionar a través de la prensa, radio y la televisión los hechos del 2 de octubre, el gobierno había optado por silenciar lo sucedido: “más irracional que la matanza surge el deseo de establecer que no sucedió, que no hay responsabilidad ni la puede haber” (Monsiváis, 1970). A causa de lo anterior y de la inseguridad de la época “en la cual estábamos a merced de la policía, le dábamos tanta importancia a elaborar testimonios escritos” (Álvarez y González, 1997: 74).

Poco a poco, además de Álvarez y Guevara, se fueron incorporando a más compañeros para que relataran pasajes específicos del movimiento. Entre los invitados a participar en este proyecto de redacción y análisis estaban, entre otros: Eduardo Valle “El Búho”, Salvador Martínez della Rocca “El Pino”, Saúl Álvarez “El Chale”, Félix Hernández Gamundi y Luis González de Alba (Álvarez y González, 1997:75).

En un inicio acordaron que cada uno de los participantes escribiría un apartado del texto. De esta manera algunos jóvenes se dedicaron a redactar lo que experimentaron durante los meses que precedieron a su captura, hablaron de temas que iban desde los inicios del movimiento, de la formación de las brigadas políticas³⁰, hasta la toma de Ciudad Universitaria. Describieron escenas de represión, pero también de cómo la gente se solidarizó con la causa estudiantil; explicaron cómo la participación en esas brigadas politizó a muchos estudiantes y señalaron la forma en que el movimiento era sostenido económicamente por ellas.

En suma, todos estos textos trataban de una u otra manera de refutar la versión oficial que los acusaba a ellos de ser los “agentes desestabilizadores” del país. A través de una escritura que desafiaba el confinamiento, impulsada por la necesidad de dejar constancia de lo que había sucedido, estos jóvenes criticaron el aparato de control y subrayaron el carácter pacífico de su lucha. Por medio de esos textos de apretada mecanografía, redactados de manera directa, con un lenguaje, en ocasiones, no muy pulido (algunos tenían no solo problemas de sintaxis sino también de estilo), estos activistas dieron a conocer la versión del movimiento estudiantil desde el interior del mismo.

³⁰ Aparejado con la represión el gobierno controlaba la prensa, radio y televisión, los cuales se encargaban de distorsionar los sucesos. Con el fin de contrarrestar esta situación e informar lo que en verdad ocurría se crearon las brigadas políticas, formadas por grupos de 4 o 6 estudiantes que salían a hacer mítines relámpago, pedían dinero, repartían volantes.

Al principio tanto Álvarez como Guevara, los promotores del libro, coincidieron en que se trataría de una obra de análisis, un escrito para profundizar en ciertos aspectos que en la prisa de los acontecimientos no pudieron entender. La decisión de realizar esta valoración estaba fincada en la forma en la que se concebía lo importante en esa época, “en el PC todos los documentos estaban llenos de ortodoxia marxista, de análisis, pues lo vivencial no era ni relevante ni serio” (Entrevista a Álvarez, 2010). Sin embargo, el encierro al que estaban confinados les impedía contar con las fuentes necesarias para lograr un trabajo más preciso. Raúl Álvarez Garín comenta:

Nosotros al principio queríamos realizar un balance del movimiento, señalar lo que habíamos ganado: la unidad del Politécnico y la UNAM; despertar la conciencia de muchos compañeros a los que antes la política no les interesaba, entre otros puntos; mencionar también qué habíamos perdido o en qué habíamos fallado; pero no era tan fácil pues no contábamos con los materiales necesarios para hacer un análisis más serio. Entonces decidimos que escribiríamos algo anecdótico. Se lo mostramos a Rolando Cordera y desafortunadamente su crítica nos paralizó, pues decía que nuestro material no serviría para realizar una valoración rigurosa del movimiento (Entrevista a Álvarez, 2010).

Entre los muchos problemas a los que se enfrentó esta escritura colectiva estaba el hecho de que no contó con una organización adecuada, ni con una estructura básica que articulara los textos y los convirtiera en material de publicación. Otra desventaja fue que sus promotores estaban ocupados en la dirección del movimiento desde la cárcel, además de que la mayoría de los invitados a escribir no tenían las habilidades necesarias para redactar y coordinar un material de publicación masiva. Tampoco hubo quien unificara la redacción y el estilo de los escritos ni les diera una estructura específica.

Si bien fueron varios los involucrados en el proyecto del libro, unos asumieron un compromiso mayor que otros, ese fue el caso de Luis González de Alba, quien además de tomarse muy en serio la escritura del texto tenía las habilidades necesarias para hacerlo. González de Alba temía que de iniciarse una huelga de hambre, de la que ya se venía hablando, la redacción del libro colectivo quedara suspendida o, peor aún, en el olvido. Así que tomó sus apuntes y salió a buscar a Gilberto Guevara. Lo encontró acostado cuando entró a su celda. Mientras Guevara ponía en orden su trabajo, González bajó a la celda de Raúl Álvarez por las copias que le faltaban a su parte y que habían estado leyendo juntos el día anterior.

Toqué en la puerta y adentro preguntaron qué quería. Abrió Raúl y apartó la cortina. Al fondo de la celda estaba Saúl, a quien todos le dicen “El Chale”, por su tipo oriental, sentado frente a la máquina de escribir y con un gran vaso de nescafé al lado (González, 2005: 24).

Durante el periodo en el que redactaron el libro colectivo los representantes del Consejo Nacional de Huelga realizaban revisiones periódicas de sus avances entre ellos mismos. En varias ocasiones, el ambiente en el que se desarrollaban estas reuniones no era el idóneo pues se prestaba a frecuentes interrupciones y, por supuesto, a que se divulgara lo que estaban haciendo, lo cual no resultaba conveniente, pues nadie quería que sus escritos fueran revisados.

(Álvarez) –Cerramos porque es una lata. Entran y salen como si estuvieran en su casa. Todo el que no tiene nada que hacer llega silbando y se mete en lo que no le importa, se llevan los cigarros: son una peste (González, 2005: 24) (...).

(González) –Aquí está ya todo –le dije.

(Álvarez) – Lee tú primero y después yo.

(González) – Pero lo mío empieza en septiembre.

(Álvarez) – No importa (González, 2005: 25).

Hacia 1969, el único que continuó escribiendo fue Luis González de Alba. En ese mismo año, llegó al Palacio Negro la escritora y periodista Elena Poniatowska, quien formaba parte del grupo de intelectuales que dirigía por ese entonces Fernando Benítez desde el suplemento La cultura en México de la revista *Siempre!*, con la intención de recabar datos para lo que más tarde sería su libro sobre el movimiento estudiantil. Ella misma relata:

Fui los domingos y a veces entre semana a la cárcel de Lecumberri para entrevistar a los líderes. A veces me acompañaba Guillermo³¹ que tenía a un amigo científico preso, Eli de Gortari, y otro amigo de muchos años, José Revueltas (Shuessler, 2003: 82).

De fines de 1969 a mediados de 1970, Poniatowska iba a Lecumberri con regularidad para realizar las entrevistas que conformarían el libro que hablaría sobre el 68

³¹ Se refiere a su esposo, el astrónomo Guillermo Haro.

mexicano. Dichas entrevistas se empezaron a realizar los domingos en condiciones complicadas, ya que Elena debía llegar muy temprano y lidiar con las inevitables distracciones y con el poco tiempo que algunos presos podían concederle, porque continuamente la presencia de familiares y amigos interrumpían las sesiones de preguntas (Álvarez y González, 1997: 73).

Al recordar la forma en la que tuvo que recopilar los testimonios para la construcción de su obra, la periodista comenta que como en la Penitenciaría no había posibilidad de meter ni hojas de papel y mucho menos una grabadora, Raúl Álvarez Garín había sido para ella providencial porque desde su celda “llamaba a Gilberto Guevara Niebla, llamaba a Luis Tomás Cervantes Cabeza de Vaca, a Pablo Gómez (...) y a varios más a que platicaran conmigo. Ellos me iban contando su vida y yo en la noche reconstruía todo lo que me iban diciendo” (Poniatowska, 1984).

Debido a que en esas circunstancias el trabajo avanzaba con lentitud, Poniatowska les solicitó a sus entrevistados que escribieran algo sobre el movimiento, fue entonces cuando le mostraron los materiales que ya tenían. Como a la escritora dichos escritos le parecieron de utilidad, le entregaron los textos originales y una lista con los nombres de las personas que habiendo contribuido a su realización “podían aparecer como declarantes de los extractos que ella considerara pertinentes” (Álvarez y González, 1997: 73). Las entrevistas y los documentos mencionados serían el material con el cual conformaría su obra *La noche de Tlatelolco* (1971).

Es importante subrayar que dentro de los textos entregados a la escritora se encontraban también los redactados por González de Alba, quien tiempo después (en 1997) entablaría una pugna en su contra (sobre la cual ahondaré en el capítulo cuatro).

El encuentro con Pepe Mijares

Era el segundo año que González de Alba estaba en la cárcel y el primero en una celda del primer piso para él solo. Parado sobre su litera, desde lo alto acostumbraba observar el paso de los reos que salían de sus crujías por tener alguna comisión. Fue durante alguna de estas ocasiones que distinguió al joven preso que ayudaba a vender los diarios y revistas dentro de Lecumberri: “me asombraron sus ojos (...) luego sus labios (...) ‘saben a guayaba’, aseguré con la certeza de quien ya mordió su pulpa rosa” (González,

2008:10). Se llamaba Pepe Mijares³², preso común acusado de homicidio accidental, oriundo de Tepatitlán, Jalisco, la tierra del abuelo de Luis.

El primer contacto con Pepe resultó relativamente fácil, había bastado un día de guardia frente a la reja de su crujía:

Pasó por el redondel, sonriendo al sol, a la mañana azul y fresca. Lo seguí con la mirada y cuando iba a seguir de largo, me descubrió mirándolo. Tímido, le sonreí y se aproximó a la reja con la cordialidad de quien hubiera encontrado a un viejo amigo (González, 2008:10).

Aunque los encuentros subsecuentes no fueron fáciles pues no se mezclaban presos políticos con reos del fuero común, la relación prosperó gracias a que para ese entonces casi todos los estudiantes presos en la “C”, aunque por lapsos breves y permiso expreso, podían salir de la crujía, por ejemplo, González iba a ejercitarse a lo que llamaban el campo deportivo una vez por semana, y las autoridades del penal le permitieron tomar algunos cursos en el Pabellón de Psiquiatría. El terregoso campo de juego se convirtió en el punto de encuentro donde además de ejercitarse en las barras paralelas tuvieron lugar largas pláticas a través de las cuales se inició un conocimiento mutuo y un paulatino acercamiento.

Durante aquellas charlas uno de los temas recurrentes era el del movimiento estudiantil, en algunas ocasiones Pepe le hacía preguntas sobre este y acerca de otras cuestiones de índole política y le dirigía comentarios que denotaban cierta admiración. Pepe era un muchacho de 22 años, reclutado por las redes del narcotráfico a temprana edad, por lo que había truncado sus estudios.

Me gusta lo que me cuentas (...) resulta diferente a lo que oigo en mi crujía (...) me hablas de tus camaradas cuando vienen a verte, asambleas que deben ganar en la universidad, alianzas con otros grupos, acusaciones... (González, 2008:82).

Estos encuentros en el campo deportivo les permitían hablar también sobre los avances del relato del movimiento en el que trabajaba González de Alba: “De eso estoy escribiendo ahora (...) Es un relato del Movimiento y de estos años de cárcel... combinando los tiempos...” (González, 2008:17).

El trato frecuente con Pepe formó un intenso lazo con matices que iban desde lo meramente amistoso, hasta el deseo francamente erótico (el cual, quedó en deseo pues nunca llegó a confesarse dentro de la prisión). De igual manera evidencia que esta relación resultó de invaluable apoyo emocional a González de Alba para soportar el cautiverio.

³² González de Alba conservó del personaje real el nombre, pero cambió el apellido (González, 2008: 19).

Los días y los años

El desaliento y la parálisis creativa se apoderaron de quienes encabezaron el proyecto del libro colectivo, Raúl Álvarez y Gilberto Guevara. La causa de ello fue, entre otras, las críticas de personajes que para ellos tenían autoridad académica (entre ellos Rolando Cordera) quienes sostenían que para que este pudiera tener la validez que justificara su publicación, además de incluir el relato de los hechos, este necesitaba acompañarse de un análisis “serio”, por lo que el libro colectivo quedó solamente en proyecto. A pesar de lo anterior, González de Alba no se desalentó, si en muchos de los presos el deseo de escribir era muy intenso, pareciera que en él era aún mayor, posiblemente en esta determinación tenían que ver varias situaciones: la necesidad de desmentir la versión oficial y de que su palabra fuera escuchada; quizá también el interés de consolidar cierto reconocimiento entre los miembros de su grupo y vencer el aislamiento y el olvido derivados de la prisión y transformarlos en trascendencia a través de la palabra escrita.

Además, como antes mencioné, él contaba con las habilidades requeridas para hacerlo: una escritura fresca, fluida y sugerente; y aunque, posiblemente, en comparación con otros líderes (pienso en el caso de Álvarez) era todavía un tanto ingenuo en términos políticos, supo aprovechar los relatos orales de presos con mayor visión que la suya en ese momento; sus propias experiencias durante el movimiento y en los casi tres años de encierro en Lecumberri; además de los materiales escritos por otros compañeros, a los que tuvo acceso.

Luis González de Alba tenía 24 años y apenas cuatro de haber llegado al Distrito Federal, cuando desde la crujía “C” de Lecumberri empezó a garabatear lo que en 1971 se convertiría en *Los días y los años*, su primer libro. Escribía al principio “en un cuaderno con tintas de varios colores o a lápiz; a veces de atrás hacia adelante del cuaderno; entre apuntes de álgebra o de inglés; entre cartas dirigidas a Igor Caruso, Sartre y Russell, entre letras de canciones e ideas sueltas” (Álvarez y González, 1997: 75).

Escribió primero en cuadernos de estudiante, sin más notas que la memoria y las conversaciones –“largas, tristes y aburridas de presos en constante espera de su liberación” (Álvarez y González, 1997: 75) –pues en las condiciones de la cárcel no había acceso a materiales documentales.

Estuve un rato en mi celda corrigiendo unos apuntes (...) Me faltaban algunos datos y no había manera de conseguirlos pronto (...) Se había pensado en la posibilidad de escribir un relato conjunto que recogiera la experiencia de 1968 vista desde dentro, pero el trabajo estaba muy atrasado (González, 1986: 23).

Como se mencionó, a González de Alba le preocupaba que se iniciara una huelga de hambre, la cual serviría para que salieran de la cárcel algunos prisioneros que se encontraban presos por causas circunstanciales y no porque tuvieran que ver con el movimiento estudiantil de 68 (es decir, gente que iba pasando cuando se desató la represión y la policía encarceló), debido a que de efectuarse, la escritura del libro tendría que posponerse y tal vez se interrumpiría indefinidamente.

En oposición a lo que se piensa, él aseguraba que los días en prisión no eran largos, por el contrario, en esa época le parecían increíblemente cortos. Temía a las jornadas que transcurrían veloces y dejaban en su apresurado paso hojas en blanco, libros sin leer, exámenes por preparar. Para no escribir bastaba con quedarse en la cama un rato más por la mañana y prolongar los encuentros con otros presos a la hora de tomar café. Pues a veces durante esas reuniones en las celdas sostenían largas discusiones que les llevaban buena parte del día.

Those were the days fue el nombre que, en un primer momento, González de Alba había elegido para su obra, como la canción que en la voz de Mary Hopkins lo acompañó a lo largo de su estancia en Lecumberri y que se mantuvo en los primeros lugares de popularidad durante todo un año (1968-1969). La letra de *Those were the days* hacía referencia, entre otras cosas, a los sueños y los ideales de juventud, a la plenitud experimentada a través de la lucha por conseguirlos, y a la pérdida de estos al paso del tiempo.³³

Para concluir su libro se sentaba todos los días “frente a una mesita de pino hecha en los talleres de Lecumberri que le compró a un recluso carpintero”. La máquina de escribir que usaba había sido un obsequio de sus amigos de la Facultad (González, 2008: 8).

Ante la falta de trabajo de Raúl y Gilberto, y ya con lo que había escrito para el texto colectivo, me dije que si añadía la narración de la cárcel, tendría una obra que, sin mucho análisis político, valía como relato hecho por alguien que había sido uno de los dirigentes, yo. La narración de la cárcel la comencé con el asalto de los presos comunes del 1 de enero de 1970 y la llevé, con el tiempo al revés, hasta el 2 de octubre del 68 en Tlatelolco, donde se unen los dos relatos, uno al derecho y el otro al revés. De ahí el nombre Los días (del movimiento estudiantil) y los años (de la cárcel).

³³ “Those were the days my friend/ We thought they’d never end/ We sing and dance forever and a day/ We’d live the life we choose/ We’d fight and never lose/ For we were young and sure to have our way/ La la la la...” (Compositores: Boris Fomin y Gene Raskin; Intérprete Mary Hopkins, 1968).

Uno de los aspectos que llaman la atención en *Los días y los años* es que su estructura no es lineal como la de otros escritos de militantes. Además, González de Alba reconoce que el hecho de que su obra partiera de un ejercicio colectivo la enriqueció pues de manera individual el resultado hubiera sido fragmentario y explica el modo en que escribió su obra:

Lo hice de memoria porque lo había vivido todo y si algún detalle me faltaba, por ejemplo, lo ocurrido en el Poli, nos lo platicábamos obsesivamente todos los días, así que me bastó con poner la información en boca de quien lo había contado veinte veces en tardes de café interminables, y narrarlo como ocurrió: como plática de café que nos hace Fulanito de Tal. Tenía, pues, dos narraciones lineales, una de la A a la Z y otra de la Z a la A. Me puse a cruzarlas, comenzando por el asalto a los presos comunes.

De ese cruce de historias, la de los eventos que dieron forma al movimiento estudiantil de 1968 vistos desde la óptica de los estudiantes y los años vividos por estos en la Penitenciaría de la Ciudad de México es que para fines de enero de 1971 nace *Los días y los años*, (véase una breve descripción de la obra en el Anexo 1). En cuanto a las influencias literarias que González de Alba pudo tener se encuentra, entre otras, la de Vargas Llosa, uno de los autores del “boom” latinoamericano.

Por entonces, dice González, me habían regalado *Conversación en la catedral*, de Mario Vargas Llosa, que me gustó y me enseñó otra forma de escribir un diálogo, como relato: “M dijo que no lo había visto...”, en vez de guion de diálogo: –No lo he visto–dijo M (Entrevista a González, 2012).

En su relato, que puede inscribirse en el género de la crónica testimonial autobiográfica, González de Alba aparece como testigo y narrador, pero también da voz a sus compañeros en forma directa, por ejemplo, cuando hacia el final de su obra (p.190, en la edición de 2005) narra los sucesos del 2 de octubre en Tlatelolco, González cede la palabra a sus compañeros y los hace que intervengan en el texto en primera persona, cuando dice:

Zama escucha en silencio el relato de **Pablo**³⁴.

Al oír los primeros disparos en las escaleras y ver que subían sujetos armados al tercer piso, la mayoría de los miembros del CNH presentes trataron de escapar por la única vía libre: los pisos superiores (...)

³⁴ Se refiere a Arturo Zama y Pablo Gómez, ambos miembros del Partido Comunista.

–Las balas atravesaban las paredes de plástico– añade el **Búho** al relato de Pablo–.Nos tiramos al suelo y esperamos. Entre el crepitar de las nutridas descargas, se escuchó un estallido anormalmente violento, en seguida empezó a llover. Con el fuerte disparo se había cimbrado todo el edificio, nos lo explicamos con dos palabras: un tanque (...)

Tras las intervenciones de sus compañeros, **González** retoma la narración:

Después de varias horas de tiroteo continuo e impactos que sacudían todo el edificio, pareció iniciarse una relativa calma rota por disparos esporádicos, algunos de ellos muy lejanos. Ya había oscurecido y la lluvia amainaba. Eran aproximadamente las ocho.

En síntesis en *Los días y los años*, González pudo retomar de los autores del *boom* y de algunos de la Generación del Medio Siglo, el empleo de palabras altisonantes, la inclusión de diálogos como relato, el empleo de diferentes personas verbales en el texto, los saltos temporales, una estructura que yuxtapone presente (la bitácora carcelaria) y pasado (el movimiento estudiantil); el “color” que imprime a las crónicas de las marchas o mítines, por ejemplo; la reproducción del habla popular, el empleo de lenguaje coloquial.

Además de los libros y autores que pudieron servir de influencia a González de Alba, sin duda se encuentra en un lugar especial la revista *Siempre!* y su suplemento *La cultura en México* (ambas lecturas preferidas desde la pubertad y adolescencia). Resulta importante mencionar que a raíz de los sucesos de 1968 en esta revista los escritos se politizaron más y los modos de escritura sufrieron transformaciones, pues por ejemplo, mientras a inicios de los sesenta *La cultura en México* aún conservaba un estilo aunque crítico, también tradicional en cuanto al modo de escribir, a partir de fines de dicha década e inicios de los setenta dio un giro en este aspecto. A partir de entonces se volvió menos solemne, en sus páginas podían encontrarse “malas palabras”, coloquialismos y artículos que incorporaban un estilo humorístico. Entrevistas, ensayos, reseñas, crónicas y opinión resultaban fáciles de leer, pues su lenguaje resultaba más cercano al lector promedio. Lo anterior se agudizó cuando Carlos Monsiváis tomó la dirección a principios de los setenta, ya que a partir de entonces el estilo se transformó en uno más irreverente e irónico, mientras el tono de la información adoptó un sesgo menos académico y se incorporó el tratamiento de temas cotidianos. Es en este periodo (fines de los sesenta y principios de los setenta) en el que Fernando Benítez decidió dejar en la dirección del suplemento a Monsiváis cuando, a través del mencionado cambio de estilo, se volvió más ostensible una transición generacional.

De igual manera, se dio un énfasis repentino en el empleo de la crónica, sus autores empezaron a explorar formas estilísticas y estructurales innovadoras. Carlos Monsiváis, Elena Poniatowska, María Luisa *La China* Mendoza, Sol Arguedas y Paloma Villegas, entre otros autores (algunos de los cuales convivieron directamente con Luis González de Alba pues fueron con quienes coincidió por un largo periodo en fiestas y reuniones de la Facultad de Filosofía y Letras) fueron pioneros de este cambio.

Durante la década de los sesenta y principios de los setenta, algunas de las mujeres que escribían para *La cultura en México* y *Siempre!* eran: Mariana Frenk, María Antonieta Rascón, Isabel Fraire, María Luisa *La China* Mendoza, Sol Arguedas, Inés Arredondo, Elena Poniatowska y Paloma Villegas, entre otras. Los géneros predominantes en el suplemento eran: el ensayo, la crónica, la nota informativa, el artículo de opinión, entrevistas; reseñas críticas de libros, películas, plástica, teatro y música. Fernando Benítez acertó al dejar la dirección del suplemento cultural en manos de Carlos Monsiváis quien fue uno de los artífices del cambio en los estilos y géneros periodísticos de los últimos tiempos, pues al conjugar el humor con la crítica documentada y lo popular con la alta cultura, creó una bomba estilística muy particular cuyas ondas aún nos sacuden.

Más allá de la estructura, el estilo, las fuentes y las influencias de las que se valió el autor para realizar su obra, la escritura de *Los días y los años* de un González de Alba militante y en un contexto carcelario plantea la necesidad de revisar, entre otros, dos aspectos: el lado liberador de este ejercicio: el hecho de que pudo funcionar como un “reducto de libertad, refugio de la identidad y espacio para el consuelo” (Castillo, 2005), pero también el inconveniente de que González de Alba posiblemente escribió condicionado (de lo cual hablaré más adelante).

La crítica de Revueltas

Desde que González de Alba empezó a escribir su libro tenía en mente que al ponerle punto final se lo llevaría al ya para entonces renombrado escritor José Revueltas, cuya opinión le resultaba valiosa. Debido a que Revueltas estaba en la cruzjía “M” y no en la “C” como González de Alba, este último tendría que buscar algún pretexto para pasarle el original en una “salida”.

Tal como lo había planeado, cuando terminó el original se lo entregó a Revueltas, de esta manera, además de Raúl Álvarez, Gilberto Guevara, Saúl Álvarez, “El Chale” y Elena Poniatowska (quienes habían leído el texto en partes, o solo algunos fragmentos

del mismo) el primero en leerlo completo fue el autor de *Los muros de agua*, quien a fines de octubre de 1970 devolvió al novel escritor sus comentarios:

Estás al comienzo (...) lo creo un buen comienzo, pero las vocaciones exigen ante todo rigor y disciplina (...) tu relato –en otros aspectos magnífico– es una carta íntima, familiar, doméstica, que tiene aciertos literarios pero no se convierte en literatura, (...) en una relación coherente (S/a, 1979: IX).

Menciona además que si bien un autor puede manejarse libremente en el texto según sus necesidades, dicho manejo debe ser siempre “legítimo” y realizarse “con honestidad”. Con ello se refiere a la tendencia de algunos narradores de reconocer como un estilo “revolucionario” o “moderno” aquel que tiende a “la disgregación de las totalidades con que se integra un relato”. Y critica la alteración de estas totalidades con “momentos abruptos y encontrados” que en ocasiones impiden la cabal comprensión de un hecho.

(Se) confunde la ruptura de una continuidad lineal –perfectamente lícita– con las vacías extravagancias de la forma, innecesarias, torpes, tontas, de lo que resulta un escalofriante ‘joycismo’ tropical, bananero... que no es sino la trampa donde se oculta la incompetencia y la falta de capacidad creadora (S/a, 1979: VII).

Estos puntos de vista de Revueltas quedaron plasmados en un texto que representó a un mismo tiempo una carta al novelista en ciernes, una compleja lectura filosófica y una rigurosa crítica literaria. A través de esta carta, entre otros aspectos, el escritor duranguense subrayaba:

una cosa es la simplicidad y otra muy distinta la sencillez. La simplicidad no es otra virtud que la del simple, el simplón, la del pendejo. Simple es cualquier “mono”³⁵ de aquí de la cárcel. Sencillo es Leon Tolstoi (...) Escribir mal no conduce a ninguna parte ni en los escritores políticos ni en el escritor literario. El escritor no puede convertirse en una grabadora (...) El escritor establece la diferencia fundamental entre el lenguaje hablado y el lenguaje escrito y sin esa diferencia la literatura no existe” (S/a, 1979: VII).

Además de la dureza con la que Revueltas criticaba el texto del joven autor, sus posturas anteriores bien podrían ser un reflejo del rigor de su época que lo ubican en una generación anterior y, por lo tanto, distinta a la de González y los otros representantes del CNH. Es probable que las reglas narrativas con las que Revueltas se formó como escritor enfatizaran la distancia entre el lenguaje oral y el escrito y no aceptaran de buen grado las nuevas tendencias estilísticas. Sin embargo, a finales de la década de los sesenta

³⁵ Se refiere a los custodios.

empezaron a surgir otras formas menos tradicionales de hacer literatura y, por supuesto, periodismo.

Por una parte pienso en los autores del *boom* latinoamericano quienes introdujeron en sus textos estructuras vanguardistas; saltos temporales; neologismos, juegos de palabras e incluso blasfemias; utilizaron varias perspectivas o voces narrativas, preponderaron temáticas sociales, históricas y políticas; y rompieron las barreras entre lo fantástico y lo cotidiano (como en el realismo mágico)³⁶.

Pienso también en los polémicos escritores de “la Onda”, quienes de manera intencional retomaban el habla de la gente, sus frases coloquiales y exploraban temas poco abordados por entonces como el sexo y las drogas, entre otros. De igual manera, como ya se había mencionado para el caso de la revista *Siempre!* y su suplemento La cultura en México, los géneros periodísticos empezaron a transformarse y algunas revistas adoptaron formas del discurso más libres y desenfadadas.

Aunque Revueltas reconoce momentos “magníficos” en el relato, es categórico cuando menciona que el libro de González “no llega a ser una ‘totalidad concreta’ sino en una forma limitada” pues solo constituye una totalidad local entre el movimiento y González, y González y sus amigos, debido a que son muy pocos los que poseen “las claves” o están “innodados en el complot literario de la obra”.

Revueltas aclara a González que a pesar de que cuenta con un material estupendo, este aún no está listo pues carece de coherencia, articulación y estructuración y le recuerda de manera enfática la responsabilidad que tiene en sus manos debido a la importancia que este trabajo reviste para los que se encuentran presos y para el movimiento estudiantil. “Debes darte cuenta de lo que este trabajo tuyo representa para todos nosotros, para el movimiento. Con este trabajo literario tuyo, es el propio movimiento del 68 el que se autonovela...”

Es muy posible que después de leer esta carta González de Alba se hubiera paralizado o dudara seriamente en publicar su obra, pues en ella Revueltas también señalaba la falta de claridad y contexto al exponer sucesos como el atentado en Lecumberri por parte de los presos comunes a los presos políticos, el 1 de enero de 1970:

³⁶Ante el estancamiento en el realismo convencional, los autores del auge de la narrativa hispanoamericana (básicamente García Márquez, Carlos Fuentes, Vargas Llosa y Julio Cortázar) respondieron con estructuras complejas; rompieron la linealidad en el tiempo; introdujeron palabras de nuevo cuño; utilizaron varias perspectivas o voces narrativas; rompieron las barreras entre lo fantástico y lo cotidiano, convirtiendo esta mezcla en una nueva realidad.

Comienzas tu novela con una “significación terminal”, la crujía desolada, el piso cubierto de vidrios rotos, las celdas vacías, con lo que se indica un acto precedente (...) el asalto en nuestra contra perpetrado por los hampones el día de año nuevo. Esta significación terminal con la que comienzas a describir el acto, te coloca ante un compromiso obligatorio: precisamente debes significarla.

En esta crítica, el autor de *Los muros de agua* también hacía referencia a la “magnífica escena” de Tlatelolco donde “la muchacha que está a tu lado, derribada, mientras las balas pegan en derredor, de pronto pide: “bájame la falda”, escena que según su opinión “está malograda” por falta de explicación y de pericia narrativa. Aunado a lo anterior Revueltas objetaba falta de profundidad en el análisis de algunos hechos.

En uno de los párrafos finales Revueltas reconoce que el relato de González posee grandes aciertos: “Por ejemplo las escenas en la ciudad apagada, algunas evocaciones luminosas, personajes que logran aparecer con perfiles precisos como (Eduardo De la Vega, en particular) y le propone someter a reflexión esas páginas notables para ver en qué radica su efectividad y hacerla extensiva a otras partes “donde tu material se encuentra sin apoyo”.

Admite que el libro debe publicarse, “pero puliéndolo, haciéndolo más claro” (al precisar, por ejemplo las posiciones políticas de algunos personajes, que aparecen confusas), “con un acabado más cuidadoso” y le propone una reunión en la Enfermería de Lecumberri (lugar donde podían encontrarse para platicar con tranquilidad) cuya fecha deja abierta a que la fije González para hacerle comentarios. En su despedida escribe: “Te abraza larga, cordialmente, como camarada JR”.

No obstante que en un primer momento las palabras del experimentado autor, al que González en un principio admiraba y cuya opinión le importaba (Entrevista a Escudero, 2011) (no resulta gratuito que decidiera que él y no otro leyera y criticara su obra) hicieron sentir al joven escritor “reo de impericia y apresuramiento” (S/a, 1979; IX), decidió que si su obra habría de darse a conocer, era ese el momento. Y aunque reconocía que el análisis de Revueltas le “llevó a encontrar (...) defectos” (S/a, 1979; IX), el suyo era uno de los pocos relatos surgidos de alguien que había vivido el movimiento desde sus entrañas y estaba listo para ese 1970, cuando las heridas de Tlatelolco aún estaban abiertas. Por ello, a contracorriente de la opinión del reconocido escritor, Luis González de Alba decidió que debía publicarse. El parricidio intelectual cometido por el escritor debutante no resultaba una acción aislada sino formaba parte de las conductas que caracterizaron a la generación del 68, generación parricida por excelencia que rompió, o en el mejor de los casos, criticó severamente a sus padres ideológicos.

Las razones que pudo haber tenido Revueltas para realizar este análisis quizá respondieron al peso y la enorme responsabilidad que seguramente implicaba para él novelar el 68, o incluso, a una apasionada defensa de la Gran literatura. En el otro extremo, pudieron partir también de cierta envidia que pudo ocasionarle que fuera ese joven inexperto y no él quien novelara el 68 mexicano y que además lo hiciera con la emoción y la frescura que caracterizan a *Los días y los años*. Pero independientemente de los motivos por los que Revueltas rechazó la obra de González de Alba, resulta evidente que este último, al igual que otros representantes de su generación, no se conformó con la opinión negativa del maestro sino que buscó otras favorables que apoyaran la publicación de su libro. Tanto él como sus compañeros del CNH habían tomado decisiones que incidieron en la historia nacional; organizaron y dirigieron un movimiento que en solo cuatro meses alcanzó proporciones inimaginables; levantaron al fin la voz y estuvieron muy cerca de ganar, posiblemente eso les daba fuerza para enfrentar a una figura con la autoridad de la que Revueltas gozaba.

Los días y los años: ¿escritura condicionada, escritura liberadora?

Para responder esta pregunta es importante tomar en cuenta que la escritura de *Los días y los años*, en un primer momento, partió de la necesidad de contrarrestar la única versión difundida acerca del movimiento estudiantil, sus dirigentes y los hechos del 2 de octubre en Tlatelolco: la oficial. La cual atribuía la autoría del movimiento estudiantil de 1968 a un complot internacional cuyo fin era desestabilizar a la nación ante la proximidad de los Juegos Olímpicos que se realizaron en la Ciudad de México en octubre de aquel año. El gobierno insistía en que “fuerzas oscuras” guiaban la protesta estudiantil, con objeto de destruir el orden social y político existente y señalaba a los dirigentes del CNH como “agitadores profesionales”, quienes, supuestamente, habían usado a la “ingenua juventud mexicana” como indefensa carne de cañón en aras de fortalecer un movimiento que estaba en decadencia.

De igual manera, conviene subrayar que el origen de *Los días y los años* se fincó en un proyecto de grupo en el que se pretendía presentar una visión opuesta a la anterior, la cual dejara claro lo que había sucedido desde el punto de vista de la dirigencia, por lo que, sin ser una situación explícita, González estaba comprometido a dar voz a sus compañeros de lucha del CNH, maestros, intelectuales y autoridades que habían apoyado el movimiento estudiantil, lo cual hizo, de manera que a través de sus voces quedaran claras sus posturas ante diversas situaciones surgidas de la revuelta.

Además del compromiso de desmentir la versión oficial y permitir que la dirigencia del CNH tuviera un medio de expresión, la escritura de *Los días y los años* tenía el peso de efectivamente finalizar el texto y difundirlo (ya que los demás representantes del Consejo no habían podido concluir el proyecto colectivo) y ser recíproco con las lealtades casi ciegas que se profesaban en la cárcel. Al respecto, Raúl Álvarez recuerda:

Cuando estuvimos presos, al menos entre los del pregrupo, hacia el exterior ideológicamente éramos uno, entre nosotros nos cuestionábamos, pero hacia los demás tratábamos de convalidarnos en casi todo, creo que ya era suficiente castigo con estar encerrados y tener que convivir cercanamente con personas que poco o nada tenían que ver con nuestra forma de pensar (Entrevista a Álvarez, 2010).

Posiblemente en la escritura de González hayan convivido además de la frescura de escribir una primera obra, el peso de pertenecer a un grupo político en una época en que la mística revolucionaria era rigurosa. También es importante señalar que Raúl Álvarez y Gilberto Guevara le habían entregado sus textos y los de los demás compañeros que habían participado en el libro colectivo, lo cual implicaba corresponder a la confianza depositada en él. Con sus compañeros del CNH estaba, si no obligado, sí comprometido a otorgarles el uso de la palabra, a reflejar su ideología, sus filias y fobias, sus fortalezas y debilidades. Comprometido a realizar un retrato del CNH donde los dirigentes salieran bien librados, después del descrédito al que el gobierno los había sometido, quizás era insoslayable citarlos, pues los había escuchado durante meses narrar sus versiones de los hechos.

Pero la “vigilancia” o la “expectativa” sobre el libro de González de Alba no se ejerció desde un solo flanco, baste retomar dos de los comentarios que le hiciera Revueltas, desde su posición de autor experimentado y reconocido por las altas esferas intelectuales y políticas de izquierda del país, al novel escritor a través de la carta de la que hablé en párrafos anteriores. En primera instancia, Revueltas le recuerda que se debe a una causa (la del movimiento) y que es vital que se dé cuenta “de lo que representa este trabajo tuyo para todos nosotros, para el movimiento”, es posible que con “nosotros” se refiera a quienes participaron en la revuelta: estudiantes, maestros, intelectuales, obreros, padres de familia, el PC y demás grupúsculos de izquierda. Y por si esta carga no fuera suficiente, agrega: “Con este trabajo literario tuyo, es el propio movimiento del 68 el que se autonovela...” Lo cual implicaba una enorme responsabilidad, de la cual quizás, en esos días, el escritor ni siquiera fuera consciente.

Aunque resultaba difícil complacer las expectativas de muchos, consciente o no de ello, González trató de reflejar la participación tanto de los militantes como de las

amas de casa que según narra en *Los días...* arrojaban objetos a los soldados desde sus ventanas durante las marchas. Es posible que escribir con cierto grado de vigilancia tuviera la parte positiva de darle mayor rigor y veracidad al libro, lo que lo convirtió en una obra equilibrada, con una emocionalidad más acotada que otros libros del 68.

Resulta importante destacar que si bien posiblemente debía cierta lealtad a sus compañeros del pregrupo, desde esa época ya era crítico de ellos, pues a pesar de que los representantes del CNH pugnaban por liberarse de las actitudes autoritarias del régimen, pareciera que sin darse cuenta algunos recuperaron para sí lo opresivo del ambiente e hicieron suyos algunos mecanismos de represión en otros ámbitos. Eran intolerantes con sus emociones y necesidades personales y con las de otros pues las consideraban impropias de un militante³⁷. También reproducían la intolerancia en otras situaciones, lo cual se reflejó en la homofobia y el machismo de algunos de ellos: en la burla que hacía de los homosexuales y en la poca participación que dejaron que tuvieran las mujeres, sobre todo en papeles protagónicos del movimiento estudiantil. Para ejemplificar lo anterior, aquí un fragmento de *Los días y los años*:

Pablo (Gómez) se aparece en el umbral en el momento en el que *El Pino* dice:

—La política es el camino que algunas mujeres siguen para encontrarse con algunos centímetros de carne cruda—

Pablo da media vuelta y vuelve a salir (González, 2005: 80).

En el lado opuesto, quizá para González de Alba un apoyo para sobrellevar la privación de la libertad fue la escritura de su libro, vía para evadirse del miedo que le producía, según sus propias palabras “salir de la cárcel con 50 años” (Entrevista a González, 2012). Pero también, posiblemente la urgencia con la que escribió se debiera al poder que le otorgaba ser el narrador de un acontecimiento al cual, él y quienes habían participado en el movimiento, habían condicionado su vida, su libertad y su integridad. Podría ser que al convertirse en autor González de Alba dejara de ser hijo (de su padre biológico autoritario) y transitara a la vida independiente; contrarrestara la feroz crítica de *Revueltas* (uno de sus padres en el movimiento); fuera leído por la generación que él

³⁷ En estudios realizados sobre lo íntimo en algunas memorias de militantes anarquistas, la identidad individual de la mayoría de los activistas se confinaba, por entonces, a una “función social” pues dicha identidad individual no tenía “más valor en sí que el de representar al grupo del que es constitutiva” (Delhom, 2007: 238). Así, los militantes se cuidaban de mostrar su compromiso con su propia historia familiar o su natural disposición psicológica y siempre anteponían el deber a los sentimientos (Delhom, 2007: 238).

admiró, por ejemplo la del Medio Siglo (García Ponce, Fuentes, Elizondo) y construyera una historia propia.

Escribir *Los días y los años* le deja a González de Alba una carrera de escritor. Lo convierte en autor, le otorga autoridad y lo distingue del resto. Por si fuera poco, en el terreno de las relaciones personales es probable que convertirse en autor le otorgara ventajas que lo hicieran más seductor y deseable (pienso en Pepe Mijares). La escritura de esa primera obra, le permitió introducirse desde joven al mundo académico e intelectual y desde allí construirse una tribuna para expresar sus puntos de vista políticos, científicos y de género.

El libro y los presos salen del Palacio Negro

La versión de Manuela Garín

Un domingo del otoño de 1970 a la hora de la visita, González de Alba llamó a Manuela Garín (la mamá de Raúl Álvarez), quien había participado activamente en el movimiento pues era la suplente de Heberto Castillo de la Coalición de maestros en la Facultad de Ingeniería, de donde era profesora.

Es sabido que las desgracias unen a quienes las padecen, quizá por ello, y por la coincidencia que tenía con los muchachos en cuanto a su participación en la política nacional, doña Manuela procuró siempre de distintas maneras, junto con su esposo Francisco Raúl, apoyar a “los chicos”, como ella (con el leve acento cubano que conservaba de su infancia) les llamaba a los representantes del Consejo Nacional de Huelga.

Luis le parecía un muchacho muy carismático, siempre cariñoso y amable. Ese domingo González de Alba y la madre de Raúl platicaron largamente y abrazados caminaron de un lado a otro de la crujía “C”, mientras él le comentaba: –Doña, yo quiero hablar con usted porque escribí un libro y necesito saber si usted puede apoyarme para que se publique–.

Manuela Garín conocía a algunos editores, entre ellos, a los Fernández y a editores jóvenes como Neus Espresate, pues hacía poco tiempo la editorial ERA le había publicado un libro de matemáticas que ella y otra compañera habían escrito, así que pensó que podría ayudarlo.

Para 1970 editorial ERA había cumplido 10 años de existencia. Neus Espresate recuerda que tiempo antes de que González de Alba terminara su libro ellos ya sabían que lo estaba escribiendo, pues Carlos Fernández del Real (esposo de Pilar Alonso, que trabajaba en ERA) era abogado de algunos de los estudiantes presos, quienes le habían comentado que “uno de ellos pronto terminaría un texto acerca del movimiento estudiantil. Así el nuevo reto que se presentaba era sacar de la cárcel el libro de González de Alba” (Entrevista a Espresate, 2011).

Aunque nunca estuvo prohibido escribir en Lecumberri “nadie quería que el original fuera revisado”, así el problema de sacarlo del penal se resolvió de manera sencilla, saldría en uno de los moldes donde los domingos Manuela Garín llevaba la comida a los muchachos. Por ello se dio a la tarea de buscar uno lo suficientemente largo para que el escrito cupiera sin problemas. Al fin consiguió el recipiente con las características necesarias y en éste llevó a los presos una tortilla española. Fiel a sus orígenes ibéricos Manuela Garín cocinó la tortilla española a toda ley (con mucha cebolla). Como era de esperarse los jóvenes disfrutaron la comida y el recipiente quedó vacío y listo para que el texto de González de Alba saliera dentro de él.

Cuenta doña Manuela que después de la comida ella entró a la celda de González de Alba, limpió el recipiente lo mejor que pudo y metió allí el escrito. “Yo salí muy seria, como si nada, muy controlada de los nervios, aunque por dentro sí que los tenía. El recipiente pasó junto con todos los demás trastes de la comida que sacamos. Afortunadamente no lo abrieron y así salió el libro de Lecumberri”. Al día siguiente Manuela se dirigió a la editorial ERA a entregarle a Neus el original. Quienes conocían de cerca el equipo que conformaba estas empresas decían que trabajar ahí era formidable, gracias a Vicente Rojo, y a una buena cantidad de espléndidos profesionales como los diseñadores Bernardo Recamier y Rafael López Castro. También reconocían la eficiencia en la producción de los encargados de las máquinas (como el legendario señor Galván), en los tiempos en que todavía el olor a tinta y el escándalo de los linotipos inundaba los espacios destinados a la impresión, y cuando los libros aún se formaban con cinta adhesiva y cúter, renglón por renglón.

Tiempo después, cuando Manuela Garín le preguntó a la joven editora si el libro de González de Alba vería la luz, Neus Espresate le dijo que se publicaría pronto y que

solo faltaba ir a hablar con el autor para arreglar algunos detalles. Con la prudencia que la caracterizaba dudó un poco, pero luego verdaderamente intrigada preguntó:

–Oiga doña Manuela, me da pena comentarle, pero usted sabe, ¿por qué ese original olía tanto a cebolla?–

La versión de Luis González de Alba

Entre las muchas entrevistas que realizó Elena Poniatowska en Lecumberri con el fin de recopilar información para *La noche de Tlatelolco*, estuvo la que sostuvo con González de Alba. Al término de la misma el escritor debutante le comentó que tenía un texto amplio sobre el tema del movimiento estudiantil para el cual buscaba editor, por lo que ella se ofreció a conseguir quien lo publicara. González le entregó su texto a Poniatowska y al cabo de uno o dos domingos (que eran los días de visita) volvió para continuar con otras entrevistas. “Me dijo que había leído mi relato y que le había gustado mucho. También me pedía permiso para usar algunas partes en su propio libro. Respondí que por supuesto la autorizaba” (Entrevista a González, 2012). Y agrega:

Lo que pudo ocurrir es que la señora Garín sacara los originales del relato que escribí acerca de los sucesos de julio a octubre, pues yo entregaba a Raúl Álvarez lo que escribía y me quedaba con copias. Con estas copias comencé el relato inverso: de la noche del asalto a los presos políticos hasta la primera noche en el Campo Militar Número 1.

González de Alba explica que en un artículo que tituló "En descargo de Elena" (Milenio, 2011, 28 de marzo) señaló que los errores y alteraciones hechos a su relato por Poniatowska podían proceder de que la escritora no había usado su novela completa, sino lo que González entregaba a Raúl Álvarez, quien la autorizó a poner el fragmento que ella necesitara en boca de cualquiera de los representantes del CNH. “En ese artículo digo que Raúl Álvarez Garín es el último comunista sobre el planeta Tierra y no cree en los derechos de autor....”. Y añade: “Esto explicaría lo que sacó la señora Garín entre cacharros: mi relato lineal leído semana a semana a Raúl y a Gilberto. Elena sacó la novela completa, *Los días y los años*”.

Poco después de que Poniatowska pidiera autorización a González para usar partes de su obra, “misma que le di con gusto” (Entrevista a González, 2012), un domingo que él andaba en el patio le avisaron que en su celda le esperaban visitas. Cuando subió

a su celda se dio cuenta de que la visita era Poniatowska acompañada de una guapa mujer morena de ojos verdes.

"Te presento a tu editora", dijo Elena. Era Neus Expresate de editorial ERA. Allí me comentó Neus que, como no llevaba título mi relato, me sugerían "La cicatriz", palabra final del relato: "... son ya una cicatriz". Respondí que agradecía la sugerencia, pero había pensado otro nombre y no lo había escrito: "Los días y los años" (Entrevista a González, 2012).

En síntesis, González de Alba aseguró que ambas versiones son ciertas (se refiere a la de él y a la de Manuela Garín), pero que mientras Poniatowska sacó la novela completa, Mane (así llamaban sus amigos a Manuela) sacó la mitad (lo que González le dio a Raúl para que formara parte del libro colectivo).

Para 1970 Luis Echeverría asumió la presidencia de la república con la "apertura democrática" como lema de gobierno. El nuevo mandatario deseaba distanciarse de la administración anterior de forma contundente pues los acontecimientos de Tlatelolco habían dejado al descubierto la intolerancia e incapacidad negociadora de un equipo del que él había formado parte. Es posible que impulsado por la necesidad de deslindarse de ese oscuro capítulo, el nuevo presidente decidiera poner en libertad a los presos políticos del 68 con la condición de que abandonaran el país, lo cual aceptaron.

Tiempo atrás, cuando Echeverría aún era secretario de Gobernación, les había ofrecido la misma forma de liberarlos. En ese entonces, se les informó a los muchachos que debían viajar con sus propios medios, por lo que comenzaron las asambleas para recolectar fondos y pagar sus pasajes. Recuerda González:

Yo tuve en mis manos un boleto de Sabena (...) México-Londres-Bruselas-París...Los nombres de ciudades soñadas, inalcanzables, casi inexistentes (...) utopías. Y tenía el boleto en mis manos (...) Lo había pagado la UNAM (González, 2008: 132).

La noche en que iba a dejar al fin la cárcel González de Alba no pudo conciliar el sueño, la impaciencia de la salida lo mantuvo alerta. Deseaba estar cuanto antes en el aeropuerto. Llegó la hora acordada pero nadie fue a sacarlo. Desde el patio de la crujía vio pasar varios aviones, alguno de esos debía de ser el suyo. Llegó su hermano Arturo "con cara larga y empezó una plática trivial como si fuera cualquier día de visita. Lo

interrumpí: –¿Qué pasó?– murmuré sin fuerza” (González 2008: 133). Como estas acciones no se realizaron con la reserva suficiente, la información se filtró a los medios, motivo por el cual Gobernación suspendió la salida. “Permanecimos callados, yo con mi boleto en las manos. Diciéndome que, finalmente, nunca me lo había creído” (González 2008: 133).

En esta nueva oportunidad que les daba Echeverría de salir de la cárcel (ya desde la silla presidencial) decidieron ir a Chile siguiendo la idea de Álvarez Garín, quien confiaba en que el gobierno socialista de Salvador Allende les facilitaría los trámites y los recibiría en su país sin problema alguno. A pesar de las muchas gestiones realizadas, la embajada chilena nunca les proporcionó las visas necesarias. González de Alba recuerda la tensión de aquel momento:

Pasaban los días y con su paso crecía el peligro de que se filtrara la noticia de nuestra salida y con eso se suspendiera el ofrecimiento, ilegal, a la mexicana de entonces, pero serio. Los amigos y familiares que tramitaban el asunto con sigilo recurrieron a otra embajada, la de Perú (González, 2008: 131).

Manuela Garín, representante de la Coalición de maestros, mencionó que el embajador de Perú en México, Alfonso Benavides, estuvo dispuesto a proporcionarles las visas de inmediato, “este hombre nos demostró que en el peor de los infiernos uno encuentra gente decente y solidaria” (Entrevista a Garín, 2010). Tras casi tres años de reclusión, en abril³⁸ de 1971, los representantes del CNH abandonaron la Penitenciaría de la ciudad de México. Salieron en vuelo de Canadian Pacific con escala en Lima de pocos días y destino final en Santiago de Chile.

³⁸ Esta es la fecha que maneja González de Alba, mientras que Gilberto Guevara en sus libros referentes al 68 maneja que su liberación fue en mayo y no en abril de 1971.

CAPÍTULO CUATRO. EDICIÓN Y RECEPCIÓN DE *LOS DÍAS Y LOS AÑOS*

“El mundo editorial es una de las más poderosas fuerzas civilizadoras que existen en la sociedad moderna: su influencia se decanta a lo largo de muchos años, deja huellas indelebles en la sociedad civil”.

Roger Bartra, *Cuadernos Políticos*, (1974: 41).

En este capítulo hablaré sobre el momento en el que nace *Los días y los años* y las condiciones que imperaban en términos de lectores y autores; temáticas y política cultural; me acercaré a algunas de las repercusiones que pudo tener para el movimiento estudiantil y en el mercado editorial. Empezaré con el contexto en el que vio la luz, presentaré algunas de las condiciones (económicas, políticas y culturales) que coincidieron y coadyuvieron tanto a nivel internacional como en México, para que obras como la de Luis González de Alba, pudieran editarse, contar con un mercado que permitiera su difusión y tuvieran un público interesado en adquirirlas y leerlas. Mencionaré someramente las editoriales que en esos años (finales de los sesenta y principios de los setenta) surgieron, en especial ERA.

Asimismo, hablaré de algunas críticas dedicadas a este libro publicadas en diferentes épocas; de los comentarios de algunos lectores y su identificación con el texto; de las distintas ediciones que ha tenido y finalmente revisaré la polémica que González entabló en contra de Elena Poniatowska (casi treinta años después de haber publicado su libro, *La noche de Tlatelolco*) y del impacto de este suceso en González de Alba y su obra.

Sobre lectores, nuevas editoriales y la política cultural cuando aparece Los días y los años.

A partir de la Segunda Guerra Mundial una nueva generación de lectores apareció en América Latina (Rodríguez, 1972: 29), la cual por su número, su orientación y dinamismo fue central en el surgimiento del *boom* o auge de la novela latinoamericana. Se trató de un auge disperso, sin centro fijo, nacional más que internacional en su desarrollo, pero que se produjo casi simultáneamente en México y Buenos Aires, en Río de Janeiro y Montevideo, en Santiago de Chile y La Habana.

Para Emir Rodríguez Monegal dos fueron las causas centrales del “boom”: La guerra de Europa que trajo a América Latina una cosecha sin parangón de españoles refugiados (Jiménez Alberti, León Felipe, José Gaos y Xavier Zubiri) quienes impulsaron

una empresa editorial latinoamericana y dieron lugar a un renacimiento cultural; y el crecimiento demográfico e industrial de las grandes urbes latinoamericanas. De esta forma, “la generación de lectores que se formó a partir de 1939 tuvo a su alcance más universidades y escuelas secundarias, más bibliotecas, librerías y revistas, sobre todo más editoriales latinoamericanas que no solo traducían y adaptaban la cultura universal sino que también fomentaban la cultura nacional y latinoamericana” (Rodríguez, 1972: 29). Cabe recordar que González de Alba y varios de los líderes del CNH que contribuyeron a la aparición de *Los días y los años* nacieron entre 1941 y 1947, por lo que todos de una forma u otra fueron beneficiarios de esta situación.

El impacto de esta nueva generación de lectores se nota en México básicamente a través de Juan Rulfo con *Pedro Páramo*, en 1955, y Carlos Fuentes con *La región más transparente*, en 1958. Por solo mencionar un dato, entre 1955 y 1964 el Fondo de Cultura Económica, imprimió cinco ediciones de *Pedro Páramo*, lo cual era un hecho inusitado, esto quería decir que había una nueva demanda lectora que satisfacer. Ya dijimos también que entre las características comunes de los representantes del CNH estaban las lecturas de los autores del “boom”, entre ellos Carlos Fuentes y que casi todos habían crecido con la influencia de Juan Rulfo.

A nivel internacional, una de las situaciones que posiblemente también favoreció el incremento de los lectores fue la Revolución Cubana (1959), la cual proyectó en sus primeros años una política cultural a escala latinoamericana. Con el fin de romper con el cerco de los Estados Unidos que no era solo militar y económico, Cuba creó una institución, Casa de las Américas, que por algunos años se convirtió en el centro revolucionario de la cultura latinoamericana. Esta institución publicaba su propia revista y organizaba reuniones, festivales y concursos. Casa de las Américas también publicó libros. El impacto de esta política cultural a escala hispánica no dejó de sentirse en todo el continente y aun fuera de él. Lo anterior constituyó una ampliación de una política cultural revolucionaria. Si tomamos en cuenta que en México, después de José Vasconcelos y Lázaro Cárdenas no hubo una política cultural clara por parte del gobierno, esto seguramente ayudó de una manera muy importante (Rodríguez, 1972: 29).

Como contrapeso a la falta de claridad en política cultural en nuestro país, Carlos Monsiváis subraya la importancia de las sociedades literarias, pues desde finales de los cincuenta la ausencia de una industria cultural en México hizo que se le concediese a una minoría el lujo de la excentricidad, gracias a ello la sociedad “se defendió un poco del

analfabetismo funcional de la clase política” (Monsiváis, 1978: 52). Por ejemplo, gracias a la pasión de Alfonso Reyes por “el humanismo clásico, o a la pasión de José Vasconcelos por la India, circularon materiales de otro modo destinados a la total penumbra” (Monsiváis, 1978: 52). En este sentido, la sociedad literaria influyó muchísimo más de lo que se le reconoce, y “figuras como Pedro Henríquez Ureña, Vasconcelos, Martín Luis Guzmán, Torri, los integrantes del grupo de los Contemporáneos, y después Octavio Paz, Rubén Bonifaz y Jaime García Terrés (a quienes se ha acusado de elitistas), crearon un contrapeso, no muy notorio en el momento, que fue extraordinario ante la mecánica de la autosatisfacción gubernamental” (Rodríguez, 1972).

La década de los sesenta trajo consigo el nacimiento de varias editoriales nuevas, así, en 1960 apareció ERA que se inauguró con *La batalla de Cuba*, de Fernando Benítez. Con un equipo integrado por refugiados españoles quienes al dejar atrás los horrores de la Guerra Civil encontraron en México un espacio propicio para el trabajo creativo y la crítica. Carlos Monsiváis relata que esta pequeña empresa publicó lo que por esos días las editoriales oficiales y la mayoría de las privadas no admitían, así, temas como el castrismo, la presencia de las transnacionales, el nuevo colonialismo fueron abordados (1995: 19). Para esta joven casa editorial, en la cual existía entre sus integrantes el acuerdo de no publicar muchos libros al año, con el fin de no demeritar la calidad de sus ediciones, escribieron plumas como las de: Carlos Fuentes, Pablo González Casanova, Juan García Ponce, Juan Vicente Melo, José Emilio Pacheco, entre otros, reforzando así las hasta entonces escasas ediciones de literatura mexicana. Para 1962, Joaquín Díez-Canedo formó la editorial Joaquín Mortiz.

Poco después, Arnaldo Orfila, quien había sido director del FCE desde los años cuarenta, fue despedido por el presidente Díaz Ordaz por permitir la publicación del libro de Oscar Lewis, *Los hijos de Sánchez* (el cual daba a conocer el modo de vida y la pobreza en el barrio de Tepito), ya que según la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística presentaba severas distorsiones de la realidad³⁹. La comunidad intelectual y

³⁹Díaz Arciniega señala que una voz prácticamente anónima, la de Luis Cataño Morlet, avalada por una institución irrelevante, la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, “ambos representativos de un nacionalismo gazmoño, mojigato y retrógrado se escandalizaron ante un libro que no ocultaba ni edulcoraba ninguna verdad sobre la sociedad mexicana que se mostraba con rigor científico y calidad literaria”. Así, hicieron una demanda jurídica contra Lewis y Orfila por escribir y publicar un libro “obsceno” y “denigrante” contra México y, al final, aunque el Fondo de Cultura Económica ganó la demanda, perdió a Orfila, su director (Díaz, 1994: 144).

específicamente el grupo de La cultura en México se manifestó en contra del despido por considerarlo injusto y presentó resistencia a través de un llamado al público para que comprara las acciones de una nueva empresa editorial. “La gente apoyó sin reservas el proyecto, Elena Poniatowska regaló su casa de Gabriel Mancera y así nació la editorial Siglo XXI, que presentó los primeros títulos en 1966” (Agustín, 1991: 236). Por su parte, editorial Grijalbo también brindó un fuerte apoyo a la literatura nacional, pues esta asume la difusión de una gran cantidad de materiales de vanguardia, publicaba, por ejemplo, textos como los manuales soviéticos de marxismo o las traducciones de los profesores eruditos de este tema como Sánchez Vázquez o Wenceslao Roces, entre otros.

Carlos Monsiváis habla de la década de los sesenta como un momento de excepción, un tiempo en el que el florecimiento en el ámbito cultural fue enorme. Subraya que los alumnos y lectores que frecuentaban la editorial ERA en ese tiempo, al constituirse generacionalmente en el 68, “tomaron muy en cuenta lo aprendido en los libros de ERA, Siglo XXI y el Fondo de Cultura Económica” (editoriales que publicaban libros de marxismo, de autores de izquierda que criticaban a los regímenes autoritarios y explicaban la realidad con teorías novedosas) y destaca que la formación de esa generación resultó tan completa pues ellos venían “de un renacimiento cultural”⁴⁰ (Monsiváis, 1995: 20).

Es necesario tomar en cuenta que todo este avance en términos de apoyo a los autores y de crecimiento en términos editoriales, básicamente, repercutió en los habitantes de la ciudad de México, ya que para esas fechas la mayoría de los eventos culturales y la educación superior estaban concentrados casi exclusivamente en el Distrito Federal. La expansión de la urbe era una realidad que se expresaba, entre otras cosas, en modernos edificios, más librerías, nuevas casas editoriales o en el crecimiento de las ya existentes, a continuación, José Emilio Pacheco relata su experiencia de lector adolescente frente a una metrópoli en plena transformación:

⁴⁰ El renacimiento al que Monsiváis hace referencia incluye el momento económico vivido en esa década y la anterior, la cual permitió que se le diera un fuerte impulso tanto a la alfabetización como a la educación en general, pero sobre todo, a la educación superior; que la oferta cultural en las universidades (cine, teatro, música, mesas redondas, clases de idiomas, etc.) se intensificara; Dicho renacimiento abarcó también que se abrieran más librerías y bibliotecas; el surgimiento de nuevas editoriales como ERA, Siglo XXI, Joaquín Mortiz, etc., las cuales hicieron posible el acceso de numerosos lectores a las obras tanto de los autores de la Generación del Medio Siglo como a aquellas de los autores del *boom* latinoamericano, pues estos marcaron un antes y un después en la literatura con sus formas innovadoras de narrar, así como a textos marxistas o de temáticas antes poco difundidas, entre otros aspectos.

Me gustaría recuperar lo irrecuperable: la experiencia de lectura del adolescente que cruzó la Avenida Juárez de entonces para comprar en la librería de Emilio Obregón junto al cine Alameda el ejemplar recién aparecido en la serie Los Presentes. Poco antes ese mismo aprendiz de lector había emprendido la excursión a las afueras de la ciudad para adquirir en el nuevo edificio del Fondo de Cultura Económica *Varia invención, Confabulario y El llano en llamas*. En el terreno de enfrente, lo que hoy es Plaza Universidad, pastaban vacas. Al salir con sus libros encuadernados en tela se cruzó en la esquina de Parroquia con una recua guiada por un arriero que acaso era el mismo que un año después iba a conducir a Juan Preciado hasta Comala (Pacheco, 1995:42-43).

Otro elemento que posiblemente ayudó a la aparición y sensibilización de los lectores fue la prensa contemporánea, industrializada y de carácter informativo, la cual parece haber influido de manera significativa en la formación de la opinión pública, pues a través de sus distintas secciones, columnas especializadas, utilización de mejores técnicas de producción y presentación como el color, la integración de fotografías y caricaturas, fue posible llegar a un público diversificado de lectores.

Para 1964 se elevó la cifra del número de periódicos y revistas nacionales, hasta alcanzar una circulación diaria de 4, 428 000 ejemplares, lo que equivalía a un incremento de 160% con respecto a años anteriores (*Sucesos para todos*, marzo de 1968: 70). Es importante resaltar que este incremento respondió a los nuevos hábitos de lectura en los que participaban niños, jóvenes y mujeres, resultado de la coyuntura industrial propiciada por la Segunda Guerra Mundial, se fundaron instituciones de investigación, se produjeron e importaron libros y se multiplicó la actividad editorial. A partir de la década de 1940, aparecieron las revistas *Siempre!*, *Mañana*, *Impacto*, *Tiempo*, *Nosotros* y *Gente* (Greaves, 1988: 308).

Quizá en respuesta a una época de un ambiente más politizado que tiempo atrás, como reacción a las medidas de represión y como medio de expresión de las injusticias en los ámbitos social, laboral y económico, en 1968 aparecieron algunas revistas de carácter popular y de izquierda, sumándose a otras de larga tradición. Algunas publicaciones que intentaron concientizar a la población obrera, campesina y estudiantil, fueron *La Voz de México* (órgano informativo del Partido Comunista), *El Militante*, *¿Por qué?*, *El Pueblo* y *La Hoja Popular* (Trejo Delarbre, 1975: 70).

Las temáticas

Tiempo antes de la aparición de *Los días y los años*, la literatura empezó a mudar sus temáticas, había mencionado ya que para 1965 los jóvenes se volvieron centrales en el terreno de las letras, *Gazapo* de Gustavo Sainz es un ejemplo de ello.

En 1968 algunos de los saldos favorables que habían dejado los sucesos del 2 de octubre es que crearon conciencia entre la población. Asimismo, entre los escritores creció el interés por el reportaje, la historia, la crónica y el análisis político. Los intelectuales dejaron por un momento su afán por lo internacional y volvieron la mirada a México

con el fin de redescubrir a su país, hacerse de una historia crítica, recuperar crítica y no idílicamente el pasado mexicano (...). La vida intelectual se concentra ya abrumadoramente en las universidades, gracias, entre otras cosas, a la demanda de maestros (...), al crecimiento de la investigación y al vasto incremento presupuestal de muchas universidades, sobre todo de la capital (Monsiváis, 1978: 57).

El marxismo se convirtió en la interpretación de la realidad que preferían muchos jóvenes con acceso a la educación. Por primera vez en el siglo XX para ciertos sectores de algunas universidades mexicanas la corriente cultural predominante fue de izquierda. El discurso literario se fue politizando. Cierta público urbano de clase media con educación leyó por entonces a Borges, Lezama Lima, Cortázar, Paz, García Márquez, Onetti, Fuentes y Vargas Llosa y algunos jóvenes mexicanos, al verse identificados con sus temáticas leyeron la llamada literatura de "La Onda" que según José Agustín fue el inicio de toda una desmitificación y revitalización de la cultura en México. Dentro de los autores y títulos de esa literatura juvenil, se encuentran el mismo José Agustín (*La tumba*, 1964; *De perfil*, 1966 e *Inventando que sueño*, 1968) junto con Gustavo Sainz (*Gazapo*, 1965) y Parménides García Saldaña (*Pasto verde*, 1968; *El rey criollo*, 1970), algunos otros escritores de "la Onda" fueron Juan Tovar, René Avilés Fabila, Gerardo de la Torre, Héctor Manjarrez, Jorge Arturo Ojeda y Federico Arana. Acerca de la novela juvenil (ya que está en desacuerdo en la designación, literatura de "La Onda"), José Agustín señala que

no sólo inició al país en la postmodernidad sino que procedió a definir el espíritu de los nuevos tiempos. En buena parte, todo esto se hizo lúdicamente, con experimentación formal, juegos con las palabras, fusión de géneros, irreverencia, sátira, parodia, ironía y crítica social" (Agustín, 2004).

Entre 1964 y 1973 se escribió sobre la búsqueda de la identidad, el descubrimiento del amor y del cuerpo, la brecha generacional y el conflicto individualidad-

sociedad, la política y la religión, pero también sobre drogas, guerrilla, comunas y espiritualidad y como era de esperarse en gente joven, se exploró el erotismo. Había una gran necesidad de que la cultura llegara a las mayorías. Se trataba de democratizar los hechos culturales a través de una narrativa distinta, llena de expresiones coloquiales y tan válida como cualquiera. Aunque algunos sectores opusieron resistencia ante la propuesta de nuevos sistemas, algunos críticos, autores y lectores se entusiasmaron con esta literatura y la celebraron. José Agustín comenta sobre él y los escritores de La “Onda”:

Compartíamos (...) un espíritu generacional, por lo cual los primeros lectores entusiastas fueron jóvenes de nuestra edad que se sintieron expresados en nuestros libros. De pasada, con esto ganamos nuevos lectores para la literatura mexicana (Agustín, 2004).

Paralelamente existía un público de una cultura “revolucionaria” que consumía una buena cantidad de obras marxistas, de economía y ciencias sociales, y rechazaba la literatura “no comprometida”.

Quizá como resultado de los sucesos políticos experimentados (el 2 de octubre, por solo poner un ejemplo), de un mayor consumo de algunas de las lecturas mencionadas, a las numerosas e importantes obras producidas, al auge de suplementos y revistas culturales (Diorama de la Cultura, en *Excélsior*, La cultura en México, en *Siempre!*, El gallo ilustrado, en *El Día*, entre otros) empezaron a aparecer sectores más conscientes de la realidad circundante, ávidos de leer textos más políticos, y con ello, un mayor número de lectores críticos. Sin embargo, este posible nuevo perfil de lector no convenía a los grupos en el poder. Lo anterior se evidenció con mayor fuerza tras la represión del 10 de junio de 1971.

La nueva frustración ya no es tan sólo teórica: los jóvenes han estado en las cárceles, han sido masacrados, son agredidos cotidianamente por las “porras” y nadie reclama: el más ominoso silencio los rodea, el derrotismo que se les aconseja contradice a los libros que han leído (...) No es necesario leer los periódicos, para qué, como diría un ‘buen’ padre de familia. La información estorba, nos hace inconformes, críticos (...) En el futuro seremos buenos mexicanos: aislados, enemistados el uno con el otro, incultos, analfabetas (...) Aquí nos basta con reconocer la contradicción inicua: una generación de estudiantes pudo al fin medio leer y ahora debe olvidar todo lo aprendido para salvar su vida (Gasca, 1971).

Quizá a raíz del descontento generado y la conciencia adquirida en los primeros años de la década de los setenta se publican numerosos textos políticos. Baste hacer un breve recorrido por los títulos de finales de 1970 y principios de 1971. En el suplemento La cultura en México de enero de 1971, Federico Campbell anunciaba “Lo que le espera al

lector en 1971”, (Ver Tabla 1, p.196, los títulos políticos se marcaron con un asterisco). En 1970 la editorial Siglo XXI anunció la publicación de *Posdata*, de Octavio Paz, quien tras haber renunciado a su puesto como embajador en la India a causa de la matanza del 2 de octubre, reflexionó sobre lo ocurrido en México después de *El laberinto de la soledad*, en particular abordó los sucesos de 1968: la Olimpiada y, por supuesto, Tlatelolco.

Para febrero de 1971, año en que Pablo Neruda recibe el premio Nobel de literatura, Jim Morrison muere de una sobredosis y el Festival de Avándaro se lleva a cabo en México, aparecen *Los días y los años* de Luis González de Alba y *La noche de Tlatelolco* de Elena Poniatowska el cual en menos de tres meses agotó nueve ediciones de 4 mil ejemplares cada una, lo que fue un hecho sin precedentes en la historia editorial mexicana, al igual que el de González de Alba, quien a pesar de ser un desconocido cobró enorme reconocimiento (al respecto abundaré más adelante).

En este año también se publica *La revolución interrumpida* de Adolfo Gilly, así como obras de otros autores identificados con la izquierda (Semo y Córdova, por ejemplo) cuyos textos tuvieron gran difusión en comparación con generaciones anteriores. “Estos intelectuales produjeron libros que sirvieron para formar a ciudadanos o individuos que después formaron a otros; sus libros se siguen editando porque se volvieron libros de texto en las asignaturas universitarias y en formadores de maestros, y su impacto ha sido grandísimo. No sólo han sido muy vendidos sino que, además, han permeado la cultura de los educadores mexicanos y han llegado, por tanto, a otros segmentos y grupos sociales, a los estudiantes” (Ruiz/Illades, 2014).

Posiblemente esta especie de “preparación” ayudó a que el público que recibió *Los días y los años* se encontrara en condiciones de aceptar y valorar, un texto de las características ya mencionadas.

“México, país con cultura de segundo año de primaria”

Resulta imposible negar que (los públicos de intelectuales y universitarios a los que nos referimos con anterioridad eran solo una minoría) pues paralelo a estos avances aún se encontraba un México con problemas de pobreza extrema, grandes desigualdades, así como enormes rezagos en materia educativa, por solo hablar de algunos aspectos. Para ejemplificar lo anterior, en noviembre de 1970, el investigador educativo Pablo Latapí, quien por aquellos días escribía en el suplemento Diorama de la cultura del *Excélsior*

mencionaba no estar de acuerdo con el triunfalismo de diversos medios quienes anunciaban con bombo y platillo que el gobierno de Díaz Ordaz había “logrado ajustar el sistema educativo al intenso proceso de cambio de la sociedad contemporánea”, pues para sorpresa de muchos en ese sexenio (1964-1970), “la educación nacional progresó menos rápidamente (...) que en el anterior (...)” (1973: 16)

Él mismo afirmaba que el sistema educativo estaba lejos de brindar “igualdad de oportunidades para todos los mexicanos de acuerdo con vocaciones y aptitudes” (1973:18). Resulta importante recordar que las políticas de expansión escolar que se implementaron a finales de los sesenta y principios de los setenta, ni siquiera podían considerarse neutrales para la dinámica de distanciamiento regional que imperaba en el país, puesto que en lugar de disminuir la brecha la habían ampliado.

Por esto —afirmaba el experto— es una verdad que la educación está contribuyendo a agudizar los desequilibrios regionales (...) Como efecto de esta política los mexicanos de Chiapas o Yucatán son cada vez más “desiguales” respecto a los del D.F. o del noroeste (...) no vamos, por lo tanto, hacia la igualdad educativa sino precisamente en dirección contraria (Latapí, 1973: 22).

Para cuando Luis Echeverría tomó las riendas del país, su nuevo gobierno tenía ante sí la disyuntiva de continuar con la línea que habían prevalecido hasta entonces sobre los procesos económicos y políticos, mantener la mano dura y la orientación represiva de su antecesor o modificar el rumbo y abrir una nueva ruta que liberalizara el ambiente político. Frente a la hostilidad y la desconfianza de los estudiantes, actitudes por demás comprensibles después de los eventos de 1968, el mandatario optó por una especie de “reconciliación”. En consecuencia, entre otras acciones, la política educativa optaría por imprimir una reforma sustancial a los contenidos y métodos educativos; subrayaría su carácter nacionalista; enfatizaría la apertura; trataría de ofrecer oportunidades a todos por igual y “se utilizaría como elemento dinámico en la movilización populista de las clases más desprotegidas y en la negociación de apoyos de las clases bajas y medias” (Latapí, 1984: 61).

En la revista *Siempre!* de junio de 1971, Natividad Rosales publicó el artículo “México, país con cultura de segundo año de primaria”, en el que mencionaba que según datos de la UNESCO, “si se hace un promedio con el número de habitantes que México tiene (en enero de 1971, 50,163,842 millones) y los años de escuela que los mismos han cursado, se llega a la conclusión de que el nuestro es un país de segundo año de primaria, es decir que apenas sabemos leer y escribir.” (Rosales: 1971)

Él mismo, señaló que entre 1920 y 1970 México gastó más de cien millones de pesos en educación, para formar una masa semi o alfabetizada, de la cual “solo 15 por ciento es de profesionistas y el resto de cultura media de segundo año de primaria.” En cuanto al tipo de lectura que según este autor preferían la mayor parte de los mexicanos en 1971, estaban “las fotonovelas, monitos de Walt Disney que alcanzan cada semana cerca de los 10 millones de copias, también se leen Pepines, Memines y Burrones. Además poesía de Manuel Acuña, Manuel M. Flores, Antonio Plaza, Amado Nervo y todo tipo de recetas: de cocina, de cómo hacerse rico en algunos meses, de cómo hablar en público y tener éxito en la vida” (Rosales: 1971).

En ese año, el escritor Carlos Fuentes en entrevista con José Luis Merino, hacía referencia a las enormes dificultades que padecían tanto la literatura como los escritores, no solo en nuestro país, sino en toda América Latina, debido a la situación de analfabetismo, pobreza y concentración de la cultura solo en las grandes urbes:

Vivimos en un continente de analfabetas –decía el autor de *Aura*– Sabemos perfectamente cuál es nuestro público: el público de la clase media urbana de nuestras ciudades. Dentro de la situación actual este público tiene que preferir, dadas las actuales estructuras de la sociedad, el folletín para comadres al poema de Octavio Paz, “Simplemente María” a un libro de José Emilio Pacheco. Esto es natural, tendría que dar un vuelco la sociedad; tendría que desaparecer la “sociedad de consumo” con sus falsas ilusiones. Piensa en el terrible problema que tiene el continente americano: el 80% de la población es analfabeta, y el restante 20%, si no es analfabeta por fatalidad, lo es por vocación. (Merino/Fuentes, 1971).

En la misma entrevista, Fuentes señalaba que ser escritor en América Latina “es ir a contrapelo de la razón histórica, de esta burguesía deleznable que padecemos”, pero reconocía que es también ir a favor de otro tipo de sociedad, de otro tipo de relación comunitaria. Aseguraba que por ello, a pesar de todo, tiene peso lo que se escribe, y mencionaba como ejemplos, *El barbero de Sevilla*, *El contrato social* y *El cándido de Voltaire*, libros que, aventuraba, tuvieron algo que ver con la Revolución Francesa, aunque fuesen expresiones minoritarias. Y añadía que “uno no sabe cómo puede afectar un poema al conjunto social; pero también hay pruebas de que sí lo afecta, sobre todo en tierras como las nuestras, donde, a veces, no hay más voz que la del escritor, no hay otra constancia, no hay otra marca del paso de la historia” (Merino/Fuentes, 1971).

Con el fin de tener una idea más completa de las condiciones que para entonces prevalecían resulta importante tomar en cuenta que incluso hacia finales del sexenio de Echeverría, la situación educativa del país presentaba deficiencias importantes:

1.7 millones de niños entre 6 y 14 años no tenían acceso al sistema educativo y 11.9 millones mayores de 14 años no habían terminado la primaria; de estos 6.2 millones no habían tenido acceso a ningún grado de escolaridad. O sea que un 35% de la población mayor de 6 años (14 millones) permanecía debajo del nivel escolar que la ley establece como obligatoria (Datos del Plan Nacional de Educación, SEP, 1977) (Latapí, 1984: 95).

En suma el México editorial en el que *Los días y los años* vio la luz todavía tenía grandes retos que enfrentar, sin embargo ya había caminado lo suficiente para que Luis González de Alba y los líderes pudieran hablar de temas difícilmente tratados en otros medios (recuérdese que la prensa de ese tiempo o bien era portavoz del gobierno o era francamente marginal) y sus lectores tuvieran acceso a este tipo de información en un contexto marcadamente autoritario.

Debido a lo anterior, llama la atención que en ese ambiente francamente represivo, la censura de la que fueron objeto los libros no se equiparaba con la que se ejercía con otras publicaciones como revistas y diarios (baste recordar el caso de la revista *Política* cuyo director, Manuel Marcué Pardiñas, fue encarcelado en Lecumberri). El hecho es que ni *Los días y los años* ni otros textos producidos desde la cárcel o fuera de ella, durante ese periodo como *El apando* de José Revueltas (1969), *Los procesos de México 68. Tiempo de hablar...*, de Raúl Álvarez Garín, Eduardo Valle y José Revueltas (1970), *Días de guardar*, de Carlos Monsiváis (1970), *La noche de Tlatelolco*, de Poniatowska, (1971), o *Libertad bajo protesta*, de Heberto Castillo (1973), fueron objeto de censura por parte del gobierno.

Es posible que esta poca preocupación del gobierno en cuanto a los libros quizá se cimentara en que para entonces los lectores eran solo una minoría privilegiada en términos educativos y culturales que contrastaba con los aún altos niveles de analfabetismo simple y de analfabetismo funcional del resto de la población (que, como se vio anteriormente, según Merino tenía cultura de segundo año de primaria).

En esa atmósfera rígida, donde oponerse al régimen resultaba difícil –pues no había muchos canales para hacerlo– además de arriesgado, algunos de los escritores de esa época, a través de su ejercicio crítico hicieron las veces de opinión pública que contrarrestó las versiones oficiales sobre el movimiento estudiantil que eran las que

tenían amplia difusión y fuerte penetración. Podría aventurarse incluso que a través de estos escritos que cuestionaban la realidad sin concesiones, estos escritores proporcionaron herramientas importantes a sus lectores para que surgiera el germen de lo que posteriormente empezaría a conformar la sociedad civil.

A partir del surgimiento de los gobiernos posrevolucionarios se emprendieron una serie de acciones tendientes a mejorar el panorama en materia educativa, este impulso se reflejó en varios niveles, el primero que aquí mencionaremos se refiere a la alfabetización, la cual aumentó en México de manera sostenida, ya que mientras en 1940 se reportó un 46% de alfabetizados, en 1950 pasó a un 56.8%, en 1960 a un 66.5% y para 1970 el 74.2% de la población estaba alfabetizada (INEGI, 2006). Posiblemente lo anterior creó un potencial de lectores.

Para algunos estudiosos del tema, en las décadas de los cuarenta y los cincuenta la producción de la cultura escrita vivió un buen momento gracias al desarrollo económico favorecido por elementos internos, incluyendo los adelantos educativos y la coyuntura industrial propiciada por la Segunda Guerra Mundial. Varios eran los aspectos que hicieron posible ese buen momento de la cultura escrita, en opinión de Carlos Monsiváis, “en los cincuenta se queda atrás la vieja concepción rural de México. La industrialización y el desarrollismo generaron formas de cultura urbana y cambios profundos en la identidad nacional. Surgían las primeras manifestaciones de una nueva sensibilidad y de una renovada mentalidad que afloraría con claridad a finales de la década de los sesenta y se consolidaría en los años setenta” (1978: 55).

De igual forma, cabe señalar que los años del “desarrollo estabilizador” que trajeron aparejados una estabilidad económica sin precedentes haya sido un aspecto vital para alcanzar el mencionado auge, el cual entre otras cosas, se manifestó en la ciudad de México con el aumento del número de librerías.

La combinación de elementos como la lectura de los autores de la Generación del Medio Siglo, la de los del “boom” latinoamericano, el surgimiento de nuevas casas editoriales, el movimiento estudiantil, la expansión de la educación superior, las lecturas marxistas, entre otros aspectos, sentaron las bases para que libros como *Los días y los años* pudieran escribirse y, sobre todo, encontraran terreno fértil para su lectura. Posiblemente si este libro no hubiera llegado en este contexto y con todos estos antecedentes (por ser González de Alba un autor joven prácticamente desconocido y militante de izquierda) quizá nunca hubiera tenido el éxito que alcanzó.

Resulta importante subrayar que la época que vivió la generación del 68 en términos socioeconómicos, educativos, culturales y políticos (todos a un tiempo) no ha vuelto a presentarse en décadas posteriores, no se ha experimentado otra vez un auge tan prolongado ni con tantas resonancias como el que en ese momento modificó no solo el terreno de las letras, sino del periodismo, la organización civil y la política.

Editorial ERA y las ediciones de *Los días y los años*

ERA

Para comprender de forma cabal el fenómeno de ventas que tuvo este libro y la importancia de la editorial que hizo posible que *Los días y los años* naciera sin censura ni condicionamientos, a pesar de que su autor era un joven desconocido y militante, es necesario hacer un poco de historia. Para 1971, año en que se editó el libro de González de Alba, editorial ERA cumplía ya once años de existencia, pero su historia se remonta a finales de la década de los cuarenta cuando Tomás Espresate y Enrique Naval fundaron la Librería Madero (ubicada en Madero 12, en el Centro Histórico) donde se reunían algunos refugiados españoles y amantes de los libros. Ahí se congregaban poetas como León Felipe, escritores y críticos como Margarita Nelken. En estas tertulias nacieron amistades que derivaron en proyectos laborales que al paso del tiempo contribuyeron en la conformación de una vida cultural más rica en nuestro país. Sobre estas reuniones Neus Espresate recuerda:

Quando yo era una chamaquita recuerdo que se reunía el grupo que hizo *El espectador*, esa revista la hacían Carlos Fuentes, Víctor Flores Olea, López Cámara y González Pedrero, quienes acababan de regresar de hacer doctorados, eran muy jóvenes por entonces. También estaban los mayores, algunos refugiados españoles como León Felipe, Jesús Reyes Ferreira, el pintor de los gallos, allí conocimos también a Augusto Monterroso, al crítico de cine Francisco Pina, quien era refugiado español y escribía en los suplementos de Benítez. Allí llegaban a platicar y recuerdo que la mayoría de ellos eran muy radicales (Entrevista a Espresate, 2011).

Un ejemplo de los proyectos de trabajo que allí nacían fue la decisión de Espresate y Naval, dueños de la librería Madero, de crear una pequeña imprenta, la Imprenta Madero, la cual comenzó a funcionar en 1951 con una sola máquina de 50x70 centímetros, en una casa de la calle de Amberes (que todavía no era la Zona Rosa), donde trabajaban, entre otros, Vicente Rojo, José Azorín, así como Jordi y Francisco Espresate, todos ellos amigos y compañeros de organizaciones antifranquistas. El exilio

compartido de este grupo de españoles quizá ahondó el lazo de amistad entre ellos. La mayoría había experimentado una realidad llena de terror y privaciones debido a la guerra civil que había oscurecido a España.

Ya con cuatro máquinas más, la imprenta Madero se trasladó al número 1359 de la calle de Aniceto Ortega, en la colonia del Valle, de la cual Elena Poniatowska comentaba, “uno pasaba entre grandes rollos de papel, libros apilados y el olor a tinta de las impresoras que a mí siempre me ha parecido afrodisíaco” (Poniatowska, 1995:9)

Hacia 1959 Rojo propuso a José Azorín y a los hermanos Espresate (Jordi, Francisco y Neus) la creación de una pequeña editorial, cuyos libros se pudieran imprimir en los tiempos en que las máquinas de la imprenta estaban inactivas. Al respecto Rojo comenta, “el proyecto contó con el apoyo entusiasta de Tomás Espresate, quien puso una sola condición: que la editorial estuviera compuesta exclusivamente por jóvenes (para entonces ninguno de nosotros contaba aún con treinta años)” (Centro Virtual Cervantes, 2010: s/p).

Para octubre de 1960 nació la editorial ERA al imprimir *La batalla de Cuba* de Fernando Benítez, el primer libro publicado en México sobre la Revolución Cubana, el cual además de suponer un éxito de ventas, desde el principio puso de relieve una de las características distintivas de ERA: su decidido compromiso político.

Para entonces, con apenas 26 años de edad, la hija menor de Tomás Espresate, Neus, junto con el pintor, escultor y diseñador, Vicente Rojo tomó las riendas de la editorial, “sus hermanos Jordi y Francisco habían tenido que salir a trabajar fuera de México, pero enseguida se incorporaron Pilar Alonso, Nuria Galipienzo, Carlos Fernández del Real, Adolfo Sánchez Rebolledo y Estela Forno” (Entrevista a Espresate, 2011). En México, Neus, al igual que Rojo y otros muchos exiliados, encontraron un mundo que los acogió y donde la vida y el trabajo nuevamente se volvieron posibles.

En ERA había un equipo fantástico, teníamos lectores muy cercanos. Nos ayudaban mucho con las lecturas de los libros, nos hacían informes de lectura. Por entonces los autores tenían mucha retroalimentación con sus lectores. En aquellos tiempos la ciudad era otra, entonces nos podíamos ver, nos sentábamos a tomar un café, a fumar un cigarrillo y a platicar, y entonces salía que fulanito estaba trabajando una tesis de tal tema. La colección Problemas de México se alimentó mucho así, “que es muy interesante, que el autor es un tipo muy brillante, que ahora que la termine...”, “ay, pues dile que nos la

mande para verla”. Había una retroalimentación muy buena. A García Márquez así lo conocimos, llegó acompañado por Mutis, andaba buscando hacer traducciones, todavía está enojado conmigo porque no le dimos traducciones” (Entrevista a Espresate, 2011).

Para que ERA llegara a tener la relevancia que la caracterizó fue vital el hecho de que Vicente Rojo colaborara y tuviera relación con dos de los equipos culturales más importantes en el México de la época, el de los suplementos (México en la cultura que poco después se convertiría en La cultura en México), de Fernando Benítez, y el de la *Revista de la Universidad*, de Jaime García Terrés, cuyos equipos coincidían en cuanto a sus integrantes en mayor o menor medida (allí estaban Carlos Monsiváis, Elena Poniatowska, José Emilio Pacheco, Carlos Fuentes, Tomás Segovia, Juan García Ponce, José de la Colina, entre otros). En sus inicios el equipo de editorial ERA se conformó con los amigos escritores más cercanos como autores y asesores, y Vicente Rojo estaba a cargo de los diseños. Las dos primeras colecciones se iniciaron con obras de Fernando Benítez quien para Vicente Rojo era “un amigo entrañable, maestro, gran periodista y editor, que apoyó al equipo de manera inimaginable” (Entrevista a Espresate, 2011). La editorial tuvo entre sus objetivos iniciales publicar a autores con propuestas nuevas tanto en los contenidos como en las formas. Su nombre se formó con las iniciales de los fundadores (Espresate, Rojo y Azorín), amigos y compañeros de trabajo en la Imprenta Madero. Otro rasgo distintivo de ERA fue que muchos de sus libros eran primeras obras de sus autores, como el caso de José Emilio Pacheco, a quien la editorial le publicó en 1962, cuando apenas tenía 23 años su primer poemario, *Los elementos del fuego*.

Llama la atención que a pesar de la inexperiencia y juventud de estos editores hasta cierto punto improvisados, ERA se convirtió en poco tiempo en una de las casas editoriales que publicaba los libros de mayor calidad y a las plumas más renombradas. Al respecto, Neus Espresate reitera:

Todo empezó alrededor del suplemento de Fernando Benítez porque Vicente Rojo trabajaba allí, entonces, quien nos trajo a los Deutchers fue Benítez. Siempre recordaré que una tarde llegó con un libro rojo encuadernado, de una editorial francesa y era el Stalin de Issac Deutcher, publicado en francés, y dijo: “Este libro ustedes lo tienen que publicar”. Entonces lo leímos y nos encantó. Así tuvimos muchas propuestas de libros y luego nosotros empezábamos a trabajar para conseguir los derechos (Entrevista a Espresate, 2011).

Espresate también reconoce que otra figura clave en su formación como editores y para que ellos pudieran obtener los derechos de autor de varias obras fue Arnaldo

Orfila, a quien consideraban un generoso mentor. Por entonces, Orfila era director en el Fondo de Cultura Económica, que se ubicaba en Avenida Universidad y ERA estaba a una cuadra, en la calle de Aniceto Ortega.

En el FCE, Orfila dio órdenes de que cuando yo llegara todo el mundo abriera la puerta de la oficina a la que yo tocara y me diera la información que necesitara, la cual era mucha porque para entonces verdaderamente no sabíamos nada de nada, nos fuimos haciendo en el camino (Entrevista a Espresate, 2011).

Además la editora recuerda que se ayudaban a conseguir los libros para sus editoriales. Por ejemplo, relata que en 1961 Orfila publicó *Escucha yanqui*, del sociólogo Wright Mills, el cual hablaba sobre la Revolución Cubana. Ese libro, sumado a la edición de *Los hijos de Sánchez* de Oscar Lewis (1964) fueron dos de los pretextos que usaron sus detractores para que Díaz Ordaz lo sacara del Fondo de Cultura Económica en 1965. Debido a todos esos problemas, como ya no iba a poder publicar en el Fondo de Cultura Económica *La democracia en México* de Pablo González Casanova, “entonces nos lo pasó y lo publicamos nosotros en ERA, y al revés, ocurrió también que teníamos un libro importante y me dijo: ‘ese me toca a mí’, a él lo que quisiera, fue un verdadero guía en cuestión editorial”.

Entre los acuerdos que tomó el equipo que conformó ERA en sus inicios estaba el hecho de que ninguno de los integrantes debería de cobrar por su trabajo, al respecto comenta Neus Espresate: “por entonces éramos muy jóvenes y muy alegres y decidimos que nadie debía vivir de la editorial pues de otra manera corríamos el peligro de comercializarnos, en esa época pensábamos que todo había que hacerlo en función de la política y de la literatura. Así estuvimos trabajando todos diez años sin cobrar”. Otra de las decisiones consistió en no editar más de catorce o quince libros al año, pues no querían convertirse en una editorial grande que debía cumplir un programa de cien títulos al año y bajar la calidad (Entrevista a Espresate, 2011).

En ERA se tenía la idea de que toda la discusión de la izquierda que había en esos momentos en México y el mundo debía reflejarla la editorial. Resulta interesante observar los primeros títulos que se editaron: hay un libro para cada acontecimiento relevante que se presentaba en el mundo. “Está *La batalla de Cuba*, después hay un libro sobre Lumumba, un líder africano asesinado; sobre el apartheid en Sudáfrica tenemos también publicado un libro, sobre el movimiento negro en Estados Unidos. Todas las cosas que iban sucediendo, por ejemplo, acerca de la Guerra de Vietnam, tenemos

cuatro libros” (Entrevista a Espresate, 2011). Se imprimían uno o dos libros para cada acontecimiento histórico destacado o representativo, era como si editorial ERA hubiera querido contar la historia mundial a través de sus libros.

ERA tenía varias colecciones, entre ellas, Problemas de México, en la que publicaron, entre otros, Arnaldo Córdova, Enrique Semo, Basurto, libros como por ejemplo, *La causa de las mujeres*, en 1973; además de libros sobre marxismo, los 5 tomos de *Los cuadernos de la cárcel* de Gramsci, los *Deustchers*, materiales sobre la Revolución China, eso solo en la parte política, pues además ERA tenían una gran producción en la parte literaria. Sobre el surgimiento de Ediciones ERA, Carlos Monsiváis menciona que se trató de un proyecto que “es y parece distinto porque, además de todo, el momento de América Latina es eléctrico, y ERA surge como proyecto latinoamericano. Se cree en el cambio (que la mayoría adjetiva: cambio revolucionario), se observa con detalle lo que pasa en Cuba (...), se viven con pasión las teorías de la dependencia y, por vez primera desde los treinta, la izquierda cultural está a la vanguardia, una izquierda desestalinizada, crítica” (Monsiváis, 1995:19).

Las ediciones de Los días y los años

Solo entre la primera edición de *Los días y los años* que fue a finales de enero de 1971 y abril del mismo año se tiraron 20 mil ejemplares, y luego en septiembre también de 1971 se hizo otra edición de 4 mil ejemplares, lo cual para ese momento y para la editorial ERA, resultó un hecho sin precedentes. Comenta la editora Neus Espresate que la primera edición de *Los días y los años* fue de 4 mil ejemplares y en abril se hicieron 4 ediciones más de 4 mil ejemplares cada una; para septiembre también de 1971 aparece la sexta edición, la séptima en octubre, la octava en noviembre y la novena en diciembre, con un tiro de 4 mil ejemplares cada una. Cabe señalar que su éxito no se limitó a los meses inmediatos a su aparición sino que continuó sobre todo en las dos décadas posteriores. “En esa época (tres años después de los hechos de Tlatelolco) todavía había un dolor muy grande en esta ciudad por el 2 de octubre. Cuando editamos el libro de González de Alba y el de Elena Poniatowska (*La noche de Tlatelolco*) quienes trabajábamos en ERA sí pensamos que tendría muchos lectores, pero nunca imaginamos enfrentar un éxito editorial de ese tamaño”, comenta Neus Espresate (Entrevista a Espresate, 2011).

Llama la atención que a pesar de lo dicho en el párrafo anterior, a través de sus diferentes textos, González de Alba haya afirmado en repetidas ocasiones que su libro no fue bien recibido por el público. Quizá esta percepción responda a que el narrador siempre comparó el éxito de *Los días y los años* con el de *La noche de Tlatelolco*. Aquí sus propias palabras:

Por enero de 1971 apareció mi relato: *Los días y los años*. No tuvo un buen arranque en ventas. Quizá mi título era malo, poco vendedor, sin garra comercial. Además, la mezcla de relato intimista, días de extrovertida agitación callejera y años de conversaciones entre presos aburridos, no era lo que el lector deseaba. De un líder esperaba un relato heroico, el mío no lo era. Elena se dio prisa y, frente al árbol más bello de París, según definición de su tía, concluyó una obra espléndida, a muchas voces, así que muy poco tiempo después que mi relato salió el de Elena: *La noche de Tlatelolco*. Un acierto desde el llamativo título (González, 1997, *Nexos*).

El libro de Luis González de Alba junto con el de Elena Poniatowska, cuya publicación fue en febrero de 1971, reportaron a editorial ERA una ganancia económica sin precedentes. Tanto fue el impacto económico para la pequeña editorial que a partir de entonces los jóvenes trabajadores de esa empresa al fin empezaron a recibir un salario. De igual forma, cuando González de Alba salió de la cárcel (abril de 1971) pudo vivir prácticamente de las regalías que ERA le enviaba en dólares, “y que se convertían en una pequeña fortuna” (Entrevista a González, 2013).

Para la portada de *Los días y los años* se empleó una foto de Pedro Meyer que Elena Poniatowska seleccionó *ex profeso*, su elección respondió, según la autora “al gran parecido físico del joven que aparece sobre un autobús dirigiendo un mitin con el escritor González de Alba” (Entrevista a Poniatowska, 2011). Tanto *La noche de Tlatelolco* como *Los días y los años*, funcionó, desde su creación, como un testimonio para las generaciones subsecuentes. De entre la literatura sobre el movimiento estudiantil es uno de los que cuenta con mayor número de reediciones y ejemplares tirados, según datos de Gonzalo Martré en *El movimiento popular del 68 en la novela mexicana*, hasta 1985, entre *La noche de Tlatelolco*, *Los días y los años* y *Tlatelolco 68* de Juan Miguel de Mora, sumaban casi 240 mil ejemplares publicados (1998: 142).

Los días y los años no se tradujo nunca a otros idiomas como fue el caso de *La noche de Tlatelolco*. Aunque su autor supuso que también en otras latitudes sería muy importante conocer la opinión de quien lo había vivido, el libro no tuvo traducción. “No

hace mucho, lo leyó un ex corresponsal del *New York Times* y me comentó que le resultaba increíble que ese material no se hubiera traducido, en aquel momento, al inglés”, comenta González de Alba (Entrevista a González, 2013). En este asunto es importante ubicar que más allá de la calidad del libro, para 1971 Luis González de Alba era un joven militante prácticamente desconocido en el ámbito literario y periodístico, y no tenía ni remotamente el alcance y reconocimiento que, por ejemplo, Elena Poniatowska ya había alcanzado.

Neus Espresate, recuerda que Carlos Fernández del Real (refugiado de la guerra civil española) quien era abogado de algunos de los estudiantes presos, “sabía que uno de los muchachos estaba escribiendo un texto acerca del movimiento” (Entrevista a Espresate, 2011). Espresate agrega que para que el libro saliera de Lecumberri, sin que fuera revisado por ninguna autoridad, “los muchachos armaron un arreglo para que se sacara, ellos eran unas balas, tan jóvenes tan atrevidos”.

Para 1986 la Secretaría de Educación Pública incluyó, *Los días y los años* en la Segunda Serie de Lecturas Mexicanas que salió con un tiro de 30 mil ejemplares. Neus Espresate subraya que cada vez que alguna situación política o social recordaba el 2 de octubre se registraban más ventas de estos libros, “por ejemplo cuando salió en 1989 la película *Rojo amanecer* dirigida por Jorge Fons, la demanda de estos libros se incrementó”. Lo mismo sucedió en 1997 tras la polémica que González de Alba entabló con Elena Poniatowska y contra la editorial ERA.

Para 2005, en editorial ERA, el libro de González de Alba tenía ya 21 reimpressiones. Y para 2008, en el marco de la conmemoración del cuarenta aniversario del movimiento estudiantil, editorial Planeta realizó una reedición de *Los días y los años*. Más recientemente, en 2012, el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes y el Gobierno Federal, dentro del programa *México lee*, de selección, adquisición y distribución de acervos para bibliotecas públicas del país, reeditaron la obra de González con un tiraje de tres mil 500 ejemplares. *Los días y los años* también se encuentra en editorial Booket (que pertenece a editorial Planeta) a partir de febrero de 2013, con una portada en la que aparece una fotografía de González de Alba a la edad en la que participó en el movimiento estudiantil.

Más importante aún que las ganancias económicas y el reconocimiento que *Los días y los años* ha reportado a las editoriales y a su autor a través de todas sus ediciones,

se encuentra el hecho de que quizás a través de su enorme circulación, en un primer momento, muchos jóvenes se sintieron resarcidos porque además de la versión oficial (que distorsionaba gran parte de los acontecimientos del 68) pudo darse a conocer la historia del movimiento desde quienes lo experimentaron e incluso sufrieron las consecuencias de oponerse al régimen. De igual forma, esa constante reproducción del libro a través de las décadas, ha logrado que no solo esa generación, sino las posteriores, conocieran y se identificaran con el movimiento estudiantil e hicieran real la sentencia de: “2 de octubre no se olvida”.

Además (aunque quizá no en la medida de *La noche de Tlatelolco*), *Los días y los años* ha sido una herramienta para compensar que a pesar del paso del tiempo, el gobierno no ha incluido con claridad y hondura en los libros de texto gratuito, ese capítulo de la historia del siglo XX mexicano. De tal manera que ha quedado en las manos de maestros de secundaria y preparatoria, padres de familia, hermanos mayores, amigos... el haber dado a conocer el movimiento estudiantil de 1968, a través de distintos medios, entre ellos, vía libros como *Los días y los años*. El uso en las aulas de este texto, las prácticas lectoras que ha generado y el impacto causado en diferentes grupos de jóvenes es una posible línea de investigación cuyo abordaje está todavía pendiente.

En otro orden de ideas, el libro de González de Alba (como algunos otros de la época) dejó abierto el mercado editorial a la temática política, antes no tan visitada, y al dúctil género testimonial, con lo que según Christopher Domínguez y José Luis Martínez “nació una nueva crónica, ágil y saludablemente agresiva, solemne por respetuosa de sus temas e irreverente por libertaria” (1995: 223) (...) “una crónica civil impetuosa, a todas luces narrativa, que mostró una abierta disposición democrática para dar voz a una sociedad civil que nacía con ella” (1995: 225).

La crítica de Los días y los años

“El espíritu crítico es la gran conquista de la edad moderna. Nuestra civilización se ha fundado precisamente sobre la noción de crítica: nada hay sagrado o intocable para el pensamiento excepto la libertad de pensar (...) Sin crítica, es decir, sin rigor y sin experimentación, no hay ciencia: sin ella tampoco hay arte ni literatura. En nuestro tiempo, creación y crítica son una y la misma cosa”, señala Octavio Paz (Poniatowska, 1998: 202). Por su parte, el escritor chileno Roberto Bolaño va más allá al prever el papel y la trayectoria de la crítica y sus repercusiones en la obra y los lectores:

Durante un tiempo la Crítica acompaña a la Obra, luego la Crítica se desvanece y son los Lectores quienes la acompañan. El viaje puede ser largo o corto. Luego los Lectores mueren uno por uno y la Obra sigue sola, aunque otra Crítica y otros Lectores poco a poco vayan acompasándose a su singladura. Luego la Crítica muere otra vez y los Lectores mueren otra vez y sobre esa huella de huesos sigue la Obra su viaje hacia la soledad. Acercarse a ella, navegar a su estela es señal inequívoca de muerte segura, pero otra Crítica y otros Lectores se le acercan incansables e implacables y el tiempo y la velocidad los devoran. Finalmente la Obra viaja irremediamente sola en la Inmensidad. Y un día la Obra muere, como mueren todas las cosas, como se extinguirá el Sol y la Tierra” (Bolaño, 1998: 484).

A pesar del paso del tiempo, y no obstante su falta de reflexión más profunda, *Los días y los años* ha conservado su vigencia. Por ello resulta interesante recuperar lo que se ha escrito del libro a través del tiempo. Retomaré el texto completo o algunos fragmentos de tres reseñas críticas que se ubican temporalmente, entre 1978 y 2011. La primera se escribió en 1978, a una década del movimiento estudiantil y a siete años de publicado este, donde el autor, Antonio Deltoro comentó:

En el libro de González de Alba la cárcel no es sino la caricatura del aislamiento de la realidad global de México que entonces padecieron los estudiantes. Sin las energías que les proporcionaba el auge del movimiento, aislados de las bases, los dirigentes se "apandaron" en un microcosmos dentro de otro microcosmos; se pelearon, sustituyeron el análisis político con la dialéctica primitiva de la fidelidad y de la traición, de la cobardía y de la valentía, de las pequeñas historias. No se plantearon seriamente, no pudieron hacerlo, desde esa universidad que se dice es la cárcel, la autocrítica del movimiento; no, por lo menos, en el libro de González de Alba (...)

Nada de esto, sin embargo, es una crítica de *Los años y los días* (*sic*). Haría falta espacio para enumerar sus virtudes. La principal de ellas es que aunque se trata de un libro escrito por un dirigente, logra transmitir lo que fue el movimiento para miles: un lugar donde todos se hundieron completos, donde se comprometieron sin muchos análisis políticos, con pocos recovecos en la cabeza y en el corazón, con mucha espontaneidad y alegría.

Lo que mejor define al movimiento es justamente su movimiento; su esencia no está en las demandas que se propuso, en sus visiones y análisis, sino en que puso en marcha, a toda voz, lo que antes estaba latente, silencioso. Cientos de miles gritaron lo que opinaban de "su" gobierno y de su manera de hacer política, cientos de miles dijeron:

el silencio aquí no es esencia, es rabia contenida, es represión, es impotencia, pero es también la antesala de las explosiones. 68 fue una de ellas.

Si no me he alejado lo suficiente de 68, si 68 me tiene aún congelado, es por la eficacia del libro, gracias a él me retumba todavía la manifestación del silencio (septiembre de 1978).

En su reflexión, Deltoro señala claramente dos puntos centrales: El primero se refiere a que el libro de González de Alba no plantea una autocrítica del movimiento estudiantil –aunque valdría la pena cuestionarse si a menos de tres años de distancia de los acontecimientos y, en una situación de cárcel, sería posible hacerla–. Al respecto, Christopher Domínguez y José Luis Martínez opinan que era casi imposible que los escritores “estuvieran a la altura de una tragedia histórica en el instante en que ocurrió” (1995: 223). El otro punto al que se refiere Deltoro es que a pesar de que *Los días y los años* es un libro escrito desde una visión militante, González de Alba sí logró transmitir lo que significó el 68 mexicano no solo para su dirigencia sino para todos los que participaron en él “sin muchos análisis políticos, con pocos recovecos en la cabeza y en el corazón, con mucha espontaneidad y alegría”.

Otra crítica fue la que en 1995 publicaron José Luis Martínez y Christopher Domínguez en *La literatura mexicana del siglo XX*, en la cual señalaron que después de décadas de juicios contra los mitos del Estado en torno a la revolución mexicana surgió “la necesidad de recuperar la dignidad civil, la de hacer de la escritura una herramienta de transformación revolucionaria (...)” (p.222). Ellos mismos agregaron que era inevitable que proliferara “la folletería del panfleto declamatorio, cuyo radicalismo dejó textos escasamente memorables (...) siendo así, el testimonio vino a ser el recurso obligatorio.

Sin ninguna otra pretensión que la de ser una bitácora carcelaria, ese diario olvida aquel romanticismo de la prisión como <escuela de revolucionarios> y registra la pureza de un cuerpo en medio del dolor y la soledad. Rodeado de la vejación física y moral, sin proponérselo, ese diario o cuaderno resultó ser la primera novela del 68, donde brillan por su ausencia los heroísmos milenaristas y el martirologio militante, sencilla y veraz, *Los días y los años* demostró que la cadencia de un medio tono narrativo podía estremecer sin recurrir al coro trágico (Domínguez y Martínez, 1995: 223).

En este ejercicio de apreciación los autores hacen señalamientos precisos sobre el libro de González. En primera instancia lo ubican como bitácora carcelaria sin romanticismos donde “brillan por su ausencia los heroísmos y el martirologio”, elementos

muy explotados por algunos dirigentes estudiantiles que despertaron críticas por quienes también participaron en el movimiento, pero que no obtuvieron todas las prerrogativas y ganancias de los primeros, debido a que al no haber caído presos, no pudieron construirse una imagen de mártires. Por otra parte, los autores celebran el tono narrativo de la obra, al cual describen como “un medio tono narrativo” que emociona sin necesidad de rayar en la tragedia (hacen referencia al “coro trágico”). Quizá con lo anterior pretendieran comparar el libro de González con el de otros autores de textos del 68, cuyo tono, en ocasiones, resultaba muy edulcorado y apelaba en exceso a la sensibilidad. Algunas de estas puntualizaciones sobre el tono directo y la ausencia de heroísmo y martirologio, será, entre otras situaciones, la postura que con el tiempo acentuará las diferencias entre González de Alba y el grupo de representantes del CNH, básicamente con los que compartió encierro en Lecumberri, así como con uno de los grupos de intelectuales más destacados del país del cual formaban parte, Elena Poniatowska y Carlos Monsiváis, como se verá más adelante.

Una crítica más, aunque muy posterior a la anterior, realizada para conmemorar los 40 años de publicación de *Los días y los años* en 2011 fue “González de Alba: el otro 68”, donde su autor, Julio Patán destaca el carácter profundamente crítico del autor, sin importar si de izquierdas o de derechas se trata.

¿Buenos comentaristas políticos, de esos que no atienden a militancias o ideologías y tiran el dardo ahí donde es necesario tirarlo? No faltan alternativas, pero si hay que elegir a uno, busquen a Luis González de Alba (Guadalajara, 1944). Fundador de *La Jornada* y de varios partidos políticos, entre ellos el PRD, columnista del diario *Milenio*, divulgador de la ciencia conocido sobre todo por la famosa columna *La ciencia en la calle*, narrador y poeta, es un acidísimo crítico de nuestras izquierdas que sin dejar de serlo no vacila en tirarse al cuello del priismo o de las posturas antiabortistas (suya es la idea envidiablemente irónica de que los bebés no deseados sean abandonados, a la antigua, en la puerta de una iglesia).

A él debemos el mejor de los retratos del movimiento del 68 no sólo en sus días de protesta y militancia, sino también en los posteriores, los de la prisión de Lecumberri, donde el autor purgó condena como líder estudiantil tras ser detenido el 2 de octubre en la Plaza de las Tres Culturas.

El retrato en cuestión es una novela testimonial o autobiográfica, *Los días y los años*, que ha sido reeditada una y otra vez desde que apareció en 1971, convertida en un pequeño *long-seller* que anuncia ya la postura digamos a contracorriente de González de Alba, expresada en varios contextos desde aquellas fechas. Y es que en estos temas, igual que al hablar de López Obrador, de Carlos Monsiváis –al que dedicó una diatriba feroz en la revista *Letras Libres*–, del aborto o los movimientos estudiantiles posteriores, el autor es, por decir lo menos, desconcertante, en el entendido de que esa expresión envuelve un elogio.

¿Fue el ejército responsable de la represión de los estudiantes? Sí, por razones obvias, y no: muchos soldados, de hecho, intentaron proteger a los manifestantes incluso a riesgo de perder la vida. ¿Fue el del 68 un movimiento de izquierda? En parte sí, como es asimismo obvio, y en gran parte no. Fue, más bien, un movimiento de ciudadanos generalmente jóvenes que estaban hartos de la pazguatería conservadora y mandona de un México que no admitía el sexo antes del matrimonio, los hombres con pelo largo o que se le hablara de tú a los padres. Un movimiento, pues, apolíticamente libertario, si tal cosa es posible.

Irónica y sobre todo de una ironía autoinfligida, eficaz en su ensamblaje narrativo, terriblemente lúcida, esta novela memorialística debería figurar, si no lo hace ya, en cualquier plan de estudios. Años después, en 2008, publicó una secuela, *Otros días, otros años*.

A través de estas líneas, que más que crítica parecieran un homenaje, Julio Patán destaca en primer lugar el valor de González de Alba como un crítico, en ocasiones “desconcertante” (advirtiendo que emplea esta palabra como elogio), que no atiende ni a militancias ni a ideologías. Ya para ese momento, a diferencia de cuando publica su libro, es un feroz crítico de la izquierda con la que empezó su ruptura desde la década de los noventa.

Patán cataloga a *Los días y los años* como “el mejor retrato del 68”, que (a diferencia de otros libros) no aborda solamente el tiempo de la revuelta sino también aquel del encierro en la cárcel de Lecumberri. En su análisis Patán prepondera la importancia de que la obra ha sido reeditada una y otra vez, desde su aparición en 1971, además de retomar una de las tesis de González que disgustó a varios de sus compañeros del grupo del CNH y lo separó casi en definitiva de ellos, en la cual menciona que en cierta medida el movimiento de 68 más que haber sido un movimiento

social de izquierda, de individuos politizados plenamente conscientes de las causas por las que luchaban respondió a la necesidad de jóvenes que, en palabras del crítico, “hartos de la pazguatería conservadora y mandona de un México que no admitía el sexo antes del matrimonio, los hombres con pelo largo o que se le hablara de tú a los padres” pugnaban por un cambio en lo social y en particular. Además, Patán destaca la lucidez de la obra y señala que en definitiva debería figurar en cualquier plan de estudios.

En suma, la elección de estas críticas respondió, entre otras situaciones, a que tocan aspectos nodales que se relacionan con esta investigación, puntos que en su mayoría comparto, y que lo hacen a lo largo de casi cuarenta años (de 1978 a 2011), lo cual favorece el análisis en perspectiva. La primera, escrita por Antonio Deltoro en 1978, me resultó de interés por el énfasis que pone en la capacidad del libro para contactar con los lectores y hacer que estos se sientan reflejados a través de sus páginas. Además porque el texto referido surgió en el décimo aniversario del movimiento estudiantil y da cuenta del impacto que aún tenía el libro en sus primeros lectores.

En la segunda, escrita casi dos décadas después (1995), recupero la referencia que hacen sus autores (Martínez y Domínguez) acerca del tono parco y directo, no edulcorado ni heroico de *Los días y los años*, lo cual refleja la postura que González de Alba adoptó desde entonces dentro del CNH, un punto de vista que a pesar de ser militante no dejaba de ser crítico. Este posicionamiento anticipaba ya una diferencia esencial entre la manera de vivir la militancia y la cárcel de González de Alba con respecto a algunos de sus compañeros de lucha, quienes transitaban constantemente de la victimización al heroísmo con el fin de obtener ciertas canonjías.

Por lo que respecta a la última, se eligió por su fecha reciente, 2011; porque a la distancia, su autor, Julio Patán considera a *Los días...* “el mejor retrato de 68” y rescata la cualidad de González de Alba de ejercer una implacable crítica sin importar ideologías. El texto se seleccionó además porque Patán otorga a *Los días y los años* la calidad de fuente, a tal grado confiable, que debería emplearse como herramienta en las escuelas.

Algunos lectores de Los días y los años

Los lectores de cada generación, de los distintos grupos sociales, según sus propias características culturales, sean estos críticos expertos o gente común, historiadores de la literatura o no, y según sea su aproximación teórica metodológica, cada uno de ellos

hace su propia lectura de una obra determinada y “el sedimento que han dejado todas esas lecturas ha enriquecido a la obra misma a lo largo de los siglos, forma parte de su patrimonio. Es la subjetividad del lector –su sensibilidad, intuición, cultura, inteligencia... – la que durante la lectura solitaria y en silencio, o bien, en diálogo con otros lectores, se conmueve con la propuesta poética del texto literario” (Stoopen, 2002: 25).

La lectura entonces, como cualquier proceso de adquisición de conocimiento, supone respuestas, resistencias y negociaciones por medio de las cuales el lector acomoda nuevas ideas dentro de marcos existentes formados y re-formados por experiencias anteriores. Algunas de estas respuestas, resistencias y negociaciones involucran procesos de identificación y de diferenciación: identificación con y diferenciación frente al autor, los personajes, los lugares o los conceptos que presenta un libro y a través de los cuales el lector se comprende a sí mismo y comprende su entorno (Roldán, 2003: 142).

Para este apartado, si bien es cierto que seleccioné solo a un pequeño grupo de lectores, más que el número, me interesaba que fueran lectores que respondieran a necesidades específicas de la presente investigación, que a continuación señalo. La idea era que no se tratara de lectores comunes, me interesaba que los elegidos tuvieran cercanía y conocimiento pleno de lo que sucedió al interior del movimiento estudiantil de 1968. Asimismo era relevante conocer si estos se habían sentido identificados con el tono narrativo que González de Alba empleó para retratarlos (por ello elegí a Raúl Álvarez, Carlos Sevilla y Roberto Escudero); además de lo anterior me interesaba saber qué fue lo que opinó la alta cultura sobre el libro, pensé en lectores con competencias literarias y políticas (por eso recuperé las palabras de Carlos Fuentes); otro aspecto relevante en la elección de los lectores fue que además de ser lectores experimentados, conocieran el mercado editorial, de tal manera que además de dar su opinión sobre la obra, pudieran brindarme orientación sobre quiénes habían leído *Los días...*

Neus Espresate (1934-)⁴¹

Espresate menciona que no obstante que en aquel momento la escritura de González de Alba era la de un autor principiante, inexperto, sin tablas en el medio editorial, “lo hizo estupendamente, en realidad la editorial no tuvo que hacer correcciones mayores. Luis

⁴¹ Editora de *Los días y los años*, hija de republicanos españoles, proveniente de Barcelona llegó a México en 1946 (a los 12 años). Al lado de Vicente Rojo encabezó la editorial ERA desde sus inicios, en 1960. Sacó a la luz libros que, por entonces, nadie quería publicar dando un enorme apoyo a la difusión del pensamiento de izquierda y a los acontecimientos sociales que marcaron el rumbo de nuestro país.

escribió con corazón, con pureza” (Entrevista a Espresate, 2011). Y agrega que se sintió muy orgullosa de haber editado un libro como *Los días y los años*.

En cuanto a las personas que, en ese entonces, fueron los lectores del libro, ella misma indica que “básicamente fueron jóvenes estudiantes por lo general de clase media y adultos con cierto grado de educación, que estaban interesados en los problemas del país, entre ellos había también profesores” (Entrevista a Espresate, 2011). Menciona además que aunque los libros publicados por ERA no eran libros de texto, “muchos de nuestros libros funcionaban como si lo fueran, eran para los universitarios, los usaban en sus clases” (Entrevista a Espresate, 2011). Comenta también que le gustaba asistir a las ferias editoriales y trabajar en el *stand* para hacerse una idea sobre quién compraba los libros de ERA y saber qué libros eran los que más se vendían.

Nos íbamos Nuri Galipienzo y yo para ver a los lectores, para hablar con ellos de por qué esos libros. Desde luego había muchísima gente joven, con los centavos contados, a quienes les dábamos más descuentos, ya después nadie de mis compañeros quería que yo fuera a las ferias (Entrevista a Espresate, 2011).

Recuerda que en el caso de *Los días y los años* y *La noche de Tlatelolco*, ellos como editorial lo que hacían era tratar de ajustar el precio, lo más que fuera posible, para que estas obras llegaran “a tantos muchachos ansiosos de leer su historia, su propia historia en esos libros” (Entrevista a Espresate, 2011). Cabe destacar que una característica importante en el éxito de ventas del libro de González de Alba pudo haber sido esa identificación a la que Espresate hace referencia, el hecho de que los jóvenes pudieran encontrarse en las páginas del texto.

Raúl Álvarez Garín (1941-2014) ⁴²

Raúl Álvarez confiesa que aunque apoyó en su investigación, él nunca leyó *La noche de Tlatelolco* de Elena Poniatowska, en primera porque, para entonces, el tema le resultaba “difícil de manejar, era un recuerdo muy angustioso” (Entrevista Álvarez, 2010) y porque como se trataba de un texto más emocional, allí no iba a encontrar lo que él quería, que

⁴² Representante de la Escuela Superior de Física y Matemáticas del Instituto Politécnico Nacional ante el CNH; en 1968 estaba casado con Fernanda “La Chata” Campa, hija del líder ferrocarrilero Valentín Campa; militó desde los 16 años en el Partido Comunista; fue preso político en Lecumberri; autor del libro *Los procesos de México’68. Tiempo de hablar, alegatos de defensa*, que escribió con Eduardo Valle “El Búho” y José Revueltas (1970) y de *La estela de Tlatelolco* (1998). Fue fundador de la revista Punto Crítico y del PRD.

era un análisis más profundo. Señala que cuando el libro de González de Alba llegó a Lecumberri lo leyeron en voz alta varios presos porque nada más tenían un ejemplar.

En una de las celdas lo leímos un grupo de interesados, o mejor dicho lo escuchamos y las reacciones de algunos cuates fueron en relación a cuestiones personales, que si Luis había dicho tal cosa de perengano, que si retrató bien a mengano. La mayoría se sintió contento de encontrarse allí, aunque también hubo reacciones contrarias, pues a algunos no les gustó como los reflejó, pero para mí esas fueron situaciones más en el sentido de protagonismo que del contenido del libro (Entrevista a Álvarez, 2010).

Álvarez Garín dice que si bien él sí se sintió reflejado en el libro, quizá le hubiera gustado que González de Alba hubiera sido un poco más preciso en cuanto a “algunas estimaciones del número de personas que hubo en las marchas y en ciertas apreciaciones políticas sobre el movimiento estudiantil” (Entrevista a Álvarez, 2010).

*Roberto Escudero (1941-)*⁴³

Escudero señala que ante la pregunta sobre qué libro del 68 prefiere (entre *La noche de Tlatelolco*, *Días de guardar* y *Los días y los años*) indudablemente se quedaría con el de Luis porque “expresa muy bien el ambiente en que vivíamos” (Entrevista a Escudero, 2011). Y agrega que él se reconoce en ese libro “viviendo como pez en el agua y me dio mucho gusto leerlo”.

Afirma que cuando los compañeros del CNH que no estuvieron presos en Lecumberri, se enteraron de que Luis estaba escribiendo un libro en la cárcel, todos esperaban ansiosos su publicación. “Para quienes integramos el movimiento resultaba muy importante que saliera a la luz la visión de un militante, por lo tanto fue bien recibido” (Entrevista a Escudero, 2011). Escudero señala que la buena respuesta de los lectores pudo deberse también a que la manera de narrar de González de Alba, resultaba sencilla y clara, accesible para todo tipo de público y no solo para intelectuales o universitarios. Y añade:

⁴³ Representante ante el CNH de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, tuvo una militancia espartaquista (Asociación Revolucionaria Espartaco) que lo acercó mucho a José Revueltas; fue ayudante del filósofo Adolfo Sánchez Vázquez con quien aprendió a fondo la teoría marxista y trabajó en la revista *Política* con Marcué Pardiñas. No haber estado en Tlatelolco el 2 de octubre lo salvó de la cárcel, así que debió enfrentar el derrumbe del CNH y el levantamiento de la huelga. Poco después de estos sucesos se exilió en Chile y regresó a México a mediados de 1971.

El título es precioso y preciso (*Los días del movimiento y los años de prisión*), la narración va fluyendo en todo momento y no deja un solo hueco informativo, allí está la esencia del movimiento por la parte estudiantil y todo es cierto. Hay mucha veracidad (Entrevista a Escudero, 2011).

El representante ante el CNH de la Facultad de Filosofía y autor del libro *Un año en la vida de José Revueltas* (2009, UAM) señala además que aunque él nunca estuvo de acuerdo con la demoledora crítica que le hizo Revueltas (a quien él admiraba de manera especial), considera que Luis fue poco generoso porque desde entonces “la agarró contra Revueltas hasta el día de su muerte, nunca le perdonó esa crítica” (Entrevista a Escudero, 2011).

De igual forma, Escudero señala “Luis era más chico que yo, él tenía 23 o 24 años cuando estuvo en la cárcel. Era de los que se portaban bien en prisión” y agrega que en algunas actitudes González le parecía un tanto inmaduro y, además, comparado con casi todos los demás dirigentes del CNH, había tenido una muy breve militancia política previa al 68. En contraparte reconoce que era “culto y muy carismático. Luis leía a los griegos, lo recuerdo leyendo a Kavafis. Hablaba y escribía francés y además tocaba el piano” (Entrevista a Escudero, 2011).

*Carlos Sevilla (1940- 2011)*⁴⁴

Para Carlos Sevilla *Los días y los años* fue un libro que describió a los estudiantes no solo en las marchas y las guardias durante el movimiento, sino también durante su encarcelamiento en Lecumberri, “aunque me hubiera gustado que su análisis hubiera sido más amplio y crítico, también creo que salió en el momento justo” (Entrevista a Sevilla, 2009). Debido a que durante años los hechos de 1968 han sido borrados de la historia oficial del país, “yo creo que lo importante de estos libros, particularmente el de Poniatowska y el de Luis, es que han suplido la carencia de información sistematizada sobre los eventos del 68 que existe hasta hoy en escuelas primarias y secundarias”. Julio Patán refuerza lo mencionado por Sevilla en la crítica al libro de González de Alba incluida en páginas anteriores y Carlos Monsiváis menciona que una de las deudas del

⁴⁴ Estudió en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, representante del CNH; fue preso político en Lecumberri y autor de los textos “1968: Reflexiones y reminiscencias”, en 19, cuarta época, sep.-dic., 1998, y de “1968 Cuarenta años después” publicado en *Estudios Políticos* núm.17, novena época, mayo-ago, 2009, pp.129-137.

gobierno con el 68 mexicano es su incorporación a los libros de texto, pues indica que si bien “continúan pendientes algunos resultados primordiales de la indagación judicial, lo ocurrido en unas cuantas semanas, está tan registrado en la conciencia pública, en la vida política, en los análisis históricos, que ya lo indispensable es incorporarlo a los programas de la educación primaria y secundaria” (2005: s/p).

Carlos Fuentes (1928-2012)⁴⁵

En su novela *Diana, o la cazadora solitaria* publicada en 1994 el escritor mexicano, a través de la yuxtaposición de la biografía compendiada de la actriz Diana Soren, de una síntesis autobiográfica y del recuento de una relación amorosa caracterizada por la imposibilidad, expone las conexiones entre política, cine, amor y literatura. Gracias al análisis de la historia reciente sumado al contexto personal, social, histórico y político, la novela se convierte en denuncia y reflexión sobre toda una época. En 1968, Carlos Fuentes cumplió cuarenta años. En ese mismo 1968 de crisis personal hubo una matanza de estudiantes en la Plaza de las Tres Culturas en México. En su novela Fuentes relata estos hechos así:

El asesinato impune de centenares de jóvenes estudiantes por las fuerzas armadas y los agentes gubernamentales, nos hermanó a todos los mexicanos, más allá de nuestras diferencias biológicas o generacionales. Nos hermanó, quiero decir, no sólo en partidos sino en dolor; pero también nos dividió en posiciones en contra o a favor del comportamiento oficial. José Revueltas fue a la cárcel por su participación en el movimiento renovador; Martín Luis Guzmán alabó en una comida del Día de la Libertad de Prensa al Presidente Gustavo Díaz Ordaz, responsable de la matanza. Octavio Paz renunció a la embajada en la India; Salvador Novo entonó un aria de agradecimiento a Díaz Ordaz y las instituciones. Yo, desde París, organicé solicitudes de libertad para Revueltas y condenas a la violencia con que el gobierno, a falta de respuestas políticas, daba contestación sangrienta al desafío de los estudiantes (...). Eran los jóvenes educados por la revolución que les enseñó a creer en democracia, justicia y libertad. Ahora ellos pedían sólo eso y el gobierno que se decía emanado de la revolución les contestaba con la muerte. Los muchachos del 68 pidieron democracia hoy y esa exigencia les costó la vida a ellos pero se la devolvió a México.

⁴⁵ Representante del *boom* latinoamericano y autor de las novelas *La región más transparente*, *La muerte de Artemio Cruz*, *Aura* y de ensayos como *Geografía de la novela* y *La gran novela latinoamericana*, entre otros. Recibió el Premio Rómulo Gallegos en 1977, el Cervantes en 1987 y el Príncipe de Asturias de las Letras en 1994. Hasta el día de su fallecimiento, fue considerado candidato principal para obtener el Premio Nobel de Literatura.

El autor de *Cambio de piel* señala en las páginas de su obra que él esperaba que los nuevos escritores tradujeran toda esa impunidad y el estado de ánimo que se experimentaba en México a literatura, y se acusaba a sí mismo “de complicidades y cegueras” (Fuentes, 1994: 34) que no le dejaron participar más directamente en ese episodio decisivo de la vida nacional.

Y agrega un reconocimiento a los autores que, según su punto de vista, sí pudieron reflejar lo sucedido en este país a finales de la década de los sesenta y a quienes tuvo que contentarse con aplaudir, “Elena Poniatowska y Luis González de Alba escribieron los grandes libros sobre la tragedia de Tlatelolco, y yo debí contentarme con admirarlos y sentir que hablaban, también, en mi nombre” (Fuentes, 1994: 34).

Los lectores que se vieron reflejados

Resulta importante recordar que la aparición de *Los días y los años* y, poco después, de *La noche de Tlatelolco* resultó un golpe editorial (el primero de esa dimensión para la editorial ERA), así que cuando el abogado Carlos Fernández del Real, le entregó en la cárcel el ejemplar de su obra a González de Alba y otros presos también empezaron a recibirlo a través de familiares y amigos, la lectura del libro desató diferentes reacciones, al respecto dice González de Alba: “Recuerdo los gritos (...) del *Búho* que salía de su celda al patio a soltar carcajadas cuando se encontraba, en su ejemplar, algo gracioso. Lo mismo pasaba con otros compañeros que se veían reflejados en el libro” (Entrevista a González de Alba, 2013). Numerosos fueron los volúmenes que circularon en Lecumberri con el consecuente júbilo tanto del autor como de los compañeros que descubrían sus ideas, historias y testimonios al interior de sus páginas. Es posible que el éxito de esta obra radique en que manifiesta un compromiso con la denuncia, con la Historia y con los lectores.

Con el propósito de ahondar en el aspecto de si los lectores pudieron verse plasmados en el libro, o si se “encontraron” en él, retomaré la crítica de 1978 a la cual hice alusión en la páginas anteriores, donde su autor, Antonio Deltoro, pone énfasis sobre el hecho de que González de Alba “logra transmitir lo que fue el movimiento para miles” y enfatiza, “si no me he alejado lo suficiente de 68, si 68 me tiene aún congelado, es por la eficacia del libro”. Es importante apuntar que a lo largo de su obra, González se refiere a los jóvenes anónimos que participaron en el movimiento, que llenaron el Zócalo,

los que volanteaban, boteaban, formaban las brigadas, votaban en las asambleas, llevaban comida a los presos, etc.

En este sentido, *Los días y los años* contiene en sus páginas numerosos personajes que no son principales, y ni siquiera poseen una identidad específica, esto es que no tienen nombre y apellido (los que llenaron el Zócalo, los que volanteaban, boteaban, formaban las brigadas, votaban en las asambleas, llevaban comida a los presos, entre otras acciones), personajes entre los que pueden incluirse madres de familia, burócratas, obreros que se encuentran presentes a lo largo de toda la obra pues a través de su participación dieron vida al movimiento, personajes de cuya identidad puede posesionarse cualquier lector. El autor habla de ellos en diferentes partes del texto como “la gente” (p. 28), “los vecinos”, “miles de gargantas”, “algunos burócratas” (p.106), los contingentes, “mares de cabezas” y “manos que aplaudían” (p. 97 y 98).

...**la gente** circulaba a media calle como si hubiera fiesta. En el mismo Zócalo ya había **gente** esperando, y eso que aún tardaría horas en llegar la manifestación (...) En cuanto iniciamos la marcha toda **la gente** que esperaba nuestro paso empezó a sumarse a la columna (...) El Paseo de la Reforma estaba cubierto a todo lo ancho por autos y camiones, encima de los cuales **la gente** gritaba y aplaudía. El paso junto a la columna de la Independencia era impresionante porque se veía **gente** encimada desde la orilla del prado hasta las partes más altas de la base de la columna. A donde volteara uno veía un **mar de cabezas, manos que aplaudían** y **gente** que se apresuraba a integrarse a los contingentes (González, 1986: 98).

También se refiere a estos actores anónimos, cuya participación fue vital en la consolidación y crecimiento de la revuelta, como a “las señoras” (p. 28) o a los vecinos (p. 29):

Ya el 26 mucha **gente** intervino a favor de los estudiantes. Desde los balcones de sus casas, **las señoras** arrojaban objetos pesados contra los granaderos que avanzaban en filas cerradas; uno de ellos fue herido con un macetazo que le hundió el casco protector” (González 1986: 28).

Posiblemente algo que favoreció que este libro siga siendo uno de los más reeditados dentro de la literatura del 68 es que tanto los dirigentes como la gente común que participó en el movimiento estudiantil pudo verse reflejada. Las personas que normalmente no son personajes en los libros, en la obra de González de Alba ocuparon un lugar vital.

Además de lo anterior, es posible que la empatía de los lectores con los protagonistas (conocidos o anónimos) tuviera un papel importante en la aceptación de *Los días y los años*, pues fechas como el “bazukazo” en San Ildefonso; la marcha del 1 de agosto encabezada por el rector Barros Sierra; la marcha del 13 de agosto, cuando los estudiantes entran por primera ocasión al Zócalo; la marcha del silencio; la toma de CU por el ejército; la renuncia de Barros Sierra; o el 2 de octubre, fueron relatadas desde la experiencia del autor (“yo lo vi”, “yo lo viví”) o de alguno de sus compañeros dirigentes (“nosotros lo experimentamos”), esto es, desde su calidad de testigos presenciales. Se trata de pequeños relatos o crónicas llenos de “color”, que apelan a la emoción del lector, provocando quizá en algunos cierta identificación al adherirse a la rabia e impotencia experimentadas por los protagonistas centrales de la obra, los dirigentes del CNH (quienes lo narran en primera persona, estableciendo cierta complicidad con el que lee).

El hecho de que *Los días y los años* no haya sido un texto básicamente expositivo en donde el análisis, los balances y los datos duros imperaran, más allá de perjudicarlo, quizá le favoreció. Emplear testimonios, anécdotas, vivencias personales, posiblemente, le hicieron ganar lectores, pues se estableció esta especie de identificación que se menciona en el párrafo anterior. Al ser *Los días y los años* una crónica testimonial autobiográfica introduce la memoria del testigo como un elemento vital (“yo estuve allí”, “a mí me consta”). De esta manera, los testigos directos dan fe al lector de lo sucedido, por lo que para este no hay duda de la veracidad del testimonio, debe ser real, ya que el emisor estuvo allí, más aún si sufrió por ello, como en el caso de González y sus compañeros de prisión.

La polémica de Luis González de Alba contra Elena Poniatowska

En 1997 Luis González de Alba entró en una polémica con la periodista y narradora Elena Poniatowska —quien para ese momento era ya una autora consagrada y una figura representativa de la izquierda mexicana— la cual concluyó en un juicio. Veintiséis años después de publicado el libro *La noche de Tlatelolco*, solicitó a la escritora corregir varias “inexactitudes” contenidas en la obra señalada, debido a que, en algunos casos, Poniatowska no había puesto en voz de quien correspondía las declaraciones allí citadas, lo cual causaba confusión y demeritaba tanto la credibilidad del libro como de quienes proporcionaron testimonios para este.

A través de las páginas de la revista *Nexos* de octubre de dicho año, publicó el texto titulado “Para limpiar la memoria” en el cual destacaba, de manera cáustica, algunas de las imprecisiones contenidas en la obra de Poniatowska:

En total 28 párrafos con más de 500 líneas, extraídos de *Los días y los años*, y entreverados en *La noche de Tlatelolco*, de los cuales ninguno, ni uno solo de esos 28, está correctamente atribuido a la persona que dijo en la realidad esas palabras, y, además, en casi todos está cambiado el lenguaje hacia un sentido más cercano al que Elena cree popular. Dos aspectos de una misma realidad virtual. Otros cuatro o cinco párrafos, citados también de *Los días y los años*, aparecen en *La noche...* sin cambios, por lo mismo no están enlistados arriba (González, 1997).

Para entender cabalmente lo sucedido es importante recordar cómo fue que Poniatowska obtuvo la información para realizar su obra. Hacia 1969, cuando los estudiantes todavía se encontraban presos la escritora llegó a Lecumberri con la intención de recabar datos para lo que posteriormente sería su libro sobre el movimiento estudiantil. Entrevistó a varios presos que tomaron parte en la revuelta, entre ellos, Álvarez Garín, Guevara Niebla, Martínez della Rocca, Cabeza de Vaca, Eduardo Valle, Pablo Gómez, González de Alba, Hernández Gamundi y varios más. Debido a la lentitud del procedimiento, Poniatowska les solicitó escribir sobre el movimiento, fue entonces cuando le mostraron los materiales que ya habían elaborado para el libro colectivo que nunca se concluyó, los cuales consistían en “reconstrucciones y relatos testimoniales acompañados de apreciaciones políticas del caso” (Álvarez y González, 1997: 73). Así, le entregaron los textos originales y una lista con los nombres de las personas que habiendo contribuido a su realización “podían aparecer como declarantes de los extractos que ella considerara pertinentes” (Álvarez y González, 1997: 73).

Las entrevistas mencionadas y dichos documentos serían el germen de lo que en 1971 sería su obra *La noche de Tlatelolco*. Dentro de los textos entregados a la escritora se encontraban también los redactados por González de Alba, quien poco después publicaría su propio libro *Los días y los años*, que apareció unas semanas antes que el de Poniatowska, a finales de enero de 1971.

Cuando yo tenía mi libro avanzado (...) comenzó a ir a Lecumberri los domingos Elena Poniatowska, que no había participado en la Coalición de Intelectuales y Artistas (o algo así) donde había estado hasta José Luis Cuevas (...). Tampoco había ido a una manifestación ni visto una desde la banqueta. Iba a la cárcel con embarazo avanzado. Dio

a luz en mayo de 1970 y dejó de ir a la cárcel porque tenía miles de cuartillas y bebé. Al terminar mi libro yo le había pedido que lo llevara a alguna editorial. Entregó *Los días y los años* a ERA. Eso debió ser, cuando más tarde, en abril de 1970. Mi libro apareció a fines de enero de 71. Un mes después vino el de Elena (Entrevista a González, 2012).

González de Alba justificaba las casi tres décadas que tardó en dar a conocer las imprecisiones de *La noche de Tlatelolco*, al comentar que ese “acto feroz de autocensura de izquierda” se debió a que cuando Poniatowska le solicitó el empleo de algunos extractos de *Los días y los años* para su propio libro del 68, González, quien sentía gran admiración por ella, se sintió muy halagado y aceptó sin condiciones. E insistía en que, si bien Poniatowska entrevistó a muchos presos, el problema consistió en que no tuvo la precaución de, al entrevistar a cada uno, pedirle que le dijeran “nada más lo que cada uno había visto y vivido” (Entrevista a González, 2012). Pues como para entonces los presos políticos ya llevaban un año de “obsesivo recuento” de cada momento importante del movimiento, durante las largas charlas (referidas ya en capítulos anteriores), aparentemente todos sabían lo ocurrido en el Politécnico, en Tlatelolco, en CU cuando entró el Ejército, aunque quien lo contara no necesariamente lo hubiera presenciado. “En fin, para entonces habíamos hecho un mazacote en términos de información que Poniatowska no tuvo precaución de desbrozar. Acabó atribuyendo a cada uno la parte que más le gustó” (Entrevista a González, 2012).

González de Alba alegaba que en aras del rigor histórico y la credibilidad, solicitaba a Poniatowska poner en voz de quien correspondiera cada párrafo, para que así no apareciera Álvarez el 2 de octubre como si hubiera sido testigo de lo ocurrido en el tercer piso del edificio Chihuahua, cuando en realidad él no había estado en ese lugar, o Guevara llamando a “impulsar la organización de los obreros en gremios independientes” (Álvarez y González, 1997: 74), pues esa era una línea política que Guevara combatía, o el mismo González hablando con Eduardo Valle, *el Búho* en un departamento del quinto piso del edificio Chihuahua y, a la vez, tendido en el suelo del tercer piso del edificio señalado, viendo disparar a los miembros del Batallón Olimpia (Álvarez y González, 1997: 74).

Otra de sus reclamaciones a Poniatowska fue que, incluso cuando daba el crédito correcto, se tomara la libertad de cambiar el lenguaje con el cual cada quien se expresaba “la ofendió mucho que yo dijera que ‘me traducía al poniatowsko’. Fue una de esas citas empalagosas, supuestamente escrita por mí, y citada por Krauze en *La*

presidencia imperial, lo que me hizo releer y pensar en pedirle que cambiara su texto”. González afirmaba que en aras de una composición coral estética, Poniatowska había sacrificado la exactitud histórica:

(...) no importa si A dijo las palabras citadas por Elena Poniatowska, importa que A acaba de tener ya una cita en la página anterior, por lo tanto suena mejor atribuir lo dicho a... (Elena baraja su memoria)... a M, que desde páginas atrás no aparece... Para los historiadores del futuro debe quedar claro que el dramatismo, la sonoridad, la música en *La noche de Tlatelolco*, tienen prioridad sobre la verdad escueta. ¿Alguien dijo en verdad ‘son cuerpos, señor’? Sí, al parecer. Pero el hecho es que no importa. Alguien lo pudo decir. Importa que es un gran final (González, 1997).

Como remate del texto el autor planteaba la solicitud de que para celebrar el 30 aniversario del movimiento estudiantil, Poniatowska realizara “una reedición, minuciosamente corregida e históricamente apegada a los hechos, de *La noche de Tlatelolco*.” Numerosas fueron las reacciones que suscitó el artículo mencionado, entre ellas, quizá la más grave, el despido de su autor del diario *La Jornada* (a pesar de su calidad de miembro fundador), donde el argumento fue la publicación del 13 de octubre de 1997 de González de Alba, "Las fuentes de la historia. Primera parte" (las partes subsecuentes de este artículo ya no pudieron ser publicadas en el diario señalado). Comentó González que como consecuencia de sus escritos:

Comenzaron por echarme de *La Jornada*. Ya Monsiváis lo había exigido desde “La fiesta y la tragedia”⁴⁶, pero el director era Payán, que me tenía afecto. Cuando vino el problema con Elena, ya era directora, Carmen Lira, con quien siempre había tenido muy buena relación. Monsiváis la llamó con un tajante: “¡O Luis o yo!” Carmen no se atrevió a

⁴⁶ González de Alba se refiere a su artículo publicado en *Nexos* de septiembre de 1993, donde desmitificaba lo que él y sus compañeros de encierro habían difundido sobre el movimiento, al afirmar: “Llevamos 25 años señalando que la causa esencial del movimiento estudiantil de 1968 fue el amplio descontento existente por entonces (...) Durante 25 años hemos venido dando una explicación casi religiosa: porque el Espíritu Santo de la conciencia social descendió súbitamente sobre los estudiantes en renovado Pentecostés y éstos hicieron suyas las demandas de la sociedad. Mentira. Los estudiantes entonces, como ahora, éramos una clase privilegiada (...) Falso que una voz nos dijera “abandona todo y sígueme”, para de esa manera convertirnos en los cauces del descontento social (...). En el texto González aseguraba que lo que sacó de su comodidad a jóvenes de lo más diverso no fue la indignación por una situación política de la que pocos (la izquierda básicamente) tenían conciencia, sino el desafío contra normas sociales que no estaban incluidas en sus seis demandas. Subrayaba que el motor de los participantes del 68 tampoco había sido “la caridad por el prójimo”, pues la mayoría ni conocían ni se interesaban por los problemas que aquejaban a los menos favorecidos. “Fue la fiesta, el carnaval contra la cuaresma obligada de México durante los últimos 50 años, contra el mural que nos pintaba una sociedad estática mientras el mundo se transformaba” (González, 1993: s/p).

llamarme ella ni a tomarme mis muchas llamadas: me mandó decir con el jefe de sección, Javier Flores, que "ya no estaba en el periódico". Y le contó a Javier la llamada de Monsiváis (o Luis o yo), que Javier me contó y yo difundí Urbi et Orbi... (Entrevista a González, 2012).

Para el 16 de octubre como respuesta a lo señalado por González de Alba, Raúl Álvarez Garín escribió en *La Jornada* "Aclaración necesaria". En su escrito, el ex dirigente del 68 destacaba, que la información que nutrió tanto a *Los días y los años* como a *La noche de Tlatelolco* procedió de los escritos que en conjunto redactaron los representantes del CNH presos en Lecumberri para el libro colectivo que pensaban publicar, pero que se quedó en el camino. Escritos que derivaron de las charlas y reflexiones que realizaron durante su encierro, como lo mencioné en el capítulo tres. Al respecto Álvarez señala: "para nosotros era más importante la verdad que la autoría individual; por la misma lógica y con todo derecho los textos a los que me he venido refiriendo también fueron utilizados por Luis González de Alba" (Álvarez y González, 1997: 74).

Por su parte la revista *Nexos* de noviembre de 1997 dio a conocer un comunicado del 9 de octubre donde Elena Poniatowska hacía pública su renuncia al Consejo editorial de dicho medio. En ese mismo número de *Nexos*, González de Alba respondió el texto de Álvarez por medio de su artículo "A cada narrador sus palabras" donde subrayaba que, en ningún momento, estaba acusando a Poniatowska de plagio y que el móvil de su polémica era la exigencia a la narradora de hacer correcciones de *La noche de Tlatelolco* para atribuir correctamente los testimonios que ella había tomado, previa autorización, de *Los días y los años*, pues, entre otras cosas, lo que allí se asentaba sobre el 2 de octubre podía tener fuertes repercusiones políticas, por lo que era vital actuar con rigor al describir dichos acontecimientos⁴⁷.

Siete meses después, para mayo de 1998 en el número 245 de *Nexos*, González de Alba publicó un texto en el que daba cuenta de cómo había concluido esta polémica,

⁴⁷ *La noche de Tlatelolco* señalaba que González de Alba estaba en un departamento del quinto piso del edificio Chihuahua, mientras comenzaron los disparos en la Plaza de las Tres Culturas. Lo cual González calificaba como una falsedad haciendo hincapié en el hecho de que en ese momento estaba tirado en el tercer piso del edificio Chihuahua, situación que le permitió presenciar cuando el Batallón Olimpia abrió fuego en contra de los manifestantes y arrestó a los dirigentes del CNH.

al relatar que a causa de que Poniatowska nunca respondió su petición, decidió presentar una demanda ante el Instituto Nacional del Derecho de Autor para que la narradora hiciera las precisiones que le solicitó en su escrito de octubre de 1997. González de Alba indicó que el 3 de abril los involucrados firmaron un acuerdo, ante la Junta de Avenencia del Instituto Nacional de Derechos de Autor por el que quedó concluido el asunto “de forma muy satisfactoria y civilizada, lo cual honra a Elena Poniatowska y a Ediciones Era” (1998:103). En el documento, la editorial se comprometía a incorporar las correcciones señaladas por González de Alba en todas las reimpresiones que se realizaran de la obra a partir de esa fecha.

Llama la atención que muchos años después, y tras esta favorable culminación a la controversia, González de Alba insistiera en el tema, pues para septiembre de 2008, a causa de un video que circulaba en *YouTube*, donde tras una conferencia en Estocolmo, Suecia, un hombre acusó a la escritora de plagio, González publicó, “No, no acusé a [Elena Poniatowska] de plagio” en su columna ‘La calle’ de *Milenio* diario, donde además de exonerar a la escritora de robo intelectual alguno, comentó cómo inició su alejamiento de ella. Señaló que la imagen de Poniatowska empezó a derrumbarse a raíz de que Carlos Monsiváis le contó que la dedicatoria de *La noche de Tlatelolco*: “A Jan. 1947-1968”, que muchos, incluido él, creían que significaba que su hermano Jan había muerto a causa del movimiento estudiantil, no era tal, pues si bien la muerte de Jan había acaecido en 1968, su deceso se debió a un accidente de carretera, situación que no tenía relación alguna con Tlatelolco. Y agrega:

No me gustó porque vi que Elena, sin mentir, se acercaba peligrosamente a la delgada línea roja de la deshonestidad intelectual. Luego comencé a leerla con un “Ay, Elena”, que se fue transformando en un “¡Aaay Eleeeenaal!” al verla hacer cabriolas para quedar bien con la gayola que la aplaude a rabiar. Mi ruptura definitiva vino cuando atacó injustamente a un entonces desconocido José Woldenberg sin haber siquiera leído lo que citaba (como reconoció ella) y sin disculparse con él cuando la convencí de su error garrafal (González, 2008)⁴⁸.

Todavía para marzo de 2011, González de Alba publicó un artículo más en el núm. 298 de *Milenio*, “En descargo de Elena,” donde lanza algunas explicaciones sobre las posibles razones por las cuales Poniatowska cometió inexactitudes al atribuir algunos testimonios que empleó en *La noche de Tlatelolco*, así lo explica el autor:

⁴⁸ Véase González de Alba (2006), “Erotismo, sexualidad e intelectuales: El *affaire* Poniatowska–Woldenberg”, en *Letras Libres*, septiembre.

Este lunes 21 de marzo de 2011, entendí lo que le pasó a Elena. (...) Raúl Álvarez es el último comunista sobre la Tierra y piensa, como Castro, que no existen los derechos de autor, o que todo escrito es Patrimonio Cultural de la Humanidad, así que, ojo: fue mi relato, sin firma, lo que dio a Elena y sobre el que ella se sintió autorizada para hacer cambios, no de mi manuscrito firmado que ella sacó en abril. También Valle pudo tomar de allí los hechos que no pudo ver ni oír. El desmadre lo hizo Raúl. El Búho lo empeoró porque relata como testigo presencial, y no lo fue. No es asunto de créditos, sino de solvencia y credibilidad (*Milenio*, 298, marzo de 2011).

Algunas causas y consecuencias de la polémica

Qué sucedió entre 1971 y 1997 que llevó a González de Alba a entablar un proceso legal contra la escritora y periodista con quien llegó a tener una relación de amistad en su juventud y a quien leía desde la adolescencia; cuáles fueron las causas para que González decidiera enfrentar una ruptura con el grupo de intelectuales con los que había convivido y a quienes leía desde las páginas de *Siempre!*

La editora Neus Expresate recuerda que hubo una época de mucha cercanía —a principios de los setenta— en la que Poniatowska, González de Alba y ella comían juntos al menos una vez cada quince días (Entrevista a Expresate, 2011). Acerca de su relación con Poniatowska comenta González:

De Elena fui muy amigo desde mi regreso de Chile, en 1972. Con los años me le fui alejando —ya sin el mecanismo de defensa freudiano de mi adoración por la frágil, delicada y afable Elena—, quien siempre había tenido un novio gay y un marido lesbiana. Yo sucedí a José Joaquín Blanco y luego me siguió Toño Lazcano. Margarita García Flores (...), hizo de papá en los viajes de Elena con sus dos hijos menores a Acapulco (Entrevista a González, 2012).

La convivencia se hacía extensiva a otros intelectuales, entre ellos, Carlos Monsiváis. El mismo González recuerda que a Monsiváis lo trató más cercanamente a su regreso de Chile porque en esa época editorial ERA había demandado a Luis Spota por su libro *La Plaza* (que salió a la luz bajo el sello de Joaquín Mortiz), Spota había construido su obra prácticamente cortando y pegando fragmentos de diversos libros (sin otorgar los créditos correspondientes), entre otros los tres publicados por ERA: *La noche de Tlatelolco*, *Los días y los años* y *Días de Guardar*. “Dimos juntas varias entrevistas al respecto, hasta que Elena se negó a seguir. El pleito lo ganó ERA y Joaquín Mortiz debió

retirar el libro de Spota. Luego este lo reescribió haciendo paráfrasis fiel de nuestras partes y lo volvió a publicar” (Entrevista a González, 2012).

A pesar de este primer contacto, González afirma nunca haber tenido buena relación con Monsiváis pues, según sus parámetros, hizo dos cosas imperdonables para el autor de *Días de guardar*:

Nunca le pregunté qué le había parecido un artículo mío, ni menos le pregunté por anticipado cómo debería escribirlo, según hacen sus *fans*. Y nunca hubo ni asomo de sexo por mi parte. Como director me gustaba. Como escritor no le entendía y eso es lo que más puede desesperarme. Me parecía farragoso (Entrevista a González, 2012).

Los desencuentros con la mayoría de sus ex compañeros de encierro y con el grupo de intelectuales de izquierda, donde Monsiváis y Poniatowska figuraban de manera especial, se fueron haciendo mayores con el tiempo, pero quizá una de las acciones que determinó la separación total fue, como lo señalé párrafos atrás, el texto que publicó en 1993, en *Nexos*, “68 La fiesta y la tragedia”, donde expone la hipótesis de que el motor del movimiento estudiantil del 68 no había sido una repentina conciencia política sino la búsqueda del placer (según el autor, temido y combatido entre los militantes del CNH). El propio González de Alba lo expresa así:

Y un día mandamos todo al carajo. No por Marx, sino por Reich. Fue una fiesta, una explosión luego de 50 años de buen comportamiento. De Vallejo y Campa apenas ayer habíamos oído hablar, pero qué divertida era la fiesta, las calles hechas nuestras, el carnaval, la pereza, el tráfico detenido, el desmadre, la súbita hermandad entre desconocidos, la siempre ajena ciudad ahora apropiada, la seguridad y la protección cálida proporcionada por la solidaridad que nos envolvía (...) todos éramos uno, que es el sentimiento oceánico y orgiástico de la fiesta en su sentido religioso, del carnaval y de la unión sin límite entre el yo y el mundo exterior (...) Fue un retorno al placer, a “la bola” (...) Ese sentimiento que jamás habían probado, unió a estudiantes de izquierda y católicos, de universidades pobres y del tecnológico de Monterrey, priístas inconformes y castristas, técnicos de ingeniería y marxistas de economía. Los unió el placer (González, 1993).

Sumado a lo anterior, en diferentes párrafos del escrito González arremete contra varios de sus compañeros del CNH, al señalar, por ejemplo, que durante su breve exilio en Chile, varios de ellos (Martínez della Rocca, Eduardo Valle y Emery Ulloa),

abandonaron la exhibición de la cinta *Teorema* de Pasolini, entre gritos y burlas dirigidos al personaje homosexual que aparecía en la pantalla (González, 1993).

En el mismo texto se refería también a José Revueltas como “el alma entequilada”, que hacía propuestas confusas y poco prácticas durante el movimiento estudiantil. Además, planteaba dos puntos que echaban por tierra las explicaciones hasta antes manejadas por la dirigencia del CNH al señalar que los hechos del 2 de octubre en Tlatelolco no habían sido un acto calculado fríamente por el gobierno, sino una torpeza criminal, al aducir que había habido “desorganización y falta de comunicación entre mandos militares y policiacos, pánico entre los asistentes al mitin y entre los soldados, sorpresa en los cuerpos de élite, desesperación en la multitud. El resultado fue un incierto número de muertos y heridos...” Para coronar el texto, lanzaba una acusación a la dirigencia del CNH, donde mencionaba que quizá las decisiones tomadas con base en la tentación del martirio los había conducido al trágico fin del movimiento:

si pudiéramos elegir entre la tragedia plena de gloria y la solución mediocre que fue posible en agosto, la única respuesta moral habría sido la vida: salvar las vidas perdidas en esos meses, en esa tarde. Se dirá que el sólo planteamiento es absurdo, retórico, pues no hay máquinas del tiempo. Es verdad con respecto al pasado que conocemos, pero no sobra recordarlo cuando seguimos mostrando inclinación por la rendición absoluta del adversario y por el atractivo histórico de la tragedia.

Aunque resulta sorprendente, González se queja de que “La fiesta y la tragedia” haya sido muy mal recibido por los distintos grupos tanto intelectuales como políticos, entre otras situaciones comenta que indignó a Monsiváis, quien la emprendió contra el ensayo sin dar nombres y haciendo caricatura de lo expresado: “Hay quien anda diciendo que el 68 no fue sino un desmadre...”. Y agrega que Octavio Paz lo “paró en seco” a través de una nota sobre el 68 publicada en *Proceso* donde el poeta destacaba que la única pluma que había destacado el ambiente festivo del movimiento había sido la de González de Alba (Entrevista a González, 2012).

No resulta casual que Octavio Paz haya hecho pública su opinión dadas las circunstancias pues, al igual que González de Alba era un disidente de la izquierda⁴⁹, quien ya para esos días, entre otras aspectos, señalaba sin ambages: “La izquierda mexicana no ha recuperado su vocación democrática ni ha podido movilizar a sus contingentes, incapaz de elaborar reformas viables se debate entre el nihilismo y el ilegalismo, entre el activismo y el utopismo, de modo espasmódico” (Krauze, 2014: 190).

A raíz del mencionado escrito González de Alba quedó desterrado de ciertos círculos de la élite intelectual. Monsiváis, Poniatowska, Sergio Pitol, José Joaquín Blanco, Luis Prieto, así como otras personalidades que integraba dicho grupo (y antes habían sido sus amigos), en sus críticas y reseñas literarias, en sus comentarios y entrevistas lo anulaban, no lo mencionaron más. Al respecto González comenta:

Pitol es venerador de Monsiváis y más que mi conflicto con Elena fue el que primero tuve con Monsiváis lo que menos me perdona, creo. Tanto Pitol como Monsiváis consideraron imperdonable que yo haya sido tan absolutamente inmune a sus atractivos (...) Los méritos intelectuales no me atraen sino para lectura. En particular Monsiváis estaba acostumbrado a tener una colmena zumbadora a su alrededor (Entrevista a González 2012).

Aunque no cree que hayan impedido, por ejemplo, la difusión de *Los días y los años*, piensa que sí le hicieron el vacío en todos sus siguientes libros, “lo cual no ha impedido que algún otro se venda bien, como por ejemplo, *Las mentiras de mis maestros*”. Para él el método empleado por este grupo fue el descrito por Octavio Paz como “ninguneo”. Desafortunadamente para González, no fueron solamente los intelectuales los que denostaron ese artículo, sino también varios de sus compañeros de encierro en Lecumberri, quienes pudieron haber tomado el artículo como una actitud desleal pues varios de ellos coincidían en plantear una versión del 68 tendiente a lo heroico.

⁴⁹ Enrique Krauze menciona que a Octavio Paz los de la izquierda “no le respondieron, lo negaron, lo calumniaron, lo lincharon (...) quemaron su efígie en Paseo de la Reforma” (...). Al final, Carlos Monsiváis reconoció este error y en abril de 1999, al cumplirse un año de la muerte de Octavio Paz, escribió un ensayo en *Letras Libres* donde acepta “que se equivocó, que se equivocó la izquierda y aún él, en no saber entender lo que quería decirles Octavio Paz. “Octavio Paz, dice textualmente Monsiváis, tenía razón en la putrefacción del régimen soviético y tenía razón en sus críticas a Cuba” (Krauze, 2014).

Pero, volviendo a su crítica de *La noche de Tlatelolco*, Luis González de Alba argumentaba que detrás de su polémica con Poniatowska se encontraba una preocupación de índole jurídica. Desde su punto de vista, los datos imprecisos contenidos en el libro de la escritora y periodista representaban un peligro pues estimulaban la confusión sobre la presencia del Batallón Olimpia durante el 2 de octubre de 1968, lo que, podía ocasionar que

si el gobierno desea negar mi testimonio le bastaría con realizar una 'reconstrucción de hechos' y así probar que "desde el quinto piso nadie pudo ver hacia el tercero, por lo tanto González de Alba miente al decir que vio al Batallón Olimpia y sigue mintiendo al decir que lo vio disparar, dado que Poniatowska afirma, en un libro reconocido por todos, que él y el Búho hablaban en ese momento donde no podía ver lo que dice que vio (González, 1997).

Según Jiménez, a pesar de que el autor de *Los días y los años* trató de justificar su polémica con una preocupación legal, no hay que perder de vista que su controversia con Poniatowska, así como la ruptura con los demás dirigentes del 68 a causa de la publicación de "La fiesta y la tragedia", están enmarcadas por "sus desencuentros personales e ideológicos con lo que él reconoce como la izquierda mexicana. En este sentido, pareciera que lo que a González de Alba le preocupó no sólo fue la falta de rigor histórico de *La noche de Tlatelolco* sino también el reconocimiento cosechado por su autora como protagonista del 68 y, más aún, como personaje medular de la intelectualidad de la izquierda mexicana".

Por otra parte, la pugna de Luis González de Alba contra Elena Poniatowska además de dejar claras las inexactitudes, mitificaciones, mediaciones para retratar un hecho histórico, pone al descubierto el mundo privado de los intelectuales con su grandeza y miseria, con toda la corrupción que puede existir en este ámbito y la subjetividad a la hora de aceptar un producto cultural, en ocasiones, no tanto por su calidad, sino por la amistad o lealtad de los autores con el grupo intelectual en el poder. Esta controversia señala también el control de dichos grupos de intelectuales en cuanto a que pueden determinar la difusión de un producto cultural, su marginación o incluso su desaparición no solo del mercado editorial, sino de la memoria o del acervo de una nación.

Otra consecuencia fue que, paradójicamente, a pesar de que *La noche de Tlatelolco* ganó en exactitud a raíz de las precisiones de González de Alba, diversos investigadores empezaron a dudar sobre el libro que había sido una de las fuentes más

consultada respecto al 68, por ejemplo, en 2008 Gilberto Guevara Niebla mencionó que si bien el mérito de Poniatowska había sido denunciar la masacre de Tlatelolco, “su debilidad es incurrir con frecuencia en imprecisiones, superficialidad, amarillismo e incluso falsedades” (2008: 42).

A pesar de que la separación de González de Alba de este grupo hegemónico trajo varias consecuencias para el autor según se señaló, tal como afirma Patán, sin estar condicionado a grupo alguno, González de Alba es libre para criticar a intelectuales de cualquier ideología y no está sujeto a condicionamientos.

CAPÍTULO CINCO: Y DESPUÉS DE LA CÁRCEL... LA OTRA CAUTIVIDAD

A través de este apartado describiré someramente el libro *Otros días, otros años*, cómo fue que surgió, qué cambios o ajustes hace a *Los días y los años* y en qué sentido lo complementa.

De igual manera proporcionaré algunos datos biográficos de Luis González de Alba al dejar la cárcel, en este caso me detendré básicamente en los eventos que marcaron alguna ruptura con el grupo de dirigentes del CNH con quienes estuvo en Lecumberri, con el grupo de intelectuales de izquierda encabezados por Carlos Monsiváis y Elena Poniatowska o con la izquierda en general y revisaré algunas situaciones que lo ayudaron a afianzar su actividad como luchador por los derechos de grupos homosexuales. Al final dedicaré algunos párrafos a su obra más reciente, *No hubo barco para mí* con la que el autor contraviene la intención de cerrar el capítulo de sus publicaciones sobre temas relacionados con el movimiento estudiantil y “no volver a hablar de él”, como señaló en 2008 cuando publicó *Otros días, otros años*.

Breve descripción de Otros días, otros años

La historia de *Los días y los años* solo puede estar completa con el señalamiento de que para 2008, es decir, a cuatro décadas del movimiento estudiantil de 1968, Luis González de Alba decidió publicar *Otros días, otros años*, que sin afán de convertirse en una segunda parte de la crónica escrita en 1971 (durante su estancia en el Palacio Negro) revisa los sucesos del 68 mexicano bajo otra luz, al otorgar un lugar preponderante a algunos aspectos íntimos de la vida del autor que no se trataron en la obra anterior.

Bajo el sello de la editorial Planeta, *Otros días, otros años*, nació con la intención “no de ofrecer una continuación, sino un complemento” (González, 2008: septiembre, Arte y cultura) del texto que González de Alba escribiera a los 25 años. Complemento que descorre el velo tras el cual se ocultan los aspectos íntimos de la vida del narrador: sus amores, sus deseos, lo personal, que en *Los días y los años* resultó lo más velado y a lo que el autor concedió el menor espacio.

Otros días... es un raro espécimen en el mundo de los libros pues si bien no reescribe *Los días y los años*, un texto que se convirtió en clásico, o según Harris (2008), en una de las visiones fundacionales del movimiento estudiantil del 68, sí presenta algunos cambios desde el punto de vista político (que seguramente se fincan en una

visión *a posteriori*, una visión de un intelectual maduro, de un autor con oficio). Además *Otros días...* muestra que ninguna verdad es definitiva ni ninguna visión completa pues si en *Los días y los años* González narra los hechos del movimiento de 1968 y de su estancia en Lecumberri, básicamente desde las vivencias experimentadas por él y los jóvenes del Consejo Nacional de Huelga, en esta segunda oportunidad los eventos políticos pasan a segundo plano dando principal relevancia al ámbito personal, donde se descubre no solo la intimidad del narrador sino la lucha paralela que vivía a la militancia política, la de asumir su homosexualidad.

En dicha novela autobiográfica, González de Alba revela la historia del narrador, un joven preso político, homosexual y la relación que sostuvo con un preso común (Pepe Mijares) durante su estancia en la Penitenciaría de la ciudad de México, así como su exilio en Chile y los años posteriores en Francia cuando asumió abiertamente su preferencia sexual.

La amistad y el amor en el contexto de una prisión construida de muros pero también de prejuicios, las relaciones de pareja y los encuentros en Europa amenazados por el fantasma del Virus de Inmunodeficiencia Humana (VIH) son el complemento de este desmitificador testimonio sobre los días de juventud y de construcción de libertad fuera, pero también al interior de la cárcel.

La idea de escribir *Otros días, otros años* surgió, entre otras situaciones, a raíz de que con motivo del cuarenta aniversario de los sucesos del 68, tanto la prensa como algunos estudiosos del tema empezaron a buscar al autor para pedirle testimonios de su participación en el movimiento estudiantil, es entonces cuando decidió que tenía una historia que no contó en la primera ocasión al escribir *Los días y los años* y que le podía servir para dar una visión más completa y externar las dudas que tuvo con respecto a los hechos políticos que vivió.

No pensé en modificar la primera crónica, sino en escribir una paralela (...), la cual ocurre simultáneamente a cuando estoy escribiendo *Los días y los años*, y de nuevo comienza en la cárcel de Lecumberri (González, 2008: septiembre, arte y cultura).

Esta novela autobiográfica, la cual fue escrita, según su autor, en solo algunos días, está dividida en siete apartados principales y dos complementarios: “Cárcel para dos”, “Una psicóloga”, “Myrurgia”, “El árabe”, “Libertad”, “La mala suerte de Neftalí”, y “Frente a París-Londres”, además de una breve cronología del movimiento y la

transcripción de la canción *Those were the days*. González agrega que “lo más valioso para mí de este libro es cerrar un ciclo, ya que no pienso volver a escribir un trabajo sobre el tema” (González, 2008: septiembre, arte y cultura)⁵⁰.

Los relatos principales que se entretajan en *Otros días, otros años* son el de la cotidianidad en el Palacio Negro (dejando de lado casi por completo su convivencia con los presos políticos del CNH) para dar espacio a sus experiencias personales, fundamentalmente las que tienen lugar en compañía de Pepe Mijares, pero también con otros presos comunes; además de algunos recuerdos del movimiento, básicamente del 2 de octubre y del interrogatorio en el Campo Militar no. 1; y los años de libertad posteriores al encierro cuando asume plenamente su homosexualidad. En este texto, el narrador deja atisbar al lector en algunos aspectos de su mundo erótico, no solo cuando está en la cárcel, sino también durante sus años en Francia.

Es muy posible que durante su cautiverio varios aspectos íntimos sostuvieran a González de Alba quien relata un encuentro sexual con Ramiro, un reo común; sus sueños eróticos (con Gabriel, el árabe), y por supuesto su relación con Pepe, entre otras. Al respecto, dice Marquet (junio, 2009), que el hecho de que González estuviera entre varones resultó tanto un modo de “<<pervertir>> el perverso universo del Estado represor como una forma de construir, afianzar y reivindicar una homoerótica”. Quizá por ello, de alguna manera (y visto a la distancia por el propio autor) un espacio que contribuyó a ampliar su libertad fue paradójicamente la cárcel.

Según Marquet, *Otros días...* confirma que “la opresión política y moral” con González de Alba no tuvieron éxito, pues a pesar de cómo fue sofocada la revuelta de 68, a pesar de los presos políticos, de la impunidad de los realmente culpables de la fuerza desatada en Tlatelolco y de los muertos, el protagonista “reconfirma con la libertad de su escritura (...) que la libertad no se pide, se toma” (2009).

Pepe Mijares

⁵⁰ Cabe mencionar que el autor no cumple con este propósito de no volver a escribir un trabajo sobre el tema, pues en 2013 publica el libro *No hubo barco para mí*.

Además de la historia del narrador, en esta obra González de Alba relata la vida de Pepe Mijares, preso común acusado de homicidio, oriundo de Tepatitlán (Jalisco) quien es reclutado por las redes del narcotráfico:

Pepe Mijares atendió hasta los dieciséis años la tintorería de sus tíos en Tepatitlán, Tepa, como le decimos todos. Entonces conoció a Neftalí Narváez y se encontró en la trifurcación de caminos que lo perdió (González, 2008: 137) (...) Por entregar un paquete, un liviano paquete atado con cordel rojo, recibiría 50 pesos: la cantidad que su tío le ofrecía a la quincena por su trabajo repartiendo y recogiendo ropa en bicicleta por todo Tepa (González, 2008: 139).

Narra también cómo Neftalí, diez años mayor que Pepe, lo invita a instalarse con él en la ciudad de México y a través de engaños lo convierte en su principal repartidor de droga y en su amante. Las promesas no cumplidas, el abuso, el alcoholismo y la violencia en aumento de Neftalí, que culminan noche a noche en tremendas golpizas entre ambos, provocan que la ira de Pepe se desborde hasta culminar en la muerte de Neftalí, situación que lleva al joven a Lecumberri. Él mismo le cuenta al narrador:

—Al cabrón sólo le puse un golpe, uno solo, de veras, te lo juro. Pero tuvo la de malas de caer de espalda y dar con la nuca en la esquina de un arcón con remaches de cobre (González, 2008: 143).

En *Otros días, otros años*, el narrador muestra al lector cómo su trato frecuente con Mijares forma un intenso lazo con matices que van desde lo meramente amistoso, hasta el deseo francamente erótico, el cual, por cierto, nunca llega a concretarse dentro de la prisión (cabe decir que durante su internamiento Pepe tenía una novia, Claudia Lorena, a la que González de Alba se refería con desdeñosa ironía como “Myrurgia”). Es posible que dicho lazo le resultara a González un importante apoyo en términos emocionales para soportar el cautiverio.

Otra característica de la relación con Pepe Mijares es que el narrador aparece todo el tiempo en una lucha entre confesarle o no sus sentimientos a quien “llenaba mis noches y mis días” (González, 2008: 135). Como mencioné en el capítulo tres, opta por la reserva, incluso fomenta mantener una imagen heterosexual, posiblemente con el fin de evitar el rechazo de Mijares, salvaguardar su imagen, así como su propia integridad. Es importante recordar que la atmósfera carcelaria de finales de los sesenta y principios de

los setenta no resultaba el marco más propicio para iniciar una relación homosexual. En México a finales de la década de los sesenta se hablaba poco del tema en los medios de difusión y aún no existían publicaciones al respecto ni grupos LGBT⁵¹. Asimismo, los pocos medios que hacían alusión al tema lo trataban desde la ignorancia y el prejuicio.

Los sucesos del 68 a revisión

También en ese ambiente carcelario, los encuentros con Pepe le permiten realizar una reinterpretación acerca de algunos hechos del 68 (con respecto a lo escrito en *Los días y los años*). Es a través de Pepe Mijares que el narrador reestructura su experiencia del movimiento estudiantil, pasando por establecer los hechos de nueva cuenta hasta externar sus dudas (las que seguramente se formuló en los años posteriores a la cárcel) y tratar de desentrañar algunos de sus posibles significados. Mijares se erige en el escucha idóneo que le permite repasar los sucesos porque es ajeno al mundo de los presos políticos, al mundo militante y/o intelectual, y debido a que, según González, es ingenuo en términos políticos.

En esta autobiografía del movimiento, González de Alba sostiene la idea de que la intervención del ejército y el llamado Batallón Olimpia no fue una acción coordinada y que no llevaban como consigna la masacre en Tlatelolco. Esas y otras ideas son las que desde hace décadas ha analizado y expresado en algunos ensayos y artículos periodísticos posteriores al movimiento. Es en este trabajo, el cual mezcla el testimonio con la narración novelada, donde vuelve a revisar su detención e interrogatorio, porque, según él, ahora deja claro que “entre el Ejército y el Batallón Olimpia no hubo coordinación, el Ejército estuvo a punto de matarlos, sin saber que también eran soldados”(González, 2008: septiembre, arte y cultura).

⁵¹El movimiento LGBT pretende conseguir la equiparación de derechos de homosexuales (gays y lesbianas), bisexuales y transexuales, con los heterosexuales. Los primeros grupos LGBT se formaron a inicios de la década de los setenta en la ciudad de México y Guadalajara. Una de las primeras activistas fue Nancy Cárdenas, escritora, actriz y directora de teatro, quien inspirándose en los movimientos LGBT en Europa y Estados Unidos, comenzó a realizar reuniones de escritores e intelectuales, como se verá más adelante. En 1973 fue la primera mexicana en comentar abiertamente su homosexualidad en la televisión mexicana, la acompañaron en esa ocasión Carlos Monsiváis y Luis González de Alba.

Lo que realmente hubo, según menciona, fue una gran confusión, “se les salió de las manos y acabó en muchos muertos, pero tampoco los miles que se han dicho” (González, 2008: septiembre, arte y cultura), y agrega que eso es lo que ha reflexionado a lo largo de este tiempo, ideas que han quedado plasmadas en diversos artículos publicados en la prensa diaria. En *Otros días, otros años* reitera las ideas de lo que a cuatro décadas de los acontecimientos, cree que sucedió⁵².

... es más difícil derrumbar nuestras propias construcciones que las ajenas. Y tardaría unos veinte años, de los cuarenta hasta ahora transcurridos, en ver la evidencia: fueron dos operaciones planeadas por mandos distintos que no se avisaron (González, 2008: 68).

Así, el narrador no realiza únicamente una evocación del movimiento estudiantil, de lo que ocurrió la noche del 2 de octubre y posteriormente en el Campo Militar No. 1, sino que afina y corrige puntos de vista de la primera novela e incluso da nuevas lecturas de lo que pudo haber sucedido: “Entonces no sabía qué era lo que me inquietaba con respecto a mi interrogatorio. Lo platiqué muchas veces... sin sacar conclusiones” (González, 2008: 68).

En cuanto al punto de si hubo intención genocida por parte del gobierno en los sucesos del 2 de octubre afirma categóricamente que no la hubo, pues a pesar de que el Ejército pudo apresar a un buen número de líderes en la Plaza de las Tres Culturas y de que los tuvieron detenidos en el Campo Militar, finalmente los entregaron a todos con vida, “si hubieran tenido la intención de matarnos, nada lo habría impedido (...) Aquí devuelvo, pues, la palma del martirio. No es mía, y nunca lo fue”⁵³ (González, 2008: 107).

Los líderes cuidan su imagen

Mientras en la primera crónica hace múltiples referencias a las interminables pláticas que sostiene con los compañeros del CNH, en *Otros días, otros años*, en todo momento, el narrador guarda distancia con los presos políticos. A través de sus diálogos con Pepe Mijares pone al descubierto algunos rasgos del fuerte machismo que, según su punto de vista, imperaban entre los líderes (situación por demás común a principios de los setenta y en el contexto carcelario).

⁵² Resulta relevante señalar que esto mismo lo viene afirmando desde 1993, cuando publicó “La fiesta y la tragedia”, para disgusto de sus ex compañeros del CNH.

⁵³ Nuevamente, el ex dirigente estudiantil se separa de la postura de víctima y de la versión heroica del 68, postura que ha criticado durante décadas.

Por ejemplo, le cuenta a Pepe una anécdota donde le explica la razón por la cual él y Raúl Álvarez (quien también sabía de música) dejaron de estudiar una obra para dos flautas: “Imagínate a mis amigos, digamos el Pino o el Búho, pero todos, cualquiera, preguntando dónde está Raúl... y les respondían que estamos tocando la flauta juntos...” (González, 2008: 95).

Como contraparte de lo anterior, llama la atención que si bien González de Alba se rebela todo el tiempo contra las actitudes homofóbicas y el machismo de sus compañeros tanto a través de sus libros como en su vida cotidiana, en *Otros días...* todo lo importante se realiza entre varones, las mujeres que se muestran en el libro no parecen estar a la altura. La novia de Pepe Mijares, por ejemplo, aparece todo el tiempo ridiculizada en diversos momentos y aspectos: al externar sus posturas políticas exageradas (según opinión de González); en cuanto a su profesionalismo como psicóloga (pues termina relacionándose íntimamente con Pepe Mijares quien era su paciente); en lo que toca a sus atributos corporales (que según el autor vale más ocultar).

El 68 y lo festivo, el VIH y el duelo

Otros días, otros años vuelve a revisar uno de los temas centrales de la generación del autor, el 68 mexicano, pero desde puntos de vista distintos a los abordados en su primera obra, el autor amplía la visión, ya no se circunscribe al terreno político sino que otorga también un lugar central a las cuestiones personales, bastante desdeñadas por considerarse frívolas a finales de los sesenta y principios de los setenta cuando la mística revolucionaria y el dogmatismo de algunas ideologías tanto de derecha como de izquierda reprimieron igual a contrarios que a seguidores.

En esta nueva oportunidad González de Alba pone énfasis en el aspecto festivo del movimiento (tal como lo vino haciendo en diferentes escritos desde décadas anteriores) para subrayar que si bien algunos jóvenes luchaban por cambios meramente políticos, otros tantos también lo hacían por generar transformaciones que repercutieran más en lo personal, en lo cotidiano. Estos jóvenes necesitaban ser escuchados, querían decidir, que nadie les dijera qué música escuchar, a qué obra de teatro podían ir, por quién tendrían que votar. Deseaban tener libertad sexual, libertad de credo y de pensamiento, porque la arbitrariedad experimentada en el México de entonces a todos los niveles asfixiaba por igual a unos y a otros.

... una revuelta a causa de que había presos políticos y golpeados en manifestaciones; pero también porque no nos dejaban oír rock, porque no nos dejaban traer el pelo largo, no había elecciones verdaderas, el PRI dominaba con el símil de la aplanadora que no por usado había perdido fuerza. No había partidos verdaderos ni se podía poner en escena *Hair*, ni siquiera cuando el productor fue el hijo del presidente. Fue todo, todo, lo serio y lo frívolo, según lo que a cada quien tocaba y, a la mayoría, como un simple estado de ánimo de “ya basta”; unos por los presos políticos, otros porque era imposible un concierto de los Rolling [...] Las fibras fueron tantas como son variados los jóvenes. Y cada quien fue a buscar lo suyo y a tomarlo (González, 2008: 134-135).

En suma, la mayoría de los aspectos políticos que integran *Otros días...* ya habían sido expuestos en artículos anteriores (palabras más, palabras menos), lo que sí resultó novedoso fue el hecho de que el autor descubriera su vida personal y erótica al interior de Lecumberri, con matices que incluso podrían calificarse como un tanto exhibicionistas.

Otros días, otros años permitió al narrador revisar las que quizá han sido las dos experiencias más significativas de su vida, la del 68, que como puede observarse hizo visibles a los numerosos jóvenes descontentos con el Estado y les regaló la esperanza de lograr un cambio; y la del Virus de Inmunodeficiencia Humana, cuya aparición en el escenario nacional cimbró de raíz el mundo construido por la comunidad gay, al causarle, en un primer momento, abatimiento, culpa y miedo, pero paradójicamente, dar después un fuerte impulso a sus integrantes para seguir en la conquista de sus derechos⁵⁴

En su experiencia del movimiento estudiantil, el narrador se ubica como el estudiante, líder y preso político en Lecumberri; en la segunda como sobreviviente del desastre del VIH, “dos experiencias límite (...) que dan al relato un tono de duelo y un sentido de rescate del derrumbe” (Marquet, 2009).

⁵⁴ Contrario a lo que pudiera pensarse, el movimiento LGBT se vio impulsado por la aparición del Virus de Inmunodeficiencia Humana, que se cree llegó a México en 1981. Los grupos LGBT se enfocaron a la realización de campañas preventivas y de sexo seguro, de información sobre la enfermedad, pero también dirigieron su lucha contra los prejuicios sociales de los sectores más conservadores, que consideraba que “lo que Dios no ha conseguido lo hará el Sida ya que esta enfermedad es un castigo divino” (González Pérez, 2004).

Basta revisar algunas de las frases del libro en las que expresa su dolor por la pérdida de Daniel, Philippe y Michel: “Así se fueron uno por uno (...) creo que solamente yo sobrevivo, no sé por qué (...) todos jóvenes, todos guapos, todos muertos. Creo que yo también” (González, 2008: 27). A pesar de lo anterior, a través de la lectura de *Otros días, otros años* da la impresión de que el protagonista nunca entabla relaciones con un compromiso emocional profundo, pues no obstante haber vivido, en diferentes momentos, con Daniel y con Philippe, el protagonista mantenía la relación con Ernesto Bañuelos y además una serie de encuentros sexuales anónimos.

La escritura: la lucha de la letra contra el olvido

Una de las cosas que más llaman la atención al leer tanto *Los días y los años* como *Otros días, otros años* es el papel clave que tiene la escritura en la historia del narrador, tanto dentro de la cárcel (*Los días y los años* y la redacción de su tesis de psicología, por ejemplo) como fuera de ella (la creación de otras novelas y una enorme labor ensayística). Es a través de la creación de su primera crónica que el joven líder estudiantil preso emplea el instrumento de la escritura para registrar los hechos, tratar de procesar lo experimentado y sobre todo sacar a la luz una verdad diferente, una versión desde el interior del movimiento en contradicción con la versión dada por el gobierno. Con el acto de escribir el narrador se convierte en autor, en persona autorizada para hablar, para hacer pública su palabra. El narrador toma el riesgo de expresarse, asume la lucha de la letra contra el olvido antes que optar por el silencio porque comprende que vivir silenciado es esa cárcel dentro de la cárcel a la que se refería José Revueltas en *El apando*, y que a través de la palabra es posible reconquistar de algún modo la libertad.

Curiosamente, en *Otros días, otros años*, ya desde la postura de autor experimentado, González de Alba vuelve a emprender la tarea de desmentir una versión (ahora la de sus propios compañeros) y sacar a la luz otra verdad, en este caso, asume la tarea de desmitificar tanto los hechos del 68, como de alejarse del martirologio que caracterizaba a la dirigencia del CNH. Además de tirar por tierra la imagen del líder político de izquierda viril y heroico.

La doble cautividad

Además de todo lo anteriormente señalado, *Otros días, otros años*, brinda al lector la oportunidad de revisar, desde la perspectiva que dan casi cuatro décadas de distancia, el

primer libro de González de Alba. Si bien ya en el capítulo tres me referí a algunos de los condicionamientos que la escritura de *Los días y los años* pudo tener cuando se creó, debido básicamente a las situaciones políticas que rodeaban a su autor, en este apartado me gustaría ampliar la perspectiva al sumar estos condicionamientos con elementos de índole personal.

Al realizar un recuento sobre los escritos creados tras las rejas provenientes de la pluma de presos políticos, es evidente que además de la temática ideológica existe un marcado peso hacia lo autobiográfico. En el caso de González de Alba escribir en Lecumberri una autobiografía donde priorizara asuntos de orden personal en lugar de una crónica en la que diera cuenta del movimiento estudiantil desde la visión de los militantes, hubiera resultado impensable y sospechoso. Es importante recordar que dada la mística revolucionaria y el dogmatismo que imperaban a fines de los sesenta, lo individual (el sentimiento y la emoción) era visto con menosprecio y desplazado a segundo término por considerarse frívolo y burgués, ya que lo importante estaba en lo colectivo.

En este contexto quizá González de Alba optó por la lealtad con lo grupal, por la función social que como líder político tenía en ese momento “escribir será entonces denunciar (...) formular la crítica que la sociedad demanda y contribuir con todo ello a la formación de una conciencia cívica” (García, 2009: 161) y, por algún tiempo, dejará a un lado la lealtad consigo mismo al silenciar aquello que “llenaba mis noche y mis días” (González, 2008: 135), la relación que sostenía con el preso del fuero común a quien llama en su obra, Pepe Mijares.

Lo anterior se explica al pensar que la adhesión al grupo al que González de Alba pertenecía (llámese movimiento estudiantil, CNH o presos políticos) reclamaba la supresión de todo aquello que no se adaptara a la imagen que este grupo pretendía ofrecer de sí mismo. (Lavabre, 2002:300).

En estas condiciones la autocensura, más que como un elemento negativo, actuó como una protección. Es posible que muchos factores, entre ellos, la causa política, el miedo a perder respetabilidad, a ser segregado o violentado (que en el ámbito carcelario podría ser tan grave como poner en riesgo la vida), el temor al rechazo de Pepe Mijares (quien dentro de prisión nunca se asumió abiertamente homosexual) resultó una fuerte presión para que González de Alba no preponderara la narración autobiográfica con

elementos más personales favoreciendo la expresión del “yo” (Delhom, 2005: 234), sino que en un intento por salir de su condición de doblemente represaliado eligiera la escritura crónica a través de la cual dio a conocer una visión no oficial de la historia, una versión alternativa al otorgar voz a aquellos que en el México opresivo de los setenta no la tenían y con ello contribuir a que la sociedad entrara al camino de la transformación.

Otro elemento más que seguramente pesó en la escritura del autor fue el patente rechazo de sus compañeros de prisión por aquello que pudiera poner en duda la masculinidad.

Con todo, la escritura de *Los días y los años* quizá resultó para el autor una estrategia de seducción y un motivo para ser admirado como es evidente en su relación con Pepe Mijares: “Sí, y me vas a dar tu libro...dedicado”, “Me gusta mucho lo que me dices, más todavía viniendo de ti”, “Te quieren mucho...Los quieren mucho [...] Es que...se la jugaron”, le dice Pepe al narrador. Seguramente González de Alba entendió pronto que la escritura también representaba una forma para ocupar un lugar de privilegio dentro del grupo, “pues la escritura aparece ligada al ámbito del poder (...) la palabra escrita dota de superioridad a quien sabe interpretarla y es inescrutable y fascinadora para quienes no la dominan. Marca, además, una clara diferencia porque surge desde una posición de privilegio” (García, 2009: 160).

Desde su doble cautividad el autor eligió escribir aun condicionado y desvelar al menos una de sus verdades, aunque tuvieran que pasar algunos años para hablar abiertamente de su preferencia sexual y de sus dudas y diferencias políticas con sus compañeros de cárcel. En ese sentido, otra de las funciones vitales que pudo tener la escritura es que través de ella González de Alba se descubría y a la vez se construía poco a poco también por medio de esta.

Según Marquet, *Otros días, otros años* tiene una “dimensión reparadora innegable” y quizá revele que ninguna obra está desprovista de algún condicionamiento, pues si bien en su primer libro el condicionamiento principal era en términos de la lealtad con su grupo político, en el de 2008 pareciera que en aras de velar o quitarle importancia a su pasado militante o de abrir una brecha aún mayor con la izquierda mexicana, trivializa eventos políticos importantes y los reviste de frivolidad y deseo [como ya se apuntó en el capítulo dos, véase González (2012), “Una huelga de hambre y los ojos de Rocco”, Nexos, agosto].

Los días y los años y *Otros días, otros años*, son ejemplos de cómo se concibe y escribe una historia desde dos realidades diferentes: en el caso de *Los días y los años*, desde la inexperiencia de la juventud, desde el idealismo del 68, desde la cárcel, el temor y los condicionamientos que impone la militancia, desde una época mucho más represiva, homofóbica y machista que la actual; y en el de *Otros días, otros años*, desde un autor adulto en situación de libertad, sin condicionamientos de militancia política (aunque quizá sí de militancia homosexual) desde el desencanto y el enojo con la izquierda y desde los límites que impone una imagen autoconstruida a través de sus publicaciones a lo largo de los años.

Si bien, como señalé páginas atrás, este trabajo no estaría completo sin haber hablado de *Otros días, otros años* (en palabras del autor, complemento de *Los días...*) tampoco lo estaría sin dar una somera idea de las rebeliones y rupturas tanto en el ámbito personal como en el político por las que pasó González de Alba al salir de prisión.

El exilio

Al salir de Lecumberri, previa escala en Perú, González de Alba y otros presos políticos que fueron liberados junto con él, se instalaron en Chile. Creían que el gobierno de Allende les ayudaría pero no sucedió así. No tenían visas y tuvieron que negociar su entrada. En Santiago se instalaron en una agradable vivienda del llamado Barrio Alto, donde vivían algunos exiliados brasileños y uno mexicano: Roberto Escudero, además de otro par de mexicanos estudiantes de posgrado que desarrollaban investigaciones sobre temas sociales (González, 2011).

Durante sus primeros días de libertad González de Alba extrañaba a Pepe Mijares, recordaba cómo entusiasmaba al joven reo que le explicara sobre política y sobre lo sucedido en Tlatelolco (González, 2008: 23); cómo lo animaba con la escritura de *Los días y los años*, al que, en un principio, pensaba llamar como la canción de moda *Those were the days*, “porque éstos habían sido los días que pensaron no terminarían y acabaron mal” (González, 2011).

Habiendo pasado lo peor, que para González representaba “la incertidumbre sobre los años que estarían encerrados” (Entrevista a González, 2012), reflexionaba en que pasados los primeros meses, la cárcel no había sido tan difícil gracias a que como la dirección en cierta forma les temía, vació dos crujías completas, la “C” y la “M”, para los

presos del 68. Así que no hubo esa constante carga de temor a ser golpeados o, en el peor de los casos, asesinados por los presos comunes, ni tampoco tenían obligación de congraciarse con ellos o pagar por la celda. Pero lo que a él sí le había resultado verdaderamente difícil era el ambiente de vecindad y “los cazadores de maricones, como el Pino y el Búho” (Entrevista a González, 2012). Aunque afirma que los toleraba bien y que posiblemente los pudo haber calmado con un sencillo, “yo soy homosexual, y qué”, reconoce que por entonces no se atrevió a hacerlo. Quizás el hecho de que a González de Alba lo visitaran los domingos en Lecumberri mujeres atractivas, algunas de las cuales se interesaban en él más que como un amigo, hacía dudar a los demás sobre su orientación sexual, que en ese momento no se decidió a revelar a sus compañeros del CNH.

Acerca del exilio chileno Roberto Escudero recuerda que González de Alba y él compartían habitación en esa agradable vivienda del Barrio Alto, y menciona que le llamaba la atención cómo en ocasiones González se perdía un par de días y luego regresaba desvelado y medio maltrecho, aunque aclara que ese aspecto se debía a la trashedada porque González nunca bebía. A su regreso, como era natural, le preguntaba:

“¿Qué pasó Luis?” A lo que este respondía, “no, es que me encontré con un grupo de folcloristas muy interesante”. “¡Dos días con folcloristas!”, y regresaba como gato escaldado (...) casi desde el principio supe que él era homosexual, pero a mí no me importaba (Entrevista a Escudero, 2011).

Una tarde González de Alba y sus amigos tuvieron ganas de ir al cine y aprovecharon que había uno cercano, de barrio, en el que pasaban cintas exhibidas previamente en salas de estreno, al que podían llegar caminando, así que se metieron sin importarles mucho la película que proyectaban. En esa ocasión Raúl Álvarez no los acompañó porque debía reunirse con gente de la Unidad Popular para arreglar algunos trámites (González, 2011).

Desde que la sala quedó a oscuras y la cinta comenzó, la fila que ocupaba González y sus compañeros se caracterizó por ser más bulliciosa que las demás. Se trataba de una película italiana que narra la historia de una familia de buena posición económica. A la casa de esta familia, integrada por el padre, un próspero industrial, su esposa, su hijo y su hija adolescentes llegaba un extraño visitante que a través de un

atractivo físico y un carisma inusuales los seducía a uno por uno. Poco después, el visitante desaparecía y la familia quedaba llena de dudas, sumida en la confusión y sin saber cómo continuar. Al respecto recapitula González de Alba:

El joven guapísimo comenzaba por acostarse con la hija y hasta ahí todo iba bien en la fila llena de mexicanos, salvo por comentarios en voz normal, como de quien está solo, viendo tele, y que siempre me han irritado. Pero luego el recién llegado guapísimo, que ya se acostó con la joven, comenzaba a darle vueltas al hermano. El Búho [se refiere a Eduardo Valle], que en Lecumberri era, con el Pino [Salvador Martínez della Rocca], experto en distinguir quién era puto y quién parecía, comenzó a pegar de gritos levantando los pies por encima de las butacas delanteras: “¡A’i va, a’i va el leandro! ¡Mírenlo, ay, pinche leandro... Uta... Claro, a’i va ya el muy puto!” (González, 2011).

González agrega que hubo reclamos del público chileno en voz baja pidiendo que se callaran los mexicanos, pero las exclamaciones no cesaron, por el contrario, se unieron al Búho, aunque no tan eufóricos, los demás, entre ellos, Emery Ulloa.

Cuando [el visitante] se acuesta con la señora de la casa, mis compañeros clamaron que ya no se la pegaban y que estaba visto que era puto, puto, puto disimulado...Y tuvieron razón porque luego el joven guapísimo se acuesta con el señor de la casa, el rico industrial. Las carcajadas de mis amigos y los gritos del Búho en paroxismo ya no eran seguidos de siseos chilenos. En un momento, mis amigos decidieron que no podían más con tanta porquería y se levantaron de sus asientos con un enérgico ¡Vámonos! (González, 2011).

Como González de Alba estaba al final de la fila, junto al pasillo, debía ser el primero en levantarse y salir. Ante la insistencia de sus compañeros, González dudó, en quedarse o salir, sin embargo, al final, con la poca voz que le quedaba les dijo: “Es que a mí me está gustando...” (González, 2011). Y afirma que ese fue el primer paso, “la primera rebelión contra la ortodoxia de izquierda: el hombre nuevo, socialista, no puede ser marica. La tesis cubana y soviética” (González, 2011). Lo que González quizá no imaginaba en ese momento era que después de esa primera subversión habría muchas más hasta llegar a una gran ruptura, cuyo camino de regreso sería prácticamente imposible.

Ya sin las expresiones de sus compañeros y sin sentir vergüenza por avalar la trama de la película, pudo disfrutarla. Sin embargo, el trayecto de vuelta a su nueva vivienda fue complicado pues tendría que explicar los motivos para haberse quedado

viendo una cinta de esa temática. Cuando llegó encontró a sus compañeros con expresión “de regañados” (González, 2011), pues uno de los exiliados brasileños, Boby Metzger, les había explicado que *Teorema*, la película que habían abandonado a mitad de su exhibición, era una obra maestra, cuyo director era un comunista, miembro del Partido Comunista italiano: Pier Paolo Pasolini. González de Alba no tuvo que dar más justificaciones sobre su permanencia en el cine. Pero, para él, lo verdaderamente importante, lo que lo había mantenido pegado a la butaca a pesar de los reclamos de sus compañeros y más allá de la filiación política del director (la cual ni siquiera conocía hasta antes de que Metzger se la explicara), había sido el deslumbramiento de

poder ver la homosexualidad tratada como cualquier otra conducta sexual: ni como chiste ni como tragedia o drama familiar. Era la novedad: no había un joto recibiendo burlas, como en el cine mexicano, tampoco un problemón psico-socio-legal. Nada. Sólo ocurría, y ya. Nunca había pensado en algo así (González, 2011).

Mientras, en México, los prejuicios continuaban rigiendo las conductas de grupos de derecha, pero también alcanzaban a la izquierda. En algunos diarios aparecían titulares que aludían de manera peyorativa a los homosexuales: “Los lilos despenalizados en Inglaterra”. La policía actuaba con saña cuando se trataba de perseguir homosexuales. En ese México opresivo en el que los funcionarios intentaban aparentar actitudes democráticas, un periodista de *Excelsior* le preguntó al secretario de Gobernación, Mario Moya Palencia, cuándo podrían volver los mexicanos “exiliados”, a lo cual molesto respondió que en México no había exiliados y que si alguien estaba fuera del país era por su gusto y podía volver cuando lo deseara. Declaración que se publicó en la primera plana del periódico, por lo cual sus compañeros con menos de un mes de haber salido del país, decidieron regresar. Sin embargo, González de Alba tenía otros planes:

Yo me negué. Raúl rechazó de lleno la posibilidad de que me quedara: “Juntos llegamos y juntos nos regresamos, ya luego vuelves por tu cuenta”. Me seguí negando. Yo no había elegido Chile, pero el país ya me simpatizaba, los chilenos eran gente muy agradable, la situación del país era muy interesante: manifestaciones todos los días: contra Allende por tibio y contra Allende por rojo. Alguna de la UP en apoyo leve (González, 2011).

Como estaba por llegar el invierno chileno (que va del 21 de junio al 23 de septiembre), González pidió su parte de la caja común para comprarse algo abrigador. Fue entonces cuando Raúl Álvarez se enfureció, con el rostro encendido y resoplando,

“arrojó unos billetes y, cuando parecía ir a más, el *Búho* se interpuso y le dijo: “Cálmate, Raúl... Ya, ya, mira, que se quede Luis...”. Esa sería una segunda rebelión quizá mucho más definitiva para él pues quedarse en Chile le daría la oportunidad de explorar territorios desconocidos no solo en lo tocante a lo geográfico, sino sobre todo en lo referente a sí mismo.

Cuando sus compañeros representantes del Consejo Nacional de Huelga regresaron a México, una multitud entusiasta integrada por amigos, militantes y familiares fue a recibirlos al aeropuerto con pancartas, banderas de todo tipo, goyas, y demás manifestaciones de apoyo y bienvenida. Manuela Garín, madre de Raúl Álvarez recuerda el momento como “uno de los más emotivos, pues ya no había la angustia de la cárcel y aunque teníamos nuestras dudas, no hubo intervención de la policía y en la aduana todos pasaron como si nada” (Entrevista a Manuela Garín, 2010).

González de Alba, vivía en Santiago de las regalías que le reportaba *Los días y los años* (como ya había mencionado), la editorial ERA, se las enviaba en dólares y “se convertían en una respetable fortuna” (González, 2011). A pesar de que no tenía apremio económico, quiso trabajar, así que buscó empleo en una imprenta primero como corrector, luego como lo que fuera, pero se lo negaban. Quizá para organizar sus días y hacer algo de utilidad se inscribió en el British-Chilean Institute a estudiar inglés. Durante seis meses tomó clases diariamente porque los cursos eran intensivos. González de Alba asegura que no fue sino hasta esa temporada que pasó en Santiago de Chile y exploró un poco su mundo gay cuando se le disiparon todas las dudas acerca de su sexualidad y se volvió “políticamente incorrecto”. Recuerda que no llegó a entrar de lleno “en un grupo militante gay porque en ese medio sus chistes machistas [en referencia a los homosexuales afeminados] no le hacían gracia a nadie” (Entrevista a González, 2012).

Para octubre de 1971, Héctor Valdés (quien había sido amigo de González de Alba desde los tiempos de fiestas en casa de Selma Beraud) pasó por Santiago de Chile en camino a Buenos Aires y se hospedó con él. Para ese momento González alquilaba un pequeño departamento amueblado, en el último piso de un edificio de ocho plantas, así que tenía una gran terraza.

Después de casi transcurrido un año el gobierno chileno rechazó extenderle la visa al ex preso político, así que para noviembre, de Chile viajó a Argentina, pasó por la región de los lagos y llegó a Bariloche. De allí voló a Buenos Aires, donde se encontró

con su amigo, Héctor “El Pelón” Valdés, quien era agregado cultural hacía pocos meses. En Buenos Aires pasó las festividades navideñas con Valdés y conoció a su novio, el escritor argentino Manuel Puig, quien ya tenía éxito en su país con obras como *La traición de Rita Hayworth* (1968) y *Boquitas pintadas* (1969).

A inicios de 1972 Valdés y González decidieron viajar juntos al carnaval de Río de Janeiro. Cuando llegaron “lo sorprendió la gente bailando en las calles y sonando tambores en los camiones mientras pegaban en las ventanillas” (Zerón-Medina, 2013). Como la mayoría de los paseantes en espera del carnaval se instalaron en un buen hotel y todas las mañanas visitaban la playa de moda e iban al mirador. Sin embargo, González de Alba quería algo más que conocer el mundo como turista, así que salió de su buen hotel y le pidió a Valdés que le guardara su maleta hasta que se instalara en otro sitio que le atrajo vivamente. Se alojó en un parador *pra cavalheiros*, en una de las zonas más peligrosas de Río, llena de marineros, prostitutas, policías, estibadores y vagos.

En cuanto vi el anuncio, por la Plaza Mauá (a donde nos había prevenido el taxista de aeropuerto que jamás nos acercáramos), no dudé un instante: tomé un cuartucho más chico que mi celda en Lecumberri y fui por mi maleta. Héctor (...) se aterró: me iban a matar. Yo estaba seguro de que la iba a pasar mejor que en toda mi vida: las regaderas eran comunes, sólo de agua fría, y sin separaciones... Y así fue. Tenía 27 (...) años (Entrevista a González, 2012).

Héctor Valdés regresó a Argentina y González se quedó un mes en Río de Janeiro en esa pobrísima posada de la plaza Mauá, “rodeada de cervecerías por tres lados y por el otro, el mar, los enormes barcos inmóviles sobre el agua aceitosa y tranquila” (González, 2011: 138). Se convirtió en un vago más, hospedado en ese hotel solo para hombres, con catres cubiertos por apenas una sábana, sobre la que dormía desnudo, “sudando toda la noche, oliendo la brisa marina que llegaba de entre los barcos del muelle”. Tiempo después, González retomaría esta experiencia para narrarla en el cuento “Perder a Orfeo” de su libro *El vino de los bravos y otros tequilas*:

Yo me perdía entre aquella multitud semivestida; a la luz del sol o a la medianoche, vagaba con la misma camisa sucia, el pantalón vaquero desteñido y las sandalias rotas. A veces sin camisa y descalzo, con sólo el pantalón por toda prenda, sintiendo el cemento ardiente de la acera, las costuras ásperas del pantalón, pisando cáscaras de mango; con el sol en la espalda como un abrazo cálido y excesivo; jaloneado por las putas a la puerta de los burdeles diurnos; rodeado por una resaca humana (...) Perfectamente mimetizado

con el medio en tanto no abriera la boca y me denunciara un acento extraño (González, 2011:138-139).

El regreso: los ex dirigentes del 68, Nancy Cárdenas y la militancia gay

Después de su estancia en Brasil, González volvió a México, al Distrito Federal, sin tener problema alguno para ingresar al país. En la escuela de Psicología, la directora, María Luisa Rodríguez, le ofreció empleo, primero como ayudante de profesor, posteriormente se quedaría como profesor titular. En la UNAM llegó una noche al Consejo Sindical, grupo reducido que promovía la formación de un sindicato de profesores donde lo recibieron con gusto.

Buscó a los exdirigentes del CNH quienes habían fundado la revista *Punto Crítico*. Desde 1971 se había dado un acercamiento entre el llamado pregrupo (Raúl Álvarez, Luis González de Alba, Salvador Martínez della Rocca, Eduardo Valle, Félix Lucio Hernández Gamundi y Gilberto Guevara, básicamente) y el grupo de “intelectuales” que formaban Rolando Cordera, Fito Pereyra y Carlos Monsiváis. De esa unión surgió el proyecto de *Punto Crítico* que encabezó el periodista Adolfo Sánchez Rebolledo. Se trataba de una revista de izquierda pero “su perfil ideológico nunca estuvo cabalmente definido” (Guevara, 2012).

En tanto, en Ciudad Universitaria al activismo frenético y radical de los comités de lucha se sumaban diversas formas de disidencia: trotskismo, anarquismo, foquismo, maoísmo, entre otros. Gilberto Guevara lo describió así:

Las “islas” de Ciudad Universitaria eran fumaderos colectivos de donde se desprendían humaredas espectaculares. Por todas partes surgían “comunidades” hippies o exóticos experimentos de convivencia. Asimismo, el odio encendía el espíritu de no pocos iluminados que comenzaban a confabularse para formar grupos armados. Las acciones violentas se multiplicaban. Balaceras en Ingeniería, asesinatos de maestros en el CCH, huelga de los obreros textiles de Ayotla, agitación en las áreas urbanas populares, etcétera. La ola de agitación crecía y quienes en la UNAM manteníamos posiciones democráticas éramos objeto de desprecio y persecución (Guevara, 2012).

A principios de los setenta las posturas democráticas (que habían enarbolado los estudiantes de 1968) “quedaban en minoría política y hubo un momento en que en la universidad el adjetivo ¡Demócrata! era lanzado como un insulto” (Guevara, 2012). Varios jóvenes se convirtieron en guerrilleros, varios maestros rurales inconformes cambiaron la

letra por el fusil y se refugiaron en la sierra de Guerrero. El gobierno persiguió a los rebeldes, quienes conocieron la tortura, las cárceles clandestinas y los “separos”. *Punto Crítico* no quedó al margen de la radicalización de las posturas y en 1975 sufrió una ruptura entre los moderados (reformistas), encabezados por Rolando Cordera y los radicales (revolucionarios), dirigidos por Raúl Álvarez. Rolando Cordera se mantuvo como líder del grupo que más tarde se convirtió en el Movimiento Acción Popular (MAP). Aunque ese alejamiento no duraría mucho, pues después estos grupos se volverían a acercar para conformar otras agrupaciones y partidos políticos. Después del Sindicato de la UNAM, González junto con los ex dirigentes del 68 intervendrían en la conformación del Partido Socialista Unificado de México (PSUM, 1981-1987, con el Partido Comunista) y posteriormente el Partido Mexicano Socialista (PMS, 1987-1989, cuando entró el partido de Heberto Castillo, el Partido Mexicano de los Trabajadores). Y al final el Partido de la Revolución Democrática (PRD, 1989 a la fecha).

Para 1973, González de Alba conoció a un guapo actor de teatro universitario, admirador de José Luis Ibáñez, Juan José Gurrola y Ludwik Margules, se trataba de Ernesto Bañuelos, quien sería su primer novio.

Nos conocimos en un camión Bellas Artes-Coyoacán. Pero luego él me dijo que había sido delegado al Consejo Nacional de Huelga, en 68, por la Casa del Lago, pero que nunca había hablado porque él y el otro delegado cambiaban de opinión con cada intervención de otros delegados. Pero me había visto y le había gustado mucho. Yo no lo recordé.

Con Bañuelos estableció una de las relaciones sentimentales que serían más importantes en su vida. Pronto empezaron a vivir juntos en un departamento por la zona de Miguel Ángel de Quevedo. Fue por esa época (finales de 1973) cuando González de Alba se volvería a encontrar con Manuel Puig cuya pareja para entonces era el pintor Ricardo Regazzoni. Todos vivían en el barrio de Coyoacán, al sur de la capital. Algunas veces se visitaban. En una ocasión, Luis y Ernesto invitaron a comer a Manuel y Ricardo. Cuando se despedían Puig le preguntó a González de Alba: “Y vos... ¿escribís algo ahora?”.

El escritor le relató brevemente su romance carcelario en Lecumberri. Le habló de la historia de él (un preso político) y de su entusiasmo por un preso común. “Tengo un montón de notas sobre eso y no me he puesto a trabajarlo” (Cortés, 2008: Cultura),

agregó González, mientras, según sus propias palabras “Manuel se quedó helado, mudo, ni siquiera parpadeó” (Cortés, 2008: Cultura).

Días después, Puig regresó a la casa de González de Alba, le pidió unos libros sobre homosexualidad, ya que, le dijo, estaba escribiendo algo alrededor de ese tema. Luis, psicólogo de profesión, se los prestó. El último encuentro ocurrió cuando Puig le devolvió los textos⁵⁵. “No hubo despedida. No volví a saber de él sino que se había ido a Nueva York”.

La novela *El beso de la mujer araña* fue publicada en 1976 en esta, según opinión del ex activista, las sexualidades son políticamente correctas: el guerrillero, preso político, es heterosexual. “Como debe de ser. El maricón es el preso común. Yo se lo conté a Puig al revés” (Cortés, 2008: Cultura).

Cuando, González de Alba leyó el libro dice haber buscado algunas líneas, alguna dedicatoria donde Puig hiciera referencia a su idea, pero no,

y dije, bueno, ni modo. No tengo nada que reclamar. La idea fue muy breve y él construyó en torno de esa idea. Creo que fui la inspiración de esto, pero la construcción de la novela es obra de Manuel. Fue una idea que se expresó en tres frases y con eso nadie, si no es Manuel Puig, escribe una novela⁵⁶.

González agrega que nadie tiene ningún derecho sobre las idea, ya que “estas son de quien las trabaja”, y reconoce que Manuel Puig la trabajó de forma estupenda aunque “de manera más políticamente correcta pues en su novela el preso político no es gay”.

Poco después, González de Alba empezó a asistir a las reuniones a las que convocaba la actriz, locutora y directora de teatro Nancy Cárdenas. En el pequeño

⁵⁵De aquellos libros que González prestó a Puig sobre homosexualidad, el escritor afirma que fue de donde surgieron las muchas notas de pie de página que contiene *El beso de la mujer araña* a las que cataloga de poco comunes y distractoras en una novela. Y aunque González de Alba reitera que no reclama nada, añade que con la publicación de su novela *Otros días, otros años* en 2008 tampoco le gustaría que se dijera que él le debe algo a Puig. Si la historia de su libro “se parece extraordinariamente a la novela de Puig es porque yo se la conté” (Cortés, 2008: Cultura).

⁵⁶“Cuando leí *El general en su laberinto* de Gabriel García Márquez y el reconocimiento a Álvaro Mutis como fuente de esa idea, me dije: ‘Este es un caballero’. ¿Por qué Manuel nunca me dijo nada?” (Cortés, 2008: Cultura).

departamento de la colonia San José Insurgentes, “Nancy tenía una mecedora, la típica de madera con respaldo de barrotes y muchos cojines (...) desde ese púlpito se balanceaba al leernos, cada domingo por la tarde, con lentes bien calados en la punta de la nariz y envuelta en un chal abrigador, el tema gay de la semana” (González, 2011). Sentados a sus pies se reunían González de Alba, Luis Prieto, Braulio Peralta, José Joaquín Blanco, Juan Jacobo Hernández, José Ramón Enríquez, Bruce Swansey, el pintor Ricardo Regazzoni, Pepe Covarrubias y “otra decena que luego fueron semillero de grupos y organizaciones homosexuales” (González, 2011) para escucharla leer textos sobre liberación homosexual. Eran inicios de los años setenta, el sida aún no irrumpía dejando a su paso una estela de muerte. A pesar de los prejuicios y la homofobia, las relaciones sexuales entre hombres eran frecuentes y furtivas en lugares para ligar — como los pasillos de algunos cines y los famosos baños de la facultad de Arquitectura de la UNAM donde “las relaciones sexuales se tenían en pocos instantes al resguardo de cualquier árbol o barda”—, lo cual escandalizaba a Nancy Cárdenas quien enviaba a sus seguidores a repartir en estos sitios un escrito [que “muchos considerábamos pasadito de moralina” (González, 2011)] entre los asiduos a dichas prácticas “inmorales y poco revolucionarias”.

El rompimiento de Luis Prieto (quien era amigo incondicional de la también escritora nacida en Coahuila) y Cárdenas con Juan Jacobo Hernández inició cuando este último encabezó la oposición al mencionado escrito y su distribución. Las autoridades universitarias tomaron acciones y clausuraron los baños de Arquitectura, pero para entonces “ya el daño al grupo estaba hecho (...). Se fue Juan Jacobo y fundó otro grupo. Los demás también dejamos de vernos poco a poco y un buen día no hubo tardes dominicales ni mecedora de Nancy” (González, 2011).

Para entonces, como se había mencionado anteriormente, González de Alba se reunía para comer con cierta frecuencia con Elena Poniatowska y Neus Espresate. En esos años iniciales de la década de los setenta estuvo con Nancy Cárdenas en uno de los primeros programas de televisión sobre homosexualidad, en el canal 11.

No obstante que ciertos medios se empezaron a abrir para dar difusión a grupos minoritarios, en el México de 1974 había un gran trecho por andar en materia de derechos humanos. Baste decir que, en ese año, después de varias redadas en bares y otros lugares con presencia de homosexuales, un grupo de jóvenes detenidos en una redada en un cine y retratados para el gozo de las publicaciones amarillistas decidió

demandar a las autoridades por la violación de sus derechos constitucionales. Al respecto Monsiváis señala que estas acciones no resultaban extraordinarias pues “la policía se beneficiaba de la indefensión de los raritos y le vendía las fotos a *Alarma* y compañía” (Monsiváis, 2004).

Ante este atropello, Nancy Cárdenas, fiel a la bravura de su origen norteco, llamó a quien creyó que podía apoyarla y junto con Carlos Monsiváis redactó un manifiesto en contra de las oprobiosas redadas. Incansable, pidió firmas, y así surgió, para agosto de 1975, el documento "Contra la práctica del ciudadano como botín policiaco", el primer manifiesto conocido sobre los derechos civiles y humanos de una minoría, con las firmas, entre otros, de Juan Rulfo, Elena Poniatowska, José Emilio Pacheco, Vicente Rojo y Luis González de Alba. Recuerda Monsiváis que luego vino el problema de la difusión del manifiesto:

En las dos publicaciones progresistas de entonces me dijeron que ni pensarlo. En el caso de la revista, el director tiró la carta a la basura: “Esto ni siquiera pienso leerlo”; en el diario simplemente me informaron: “Va en contra de la política editorial”. Y al final, la publiqué en el suplemento La cultura en México, de *Siempre!* Muy pocos se enteraron, pero la actitud de esos jóvenes resultó irreversible (Monsiváis, 2004: 1 de septiembre).

A pesar de la muy promocionada “apertura democrática” con la que supuestamente gobernaba Luis Echeverría, para 1976 el mandatario cerró su gestión con el llamado “golpe a *Excélsior*”. Ante la postura crítica de Julio Scherer como director del mencionado diario, el presidente de la república impulsó, subrepticamente, a un grupo de periodistas y trabajadores descontentos para tomar el control de la cooperativa del periódico. El grupo estaba encabezado por Regino Díaz Redondo, impulsor y organizador de las reuniones de los trabajadores inconformes. Para julio de ese año los cooperativistas acordaron la expulsión definitiva de Scherer, quien dejó la dirección de *Excélsior* acompañado de su consejo directivo y colaboradores. Del consejo editorial saliente nacieron otras publicaciones: Scherer fundó el semanario *Proceso*, mientras Manuel Becerra Acosta creó el periódico *Unomásuno* (publicación que en 1983, también sufriría una ruptura dando lugar a la creación de *La Jornada*). Por su parte, Octavio Paz junto con todo el equipo de *Plural* (revista publicada por *Excélsior*) dieron vida a la revista *Vuelta*.

Para el 26 de julio de 1978 se produjo la primera marcha LGBT, la cual estuvo organizada por el Frente Homosexual de Acción Revolucionaria (FHAR), para esta agrupación dicha fecha quedaría como referente histórico para los homosexuales y las lesbianas mexicanas debido a que

Por primera vez en México, hombres y mujeres que reconocemos nuestra identidad homosexual salimos como grupo organizado y marchamos por las calles de esta ciudad, junto a las fuerzas de izquierda del país. Al reunirnos públicamente y asumir, por primera vez en nuestra historia, la defensa abierta de nuestros derechos y reafirmarnos como seres humanos, hemos descubierto para las masas homosexuales nuevas dimensiones de vida (Cuadernos del FHAR, 1979: 1)⁵⁷.

El 2 de octubre de ese mismo año un contingente de homosexuales y lesbianas participó en la marcha por el décimo aniversario del movimiento estudiantil de 1968, en contra de la represión. Los grupos FLH, FHAR, Lesbos, Oikabeth, Lambda de Liberación Homosexual y Sex-Pol, entre otros, se manifestaron en contra de la represión sexual y política. Luis González de Alba recuerda así aquel evento:

[...] la gran manifestación que conmemoraba los 10 años del movimiento estudiantil admitió un contingente inesperado: los militantes del FHAR, Frente Homosexual de Acción Revolucionaria, marcharon hasta Tlaltelolco. En el edificio Chihuahua, de infausta memoria, se había instalado, como aquella trágica tarde de hacía entonces diez años, el equipo de sonido. Desde el tercer piso, un maestro de ceremonias levantaba los ánimos de los presentes sobre la plaza anunciando la entrada de cada contingente. De pronto distinguió la manta del FHAR y, ya encarrerado, comenzó a leer con voz estentórea el nombre de la organización entrante: “Y ahora llega el Frente...” enmudeció aquella sonora y militante voz... “Llega el Frente... gulp... de Acción Revolucionaria”. Así adcentados entraron a la Plaza de las Tres Culturas los primeros homosexuales mexicanos organizados y públicamente asumidos (González, 1998: 142).

⁵⁷ Sin importar la renuencia que mostraron los núcleos marxistas más dogmáticos (identificados con la experiencia soviética o cubana) las primeras organizaciones homosexuales mexicanas se hallaban comprometidas a compartir con la izquierda el espacio de lucha. La reivindicación de los derechos de los homosexuales contó con el apoyo del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), que la exigió durante su campaña electoral de 1982 argumentando que la construcción de una sociedad socialista implicaba la erradicación del machismo y los actos represivos y discriminatorios en contra de los grupos homosexuales. Lo cual constituyó una acción sin precedentes en la historia nacional (Lumsden, 1991: 66-68).

En opinión de Monsiváis (1995: 196), ese 2 de octubre de 1978, conmemoración del décimo aniversario de la matanza de Tlaltelolco y primera marcha gay de la ciudad de México, representó la fecha de la ampliación de la tolerancia urbana, restringida pero irreversible. Sin embargo, según apunta Laguardia (2008: 148) para la militancia la vivencia no resultó tan exitosa, para ellos se trató de una experiencia difícil, pues en aquel día memorable en que esta minoría salió por vez primera a la calle, “la reacción de la gente varió desde la burla hasta la agresión” (Grupo Lambda de Liberación Homosexual, 1981:2).

Políticamente incorrecto: El Vaquero, El Taller y la Fundación Mexicana contra el sida

Desde los inicios del *Unomásuno*, González de Alba había comenzado a escribir cada semana en sus páginas. Por entonces, el subdirector era Carlos Payán, quien le mostraba una especial simpatía. Quizá por eso recurrió a él cuando quiso publicar un texto que “se excedía con mucho” (González, 2011) de su propio límite. Esta nota, a la cual el autor llama “su nota amarilla” se publicó en el diario mencionado a finales de 1978, y daba a entender a los lectores que el ex preso político del 68, asistía a bares gays como un cliente más y no por motivos profesionales. A continuación transcribo algunos fragmentos del texto que González le presentó a Payán, quien al terminar de leerlo, dijo: “Déjame. Lo publicamos completo”:

Razzia de sábado en la noche

Uno se rasura silbando (...) “Copacabana”, “Noche de sábado”, y se pone una camisa bonita para irse a bailar hasta dejar empapada la ropa (...) a encontrarse con los cuates, a poner el mejor ángulo ante la perspectiva de un ligue, a deshacer rápidamente el ligue inicial cuando surge otro mejor (...) Pero no toma en cuenta la opinión que de todo ello tiene la policía. Así se dirige uno confiado y perfumado hacia una noche que no sabe cuándo ni cómo ni con quién terminará. Después de asomarse a varias discoteques que ofrecen diversas perspectivas, acaba uno dirigiéndose al Topo, como pudo ir a otra similar (...) Pido un vaso de agua quina para tener algo en la mano mientras me ambiente.

Las 00:30. La pista de baile está llena (...) Las 00:35. La música cesa intempestivamente. (...) Cuando me estoy sentando, un amigo me dice: “¡Corre!”, y sale sin esperar respuesta (...). Me digo “el que nada debe, nada teme” y permanezco en mi asiento sin acordarme de que esa misma frase la dijo un muchacho al que le decíamos El Pirata y que se pasó tres

años en Lecumberri sin deber nada. 00:40. Ya inquieto por las carreras que escucho en la escalera, me decido a salir, pero un gordo chaparro me cierra el paso (...) Me suben a un coche sin placas. Adelante van tres secuestradores, atrás vamos cuatro secuestrados (...) La 1:45. Nos van llevando, en grupos de a cincuenta, frente a un señor de aspecto respetable, lentes, pelo envaselinado y echado para atrás. En la fila se comenta que es el juez (...) Las 2:15. Mientras me llama el juez, un policía me pone el ojo encima (...) Me mira a los ojos, luego a la bragueta, luego a las botas y vuelve a empezar: ojos, bragueta, botas. Finalmente inicia su propio interrogatorio oficioso.

—Y tú qué haces.

—Soy periodista. Trabajo en *Unomásuno* y en *Siempre!*

—¿Y no te da vergüenza?

—Vergüenza me daría ser policía— para responder así me atengo a la presencia del juez, frente a quien no suele golpearse a los detenidos (...) Las 2:45. Juez interroga a detenido: “¿Y qué hacías allí?”. El vocablo allí, pronunciado en voz baja, está cargado de paternal reprobación. Los detenidos dicen cualquier cosa (...) 3:15. Aluzándose con unos periódicos encendidos en forma de teas, nos hacen bajar a un sótano. Antes de que se apaguen los papeles, alcanzo a ver en el techo los tubos del desagüe. Enseguida la oscuridad es completa. No puede uno verse ni la mano si la pone frente a los ojos. Papájuez no informa nunca del delito o la falta cometidos. No hay teléfono. Tampoco hay rejas, como lo han prometido los procuradores, porque la puerta es de metal macizo. Un sótano cruzado por aguas negras y en absolutas tinieblas. Nadie sabe si estaremos allí horas o días (...) Las 4:30. Llegan los agentes y con extraña amabilidad nos forman, iluminados otra vez por los periódicos encendidos; subimos las escaleras... Y nos ponen en la calle sin más trámite. Ni explicaciones, ni disculpas, ni multas, ni nada. Caminando hacia el Monumento a la Revolución para recoger mi coche, empecé a dudar de la veracidad de lo ocurrido. Las 7:30. Llego a mi casa. No le hubiera podido explicar a mamá-policía mi tardanza de tres horas a causa de un “encuentro cercano”, muy cercano, que tuve al cruzar Durango a las cinco de la mañana, y que me llevó hasta Contreras.

Con la aparición de “La razzia de sábado en la noche” en el *Unomásuno*, diario de circulación nacional, González “sale del clóset”, como él mismo indica: “sin redoble de tambor ni un ¿pos qué creen?...” (González, 2011), pero dejando en claro a los lectores su preferencia sexual.

Según sus propias palabras, con su familia, González de Alba no pasó por ninguna confesión difícil sobre su homosexualidad. Un día camino a Puerto Vallarta con Ernesto decidió dormir una noche en Guadalajara, en casa de sus padres. Después de cenar su madre le dijo: “hijo les voy a dejar este cuarto, pero ¿qué le digo a la güera? ¿Que prepare una cama o dos? Había camas gemelas. Una, mamá, respondió él. Y eso fue todo.

Para 1979, González de Alba había escrito su segunda novela *Y sigo siendo sola*, la cual fue rechazada por la editorial ERA, según el autor, fue Neus Espresate quien le aclaró que aunque ella no la había leído, “los lectores de la editorial dijeron que esta vez no se te dio... que no va con tu imagen”. Entonces la llevó a editorial Joaquín Mortiz que la publicó por primera vez, pues más tarde aparecería bajo el sello editorial de Cal y arena. Entre 1980 y 1995 publicó el volumen de cuentos *El vino de los bravos* (1981), el libro de poesía *Malas compañías* (1984), los artículos de divulgación científica *Bases biológicas de la bisexualidad* (1985) y *La ciencia, la calle y otras mentiras* (1989), además de las novelas *Jacob, el suplantador* (1988) y *Agapi mu (Amor mío)* (1993).

Desde su vuelta del exilio chileno González de Alba se había desempeñado como maestro en la UNAM, durante su año sabático viajó a París. En Francia, su vida emotiva y sexual se desarrolló tanto con amigos franceses como con mexicanos. Entre los primeros, los más cercanos serían Philippe, Daniel (viviría con ambos en diferentes momentos) y Michel⁵⁸. En cuanto a los connacionales, estaban los que se reunían en el departamento de Sergio Pitol, agregado cultural cuando Carlos Fuentes era el embajador de México en Francia. Además de lo anterior, en París González de Alba tendría numerosas experiencias sexuales anónimas en el canal Saint Martin y el cine Luxor. Entre los lugares que resultaron para él inolvidables estaba la disco Le Palace que “había sido un cine viejo grandotote al que le quitaron las butacas y lo convirtieron en una disco sensacional” (Zerón-Medina, 2014). Allí todos vestían pantalón vaquero, camiseta blanca y usaban bigote. Para él los bares gay mexicanos eran feos y pequeños, además de que en varios de ellos probablemente las bebidas estaban adulteradas.

Cuando regresó de su año sabático decidió que mostraría a los capitalinos lo que era un buen bar gay, pero como no tenía los recursos suficientes, junto con Ernesto Bañuelos, su pareja, tuvo que conformarse al principio con abrir una *sex shop* donde

⁵⁸ Según lo que relata en su novela, *Otros días, otros años*.

“vendían libros sobre sexualidad, novelas de temas gay, carteles (...), artículos de piel negra: tangas, brazaletes con estoperoles, algunos de doble broche (la posición más ajustada servía para usarlo como <<cock-ring>>: un anillo que hace más dura la erección...” (González, 2013:85). Poco después, González de Alba y Ernesto Bañuelos incursionaron como empresarios “en la vida nocturna, rodeados de excesos, alcohol y otros placeres abrieron la cantina El Vaquero, uno de los primeros lugares abiertamente homosexuales en la ciudad de México” (Zerón-Medina, 2014) en la cual se empezaron a repartir condones y folletos con medidas de prevención contra el sida.

En 1985 uno de los movimientos sísmicos más intensos del que se tuviera memoria, 8.1 en la escala de Richter, sacudió a la ciudad de México, si bien las consecuencias de este en términos de pérdidas humanas y materiales fueron incalculables, entre los beneficios que reportó fue el resurgimiento de una ciudadanía crítica cuyo motor era el desencanto, que se organizó para apoyar en la tragedia. Para ese año González de Alba tenía la firme intención de cumplir su viejo deseo de abrir una disco “con fierros y engranes” y eso fue El Taller, en la calle de Florencia, cerca del Ángel de la Independencia, donde según su dueño desde el inicio tomaron la decisión políticamente incorrecta de hacerlo un lugar exclusivamente para hombres tal como lo habían hecho en El Vaquero [“no entrarían mujeres. De ningún sexo”, advertía González (2013: 97)]. El Taller, que según sus dueños, “fue la disco gay más querida de México por 25 años,” sufrió la hostilidad de autoridades delegacionales y González de Alba tuvo que enfrentar la corrupción de ese medio. Para quitarse de encima a algunas autoridades vistió a la disco de un proyecto “socio cultural”, empresa en la cual lo apoyó el entonces delegado Enrique Jackson. Eran los ochenta, el sida empezaba a diezmar a la población homosexual, así que organizaciones gay en colaboración con el Instituto Nacional de Nutrición, Salvador Zubirán, empezaron a dar pláticas de prevención. En colaboración con Guerrilla Gay iniciaron conferencias acerca del sida, de la homosexualidad y del mundo gay en general. Así nacieron también, con el grupo Cálamo, “los martes de El Taller”, que subsistieron por años con otros grupos a cargo.

Pasado un tiempo, González de Alba tuvo que dejar El Taller en manos de un gerente pues era imposible preparar sus clases y llegar temprano por la mañana para impartirlas si a las cuatro de la mañana aún estaba haciendo cuentas. Por esos días, a Ernesto Bañuelos, su pareja por más de una década, lo diagnosticaron seropositivo, al igual que pasaría, en distintos momentos, con sus amigos franceses Philippe, Daniel,

Michel y otros conocidos con los que había compartido experiencias durante su estancia en París. Para González de Alba la pérdida de Bañuelos (en octubre de 1987) fue particularmente complicada pues cuando se agravó su estado de salud la familia del actor ya no le permitió verlo. En diversas fechas, uno a uno (Philippe, Daniel, Michel y otros conocidos) todos murieron, excepto él.

Debido a que cada vez resultaba más difícil cubrir las necesidades de quienes asistían a El Taller (de día) en busca de información, apoyo médico y psicológico, o para realizarse la prueba del VIH, González de Alba empezó a hacer labor entre los amigos para crear “una institución de asistencia privada a infectados de VIH y enfermos de sida” (González, 2013:106). González empezó a explicarles su iniciativa en cenas organizadas en su casa a un nutrido grupo de amigos heterosexuales, entre ellos, Rolando Cordera y su esposa Marjorie Thacker, Pablo Pascual, José María Pérez Gay y Lilia Rossbach, algunos de la revista *Proceso*, muchos de *La Jornada*, José Woldemberg, Julia Carabias y Raúl Trejo, entre otros. La conclusión a la que llegaban siempre era la de reunir un pequeño capital inicial para adaptar una sala de conferencias y consultorios en las oficinas de unos condominios que les facilitó Ernesto Araiza.

Braulio Peralta, que entonces era el jefe de la sección cultural de *La Jornada* tuvo una idea: organizar un gran concierto de beneficencia, ofreció conseguir gratis a las mejores voces de ese momento: Eugenia León, Margie Bermejo, Betsy Pecanins y Tania Libertad, y como animadora a Jesusa Rodríguez. El lugar tenía que ser el Auditorio Nacional, el cual Gerardo Estrada les facilitó también sin costo alguno. Peralta usó sin reparo la sección cultural de *La Jornada* para promocionar el evento. “El semanario *Tiempo Libre* (...) nos dio su portada. <<¡Por primera vez juntas!>>, decía a toda plana” (González, 2013: 109).

El concierto fue un éxito, el Auditorio se había llenado. Sin embargo, el tiempo que pudieron emplear las instalaciones de las oficinas prestadas en el Condominio Insurgentes fue muy breve y tuvieron que dejarlo, por lo que resultaba indispensable conseguir una casa propia para el buen funcionamiento y permanencia de la Fundación. Por ello González de Alba habló con Pablo Pascual y ambos buscaron a una amiga común, Alejandra Moreno Toscano, cercana a Manuel Camacho Solís, entonces regente capitalino, para que les consiguiera una cita. Tras diversas gestiones consiguieron que el Gobierno del Distrito Federal otorgara una casa en San Pedro de los Pinos la cual se convertiría en la sede de la Fundación Mexicana contra el Sida. Por entonces González

de Alba participó en numerosos programas de televisión y radio, que trataban por primera vez el tema del Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida. También la prensa lo buscó con frecuencia cuando el desconocimiento de dicha enfermedad era casi total. De esta manera González de Alba fue uno de los principales promotores de una de las primeras organizaciones de la sociedad civil que se preocupó por atender a las víctimas de la pandemia y por advertir a la población sobre lo que estaba sucediendo.

En 1997 obtuvo el Premio Nacional de Periodismo por su labor en la divulgación de las ciencias. En 1998 publicó el artículo de divulgación científica *Los derechos de los malos y la angustia de Kepler* y, en 2000, *El burro de Sancho y el gato de Schrodinger: un paseo al trote por cien años de física cuántica y su inesperada relación con la conciencia*; así como las novelas *Cielo de invierno* en 1999 y *El sol de la tarde* en 2003.

El otro exilio

Como ya se comentó en el capítulo anterior, tras la polémica que entabló en contra de Elena Poniatowska en 1997, el grupo de intelectuales de izquierda con los que había convivido cercanamente lo exiliaron de sus eventos y lo expulsaron de sus comentarios, entrevistas y publicaciones, para entonces también lo habían despedido de *La Jornada* y su columna *La ciencia en la calle* había desaparecido. También la relación con sus amigos de la ex dirigencia del 68 había cambiado, muchos de ellos, o bien se encontraban trabajando para el gobierno, o tenían vínculos cercanos con el grupo de Monsiváis y Poniatowska, o estaban en los grupos de izquierda a los que desde inicios de los noventa González de Alba empezó a dirigir agudas críticas⁵⁹.

Acerca del distanciamiento de González de Alba del grupo político al que había pertenecido, Raúl Álvarez Garín, compañero del CNH e integrante de pregrupo, comentó en entrevista su impresión de que para El Lábaro el movimiento estudiantil no representó lo que para otros militantes y abundó en que

⁵⁹ Por sólo mencionar algunos ejemplos: Raúl Álvarez Garín fue promotor de las publicaciones *Punto Crítico* y *Corre la voz*, y fundador del Comité 68 Pro Libertades Democráticas y del PRD; Gilberto Guevara, fue subsecretario de Educación Básica, de 1992 a 1993 durante el gobierno de Carlos Salinas, y en el de Ernesto Zedillo se desempeñó como asesor de la Secretaría de Educación Pública (SEP) y, posteriormente, en el Instituto Nacional para la Evaluación de la Educación (INEE); director de la revista *Educación 2001*, catedrático de la UAM; Salvador Martínez della Rocca, fue fundador del PRD, académico de la UNAM y de la Universidad Autónoma de Guerrero, Secretario de Educación del Distrito Federal (2012) y, en 2014 fue nombrado Secretario de Educación en Guerrero.

detrás de esa postura desafiante, Luis tiene angustia de volver a vivir una situación como la de 68, de volver a sufrir cárcel por algo que no fue tan representativo en su vida. Luis no era como los otros, militante desde joven. En ese sentido él se comportó muy bien durante el movimiento y la cárcel, pero después cambió. El 68 nos acentuó los miedos violentamente a todos, pero la izquierda no admite esa conducta (Entrevista a Álvarez, 2010).

En esos años, no solo sufriría el destierro de los sectores ya mencionados, sino también el señalamiento de otros. Basta recordar que para 1998, en el treinta aniversario del movimiento estudiantil, se registró un importante número de libros que trataban el 68 mexicano. Entre ellos y a pesar de su escasa difusión, uno de los más polémicos, fue *68: Tiempo de hablar* de Sócrates Campos Lemus. El libro presentaba un “ejercicio reivindicatorio del controvertido ex representante de la Escuela Superior de Economía ante el CNH, quien había sido señalado en diversas ocasiones como el más conocido delator del movimiento estudiantil” (Jiménez, 2011: 163). En su escrito Campos Lemus se defendía de las acusaciones que otros dirigentes del CNH le hacían y criticaba su tendencia al martirologio. “En el extremo del abuso a las referencias personales y a la pobreza argumentativa que caracterizaron al libro, Campos llega a referirse a Luis González de Alba como alguien que “alienta la degradación humana pervirtiendo a nuestros jóvenes”, en alusión a la reivindicación pública de éste respecto a su preferencia sexual” (Jiménez, 2011: 163).

A través de dicha publicación puede observarse cómo además de las posiciones en contra o a favor de sus ideas políticas, González de Alba se encontraba de manera constante en el ojo del huracán por haber asumido abiertamente su homosexualidad, pues sin importar las varias décadas de lucha por los derechos humanos de esta minoría las actitudes homofóbicas y machistas, originadas en el prejuicio y la ignorancia, continuaban inamovibles.

En el 2000, González de Alba regresó a Guadalajara donde radica hasta la fecha. En 2004 y 2007 publicó respectivamente, los ensayos *Las mentiras de mis maestros* y *AMLO: la construcción de un liderazgo fascinante*; por lo que respecta a divulgación de la ciencia editó *La orientación sexual: reflexiones sobre la bisexualidad originaria y la homosexualidad* (2003) *Niño o niña. Las diferencias sexuales* (2006) y *Maravillas y misterios de la física cuántica: un paseo por la física del siglo XX y su inesperada relación*

con la conciencia (2010); en poesía *El sueño y la vigilia* (2006), y en novela *Otros días, otros años* (2008), una nueva versión de *Sol de la tarde* (2009) y *Olga* (2010).

En la elección de 2012 para presidente votó por Josefina Vázquez Mota, pero reconoce que “fue un voto por lástima, sabiendo que no ganaría” (Zerón-Medina, 2014). A la pregunta sobre qué dejó a México la lucha del 68, responde que “parte de la vida democrática de ahora es consecuencia de aquella talacha” (Zerón-Medina, 2014).

En la actualidad sus temas preferidos son los científicos. Su rutina consiste en trabajar los domingos un texto de divulgación científica y los lunes uno sobre política. Por las mañanas revisa periódicos y más de un centenar de títulos de bases de datos científicos, en inglés, pues desconfía de los que están traducidos. Después dedica algún tiempo en Facebook, en ocasiones leyendo los mensajes de sus muchos seguidores, publicando información (de índole política, científica o personal), o bien, respondiendo algunos comentarios.

Entre sus cibernautas asiduos se encuentran amigos cercanos pero también usuarios de Facebook de las más diversas edades, filiaciones políticas, preferencias sexuales y profesiones, que lo siguen, entre otras situaciones, por la ácida crítica que lanza a derechas e izquierdas; por sus artículos científicos; o bien, porque representa una voz autorizada en términos de militancia gay, dentro de estos son numerosos aquellos que conocieron El Taller, o que a través de la Fundación Mexicana contra el Sida y de los muchos libros y artículos publicados por González de Alba encontraron apoyo e información para asumir de mejor manera situaciones adversas (enfermedad, depresión, acoso, discriminación, entre otras), derivadas de su condición homosexual.

Pero igual que cuenta con este conjunto de seguidores que le profesan respeto y admiración incuestionables, también a través del ciberespacio, González de Alba entabla feroces discusiones con personas que están totalmente en contra de sus posturas políticas o, incluso, científicas. El análisis de la comunicación que sostiene este autor con los diversos cibernautas representa una veta de análisis que valdría la pena abordar.

No hubo barco para mí

Su más reciente publicación es un ensayo autobiográfico que vio la luz en julio de 2013, bajo el sello editorial de Cal y arena, *No hubo barco para mí*. Con este trabajo, González

de Alba incumplió su intención de cerrar el capítulo del movimiento estudiantil y “no volver a hablar de él”, como señaló en 2008 cuando publicó *Otros días, otros años*.

En *No hubo barco...* el autor rescató algunos artículos publicados previamente, entre ellos, “Veinte años del Taller” (2008), “La mecedora de Nancy” (2011), “En descargo de Elena Poniatowska” (2011), “Una huelga de hambre y los ojos de Rocco” (2012) y los complementó con otros nuevos para formar un ensayo autobiográfico que es a la vez una recuperación de la memoria y un ajuste de cuentas que entrevera pasajes personales y políticos.

En este nuevo libro el autor hace patente su casi obsesiva necesidad de hurgar en el pasado y revisar el significado profundo de ciertos acontecimientos que determinaron su trayectoria política, profesional y personal. En cierto sentido trata de poner en su justa dimensión algunas etapas de su historia, personajes, ideas y sentimientos que no solo incidieron en su vida sino también en el itinerario de este país. Como en muchos de sus escritos anteriores, en lo político, vuelve a tratar de esclarecer lo que sucedió el 2 de octubre en Tlatelolco y a revisar algunos aspectos de la polémica que entabló con Elena Poniatowska, basándose en los orígenes de los libros que la suscitaron: *Los días y los años* y *La noche de Tlatelolco*; mientras que en el terreno personal, regresa (como en *Otros días, otros años*) sobre los recuerdos del intenso duelo que vivió tras la muerte de Ernesto Bañuelos y de sus amigos franceses, asumiéndose como un sobreviviente agobiado por la culpa de no haber corrido la misma suerte que ellos.

No hubo barco para mí condensa también “una cadena de rebeliones contra la ortodoxia de izquierda que González de Alba resiente en lo más íntimo” (Woldemberg, 2014: 77). Desde el joven ex dirigente del 68, exiliado en Santiago de Chile (que como se asentó al inicio de este capítulo) contravino las actitudes homofóbicas de sus compañeros dirigentes en la exhibición de la cinta *Teorema* de Pasolini; pasando por el González de Alba de los primeros grupos gay que señaló la rigidez de algunas facciones de la izquierda más tradicional que no aceptaban de buen grado que agrupaciones homosexuales se unieran a sus causas; o el González de Alba de los ochenta cuando era columnista de *La Jornada* que a pesar de saber que la mayoría de sus lectores no estarían de acuerdo con él se posicionó en contra del Consejo Estudiantil Universitario (CEU) cuando este pretendía conservar el pase automático y defendía la gratuidad de las cuotas en la UNAM; o el González de los noventa que se atrevió a criticar al, por entonces, muy popular Sub Comandante Marcos; hasta el González de Alba maduro que

puso el dedo en la llaga al señalar los tropiezos del lópezobradorismo y la corrupción de las administraciones de izquierda en el D.F.

Según José Woldemberg, en *No hubo barco para mí*, el autor entiende que dar a conocer lo que acontece en el ámbito privado resulta “un bocado apetecible”, lo cual lo conduce igual a recrear anécdotas que dejan un buen sabor de boca que a ajustar cuentas con sus otrora amigos o compañeros. Un balance difícil de conservar porque en ocasiones lo conduce a memorias agradables y en otras a “rudos episodios no exentos de un toque vengativo” (2014:78). Acerca de lo anterior el ex consejero presidente del IFE abunda:

[González de Alba] sabe que sus posiciones le han granjeado no pocas animadversiones dentro de la izquierda. Pero sabe también que contemporizar con elaboraciones y conductas como las enunciadas no sólo deforman el rostro y los proyectos de eso que llamamos izquierda, sino que tienen un impacto más que negativo en los valores y principios que deben presidir nuestra convivencia. En ese terreno es intransigente. Y su intransigencia es siempre un llamado de atención que es escuchado por unos pero que irrita a muchos. En épocas en las cuales, como en la noche, todos los gatos son pardos, una voz singular y punzante es agradecible e incómoda. Ni modo.

Sin embargo, si bien Woldemberg reconoce la parte positiva de su crítica, también señala que en ocasiones el enojo de González de Alba lo pierde y lo conduce a plantear generalizaciones “excesivas e injustas. Llamar, por ejemplo, “bazofia” a una lista de personas que en el pasado militaron en el PRI y hoy lo hacen en alguna agrupación de izquierda, no se lo debería permitir él mismo” (Woldemberg, 2014: 79).

Hacia el final del libro González de Alba permite entrever un sentimiento de profunda desilusión, una sensación de derrota de la vida para la que no tiene explicación, la cual se confirma con el nombre y el epígrafe de su texto, en el que Kavafis, su poeta más entrañable sentencia: “Siempre llegarás a esta ciudad. A otras ni esperes, no hay barco para ti...”

Desde los veinte años González de Alba ha sido un asiduo lector de Constantino Kavafis, poeta griego nacido en Alejandría (1863-1933) que se convirtió en los sesenta en un ícono de la cultura gay. Prácticamente toda su trayectoria vital ha estado acompañado de sus versos, vale la pena conocer completo el poema *La ciudad* (uno de los más cercanos para el autor) pues quizá este recupera la experiencia presente que inquieta a González de Alba con respecto a su existencia.

La ciudad (1910)

Dijiste: “Me iré a otras tierras, me iré a otros mares.
Otra ciudad aparecerá mejor que ésta.
Cada esfuerzo mío, una condena tiene grabada;
y está mi corazón —como un muerto— enterrado.
Mi espíritu hasta cuándo seguirá en este marasmo.
A donde mis ojos dirija, a donde vea,
negros escombros de mi vida miro aquí,
donde tantos años he pasado y destruido y arruinado”.

Nuevos lugares no encontrarás, no irás a otros mares.
La ciudad te seguirá. En las mismas calles vagarás.
Y en los mismos barrios envejecerás;
y entre estas mismas casas encanecerás.
Siempre a esta ciudad has de llegar. Para otras —ni lo esperes—
no hay barco para ti, no hay camino.
Así como tu vida has destruido aquí
en este pequeño rincón, en toda la tierra la arruinaste.

Más allá del tono nostálgico del poema y de que posiblemente pudiera reflejar cierta parte de sus sentimientos actuales, en general la vida y la obra de Luis González de Alba han transitado por una ruta contraria a la desilusión, su camino ha estado iluminado por la pasión, la lucha y la rebeldía, sin las cuales, posiblemente no hubiera podido sortear la opresión política (en los sesenta y los setenta), pero también los prejuicios, los sectarismos, la homofobia y el machismo, a lo largo de su trayectoria.

Y es que, para algunos sectores, la transgresión del autor ha sido doble, primero en el aspecto político, en contra del régimen; pero después, en oposición a la moral establecida, en contra de lo políticamente correcto, del modelo viril y heroico del líder político. Aunado a lo anterior González de Alba ejerce una crítica que no deja impune nada ni a nadie, en una obsesión con tintes justicieros pero incluso, en ocasiones, también revanchista.

Resulta una voz incómoda que denuncia en diferentes niveles, sin importar ideologías; que señala el castigo que inflige una sociedad mojigata que no perdona el disenso y la crítica. Refleja también el precio de haber pertenecido a grupos en los que se profesaban lealtades casi ciegas: el condicionamiento. Y el castigo por no adherirse a su incondicionalidad: la ruptura y el exilio.

Con todo, “El Lábaro” es un sobreviviente: ha resistido el movimiento del 68, la cárcel, el sida, la pérdida de sus relaciones más cercanas, la ruptura con grupos de amigos y compañeros de proyectos profesionales comunes. Posiblemente su obsesión de revisar el pasado y rescatarlo del olvido a través de sus muchos testimonios autobiográficos sea por esta anunciación prematura del final, por esta continua proximidad con la muerte.

De González de Alba habría que rescatar el valor que otorga a lo individual y a lo íntimo para comprender cabalmente lo político; su vocación por la fiesta y la alegría (si bien, a veces, libertina y desparpajada); y su valentía para reivindicar el placer.

Pero, sin duda, lo que lo retrata de forma más fiel y nos prodiga como enseñanza mayor es su libertad para criticar a intelectuales de izquierdas y derechas; su autonomía al no estar sujeto a los condicionamientos de los amiguismos y los favores que deben pagarse. Quizá por eso (nos guste o no su postura ideológica y política) su crítica casi siempre es aguda y sobre todo independiente, pues no tiene lazos que, como a otros autores, lo comprometan a aprobar o desaprobar hechos o ideas.

CONCLUSIONES

La lectura, la cárcel y la escritura

Una constante en la formación de González de Alba, es la lectura y el contacto con otras manifestaciones artísticas desde sus orígenes. El hecho de que, por ejemplo, su madre tuviera interés por la lectura y la disfrutara, puso a este en contacto con los libros desde la niñez, inculcándole el hábito lector. El hecho de contar con un entorno donde no solo la literatura sino también la música y la pintura tuvieran cabida (recuérdese a su tía Isaura y primos mayores) lo acercaron al terreno cultural, el cual buscaría durante toda su vida.

Aunque González era ya un asiduo lector cuando llegó a la UNAM, inscribirse en la Facultad de Filosofía le permitió entrar en contacto con obras determinantes de las que se nutrió: los existencialistas, diversas lecturas marxistas, los autores de la generación del Medio Siglo y del “boom” latinoamericano, además de que empezó a leer la poesía del autor griego Constantino Kavafis.

A través de las lecturas que realizó es posible pensar en un joven que oscilaba entre la liberación y la represión (Marcuse); entre la disciplina militante (Lenin) que representaba en ese momento el “deber ser”, y una parte más íntima en la que se empezaba a perfilar un González de Alba independiente, con una sensibilidad literaria y poética que a la larga lo alejaría del grupo del que formó parte en su juventud. Es muy posible que la biblioteca interior de González de Alba jugara un papel determinante en los intereses y en el rumbo que seguiría su historia.

Quizá por ello cuando cobró conciencia de la excesiva represión que se vivía en el México de los sesenta, no solo en lo político sino en lo social y en lo personal, sumada a su consumo académico y cultural (libros, revistas, periódicos, cine, teatro, música, conferencias, mesas redondas, etc.), así como a la militancia previa, él y sus compañeros del CNH se precipitaron a tomar parte en el movimiento, el cual los radicalizó.

Los jóvenes saltaron a la escena nacional tras décadas de sometimiento. El insospechado crecimiento del movimiento quizá creó las condiciones para que González de Alba y sus compañeros de lucha se experimentaran poderosos, capaces de incidir y transformar las condiciones de sometimiento que formaban parte de su cotidianidad. González pasó de ser el hijo reprimido de su padre en Guadalajara al dirigente carismático con capacidad de dialogar a través de su escritura con las altas esferas del

poder (recordemos la carta en la que González da respuesta al Informe presidencial de Díaz Ordaz).

Pareciera que la referida capacidad transformadora que experimentaron fue tan intensa que tanto González de Alba como sus compañeros la llevaron consigo a la cárcel. De esta manera, los jóvenes presos políticos se apropiaron de este espacio convirtiéndolo en un lugar fértil que venció al aislamiento y la inmovilidad.

En este sentido, su estancia en la cárcel puede considerarse *sui generis*, ya que no se trató de una reclusión caracterizada por vejaciones y torturas cotidianas. El Lecumberri de González de Alba y sus compañeros del CNH, si bien tuvo el enorme peso de la angustia provocada por las largas condenas impuestas y el peligro latente de morir a manos de los presos comunes, también representó un invaluable espacio formativo y de organización donde les fue posible convivir y conocer a profundidad las ideas políticas de otros luchadores sociales y donde tuvieron tiempo para leer y escribir sin que nadie revisara los libros que elegían o los textos que crearon. Se trataba de otro rostro de Lecumberri, uno que González se atrevió a presentar, incluso, como un lugar festivo que trascendía la idea del horror y el martirio.

El ejemplo de maestros e intelectuales sirvió de modelo para llevar a cabo un encierro productivo, en el que lo mismo prepararon exámenes que concluyeron tesis, de igual manera se regularizaron en materias que les parecían difíciles.

Quizá el hastío de los primeros momentos de encierro ayudó a realizar un alto en el camino que propició un recuento interior de lo sucedido, este repaso a través de charlas y discusiones de lo que González junto con otros compañeros vivieron durante los cuatro meses que duró el movimiento estudiantil fue un elemento nodal que posteriormente detonaría la escritura de diversos libros y artículos que los participantes fueron creando y publicando a su tiempo. Estas conversaciones y los debates que iniciaron en Lecumberri aún no concluyen, los representantes siguen manteniéndolos a través de los artículos que publican en diferentes medios, de sus libros o de las conferencias y entrevistas que proporcionan. Pareciera, incluso, que cada aniversario del movimiento estudiantil se actualizaran y salieran a la luz nuevos puntos que abordar.

Pero volviendo al ámbito de la prisión, la restricción de la libertad permitió a estos jóvenes, en general, y a González de Alba, en particular, enfocarse sin interrupciones en crear sus diferentes escritos. Ante la incomunicación y el silencio impuestos por los muros carcelarios, estos activistas encontraron resquicios para desarrollar sus proyectos,

para escribir cuanto les acontecía, “para inmortalizar su condición de represaliados y para establecer hilos de unión con el mundo exterior” (Castillo, 2003: 53).

Pareciera que la experiencia límite de la prisión dotó a estos jóvenes de una necesidad urgente de trascendencia y, entre otras situaciones, los hizo poner en juego todo su potencial para organizarse y explorar la capacidad liberadora de la escritura. Las obras que se escribieron en el periodo 1968-1971 en Lecumberri (sobre todo *Los días y los años* y *La noche de Tlatelolco*, por su incesante circulación) evidenciaron lo impetuoso de la inteligencia y la imaginación, y confirmaron el derrumbe de los muros ante la energía creadora.

Los jóvenes presos emplearon la escritura como un arma de defensa, de convencimiento, de disuasión, pero también como una vía para contrarrestar el paso del tiempo y la muerte, para que estos no terminaran con lo valioso de su memoria. La cárcel también ayudó a que algunos internos descubrieran vocaciones, como González de Alba quien a través de *Los días y los años* inicia su carrera de escritor.

A través de la escritura de su primera obra González de Alba se redescubre y se redefine, se aclara y da los primeros pasos para delinarse a sí mismo; empieza a dejarse ver tanto en lo que escribe, como en lo que oculta. Sin importar la demoledora crítica que Revueltas hizo a *Los días y los años*, González de Alba decidió publicarlo, de esta manera eligió el parricidio por sobre la parálisis.

En el aspecto personal, es en el espacio carcelario donde González de Alba encuentra, paradójicamente, un espacio liberador con respecto a la asunción de su orientación sexual, pues el cautiverio entre varones le permite explorarse a través de algún encuentro sexual o la relación que sostiene con Pepe Mijares.

Sobre Los días y los años

Una característica importante que habría de determinar los derroteros de *Los días y los años* fue su carácter colectivo. Entre las ventajas que representó esta característica fue la de posibilitar una visión más amplia y completa de los hechos en torno al movimiento estudiantil (dado que las condiciones de cárcel impedían a los presos consultar las fuentes necesarias). Asimismo, la discusión y contención de otros quizá ayudó a hacer un libro más preciso y confiable. En contraparte, al ser un trabajo de conjunto, la obra podía encontrarse sujeta a un “compromiso” del autor hacia sus compañeros de lucha. De igual

manera, esto incidió en la noción de autoría del libro. Lo más probable es que si *Los días...* no hubiera tenido un origen grupal, la polémica entre él y Poniatowska no hubiera tenido razón de ser.

El fenómeno editorial de *Los días y los años*, representó un triunfo para quienes lucharon en el movimiento estudiantil o cualquier movimiento que rechazara la represión y pugnara por la democracia, y sus muchas ediciones han hecho que varias generaciones conozcan los hechos del 68 mexicano. De igual forma, las reediciones posteriores impulsadas por el gobierno han sido, al menos, un paliativo a la situación de que los acontecimientos vividos durante 1968 no se hayan incluido aún en el libro de texto gratuito.

La crítica, en general, resultó favorable para la obra de González de Alba, en las distintas décadas, la cual destaca, entre otros puntos: tanto la capacidad del autor para reflejar con claridad y sencillez lo sucedido como su habilidad para que los lectores (la mayoría de los cuales eran jóvenes universitarios de clase media o adultos preocupados por los problemas del país, algunos de ellos educadores) se sintieran identificados con su texto; además de subrayar el hecho de que *Los días y los años* no tuviera, como otros libros del 68, un tono donde el heroísmo y el martirologio imperaran sino un “medio tono narrativo” (Domínguez y Martínez, 1995: 223) alejado de lo trágico.

De lo marginal a lo hegemónico y viceversa

Al realizar el estudio editorial de *Los días...* y transitar los caminos de la formación de su autor, es posible observar la manera en la que se han ido construyendo y consolidando algunas narrativas sobre el 68 mexicano. Al aparecer los libros de González de Alba y Elena Poniatowska, por ejemplo, a principios de los setenta, la narrativa hegemónica era la oficial, la cual culpaba a los estudiantes de ser agentes desestabilizadores del país y de las muertes de Tlatelolco, y los libros aludidos pertenecían a lo marginal.

Con el paso del tiempo, y dado el éxito de ventas de ambos libros (situación poco común en el mercado editorial de aquellos días), así como la apertura democrática que, entre otros aspectos, impulsó una estrategia de reconciliación con los estudiantes y demás sectores que habían sido reprimidos, las narrativas presentadas en estos libros así como sus autores, pasaron de la disidencia a la hegemonía.

Aunque en un principio el costo para los dirigentes del 68 fue muy alto en el ámbito personal (la cárcel y el desprestigio), pronto las recompensas, no se hicieron esperar, el “encontronazo con la Historia” (la súbita dirigencia de un movimiento de masas y la oposición a un gobierno altamente represor) rindieron frutos, ya que si bien la prisión les quitó casi tres años de libertad, en contraparte, les brindó la oportunidad de ubicarse en un grupo y los dotó “de solvencia moral” (Monsiváis: 2008).

Es posible que gracias a la existencia de *La noche de Tlatelolco* y *Los días y los años*, los integrantes del pregrupo (Luis González de Alba, Raúl Álvarez Garín, Gilberto Guevara Niebla, Eduardo Valle, “El Búho”, Félix Hernández Gamundi, Salvador Martínez della Rocca, “El Pino”) hayan sido reconocidos como las voces más autorizadas acerca del movimiento, figuras heroicas infaltables en entrevistas, aniversarios y demás conmemoraciones. El paso del tiempo, así como el cambio de circunstancias de los actores (que pueden ser de índole diversa: editoriales, íntimas e ideológicas, por ejemplo) va modificando también la narrativa dominante.

Resulta importante desmitificar la interpretación del 68 de estos militantes y la imagen heroica que se ha construido en torno a ellos ya que resta fuerza a otras posturas (las de participantes del movimiento que no eran dirigentes o no estuvieron presos, por ejemplo).

Los intelectuales y la memoria

Al emprender la revisión de una obra literaria es imposible dejar de lado a los grupos intelectuales que presiden la actividad editorial de un espacio determinado. Aunque no era el centro de esta investigación consideré relevante, y no solo telón de fondo o mero contexto, presentar algunas particularidades del mundo intelectual de la época, al menos del o los grupos que intervinieron de cerca en las historias de *Los días...* y en la formación de González de Alba. El profundizar sobre este tema representa una veta por explorar que podría ser considerada en futuras investigaciones.

Por lo que respecta a la polémica emprendida por González de Alba, entre otras situaciones, destaca el control que pueden ejercer algunos grupos culturales hegemónicos para aceptar o bloquear un producto cultural determinado; para inducir su marginación o incluso su desaparición no solo del mercado editorial, sino de la memoria o del acervo de una nación.

ANEXO 1

Breve descripción de Los días y los años

Género y tiempos o planos narrativos

Desde su nacimiento en 1971, *Los días y los años*, ha sido una obra en cuya clasificación los expertos no se han puesto de acuerdo, ya que mientras algunos la consideran una novela autobiográfica, para otros se trata de una crónica testimonial autobiográfica. En opinión de Asiain (2001), el primer libro de González de Alba es una novela, “memoria inmediata de los acontecimientos, (...) historia colectiva narrada por un sobreviviente” y asegura que aunque se trata de una novela, debido a su carácter colectivo y al hecho de que da voz a otros, adopta la forma de una crónica.

En este trabajo manejaré la obra de González de Alba como una crónica en tres planos o tiempos narrativos: el de la calle, el de la cárcel y el intimista.

La calle

El primer plano lo constituyen las numerosas escenas retrospectivas a través de las que González de Alba transporta al lector a su pasado reciente, a los días en que los estudiantes mexicanos (junto con otros sectores que se sumaron al movimiento estudiantil de 1968) hicieron suyas las calles de la ciudad de México, a través de marchas, mítines, plantones, brigadas.

Tiempo en que la juventud vuelve a aparecer como personaje central en la escena nacional –tras más de 50 años de silencio y “buen comportamiento” (González, 1993: s/n) – y se manifiesta. Momento de transgredir, de romper viejos moldes: “prohibido prohibir”. Aires de fiesta, de carnaval, de la repentina hermandad entre desconocidos.

Días en los que “todos éramos uno (...) de retorno al placer, a la ‘bola’ ” (González, 1993: s/n), de subvertir el orden establecido, de exponer a voz en cuello “todas nuestras exigencias, y también, ¿por qué no?, todos los insultos que se le ocurren a una multitud indignada”

Tiempo de gritos de alegría y de explosión, pero también de dolor ya que la movilización trajo aparejada la represión y la tortura. Por todo el centro de la ciudad se veían personas golpeadas (...) La policía fue tan eficiente que en una sola tarde golpeó a los politécnicos que protestaban por las agresiones iniciadas

esa semana; a los universitarios de las prepas (...); a los miembros de diversos grupos políticos de izquierda (...) Las acciones de la policía lograron lo que parecía imposible: la unión Politécnico-Universidad, y la de los grupos de izquierda (González, 1986).

El uso del discurso narrativo-descriptivo resulta preponderante en este primer plano y el empleo de la primera persona del singular y plural (“yo” y “nosotros”) y tercera del plural (“ellos”) son frecuentes. Asimismo, a través de dicho plano es que el autor recuerda las fechas más importantes del movimiento estudiantil mexicano no necesariamente en orden cronológico ni secuencial sino dando saltos en el tiempo y entreverándolas con los otros dos planos: el de la cárcel y el intimista.

Entre los eventos que González de Alba destaca se cuentan: El incidente ocurrido a fines de julio entre alumnos de la preparatoria particular Isaac Ochoterena y los de las vocacionales 2 y 5 del IPN, el cual es reprimido por la policía y se considera el inicio del movimiento; la manifestación del 26 de julio en conmemoración a la Revolución cubana; el “bazukazo” por parte del ejército a la Preparatoria 1, entonces en San Ildefonso; la integración del Consejo Nacional de Huelga; la marcha del 1 de agosto encabezada por el rector Barros Sierra; la marcha y mitin del 5 de agosto en el cual se formalizaron, por vez primera, las demandas que los estudiantes sostendrían durante dos meses de lucha; las marchas del 13 de agosto (cuando los estudiantes entran por primera ocasión al Zócalo y en la que participaron 300 mil personas; la del 27 de agosto y la del 13 de septiembre o marcha del silencio; la toma de CU por el ejército; la renuncia de Javier Barros Sierra y la matanza del 2 de octubre y la aprehensión de los líderes del CNH, entre otras.

Casi todas las fechas anteriores son relatadas desde la experiencia del autor o de alguno de sus compañeros dirigentes, esto es desde su calidad de testigos presenciales. Se trata de pequeños relatos o crónicas llenas de “color”, que apelan a la emoción del lector, provocando quizá en algunos jóvenes cierta identificación al adherirse a la rabia y al rechazo a la autoridad (propios de esa etapa de la vida) y experimentados por los protagonistas centrales de la obra, los dirigentes del CNH.

Asimismo, en el plano de las mencionadas escenas retrospectivas que tienen lugar en la calle, se vislumbran algunos personajes que aunque no son principales, y ni siquiera tienen un rostro específico, a lo largo de toda la obra se encuentran presentes:

me refiero a la ciudadanía, la sociedad civil a quien en ese momento el autor llamaba “la gente”, “los vecinos”, “las señoras”, “mares de cabezas”, en diferentes partes del texto.

Ya el 26 mucha gente intervino a favor de los estudiantes. Desde los balcones de sus casas, las señoras arrojaban objetos pesados contra los granaderos que avanzaban en filas cerradas; uno de ellos fue herido con un macetazo que le hundió el casco protector (González, 1986: 28).

La cárcel

El segundo plano, el de la cárcel, se evidencia cuando González de Alba habla básicamente en primera persona del singular y/o del plural (“yo” y “nosotros”, personas gramaticales que lo ubican como testigo y participante directo de los acontecimientos) desde su presente que transcurre en el penal de Lecumberri, donde entre 1969 y 1970 escribe el que fuera su primer libro.

El universo tras las rejas que nos muestra el autor, no es oscuro como el de *El Apando* de José Revueltas, sino uno que transita del miedo a la calidez, del castigo a la solidaridad y el apoyo, tanto de compañeros de presidio como de los grupos que organizaron los estudiantes desde fuera de la cárcel para apoyar a sus compañeros presos. Con el fin de ahondar un poco en este punto y de describir la obra a través de la mirada de dos expertos, en su *Antología de la narrativa mexicana del siglo XX*, Christopher Domínguez y José Luis Martínez señalan:

Los días y los años ha sido omitida del inventario novelístico del 68 justamente por aquellos críticos ansiosos por descubrir la obra representativa (...) El cuerpo en Revueltas es un pudridero mientras que González de Alba habla del cuerpo sano, de la existencia física y psicológica de hombres en la cárcel. *Los días y los años* fue un hecho afortunado para la literatura mexicana: la primera novela sobre el 68 es un libro estoico como lo hubieran entendido Séneca y Marco Aurelio. Una prueba no de heroísmo, sino de templanza (1991: 473).

Así, además de la descripción carcelaria y el tono narrativo desprovisto de heroísmo o victimización, quizá en algunos pasajes de la obra incluso podría hablarse del relato de una reclusión festiva, baste recordar cómo algunas manifestaciones creativas y anti solemnes que habían sido un sello característico durante los meses del movimiento estudiantil, se reprodujeron en algunas de las prácticas que llevaron a cabo en la prisión:

Como hace calor los muchachos andan en *shorts* o bermudas que se han hecho cortando el uniforme, cosa que jamás se había visto en Lecumberri; ya nadie usa la gorra reglamentaria ni se abotona la chamarra, y los vigilantes acabaron por cansarse: han dejado de reclamar (González, 2005: 103).

También es en el plano de la cárcel donde da cuenta de la relación y las largas charlas que sostuvo durante su reclusión con los otros dirigentes del Consejo Nacional de Huelga con quienes compartía cautiverio.

Es a través de esas interminables pláticas y acaloradas discusiones que sostenían durante su estancia en el Palacio Negro, mismas que el autor retoma en las páginas de su obra, que logra mostrar cierto contexto de los acontecimientos al tiempo que da la oportunidad al lector de conocer algo de la procedencia de estos líderes (filiaciones políticas, escuela a la que pertenecían, etc.) así como de observar la postura de cada uno frente al curso que fueron tomando los hechos. En este plano el autor proporciona una gran cantidad de datos duros que ayudan al lector a entender con mayor hondura estos eventos.

Lo íntimo

El tercer plano está integrado por un discurso personal donde el autor habla de una manera muy velada sobre los recuerdos de una relación amorosa y destaca algunos pasajes de su infancia y adolescencia (cabe señalar que proporcionalmente es el plano que menos espacio ocupa en el libro). En este plano utiliza un lenguaje más poético,

Entonces te vi, sobre la arena, después de anochecer. Habíamos bajado a la playa para caminar un rato y en una fogata un grupo cantaba esa canción antigua que conocíamos tanto y que antes de esos días nunca me había gustado (...) Un enorme barco blanco, cubierto de banderas de colores, entraba lentamente en las aguas de la bahía. Cuando nadamos hacia el barco lejano dejamos olvidada Justine y el Mediterráneo, el Nilo, el desierto al que los Nessim roban grandes porciones irrigadas, y Alejandría... Alejandría. Sólo tiene un poco de arena, me dijiste cuando lo encontramos por la noche entre las rocas (...)

Y luego en la p. 158, agrega: "Me levanté estremecido por el sentimiento de que se derrumba un mundo, mi mundo, en el que estabas tú y ese verano y ese sol, y que todo es irrecoverable como la edad que teníamos".

En ese plano personal es donde González de Alba se permite concesiones que difícilmente se autorizarían los activistas de entonces al escribir, como hablar de aspectos personales (sobre todo de índole amorosa) y cambiar el nombre de sus amigos cercanos, en este caso, el personaje que llama José Visitación en su obra, es Luis Prieto.

Ese fue el único nombre que cambié, no por ocultarlo sino para hacer un chiste privado: en La Regenta hay una mujer llamada Visitación que va y viene por el pueblo con las novedades. Luis siempre ha sido muy caminador, nunca aprendió a manejar ni tuvo auto y se mueve en camiones, rara vez en taxi, va al cine solo, llega de visita sorpresiva y todo mundo lo recibe muy bien a la hora que sea porque es un hombre encantador. Muy amigo de Sergio Pitol y de Héctor Valdés (Entrevista a González, 2012).

En suma, en *Los días y los años*, Luis González de Alba entretiene escenas de su cautiverio en compañía de algunos de los principales dirigentes del CNH, con vívidas crónicas de las fechas decisivas del movimiento estudiantil mexicano de 1968, y con sus recuerdos de niñez y adolescencia que constituyen el plano personal. Esta obra, más que un estudio profundo o reflexivo de los sucesos, transmite al lector la emoción de quienes al vivir el movimiento estudiantil desde su interior experimentaron con gran fuerza: la unión con los otros; el enfrentamiento con la autoridad, antes impensable; la ilusión de ser capaces de incidir en el cambio. *Los días y los años* humaniza los hechos, les pone rostro: el de una juventud que quiere, que necesita ser escuchada y el de una sociedad que pugna para que el país deje atrás estructuras gastadas y, acorde con los cambios mundiales, se transforme.

El libro sale a la luz en 1971 (tres años después de la matanza del 2 de octubre) lo que le da la ventaja de la oportunidad, el escenario todavía estaba caliente, la sangre seguía fresca, las heridas aún dolían. *Los días y los años* resignifica a través de su discurso el 68 mexicano, arroja nueva luz sobre este acontecimiento de primera importancia en la historia del siglo XX. Abre la posibilidad para mirar la realidad desde ángulos diferentes a los establecidos, da voz a quienes, por entonces, se les negaba, es reflejo de las tensiones sociales y políticas que se vivían a finales de los sesenta e inicios de la década de los setenta y con su sola publicación hizo frente a la represión que entonces imperaba. *Los días y los años*, ha funcionado, desde su creación, como un testimonio para las generaciones subsecuentes. Asimismo, debido a que durante años los hechos de 1968 fueron borrados de la historia oficial del país, "*Los días y los años* ya

es un libro de texto en muchas escuelas primarias y preparatorias, por lo mismo es de dominio público” (Vega y Molina, 1990: Cultura).

Los personajes

Entre los personajes principales de *Los días y los años* se cuentan los miembros del CNH que se encontraban presos con González de Alba: Raúl Álvarez Garín, Gilberto Guevara Niebla, Eduardo Valle, “El Búho” y Félix Hernández Gamundi. También aparecen el dirigente de brigada y miembro del Comité de Lucha de la Facultad de Ciencias, Salvador Martínez della Rocca, “El Pino”, Saúl Álvarez, “El Chale” y otros presos que militaban en el Partido Comunista como Pablo Gómez, Eduardo de la Vega, Arturo Zama y a los que da voz o de los que narra algún suceso destacado. A lo largo de sus páginas les da crédito directo haciéndolos parte de un diálogo que tiene lugar, por ejemplo, en torno de tazas de café o sobremesas. También se incluyen en su libro, pero no con tanta frecuencia, maestros e intelectuales, básicamente los que estuvieron en la cárcel, como Castillo, de Gortari y Revueltas; además de autoridades universitarias (el rector Barros Sierra) y autoridades extra universitarias; así como las miles de personas anónimas que, a través de su participación, dieron vida al movimiento.

Otros actores no centrales fueron los maestros (que no estaban en la cárcel, pero apoyaban el movimiento), burócratas, padres de familia, algunos intelectuales, sindicatos (que participaban en las marchas y mítines), la prensa (en su mayoría controlada por el gobierno pues casi nunca daba cuenta de lo que en realidad estaba sucediendo, aunque existían excepciones), los granaderos y el ejército, los del Batallón Olimpia, etc.

González de Alba también se refiere en su obra a los jóvenes anónimos que participaron en el movimiento estudiantil, personajes que no son principales, y ni siquiera poseen una identidad específica, pero que se encuentran presentes a lo largo de toda la obra pues a través de su participación dieron vida al movimiento (al respecto abundaré en el capítulo cuatro).

Escenarios

Los grandes escenarios de la obra son: la ciudad de México, haciendo hincapié en la zona del centro histórico y, por supuesto, en Ciudad Universitaria. Y la cárcel preventiva de Lecumberri. En este sentido, González de Alba lleva al lector del Palacio Nacional a la Plaza de las Tres Culturas, en Tlatelolco; del Zócalo capitalino al Casco de Sto. Tomás;

recorre la Alameda Central, la Ciudadela, el Hemiciclo a Juárez, la torre Latinoamericana, las calles del centro: Madero, Palma, San Juan de Letrán, Paseo de la Reforma; o bien, lo introduce a Ciudad Universitaria, lo lleva por los pasillos de la torre de Rectoría o de la Facultad de Filosofía y Letras; le muestra la torre de Humanidades y el auditorio Ché Guevara, por ejemplo.

Conceptos que destaca

Algunos de los conceptos que destaca el texto son: la juventud, la libertad, el heroísmo, el anhelo de transformación, la organización, la solidaridad, la represión, la violencia, el autoritarismo, el abuso de poder, la militancia, entre otros.

Tabla 1 (correspondiente al capítulo 4)

EDITORIAL JOAQUÍN MORTIZ	EDICIONES ERA
<i>Ensayos antropológicos</i> , de Oscar Lewis *	<i>Días de guardar</i> , de Carlos Monsiváis *
<i>Tántalo</i> , de Carlos Fuentes	<i>Los indios de México</i> , de Fernando Benítez *
<i>Cambio de piel</i> , de Carlos Fuentes (reedición)	<i>El marxismo y la revolución cultural</i> , de Isaac Deutscher (traducción; José Luis González); * <i>Lumpen burguesía; lumpen desarrollo</i> , de André Gunder Frank *
<i>Las poquianchis</i> , de Jorge Ibarregüengoitia	<i>Los días y los años</i> , de Luis González de Alba (testimonio-novela sobre el movimiento de 1968 y la cárcel). *
<i>Con él, conmigo, con nosotros tres</i> , de María Luisa Mendoza (novela que tiene como marco el 2 de octubre de 1968). *	<i>La noche de Tlatelolco</i> , de Elena Poniatowska (testimonio de historia oral).*
<i>La casa que arde de noche</i> , de Ricardo Garibay	<i>Los campesinos en la lucha de clases</i> , de Bernard Lambert *
<i>Lapsus</i> , de Héctor Manjarrez	<i>Los ferrocarrileros</i> (estudio histórico del movimiento obrero ferrocarrilero mexicano), de Mario Gil * <i>La crisis política de México</i> , de Manuel Moreno Sánchez *

REFERENCIAS

- Aguilar Camín, Héctor (1998), *La guerra de Galio*, Cal y Arena, México.
- Agustín, José (1991), *Tragicomedia mexicana, tomo I*, Planeta, México.
- Agustín, José (2004), "La onda que nunca existió", en *Revista de crítica literaria latinoamericana*, año xxx, núm. 59. Lima-Hanover, 1er. Semestre.
- Alberca, Manuel (2007), *El pacto ambiguo. De la novela autobiográfica a la autoficción*, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, España.
- Álvarez Garín, Raúl y Luis González de Alba (1997), "68: Dos aclaraciones", en revista *Nexos* 239, noviembre.
- Álvarez Garín, Raúl (1998), *La estela de Tlatelolco: una reconstrucción histórica del movimiento estudiantil de 68*, Grijalbo, México, 339 pp.
- Allier, Eugenia (2009), "Presentes-pasados del 68 mexicano. Una historización de las memorias públicas del movimiento estudiantil, 1968-2007", en *Revista Mexicana de Sociología*, año 71, núm. 2, abril-junio, pp. 287-317.
- Antonelli, Quinto (2005), "Escrituras extremas, los diarios de los prisioneros de guerra", en Castillo, A. y Sierra, V. (coords.), *Letras bajo sospecha. Escritura y lectura en centros de internamiento*. Trea, España, pp. 147-163.
- Archfur, Leonor (2013), *Memoria y autobiografía. Exploraciones en los límites*, Fondo de Cultura Económica, Argentina.
- Arroyo, Sergio Raúl, Juncia Avilés, Roger Bartra, Alberto del Castillo, Alejandro García Aguinaco, Cuauhtémoc Medina, Carlos Monsiváis, Ricardo Pérez Montfort, Georges Roque, Greco Sotelo, Álvaro Vázquez Mantecón (2008), *Memorial del 68*. Universidad Nacional Autónoma de México, Secretaría de Cultura del Gobierno del Distrito Federal, Centro Cultural Universitario Tlatelolco, Editorial Turner de México, Ciudad de México.
- Artières, Philippe (2005), "La prisión de finales del siglo XIX, una máquina grafómana", en Castillo, A. y Sierra V. (coords.), *Letras bajo sospecha. Escritura y lectura en centros de internamiento*, Trea, España, pp.135-146.
- Asiain, Aurelio (2001), "Un alma helada", *Nexos*, 1 de marzo.
- Bellinghausen, Hermann (ed.) (1988), *Pensar el 68*, Cal y Arena, Ciudad de México.
- Blanco, José Joaquín (1985), *José Revueltas: la soledad habitada*, México, Terra Nova.

- Bolaño, Roberto (1998), *Los detectives salvajes*, Anagrama, Barcelona.
- Bolaños, Claudia (2006), “Los famosos del Palacio Negro”, en diario *El Universal*, 2 de octubre.
- Boltvinik, Julio (2008), columna Economía Moral, “Recuerdos del movimiento estudiantil de 1968/ III. La experiencia de la cárcel y el valor de la libertad”, en *La Jornada*, 3 de octubre.
- Campbell, Federico (1971), “Lo que espera al lector en 1971. Una encuesta de Federico Campbell”, en *La cultura en México*, suplemento de *Siempre!*, enero pp. VII y VIII.
- Campos Lemus, Sócrates y Julián Sánchez M. (1998), *68: Tiempo de hablar 30 años después*, Sansores y Aljure, Ciudad de México.
- Carey, Eleina (2005), *Plaza of sacrifices. Power and terror in 1968, México*, University of North Carolina, USA.
- Carr, Barry (1996), *La izquierda mexicana a través del siglo XX*, traducción de Paloma Villegas, México, Era, 424 pp.
- Castillo Gómez, Antonio (2003), “Escribir para no morir. La escritura en las cárceles franquistas”, en Castillo A. y Montero F. (dirs.) *Franquismo y memoria popular. Escritura, voces y representaciones*, Siete Mares, Madrid, pp.17-53.
- _____ (2004), “La biblioteca interior. Experiencias y representaciones de la lectura en las autobiografías, memorias y diarios del siglo de oro”, en Pedro M. Cátedra y M^a. Luisa López-Vidriero (dirs.), *La memoria de los libros. Estudios sobre la historia del escrito y de la lectura en Europa y América*, Instituto de Historia del Libro y de la Lectura, Vol. II, Salamanca, pp. 15-50.
- _____ (2005), Castillo, Antonio y Sierra, V. (coords.), *Letras bajo sospecha. Escritura y lectura en centros de internamiento*. Trea, España.
- _____ (2007) (dir.), *El legado de Mnemosyne. Las escrituras del yo a través del tiempo*, TREA, España.
- Castillo, Heberto (e.o. 1973), *Libertad bajo protesta: historia de un proceso*, Federación Editorial Mexicana, México.
- _____ (e.o.1983) (2012), *Si te agarran te van a matar*, Porrúa, México.
- Cohen, Deborah y J. Lessie Frazier (2004), “México 68: hacia una definición del espacio del movimiento, la masculinidad heroica en la cárcel y las “mujeres” en las

calles”, en *Estudios Sociológicos* del Colegio de México, vol. XXII, núm. 66, septiembre-diciembre.

- Cordera, Rolando y Adolfo Orive (1984), *Desarrollo y crisis de la economía mexicana*, FCE, México.
- Cortés, Laura (2008), “Mi historia inspiró *El beso de la mujer araña*: González de Alba”, entrevista en *Milenio diario*, 25 de noviembre, Cultura.
- Cue, Alberto (editor) (1999), *Cultura escrita, literatura e historia. Conversaciones de Roger Chartier con Carlos Aguirre Anaya, Jesús Anaya Rosique, Daniel Goldin y Antonio Saborit*, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México.
- Cherem, Silvia (1999), “Vicente Rojo, medio siglo de recuerdos y escenarios”, en diario *Reforma*, 14 de noviembre.
- Darnton, Robert (1998), *The kiss of Lamourette. Reflections on Cultural History*, Faber and Faber, London-Boston.
- _____(1984), *La gran matanza de gatos*, FCE, México.
- _____(2003), *El coloquio de los autores*, Fondo de Cultura Económico, México.
- De Certeau, Michel (1999), *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*. Universidad Iberoamericana/ITESO/Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos.
- Delhom, Joël (2007), “Lo íntimo en algunas memorias de anarquistas españoles”, Université de Bretagne-Sud (Francia) ADICORE, en Antonio Castillo (2007) (dir.), *El legado de Mnemosyne. Las escrituras del yo a través del tiempo*, TREA, España.
- Deltoro, Antonio (1978), “Los años y los días” (reseña), en revista *Nexos*, núm. 009, septiembre.
- Díaz Arciniega, Víctor (1994), *Historia de la casa: Fondo de Cultura Económica, 1934-1994*, FCE, México.
- Domínguez, Christopher (1991), *Antología de la narrativa mexicana del siglo XX*, FCE, México.
- Dostoievski, Fedor M. (1989), *Las noches blancas, El jugador y El ladrón honrado*, “Sepan cuantos...”, núm. 259, México.
- *Ediciones ERA, 35 años* (1995), *Neus Espresate* (edición homenaje), Serie Homenaje a un editor, México, Universidad de Guadalajara.
- Elias, Norbert (1999), *Los alemanes*, Instituto Mora, México.

- Ergas Yasminel (1993), "El sujeto mujer: el feminismo de los años sesenta-ochenta", en Georges Duby y Michelle Perrot, *Historia de las mujeres en Occidente*, Vol. 5, Madrid, Taurus, pp. 593.
- Fuentes, Carlos (1971), *Tiempo mexicano*, Joaquín Mortiz, México.
- Fuentes, Carlos/ Merino, José Luis (1971), "Entrevista a Carlos Fuentes", *La cultura en México*, 10 de febrero.
- Fuentes, Carlos (mayo 1994, primera edición), *Diana, o la cazadora solitaria*, Alfaguara hispánica, México.
- Fuentes Molinar, Olac (1979), "Educación pública y sociedad", en Pablo González Casanova y Enrique Florescano (coords.), *México hoy*, México.
- García Chávez, Jaime (1999), "Valentín Campa, comunista de su siglo", en *El Heraldo de Chihuahua*, 8 de diciembre.
- García Torres, Beatriz (2009), "Red de voces. Un análisis de *La noche de Tlatelolco* de Elena Poniatowska", The Hebrew University of Jerusalem. Vol. 2, No. 2, julio 2009, sitio web: iberoamericaglobal.huji.ac.il/vol2num2/Article-%20Torres.pdf. Consultado el 1 de marzo de 2010.
- Gómez, Pablo (2008), *1968: la historia también está hecha de derrotas*, Porrúa, México.
- González Casanova, Pablo y Enrique Florescano (1980) (coordinadores), *México, hoy*, (1980) editorial siglo XXI, Ciudad de México.
- González de Alba, Luis (1978), "La razzia del Topo", en *Unomásuno*, noviembre.
- _____(1986), *Los días y los años*, Era y Secretaría de Educación Pública, Ciudad de México.
- _____(1988), *Jacob el suplantador*, Joaquin Mortiz, México, documento disponible en:
- <http://www.amazon.com/Jacob-el-suplantador-Spanish-Edition-ebook/dp/B0087WMZHO>, consultado en enero de 2014.
- _____(1993), "La fiesta y la tragedia", en revista *Nexos*, septiembre. Documento disponible en [:http://historico.nexos.com.mx/articuloEspecial.php?id=3764](http://historico.nexos.com.mx/articuloEspecial.php?id=3764), consultado el 3 de febrero de 2011.
- _____(1997), "Para limpiar la memoria", en *Nexos*, 1 de octubre.

- _____ (1997), "Las fuentes de la historia", en *La Jornada*, Columna La ciencia en la calle, 13 de octubre.
- _____ (1998), "Those Were the Days...", *Nexos*, núm. 241.
- _____ (1999), *Cielo de invierno*, Cal y arena, México.
- _____ (2005), *Los días y los años*, Era, Ciudad de México.
- _____ (2008), *Otros días y otros años*, Planeta, México.
- _____ (2008), "La vida cotidiana antes del 68", *Nexos*, núm. 368, agosto.
- _____ (2008), "Carlos Monsiváis: El gran murmurador", en *Letras Libres*, agosto. Documento disponible en: <http://www.letraslibres.com/revista/entrevista/carlos-monsivais-el-gran-murmurador?page=0,1>, consultado el 9 de junio de 2009.
- _____ (2008), "No, no acusé a [Elena Poniatowska] de plagio", en *Milenio* diario, columna La calle, 15 de septiembre.
- _____ (2009), *El sol de la tarde*, Quimera-Dirección General de Cultura de Guadalajara, México.
- _____ (2010), *Olga*. Cal y arena, México.
- _____ (2010), "Mi pleito con la izquierda", en *Nexos*, 1 de octubre, documento disponible en: <http://www.nexos.com.mx/?p=13951>, consultado el 5 de enero de 2013.
- _____ (2011), "En descargo de Elena", *Milenio* diario, columna La calle, 28 de marzo.
- _____ (2011), *Las mentiras de mis maestros*, Cal y arena, México.
- _____ (2011), *El vino de los bravos*, Booket (Planeta), México.
- _____ (2011), "La mecedora de Nancy", *Nexos en línea*, 1 de mayo.
- _____ (2012), "Una huelga de hambre y los ojos de Rocco", *Nexos en línea*, 1 de agosto.
- _____ (2013), *No hubo barco para mí*, Ediciones Cal y Arena, Ciudad de México.
- Guevara Niebla, Gilberto (2004), *La libertad nunca se olvida*, Cal y Arena, México.
- _____ (2008), *1968: Largo camino a la democracia*, Cal y Arena, Ciudad de México.

- _____(2008) “Una escuela de libertad”, en revista *Nexos* no. 368 agosto.
- _____(2012), “Rolando Cordera: aquellos tiempos”, en *Nexos*, 1 de mayo. Documento disponible en: <http://www.nexos.com.mx/?p=14813>, consultado el 12 de mayo de 2013.
- Greaves, Cecilia (1988), “La Secretaría de Educación Pública y la lectura, 1960-1985”, en *Historia de la Lectura en México. Seminario de la Historia de la Educación en México*, México, El Colegio de México.
- Harris, Chris (2010), “Luis González de Alba’ s *Los días y los años* (1971) and Elena Poniatowska’ s *La noche de Tlatelolco* (1971): Foundational Representations of Mexico `68”, *Bulletin of Latin American Research, Journal of the Society for Latin American Studies SLAS 7*, University of Liverpool, UK, March, Volume 29, Issue Supplement s1, Pages vii–viii, 1–177. También disponible en *Reflections on Mexico '68*. Wiley-Blackwell, Oxford, pp. 107-127. ISBN 978-1444332766.
- Illades, Carlos/ Ruiz Mondragón, Ariel (2014), “El pensamiento de izquierda: renovarse desde la tradición. Entrevista con Carlos Illades”. Entrevista publicada en *Etcétera*, núm. 158, enero de 2014.
- Jiménez, Héctor (2011), “El 68 y sus rutas de interpretación: una crítica historiográfica”, tesis de maestría (bajo la dirección de Víctor Díaz Arciniega), UAM- Azcapotzalco, México.
- Kavafis, Konstantinos (1998), *56 poemas*, Mondadori, Madrid.
- Krauze, Enrique (2014), *La presidencia imperial. De Manuel Ávila Camacho a Carlos Salinas de Gortari*, Biblioteca Histórica Enrique Krauze y Tusquets editores, México.
- _____ (2014), *Octavio Paz: El poeta y la revolución*, Debolsillo, México.
- _____(2014), “Octavio Paz, el pensador poético de la historia mexicana: Enrique Krauze”, documento disponible en Sitio Conaculta (4 de abril de 2014),: <http://www.conaculta.gob.mx/noticias/libros-revistas-y-literatura/33173-octavio-paz-el-pensador-poetico-de-la-historia-mexicana:-enrique-krauze.html>, consultado el 2 de diciembre de 2015.
- Kulansky, Mark (2004), 1968, *El año que conmocionó al mundo*, Ediciones Destino, España, pp. 250.

- Laguarda, Rodrigo (2008), “¡Tenemos un mundo por ganar! Visiones militantes de las homosexualidades masculinas en la Ciudad de México”, en *Historia y Grafía*, núm. 31, pp. 133-161.
- Larrosa, Jorge (2003), *La experiencia de la lectura. Estudios sobre literatura y formación de lectores*, Fondo de Cultura Económico, México.
- Latapí, Pablo (1973), *Mitos y verdades de la educación mexicana 1971-1972 (Una opinión independiente)*. Centro de Estudios Educativos A.C. México.
- _____ (1984), *Análisis de un sexenio de educación (1970-1976)*, Nueva imagen, México.
- Lemus, Rafael, “Por una crítica en crisis” en *Cuaderno Salmón*, Año 1, Núm. 1, verano 2006, p.177.
- Lumsden, Ian (1991), *Homosexualidad, sociedad y Estado en México*, (tr. Luis Zapata), Solediciones/Canadian Gay Archives, México.
- Marcuse, Herbert (e.o. 1965) (2010), *El hombre unidimensional*, editorial Ariel, México.
- Martínez, José Luis y Christopher Domínguez (1995) en “La saga literaria de 1968” (p. 222) en *La literatura mexicana del siglo XX*, México, Conaculta.
- Martré, Gonzálo (1986), *El movimiento popular estudiantil de 1968 en la novela mexicana*, UNAM, Coordinación de Humanidades, México.
- Matute, Álvaro (1997), “El 68 y la historiografía en México. Alcances y limitaciones”, en *Estudios Historiográficos*, Cuernavaca, Morelos, Centro de Investigación y Docencia del estado de Morelos, pp. 87-95 (1993).
- Marquet Montiel, Antonio (2009), “El comercio de las apariencias: Otros días, otros años de Luis González de Alba”, revista electrónica *Tiempo y escritura*, junio, Historia 07, Universidad Autónoma Metropolitana. http://www.azc.uam.mx/publicaciones/tye/tye16/art_hist_07.html, consultado en marzo de 2011.
- Merino, José Luis/ Fuentes, Carlos (1971), “Entrevista a Carlos Fuentes”, *La cultura en México*, 10 de febrero.
- Monsiváis, Carlos (1970), *Días de guardar*, Era, México.
- _____(1970), “Aproximaciones y reintegros”, en suplemento *La Cultura en México*, no. 453, 14 de octubre, revista *Siempre!*, en Poniatowska (2009), 238.

- _____(1978), "Notas sobre cultura y sociedad en México: 1968-1978", en Cuadernos Políticos # 17, julio-septiembre de 1978, México, ERA.
- _____(1995), "Ortodoxia y heterodoxia en las alcobas (Hacia una crónica de costumbres y creencias sexuales en México)", *Debate Feminista*, núm. 11, pp. 196-197.
- _____(1995), "A los 35 años de ERA", en *Ediciones ERA, 35 años*, México, Universidad de Guadalajara.
- _____ (2004), "Nancy Cárdenas, la siempre inoportuna", en Nexos 1 de septiembre. Documento disponible en: <http://www.nexos.com.mx/?p=11261>, consultado el 3 de marzo de 2013.
- _____ (2005), "El 68 y Gilberto Guevara", *Nexos*, núm. 327, marzo. <http://www.nexos.com.mx/?p=11453> , consultado el 2 de noviembre de 2012.
- _____(2007), "El 68 a los libros de texto", en *El Universal*, Opinión, 7 de octubre.
- _____(2008), *El 68: la tradición de la resistencia*, México, ERA.
- Montaña Garfias, Erika (2004), "Restaurar la memoria sólo puede ser fruto de la voluntad colectiva", en diario *La Jornada*, 29 de septiembre.
- Mutis, Álvaro (e.o.1960) (2003), *Diario de Lecumberri*, Punto de Lectura, México.
- Nash, Mary (1995), *Mujeres en el mundo. Historia, retos y movimientos*, Alianza Editorial, Madrid.
- Natividad Rosales, José (1971), "México, país con cultura de segundo año de primaria", en *Siempre!*, núm. 937, junio 9.
- Pacheco, José Emilio (1995), "Vieja modernidad, nuevos fantasmas", en *Carlos Fuentes. Relectura de su obra: Los días enmascarados y Cantar de ciegos*, compiladora Georgina García-Gutiérrez, Universidad de Guanajuato, INBA y El Colegio Nacional, México, pp.42-43.
- Paz, Octavio (1970), *Posdata*, Siglo XXI, México.
- _____(2005), *El laberinto de la soledad. Posdata. Vuelta al laberinto de la soledad*, Fondo de Cultura Económica, México.

- Peroni, Michel (2003), *Historias de lectura. Trayectorias de vida y de lectura*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Poniatowska, Elena (e.o. 1971)(2005), *La noche de Tlatelolco*, ERA, Ciudad de México.
- _____(1998), *Octavio Paz. Las palabras del árbol*, Plaza y Janés, México.
- Quintanilla Osorio, Susana (2002), *Recordar hacia el mañana. Creación y primeros años del Cinvestav 1960-1970*, Centro de Investigación y de Estudios Avanzados del IPN, México.
- Revueltas, José (1998), *El apando*, México, ERA.
- Rodríguez Monegal, Emir (1972), “Notas sobre el boom” en *Plural*, número 4, enero de 1972.
- Rojas Martínez, Adriana (2010), “Juventud rebelde en el contexto de 1968 a través de la visión de las revistas: *Sucesos para todos e Impacto*”, ponencia presentada en el Coloquio "Reflexión y crítica en torno al movimiento estudiantil de 1968" (2010), organizado por el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora en el Centro Cultural Universitario Tlatelolco, octubre, Ciudad de México.
- Roldán Vera, Eugenia (2003), *The British Book Trade and Spanish American Independence. Education and Knowledge Transmission in Transcontinental Perspective*, Humboldt-Universität Berlin, Germany, (traducción proporcionada por la autora).
- Ruiz Mondragón, Ariel / Illades, Carlos (2014), “El pensamiento de izquierda: renovarse desde la tradición. Entrevista con Carlos Illades”. Entrevista publicada en *Etcétera*, núm. 158, enero de 2014.
- S/a (1979), “Una carta de José Revueltas a Luis González de Alba”, en *La Cultura en México* núm. 911, suplemento de *Siempre!*, agosto 22, pp. VII-X. publicado originalmente en “Carta de José Revueltas a Luis González de Alba”, en *Imaginaria*, Cuadernos de literatura, no. 2, agosto de 1972.
- Scherer García, Julio (1986), *Los presidente*, Grijalbo, México.
- Schuessler, Michael (2003), *Elenísima. Ingenio y figura de Elena Poniatowska*, Diana, México.
- Sevilla, Carlos (2008), “Camino de Lecumberri”, en revista *Nexos*, agosto, p.49.

- Sheridan, Guillermo (2009), "Medio siglo de Ediciones ERA", en *El Universal*, Sección Opinión, 30 de diciembre de 2009.
- Stoopan, María (2002), *Los autores, el texto, los lectores en el Quijote*, UNAM, Universidad de Guanajuato, Gobierno del estado de Guanajuato, México.
- *Sucesos para todos*, 10 de mayo de 1968.
- *Sucesos para todos*, 20 de abril de 1968.
- *Sucesos para todos*, 2 de noviembre de 1968.
- Trejo Delarbre Raúl, *La prensa marginal*, México, El Caballito, 1975.
- S/a (1968), "Hace falta mayor espacio para la venta de diarios", *Sucesos para todos*, 30 de marzo, p.44.
- Valle Espinoza, Eduardo, Álvarez Garín, Raúl y Revueltas, José (e.o.1970) (2008), *Los procesos de México'68. Tiempo de hablar Proceso 272/68, alegatos de defensa*, Editorial Estudiantes, México.
- Valle Espinoza, Eduardo (1983), *Escritos sobre el movimiento de 1968*, Universidad Autónoma de Sinaloa, México.
- Vargas, Rosa Elvira (1998), "Las detenciones sin base legal, señala Emilio Krieger, defensor de los dirigentes", *La Jornada*, 2 de octubre.
- Vargas Llosa, Mario (e.o. 1969) (2004), *Conversación en la catedral*, Alfaguara, México.
- Vargas Llosa, Mario (2000), "Un mundo sin novelas", en *Letras libres*, octubre, Núm. 22.
- Vargas, Rafael (2011), "1960-2010: la era de ERA", en *Proceso*, 22 de enero.
- Vázquez Montalbán, Manuel (2003), "Vicente Rojo: memoria y geometría", en diario *La Jornada*, 15 de mayo.
- Vázquez Robles, Julián (2014), "Federico Gamboa: Análisis de una formación" (1878-1893)", tesis de doctorado, Departamento de Investigaciones Educativas, Cinvestav.
- Vega, Patricia y Javier Molina (1990), "*Rojo amanecer* no merece el trato que le da Eduardo Valle: González de Alba", en *La Jornada*, 6 de diciembre, sección Cultura.
- Volpi, Jorge (1998), *La imaginación y el poder. Una historia intelectual de 1968, ERA*, Ciudad de México.

- Wences Reza, Rosalío (1984), *La universidad en la historia de México*. Universidad Autónoma de Guerrero y Universidad Autónoma de Zacatecas, México.
- Woldenberg, José (2014), "Testimonio desde la tolvanera", en *Revista de la Universidad de México*, reseñas, nueva época, núm. 120, febrero, pp.77-79.

Otras fuentes

Internet

- Página web:
http://www.garciaalonso.com.ar/de_interes/recursos/goyo_cardenas.html, consultado el 2 agosto de 2009.
- Centro Virtual Cervantes. Vicente Rojo, consultado el 23 de agosto de 2010, http://cvc.cervantes.es/actcult/vrojo/sobre_rojo/imprensa.htm
- Sitio Conaculta (4 de abril de 2014), "Octavio Paz, el pensador poético de la historia mexicana: Enrique Krauze", disponible en: <http://www.conaculta.gob.mx/noticias/libros-revistas-y-literatura/33173-octavio-paz-el-pensador-poetico-de-la-historia-mexicana:-enrique-krauze.html>, consultado el 2 de diciembre de 2015.
- De la Borbolla, Óscar (2009) "Sobre la importancia de la escritura", 2 de julio, en Blog de Óscar de la Borbolla, <http://oscardelaborbolla.blogspot.mx/2009/07/sobre-la-importancia-de-la-escritura.html>, consultado el 25 de junio de 2015.
- Guevara Niebla, Gilberto (2008), "Una escuela de libertad" en Nexos núm. 368, agosto, documento disponible en http://historico.nexos.com.mx/articulos.php?id_article=1816&id_rubrique=830, (fecha de consulta: 20/05/2010).
- González de Alba, Luis (2008) "La vida cotidiana antes del 68", en Nexos 368, agosto, documento disponible en <http://temibleDani1lga.blogspot.com/2009/01/nexos368200808.html>
- González de Alba, Luis, (2012), "Una huelga de hambre y los ojos de Rocco", Nexos en línea, <http://www.nexos.com.mx/?P=leerarticuloV2print&Article=2102863>, consultado el 19/06/ 2013.
- Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática, Página web: www.inegi.gob.mx, consultada el 1 de septiembre de 2006.

- González Pérez, María de Jesús (2004) "La marcha y sus afectos con la ciudad", Enkidu. Consultado el 16 de diciembre de 2010. http://www.enkidumagazine.com/art/2004/290504/E_034_290504.htm
- Patán Julio, "González de Alba: el otro 68", en www.wikimexico.com, Wikimexico, Conaculta, Fundación Carlos Slim <http://www.wikimexico.com/wps/portal/wm/wikimexico/artes/literatura/gonzalez-de-alba-el-otro-68>, consultado el 12 de marzo de 2013.
- Poniatowska, Elena (1995), "Neus, Nieves, Neus Espresate, el ojo infalible", en Centro Virtual Cervantes. Vicente Rojo, consultado el 23 de agosto de 2010, http://cvc.cervantes.es/actcult/vrojo/sobre_rojo/imprenta.htm
- Ruiz Mondragón, Ariel/ Illades, Carlos (2014), "El pensamiento de izquierda: renovarse desde la tradición. Entrevista con Carlos Illades". Entrevista publicada en *Etcétera*, núm. 158, enero de 2014. En internet http://www.etcetera.com.mx/articulo/el_pensamiento_de_izquierda_renovarse_desde_la_tradicion/23632/, consultado el 13 de marzo de 2014.
- Tasso, Pablo (2007), "El Móndrigo: la novela de estado", 30 de noviembre, <http://laislasineste-analisis.blogspot.com/2007/11/el-mondrigo-la-novela-de-estado.html>, consultado el 12 de junio de 2011.
- Página de Terra (2008), "Otros días, otros años de Luis González de Alba", entrevista a Luis González de Alba (s/a), 2 de septiembre de 2008, Arte y cultura, <<http://www.terra.com.mx/ArteyCultura/articulo/728317/Otros+dias+y+otros+anos+de+Luis+Gonzalez+de+Alba.htm>>, consultado el 18 de febrero de 2011.
- Zerón-Medina, Teresa (2013), "Luis González de Alba, de perfil", en *Nexos on line*, 1 de diciembre. Documento disponible en <http://www.nexos.com.mx/?p=15609>, consultado el 25 de junio de 2014.

En video

- Bolado, Carlos, *documental 1968*, transmitido por canal 11 el jueves 23 de octubre de 2008.
- Cazals, Felipe (1975), *El apando*, México.
- Echevarría, Nicolás (2008), *El memorial del 68*, (documental) Centro Cultural Universitario Fons Tlatelolco y TV UNAM.

- Fons Jorge, *Rojo amanecer*, dir. México, 1990.
- López Aretche, Leobardo *El grito*, México, 1969.
- Menéndes Óscar, *Historia de un documento, los presos políticos en la cárcel de Lecumberri*, Colección Movimientos Históricos, México.
- Ripstein, Arturo (1976), *El Palacio Negro*. Guion: Arturo Ripstein, Margarita Suzán y Miguel Necochea, con las colaboraciones de José Emilio Pacheco y Tomás Pérez Turrent. Fotografía en C: Tomomi Kamata. Música: Guillermo Zúñiga, Arturo Casas y Enrique Marín. Edición: Miguel Necochea. Con: Emilio Ebergenyi y Tomás Pérez Turrent (Narración). Prod: Hernán Littin, Carlos Velo, Estudios Churubusco. Duración: 105 mins. Dist: IMCINE. Colección Ripstein por Ripstein.
- Entrevista a Alejandro Rossi en programa *A 40 años del 2 de octubre*, transmitido por Canal 22, 2 de octubre de 2008.

Documentos

Álvarez G., R., Guevara N., G., González de A., L., Hernández G., Martínez della R., S., Valle E., E., et al. (1969), Textos que realizaron miembros de la dirigencia del CNH presos en Lecumberri para integrar el texto colectivo que no se publicó.

FHAR, (1979), “La palabra militante: fhar”, Política Sexual. Cuadernos del Frente Homosexual de Acción Revolucionaria, núm. 1 (1).

Grupo Lambda de Liberación Homosexual (1981), “No que no, sí que sí, ya volvimos a salir”, Nuevo Ambiente. Órgano Informativo del Grupo Lambda de Liberación Homosexual, núm. 2, enero.

Entrevistas

- Entrevista a Carlos Sevilla, preso político en 1968 en Lecumberri, en abril de 2009.
- Entrevista realizada a Raúl Álvarez Garín, representante ante el CNH de la Escuela de Física y Matemáticas del IPN y preso político en 1968, el 24 de enero de 2010.
- Entrevista realizada a Manuela Garín de Álvarez, madre del líder Raúl Álvarez Garín, maestra emérita de la Facultad de Ingeniería que formó parte de la Coalición de Maestros en 1968, el 2 de junio de 2010.

- Entrevista a Roberto Escudero, representante de la Facultad de Filosofía y Letras ante el Consejo Nacional de Huelga, el martes 15 de febrero de 2011.
- Entrevista a Neus Espresate, fundadora de editorial ERA, realizada el 24 de febrero de 2011.
- Entrevista a la periodista y escritora Elena Poniatowska, realizada el 24 mayo 2011.
- Entrevista a Luis González de Alba, representante de la Facultad de Filosofía y Letras ante el CNH y preso político de 1968, realizada entre el 28 de agosto de 2012 y julio de 2013.